HISTORIA DE LA SAGRADA PASION,

SACADA DE LOS QUATRO EVANGELIOS

POR EL PADRE LUIS DE LA PALMA,
Provincial de la Compañía de Jesus, en la Provincia de Toledo, y natural de la misma Ciudad.

CORREGIDA Y ENMENDADA EN ESTA QUINTA IMPRESION.

Año 1786

CON LICENCIA.

EN MADRID AÑO DE MDCCLXXXVI.

EN LA IMPRENTA DE BENITO CANO.

TABLA

DE LOS CAPÍTULOS CONTENIDOS en este Libro de la Pasion de Christo, Señor nuestro.

§. I. PRólogo á los Padres y Hermanos de la Compañía de Jesus. Las causas que han movido á escribir esta Historia de la Sagrada Pasion, pág. 1.

§. II. Del modo que se debe guardar en la meditacion de la Sagrada Pasion, p. 4.

§. III. Cómo debe de ser ayudada la memoria para la meditacion, p. 7.

§. IV. Cómo debe ser ayudado el entendimiento en la meditacion de la Sagrada Pasion, p. 14.

§. V. Qué afectos se pueden sacar de la meditacion de la Pasion, para ayudar á la voluntad, p. 17.

§. VI. Del Coloquio, p. 21.

Preámbulo á la Historia de la Sagrada Pasion, ibid.

SÍGUESE LA HISTORIA de la Sagrada Pasion.

Cap. I. HAcese Concilio contra el Salvador, y Judas le vende, p. 32.

Cap. II. Entra el Salvador en Jerusalen á cenar el Cordero con sus Apóstoles, p. 37.

Cap. III. Lava el Salvador los pies á sus Discípulos, p. 41.

Cap. IV. Instituye el Señor el Santo Sacramento, y declara á San Juan quién es el traydor, p. 44.

Cap. V. Despídese el Salvador de su Santísima Madre para ir á padecer, p. 50.

Cap. VI. Sale el Salvador al Huerto, y da cuenta de su tristeza á sus Discípulos, p. 55.

Cap. VII. de los motivos de tristeza que tuvo nuestro Salvador, p. 60.
Cap. VIII. De otras causas mas secretas de nuestro Salvador, p. 65.
Cap.IX. Hace el Salvador oracion en el Huerto, y suda Sangre, p. 70.
Cap. X. Es el Salvador entregado y preso, p. 77.
Cap. XI. Es el Salvador presentado delante de los Pontífices, y acusado, p. 87.
Cap. XII. Condenan los Sacerdotes al Salvador, y es injuriado, como blasfemo, p. 94.
Cap. XIII. Niega San Pedro al Salvador, p. 99.
Cap. XIV. Del amor con que Christo Señor nuestro padecia por los hombres, p. 108.
Cap. XV. Es condenado el Salvador de todo el Concilio, p. 115.
Cap. XVI. Llevan al Salvador delante de Pilatos, y Judas se ahorca, p. 118.
Cap. XVII. Exâmina Pilatos al Salvador, y remítele á Herodes, p. 124.
Cap. XVIII. Burla Herodes del Salvador como de loco, p. 133.
Cap. XIX. Exâmina otra vez Pilatos al Salvador, y da otra vez testimonio de su inocencia, p. 138.
Cap. XX. Es antepuesto Barrabas al Salvador, p. 141.
Cap. XXI. Manda Pilatos azotar al Salvador, p. 145.
Cap. XXII. Es el Salvador burlado de los Gentiles, p. 151.
Cap. XXIII. Saca Pilatos al Salvador delante del Pueblo, y y ellos le piden para la muerte, p. 160.
Cap. XXIV. Exâmina Pilatos otra vez al Salvador, y desea librarle de la muerte, p. 167.
Cap. XXV. Da Pilatos sentencia de muerte contra el Salvador, p. 172.
Cap. XXVI. Sacan á crucificar al Salvador con su Cruz acuestas, p. 180.
Cap. XXVII. Encuentra el Salvador con su Santísima Madre, y llega al Calvario, p. 188.

Cap. XXVIII. Decláranse algunas dudas acerca de este camino del Calvario, p. 195.
Cap. XXIX. Del dia y hora, y otras circunstancias de la crucifixîon del Señor, p. 198.
Cap. XXX. Es crucificado el Salvador entre dos Ladrones, p. 204.
Cap. XXXI. Los Judíos y los Gentiles escarneciéron al Señor, p. 212.
Cap. XXXII. Los buenos Christianos hallan exemplo, remedio y consuelo en Jesu-Christo Crucificado, p. 218.
Cap. XXXIII. Lo que obraba en el Padre Eterno la vista de Jesu-Christo Crucificado, p. 225.
Cap. XXXIV. De la primera palabra que habló el Señor en la Cruz, p. 227.
Cap. XXXV. De la segunda palabra que el Salvador habló con el Ladron en la Cruz, p. 230.
Cap. XXXVI. Eclypsóse el Sol, y hácense tinieblas sobre toda la tierra, p. 235.
Cap. XXXVII. La Vírgen nuestra Señora se pasó con grande constancia cerca de la Cruz, p. 237.
Cap. XXXVIII. De la tercera palabra que dixo el Salvador á su Santísima Madre, y al Apóstol San Juan, p. 242.
Cap. XXXIX. El tiempo que el Salvador estuvo vivo en la Cruz nos tuvo á todos presentes, y se ofreció por nosotros, p. 246.
Cap. XL. De la quarta palabra que habló el Salvador en la Cruz, p. 247.
Cap. XLI. De la quinta palabra que habló el Salvador en la Cruz, p. 255.
Cap. XLII. De la sexta palabra que habló el Salvador en la Cruz, p. 259.
Cap. XLIII. De la séptima palabra que habló el Salvador en la Cruz, p. 266.
Cap. XLIV. De los prodigios que sucediéron despues de la muerte del Salvador, p. 273.
Cap. XLV. Abre un Soldado el Costado del Salvador despues de muerto, p. 281.

Cap. XLVI. Del Costado abierto del Salvador salió Sangre y Agua, p. 287.
Cap. XLVII. Da Pilatos licencia para quitar el Cuerpo del Salvador de la Cruz, y darle sepultura, p. 296.
Cap. XLVIII. Es quitado de la Cruz el Cuerpo del Salvador, y puesto en la sepultura, p. 306.
Cap. XLIX. Baxa el Salvador al Infierno á librar las Almas de los Santos Padres, p. 314.
Cap. L. Los Judíos ponen guarda en el Sepulcro, p. 318.
Cap. LI. Espera la Vírgen nuestra Señora la Resurreccion de su Hijo, p. 323.

PRÓLOGO

A LOS PADRES Y HERMANOS DE LA COMPAÑÍA DE JESUS.

§. I.

LAS CAUSAS QUE HAN MOVIDO A ESCRIBIR esta Historia de la Sagrada Pasion.

TRaigo entre las manos (muy Reverendos Padres, y carísimos Hermanos) un Tratado mas largo, en que muy de propósito y de espacio pretendo declarar el camino espiritual, con todas las jornadas y partes de él, desde el principio de la conversion, hasta el fin de la perfeccion, de la manera, y en la forma, que nos le enseñó N. B. P. San Ignacio en su Libro de los Exercicios Espirituales; el qual, si nuestro Señor es servido de darme tiempo y gracia para acabarle, espero que ha de ser para gloria suya, y honra de nuestro Santo Fundador, y provecho de los que profesamos y seguimos su Compañía. Y ántes de sacar á luz el primer Tomo, me pareció enviar delante este pequeño Libro de la Historia de la sagrada Pasion; y para ello me ha movido, entre otras muchas, esta razon.

Porque uno de los principales exercicios de este camino espiritual, es el de la meditacion: y los que meditan (principalmente á los principios) se suelen hallar faltos de materia, y desean se les den algunos puntos, en que puedan ocupar su pensamiento provechosamente; y es así, que el B. P. San Igna-

cio en su Libro, aunque dió reglas maravillosas de cómo se habia de proponer la materia, y dividir los puntos á los que meditan; pero poco ó nada fué lo que dexó de estos puntos de la meditacion, ocupado tan solamente en guiar á los que van por este camino, dándoles documentos para hacer qualesquiera exercicios con provecho, y reglas para hacer sus elecciones y determinaciones sin pasion, y avisos excelentes, sacados de su experiencia y de la luz divina, que le enseñaba para alcanzar la prudencia y discrecion espiritual, y el conocimiento de los varios espíritus, que suelen obrar dentro de nosotros. Y como generalmente los hombres buscan en los Libros, y gustan de hallar discursos tiernos y devotos, que les muevan la voluntad; los quales, como no hallan en este Libro, y por otra parte las reglas, que se dan en él, sean sutiles y delgadas, dichas con brevedad, y sin ostentacion de palabras, y que mas son para ayudar á los Maestros, que dan los exercicios, que no á los Discípulos, que los hacen: de ahí es, que este Libro, tan rico de enseñanza espiritual, es conocido de pocos, y entendido de ménos. Pues así como ha sido necesario en tratado mas largo declarar las reglas y documentos de este Libro, y descubrir el tesoro, que está encerrado en él; para que se goce, y dar luz á la luz, y sabiduría, que está escondida con el, para que se vea: y porque, como dixo el Sabio, (1) la sabiduría escondida, y el tesoro que no se vé, ¿qué provecho tiene lo uno, ni lo otro? Así tambien convenia suplir la falta que tiene (si puede decirse falta) de materia de meditacion, lo qual remitió el mismo Santo Padre á los Maestros, que dan á otros los exercicios, para que les platiquen los puntos en que han de meditar, acomodándose en todo á su capacidad y necessidad. Esta, pues, ha sido la causa por qué en primer lugar me ha parecido escribir esta Historia de la Sagrada Pasion, para satisfacer á la devocion de muchos, y socorrer á la necesidad de otros, que se hallan faltos de materia para meditar, y deseosos de que se les abra camino con algunas ponderaciones bien fundadas en la verdad, para enderezar por ella sus discursos, y mover sus afectos al exercicio de las virtudes perfectas.

(1) Eccl. 20 n. 22.

Y aunque es verdad, que es muy copiosa, y se extiende

á

á muchas cosas la materia en que podemos meditar provechosamente, como son la fealdad de los pecados, las penas que les corresponden, los quatro Novísimos del nombre, que son Muerte, Juicio, Infierno y Gloria: los quales, bien rumiados, tienen gran fuerza para enfrenar nuestro apetito y mala inclinacion, y para despreciar las cosas perecederas de la tierra, y amar las eternas y las celestiales: asimismo da muy copiosa y provechosa materia de meditacion todo el discurso de la Vida de Christo nuestro Señor, y qualquiera paso de ella, sus Milagros, sus Sermones y Doctrina, en que está la suma de la verdad: su sagrada Pasion y Muerte, su gloriosa Resurreccion y Ascension, los veneficios y perfecciones divinas. Todas estas cosas es verdad, que son materia de meditacion, y cada una tiene muchas y diferentes partes, y cada parte se puede dividir en muchos puntos, y en cada punto hay tiernas ponderaciones, y se pueden mirar por visos muy diferentes; y de estas consideraciones, unas son mas á propósito para unos tiempos y personas, y otras para otros: todo esto es así verdad, y con todo eso la Historia de la sagrada Pasion y Muerte de nuestro Salvador tiene particulares excelencias, hace particulares ventajas á todas las demas, en que nos podemos exercitar en la meditacion.

Porque primeramente (como mas á la larga probamos en otro lugar) la meditacion de la Pasion es buena para todas personas, y para todos estados. Es poderosa para arrancar al hombre de la mala vida, y despertar á los que empiezan al dolor y aborrecimiento de sus pecados: es aliento para los que se aprovechan, y un perfectísimo dechado de toda virtud, y es incentivo eficacísimo de amor para los varones perfectos: y así como la Pasion del Señor fué lo último de su Vida, así tambien contiene lo último y mas acabado de la perfeccion: todos los exemplos de las virtudes de Christo nuestro Señor, que están repartidos por su Vida, resplandecen mas altamente en su Pasion: todos los documentos de sus Sermones, toda su doctrina y excelentísimos consejos están predicados en su Pasion: todo el fondo de los trabajos, que uno puede padecer, y el extremo de las miserias, á que puede llegar por seguir la justicia, está en la Pasion: todo desengaño y conocimiento

de la verdad se halla en la Pasion: toda la ciencia, encendimiento y sabiduría celestial está en la Pasion. Y el gran Doctor de las Gentes decia, que no sabia otra cosa, sino á Jesu-Christo Crucificado; y por ser tan grande el tesoro que aquí está escondido, vemos que los Santos se ocupaban de ordinario en este pensamiento, como se descubre por sus libros y tratados. Pues por esta causa, y por la devocion que generalmente tiene todo el Pueblo Christiano con la Pasion de su Redentor, me ha parecido escoger esta materia entre todas, y proponerla á los que meditan: dándoles primero una buena instruccion del modo que han de tener en la meditacion, remitiendo el tratar dè esto de espacio para tratado mas largo.

§. II.

Del modo que se debe guardar en la meditacion de la Sagrada Pasion.

El que piensa recogerse algun rato señalado del dia, nunca se ha de distraer del todo: y el que desea entrar alguna vez dentro de sí, nunca ha de salir del todo fuera de sí: y el que pretende volverse á sí, no se vaya muy léjos de sí: y el que quiere tener quieta la imaginacion, y fixa la atencion en las cosas celestiales, nunca se derrame del todo por los sentidos en las cosas de la tierra: guarde su corazon y su pensamiento, si quiere hallarle; porque verdadero es el refran que dice, que quien guarda halla: y persuádase, que el principal aparejo que puede hacer para meditar, es conservarse todo el dia en la paz y quietud de su espíritu, sin dar lugar á pensamientos ó pasiones que le turben.

Venido el tiempo de la meditacion, póngase con reverencia delante de nuestro Señor, imaginando (lo que es verdad) que está allí presente; y empiece su exercicio, ofreciéndose con entera resignacion á la divina voluntad, pidiendo luz á nuestro Señor, para conocer lo que es mas agradable á su Divina Magestad, y gracia para cumplirlo, así en sus pensamientos, como en sus palabras y obras. Despues de esto haga brevemente tres cosas, como preambulos de su meditacion. La primera, pase por la memoria la historia ó paso en que ha de meditar. Segunda, aquella misma historia imagínela como si pasara allí delante de él, y déles su lugar cierto y acomodado á todas las cosas que pasáron en ella.

Pon-

Pongo por exemplo: Si quiere meditar en la Oracion del Huerto, imagine allí delante de sí un huerto de cierto tamaño y figura, y en él ponga en su lugar determinado á los ocho Apóstoles, que se quedáron como á la puerta; y en otro lugar mas adentro á los tres, que apartó consigo el Salvador, y dé su lugar al mismo Señor, que se apartó para orar de estos tres como un tiro de piedra; de manera que la imaginacion pueda estár descansada y quieta, teniendo allí cerca de sí y en lugares determinados las cosas que medita. La tercera, ponga los ojos en el fruto, que desea sacar de esta meditacion, como es el fervor en la oracion, la paciencia en los trabajos, la conformidad con la divina voluntad en las adversidades, ó cosa semejante, á proposito de lo que medita; y pida á nuestro Señor le dé gracia para meditar aquel paso, de manera que saque aquel fruto que pretende.

Hecho esto, aplíquese á meditar aquel paso ó parte de la Historia que lleva apercibida; y entienda, que esto que llamamos oracion ó meditacion, no es cosa que está sobre el Cielo, que sea menester tomar alas para alcanzarlo, ni está de la otra parte de la mar, que sea menester navegar para hallarlo: mas es cosa, que está dentro de nosotros, y no es mas que exercitar las tres Potencias del Alma, y ayudarnos de ellas acerca de las cosas Espirituales y Celestiales, de la misma manera que las exercitamos, y usamos de ellas en los negocios humanos y temporales. Porque así como un hombre, que quiere deliberar sobre algun negocio, que mucho le importa, primero trahe á la memoria el tal negocio y circunstancias de él, lo segundo, discurre con su entendimiento, ponderando las razones y la fuerza y peso, que tiene cada una de ellas; y de aquí nace lo tercero, que es resolverse y proponer con la voluntad de tomar, ó dexar de hacer ó no hacer, &c. y por este proposito se gobierna despues la execucion y las obras: esto mismo es lo que pasa en la oracion en materia diferente. Porque lo primero, es traher á la memoria el punto de la Historia en que quiere pensar. Lo segundo, es discurrir con el entendimiento sobre aquel punto, ponderando todas las circunstancias que hay en él, buscando razones, comparaciones ó argumentos, que muevan mi voluntad á aborrecer aquel vicio, ó abrazar aquella virtud que pre-

pretendo: y esto es lo tercero, y como el fin y fruto de toda la meditacion, los buenos propositos de la voluntad, los quales se han de hacer despues en la mudanza de la vida, y en el exercicio de las obras virtuosas.

Esto mismo se declara bien con el exemplo de el sustento corporal, en el qual la mano es la que parte la comida, y la llega á la boca: luego el bocado entero, que llega á la boca allí se desmenuza con los dientes y muelas, con gusto y sabor del paladar: de alli lo tira el estomago para digerirlo; y el manjar digerido y hecho sangre, se reparte por todo el cuerpo, y se comunica á todas las partes de él, para darles vida, y aumento y vigor. En lo qual es mucho de notar la fidelidad, con que unas partes del cuerpo sirven á otras, no reusando ninguna el trabajo que le pertenece por razon de su oficio, ni alzándose, ni reteniendo lo que no es suyo, sino dandolo á cuyo es, en orden al fin que la naturaleza pretende: porque ni la mano, que partió el manjar, se queda con él, sino que lo lleva á la boca; ni la boca que lo masticó, y lo desmenuzó con su trabajo, se alza con él, por entretener su gusto, sino que lo entrega fielmente al estomago; ni el estomago, que gasta su calor y su fuerza en digerirlo, lo quiere para sí, sino que lo reparte por todo el cuerpo á fin de que todos los miembros tengan fuerza para hacer sus oficios. No parece, que se puede hallar otra semejanza mas á proposito para declarar lo que tratamos; porque el manjar del alma es la palabra de Dios, y las verdades eternas. Estas verdades divididas en sus partes y puntos, como en diferentes bocados, los propone la memoria al entendimiento; el entendimiento desmenuza estas verdades con su discurso, y las vuelve y revuelve de una parte á otra con mucho gusto y sabor de espíritu, que se sigue ordinariamente del conocimiento de la verdad. Estas verdades así rumiadas, las abraza la voluntad con el amor de lo bueno y aborrecimiento de lo malo, y con los buenos propositos y determinaciones: y en suma, con el aborrecimiento del pecado, y con el amor de Dios, en que consiste la satisfaccion y hartura del espíritu. De este amor de Dios, si es verdadero en la voluntad, se sustentan y crecen todas las virtudes, y procede el fruto abundantemente de las buenas obras; porque, como

mo dice el Apostol, la Caridad es paciente y benigna: es humilde, y no es ambiciosa; todo lo cree, y todo lo espera: es compasiva y misericordiosa, y no busca su proprio interés; y finalmente, es Reina y madre de todas las Virtudes. De esta manera la memoria es como la mano, que lleva el manjar á la boca: el entendimiento es como la boca, que lo desmenuza y quebranta: la voluntad es el estomago, que lo recibe y abraza, y lo reparte por todas las acciones y obras virtuosas. Si la memoria se quedára con la verdad sin rumiarla, no fuera mas que una pura leccion del libro espiritual, seca, sin gusto y sin provecho: y si parára todo este exercicio en el discurso del entendimiento, fuera estudio y especulacion; pero no llegára á ser oracion, la qual en esto se diferencia del estudio, que llega á mover la voluntad, y á formar buenos propositos y deseos: y si estos deseos no son eficaces, y tienen execucion, todo este exercicio se queda estéril y sin fruto. Es, pues, la meditacion uso y exercicio de las tres potencias, acerca de las verdades eternas, que pertenecen á la reformacion de la vida y salvacion del alma, en la forma que hemos declarado: veamos ahora cómo puede ser ayudada en cada una de estas tres Potencias, para el uso de la meditacion.

§. III.

Cómo debe ser ayudada la memoria para la meditacion.

QUando tenemos algun Oficial para trabajar en casa, procuramos, que estén apercibidos y á punto todos los materiales, porque no se pierda tiempo en apercibirlos y esperarlos. Y en esta obra de la meditacion, á la memoria le toca apercibir los materiales; esto es, tener prevenidos y á la mano los puntos en que ha de trabajar, discuriendo el entendimiento y sacar sus buenos propositos y afectos la voluntad. Porque de no hacerlo así, se suele perder mucho del tiempo señalado para la oracion, mientras uno busca en lo que se ha de ocupar, y aplicar la atencion á cosa cierta y determinada. Pues luego quando se llega la hora de la oracion, ha de estár ya la memoria apercibida de lo que ha de meditar.

Para cumplir con esto, la principal ayuda es, quando el Padre Espiritual, que da los exercicios, platíca á su tiempo los puntos de la meditacion, acomo-

mudándose en la materia, y en el modo de proponerla á la capacidad y disposicion del que se exercita. Mas esto no se puede tener siempre, y las mas veces ha de suplir el libro la falta de la viva voz del Maestro, leyendo á tiempo aquel paso ó parte de la Historia, que se ha de meditar: y si la meditacion ha de ser á media noche ó por la mañana, ha de quedar hecha esta diligencia ántes de acostarse: y demás de esto encomienda N. P. S. Ignacio, (2) que despues de acostado, ántes de dormir, haga memoria de la hora en que se ha de levantar, y del exercicio en que ha de meditar; y asimismo en despertando, cerrando la puerta á todos los otros pensamientos, aplique su atencion á lo que ha de meditar. Todas son diligencias de ánimo cuidadoso, y que se enderezan á que la memoria esté pronta para socorrer de materia al entendimiento al tiempo de la meditacion; de la manera que un padre de familias, que tiene huespedes, requiere muchas veces si están los manjares guisados y á punto, porque no aguarden los convidados despues de sentados á la mesa.

(2) Add. 1. & 2.

El que platíca á otro la materia, ó los puntos en que ha de meditar, debe observar tres cosas, lasquales sabiamente advirtió el Glorioso P. S. Ignacio: y las mismas propiedades, quanto fuere posible, ha de tener el libro por donde uno ha de preparar la materia de la oracion. La primera es, que cuente con fidelidad y verdad la Historia: en lo qual hizo fuerza el Santo Padre en la anotacion segunda, quando dixo: (3) *La persona que dá á otro modo y orden para meditar ó contemplar, debe narrar fielmente la Historia de la tal contemplacion ó meditacion, discurriendo solamente por los puntos con breve ó sumaria declaracion; porque la persona que contempla, tomando el fundamento verdadero de la Historia, discurriendo y raciocinando por sí mismo, &c.* Y es así, que sobre mentira, ni se puede sacar provecho que sea sólido, ni levantar edificio que sea firme. Porque ¿de qué sirve en la Pasion del Señor exâgerar y encarecer, y fingir cosas que no pasáron, no mas que para mover el vulgo á lagrimas y á compassion, como si en la verdad de lo que pasó, y de lo que cuentan los Evangelistas no hubiese sobrados motivos para llorar y compadecerse? En lo qual podemos decir lo que decia el Santo Job: (4) ¿Por ventura tiene Dios necesidad de vuestra mentira, ó de

(3) Annot. 2.

(4) Job 13. n. 7.

de que digais en su favor engaños? Pues por esta causa hemos procurado en esta Historia de la sagrada Pasion ajustarnos quanto ha sido posible al texto de los Evangelios, notando en la margen muy por menudo el capítulo y el número del Evangelista, donde se hallará aquella circunstancia de palabras, que vamos ponderando: y los que tuvieren curiosidad de requerir aquellos lugares del Evangelio, se admirarán de ver cómo los Evangelistas notáron cosas mucho mas menudas y particulares, de lo que generalmente advierten los que los leen de priesa, y con ménos consideracion.

La segunda cosa que se debe observar, es que de tal manera se proponga al que medita la verdad de la Historia, que juntamente se dé una breve declaracion, abriéndole camino por una parte y por otra, dándole lugar á que él por sí mismo discurra, y saque los afectos que Dios le ayudare: porque es cierto, que lo que cada uno descubre, ó por su propio discurso, ó por ilustracion divina, le da mas gusto, y le entra mas en provecho, que lo que halla hecho y trabajado de otro. Bien puede ser que los conceptos, que halla escritos en los libros, sean mas sabios, mas curiosos y limados; mas no por eso serán para él mas provechosos: y puede ser, que los discursos suyos propios sean mas groseros, las comparaciones mas baxas, y las razones menos sutiles: y con todo eso será mas cierto, que por medio de ellas le alumbrará Dios mas el entendimiento en el conocimiento de los Mysterios, y le inflamará mas la voluntad en el amor de las cosas eternas: y por esta causa, el que propone la materia, y platíca los puntos á otro para meditar, se debe templar de manera, que diciéndole algo para facilitar el discurso, no se lo diga todo, porque le quede alguna dificultad que vencer; y trabajando él por sí mismo, sea su meditacion mas provechosa y sabrosa. Las palabras con que nuestro P. San Ignacio enseña esta doctrina son estas: (5) *porque la persona que contempla, tomando el fundamento verdadero de la Historia, discurriendo y raciocinando por sí mismo, y hallando alguna cosa, que haga un poco mas declarar, ó sentir la Historia, quiere por la raciocinacion propia, y que sea en quánto al entendimiento, es ilucidado por la virtud divina, es de mas gusto y fruto espiritual, que si el que da los Exercicios hubiese mucho declarado y ampliado el sentido de la Historia: porque no*

(5) Annot. 2.

el mucho saber harta y satisface al anima; mas el sentir y gustar de las cosas internamente.

De aquí se ve la diferencia, que hay entre los libros, que se escriben para parar tan solamente en la leccion de ellos, y los que se escriben para dar materia de meditacion sosegada y quieta. Porque algunos hay, que por no ayudarles el natural, ó por la costumbre, ó por desayudarles la muchedumbre de negocios, en que andan distraídos, no se pueden aplicar á meditar por sí mismos; y para estos tales es gran socorro el de los Libros devotos y espirituales, y que sean tales, que hallen en ellos todo lo que desean, y puesto en práctica todo el exercicio de las tres potencias; conviene á saber, la historia relatada, los discursos y ponderaciones hechas, movidos los afectos, y sacados en particular los propositos de las virtudes; y con este genero de leccion queda su espíritu mantenido y satisfecho. Otros hay, que toman tiempo para exercitarse á solas en la meditacion, y estos tales no gustan de hallarlo todo en el Libro, porque les quede á ellos algo que buscar, ni quieren que se lo dén todo hecho, porque les quede algo que hacer: porque de otra manera, el espíritu, que en el recogimiento no tiene que ocuparse, está remiso y descuidado, y facilmente se divierte á vagueaciones inútiles: y esta por ventura es la causa, porque Dios nuestro Señor, á los que oran, no les concede, si no piden, ni les abre, si no llaman, ni se dexa hallar si no le buscan. Y por esto dixo el Salvador: Pedid y recibireis: buscad y hallareis: llamad y abriros han: que todas son semejanzas de la instancia y fervor, que han de tener los que oran, y de quánto ayuda para esto tener algo en que trabajar, y alguna dificultad que vencer en la oracion.

De estos dos generos de personas que hemos dicho, los primeros, que no se aplican á meditar, y lo quieren hallar todo escrito en los Libros, son semejantes á los viejos ó enfermos, que no pueden comer sino pistos y sustancias, y otras cosas líquidas, sorbidas y casi digeridas. Porque estos tales, lo que tienen ménos de trabajo al tiempo de comer, tienen tambien de ménos gusto, y de ménos sustento en la comida. Pero los segundos son semejantes á los hombres robustos, que si bien quieren que les dén el manjar guisado y partido; pero no que les dén el manjar mascado, como

mo se hace con los niños: ni quieren que les escusen el trabajo de desmenuzar la comida con sus dientes y muelas, y de revolverla con la lengua en la boca: porque de este trabajo resulta el gusto y sabor de lo que se come, y el abrazarlo mejor el estomago, y ser mas sólido el sustento para dar fuerza y vigor á todo el cuerpo. Así, que los que son tan flacos de espíritu, que no pueden aplicar sus potencias á la consideracion y amor de las cosas celestiales, es mui útil y necesario, que se ayuden de tales Libros, que leyendo por ellos con mediana atencion, hallen enseñado su entendimiento, y movida en alguna manera su voluntad; pero los que tienen fuerzas para exercitarse por sí mismos, y á solas en la meditacion, no tomen de los Libros mas de lo que fuere menester para recoger la atencion, y despertar su discurso, y luego trabajen con su pensamiento, y procuren mover la voluntad con esclamaciones y coloquios, no de palabras compuestas y estudiadas, sino de aquellas que les dictáre su afecto y fervor. Porque de este exercicio resulta el consuelo y gusto espiritual, y los propositos firmes, con que se crian las virtudes sólidas y perfectas.

Pues porque esta Historia de la Sagrada Pasion, aunque se ha escrito con deseo de ayudar generalmente á todos, pero particularmente á los que tratan de oracion y meditacion: así hemos procurado ajustarnos quanto ha sido posible á estas reglas del Santo Padre, y en especial hemos tenido atencion á tres cosas. La primera, á poner fielmente la Historia y circunstancias de ella, sacada por la mayor parte de los lugares del Evangelio, que van citados á la margen, y esto en estilo historial, sigiendole siempre, sin cortarle el hilo de la narracion. Porque de esta manera pudiese ser la leccion de gusto y de provecho, aun á los que no tratan mas que de leer; y los que se exercitan en meditar sobre el fundamento de la Historia verdadera (con que ha de ir prevenida la memoria) pueden fabricar los discursos del entendimiento. Lo segundo, en el corriente de la Historia se apuntan muchas ponderaciones para abrir camino á los discursos del entendimiento, no de manera que se diga: sobre este paso se debe considerar lo primero esto, lo segundo aquello, &c. ni tampoco que se diga: este es el primer punto, este el segundo, &c. Porque aunque este modo de de-

decir es bueno, y va mas digerida la materia de la meditacion; pero para nuestro contento tenia dos dificultades: la primera, que corta el hilo de la narracion, y en gran parte quita el gusto y la inteligencia de la Historia: la segunda, que da las consideraciones tan hechas, que no le queda que hacer ni en que trabajar al que medita; lo qual (como deciamos) quita el sabor y el provecho de la meditacion. Pues por esta causa, aunque en esta Historia hay muchas ponderaciones, con que poderse cebar y entretener el entendimiento; pero todas van entretexidas con la misma Historia, de manera, que no causen fastidio á los que no tratan mas que de leer, y den materia bien dispuesta para exercitarse á los que tratan de meditar. Lo tercero, para ayudar la voluntad se ha tenido cuidado de que toda esta Historia vaya como preñada de buenos afectos, y de propositos de virtudes sólidas y perfectas, (que son las que el Señor exercitó en su Pasion) y esto se hace ponderando particularmente estas virtudes, y apuntando como con la mano el silencio, la paciencia, la mansedumbre, el desprecio de la honra, la entereza y constancia, el amor de la verdad, la obediencia y conformidad con la Divina voluntad, y las circunstancias, ocasiones y modo con que el Señor exercitó estas virtudes, de donde nace el deseo de la imitacion. Asimismo á sus tiempos se ponderan los altísimos fines de la Divina Providencia, y los medios convenientísimos, que dispuso en su Pasion, de donde nace la admiracion: la gravedad de los dolores, el exceso de la tristeza, la descortesía y crueldad de sus enemigos, de donde nace la compasion: el amor grande, con que el Señor padeció, de donde nace el retorno de amor: la grandeza de males, de que nos libró con su Pasion, de donde nace el agradecimiento; y así de otros afectos semejantes: de manera, que todos los afectos provechosos, y todos los propositos virtuosos están, como en su semilla, en esta Historia de la Sagrada Pasion. Y aunque esto es así; pero algunas, aunque pocas veces, se ponen exclamaciones ó coloquios, ó estos propositos de las virtudes expresados ó declarados; porque aquellos son para cada uno mas dulces y mas provechosos, adonde le lleva su consideracion, y la gracia Divina, que secretamente se comunica á cada uno como quiere, y por esto basta

po-

poner en la Historia la semilla de estos afectos y propósitos; porque escondiéndola cada uno en su corazon, y abrazándola con su pensamiento, con la influencia de la Divina gracia broten las flores de los buenos afectos y deseos, y los frutos de las virtudes perfectas que se desean.

Todo esto se ha dicho para declarar la segunda cosa, que nuestro Glorioso Padre San Ignacio enseña acerca del modo del proponer la materia de la meditacion; conviene á saber, que de tal manera se dé una breve declaracion de la Historia para despertar la consideracion; que se le dexe algo en que trabajar por sí mismo al que medita. Porque así como para hincar un clavo en un madero, le abrimos camino con un barreno proporcionado al tamaño del clavo, y despues dexamos que rompa lo demas el clavo por sí mismo con los golpes que le dan, porque sin esta ayuda del barreno, el clavo no entra; y si se la queremos dar mayor, para que entre holgado, y con descanso, no prende ni tiene fuerza: lo mismo suele suceder á los que meditan, que es menester darles alguna declaracion ó ponderacion proporcionada á su capacidad é ingenio, por la qual encaminen su discurso, y luego dexarlos que prosigan con su trabajo y conato propio; porque si no se les dice nada, ellos no hacen nada, ni hallan que pensar nada; y así, ó se divierten á negocios temporales ó vagueaciones inútiles, ó dan en unas consideraciones secas y estériles, de que no puede resultar sino cansancio y desvanecimiento de la cabeza: y por el contrario, si para excusar este inconveniente les damos las consideraciones hechas, y los afectos y propósitos expresados y puestos en práctica, no prenden, ni hacen fuerza en los pensamientos y afectos agenos, como lo hicieran si fueran suyos propios.

La tercera cosa que nuestro Santo Padre advierte, es que ántes de entrar en la meditacion, ha de llevar uno la Historia dividida en cierto y determinado número de puntos. Porque aunque es verdad, que algunos, ó porque tienen mayor luz del Cielo, ó porque tienen mas vivo y presto el discurso, cada palabra es para ellos un punto; y otros por faltarles lo uno y lo otro apénas les basta una Historia entera para cada punto; y con lo que unos tienen para meditar una semana y un mes, apénas tienen otros para una hora; pero de qualquiera manera

ra que sea, á todos les conviene llevar divididos en cierto número los puntos en que han de meditar. Y las palabras del Santo Padre en la nota tercera, despues de la quarta semana, son estas: *La tercera, dado que en todas las contemplaciones se diéron tantos puntos por número cierto, así como tres, ó cinco, &c. la persona que contempla, puede poner mas ó ménos, segun que mejor se hallare, para lo qual mucho aprovecha ántes de entrar en la contemplacion, conjeturar y señalar los puntos, que ha de tomar en cierto número.*

La razon de esto está clara; porque llevando la Historia así repartida en puntos determinados, tiene uno cosa cierta adonde aplicar la atencion quando medita, y cosa cierta donde volver quando se distrae: y en no hallando ya mas que discurrir sobre un punto, le queda otro segundo y tercero, en que ocupar el tiempo señalado; y habiendo discurrido de esta manera por todos, y por cada uno de por sí, no le quedará nada en aquella Historia, de donde se pueda sacar algun provecho, sin rumiarlo y ponderarlo, y sin que el entendimiento pase por ello: y todos estos provechos faltarian, si se tomase uno con toda la Historia junta, y seria como querer engullir la comida toda de una vez, sin partirla en diferentes bocados para desmenuzarles y saborearse en ellos, y tragar el uno despues del otro, por el tiempo que dura la comida.

Pues tambien hemos procurado ayudar en esto á la memoria; porque aunque no decimos expresamente: primer punto, segundo punto, &c. por no cortar (como muchas veces hemos dicho) el hilo de la narracion; pero hemos tenido atencion á que se escriba esta Historia dividida en muchos párrafos, que sirvan de señal á los que meditan, para dividir la meditacion y los puntos de ella.

§. IV.

Cómo debe ser ayudado el entendimiento en la meditacion de la Sagrada Pasion.

Estando ya la memoria apercibida y pronta para poner delante la materia en que se ha de meditar, síguese, que el entendimiento discurra sobre ella: para lo qual se puede ayudar principalmente de dos cosas. La primera, de ponderar en cada parte de la Historia las circunstancias que hay en ella. La segunda, en cada una de estas circunstancias, que ponderare, bus-

buscar razones, comparaciones y argumentos para mover la voluntad al afecto y propósito que deseamos.

Las circunstancias que se pueden considerar y ponderar en qualquiera parte de la Historia de la sagrada Pasion, se pueden reducir á seis: las quales pone nuestro Glorioso Padre San Ignacio en la primera meditacion de la tercera semana. Porque los seis puntos que allí señala, no son tantos puntos particulares de aquel exercicio, (que es de la última Cena) quanto circunstancias generales, que se deben considerar en toda la Historia de la Pasion, y se deben aplicar y comodar á las demas meditaciones, como lo advierte el mismo Santo Padre, y lo probamos mas largamente en otro lugar.

La primera es de las personas que entrevienen en aquel paso: conviene á saber, quién son: su dignidad ó indignidad: sus méritos ó desméritos: el hábito, el gesto y disposicion de ellas: su mansedumbre y modestia, ó su descompostura y crueldad, y cosas semejantes; y á esto se reduce aquella ponderacion tan necesaria en esta materia; esto es, ¡quién es la persona que padece, y quáles las personas de quien padece, y por quién padece.

La segunda es, considerar las palabras que se dicen; conviene á saber, las calumnias, acusaciones, falsos testimonios, injurias y blasfemias: y no ménos las respuestas de Christo nuestro Señor, tan llenas de sabiduría y de humildad, de mansedumbre y de entereza, de modestia y de magestad: y sobre todo se debe considerar el silencio del Salvador, que fué tan grande y en tal ocasion, que bastó para que el Juez, siendo Gentil, se admirase vehementemente.

La tercera, considerar las obras que se hacian; conviene á saber, por una parte los tormentos, y la manera y gravedad de ellos: y por otra la paciencia y mansedumbre, y las demas virtudes que resplandecian en el Salvador.

La quarta, pasar á lo interior del corazon de Christo nuestro Señor, y considerar sus tristezas y congojas, y las causas y motivos de ellas; y mucho mas el deseo y hambre de padecer, la sed de la salud de las almas, y el encendido amor y caridad de Dios y de los hombres, con que padecia, y los demas afectos y sentimientos de su sagrado Corazon.

La quinta, subir mas arriba

á la consideracion de su Divinidád y mirar como estaba escondida y disimulada sufriendo aquellas injurias, y no estorvando la tristeza, ni los tormentos de la santísima Humanidad, ni castigando á los atormentadores; ántes los sustentaba, y les daba ser y movimiento, &c. Item; como estaba dando valor infinito á las pasiones de Christo: Item, como estaba reconciliando á todo el mundo con su Padre, consigo, y con el Espíritu Santo, como lo dixo el Apóstol, (6) que Dios estaba en Christo, reconciliando el mundo consigo: *Quoniam quidem Deus erat in Christo mundum reconcilians sibi.*

(6) 2. ad Cor. 5. n. 19.

(7) Ad Galat. 3. n. 20.

La sexta, mirar por quién padece estas penas; conviene á saber, por mí y por mis pecados; y considerar que será razon que yo haga y padezca en retorno y agradecimiento de tan alto beneficio: y ayudará mucho mirar estos misterios, como si se hubieran obrado por mí solo. Porque yo estuve tan presente á los ojos de Christo, nuestro Señor, quando padecia, como si yo fuera solo, y no hubiera otro en el mundo; y á mí me cupo tanta parte, y me puedo aprovechar tanto de estos merecimientos, como si yo fuera solo el que se aprovechaba de ellos. Porque no goza menos cada uno de la luz del Sol, por haber otros muchos que gocen de ella, ni la gozara mas si fuera él solo y no hubiera otro ninguno en el mundo; y finalmente, porque la caridad de Christo, nuestro Señor, fué tanta; que si necesario fuera, padeciera por mí solo, lo que padeció por todo el mundo. Y por todas estas razones debo hacerme á mí solo todo el cargo de este beneficio, y tenerme por obligado á agradecerle y aprovecharme de él, como si fuera yo solo. De esta manera parece, que meditaba la Pasion el Apóstol San Pablo, quando decia: (7) *Qui dilexit me, & tradidit simetipsum pro me*: Que me amó á mí, y se entregó á sí mismo por mí.

Estas son las circunstancias de que se puede ayudar el entendimiento, para entretener y dilatar su discurso en la meditacion de la sagrada Pasion; mas no por eso es necesario meditarlas todas en cada punto, ni por este órden, que aquí se pone; pero puédense considerar todas, ó algunas, y por el órden que fuere mas acomodado, sin hacer violencia á la Historia, ni perder el gusto, que suele traer ella misma consigo: y por eso, lo mejor es dexarse lle-

llevar del corriente de la Historia, discurriendo y ponderando aquella circunstancia que fuere mas á propósito de ella.

§. V.

Qué afectos se pueden sacar de la meditacion de la Pasion, para ayudar á la voluntad.

Para ayudar á la voluntad (á la qual se endereza toda la meditacion) se deben advertir los afectos buenos y provechosos, que se pueden sacar de la consideracion de la Pasion: los quales apunta nuestro Santo Padre en el tercer preludió de la tercera semana, donde dice así: *El tercero, demandar lo que quiero: será aquí dolor, sentimiento y confusion: porque por mis pecados va el Señor á la Pasion.* Y en el quarto punto dice: *El quarto, considerar lo que Christo nuestro Señor padece en la Humanidad, ó quiere padecer, segun el paso que se contempla: y aquí comenzar con mucha fuerza, y esforzarme á doler, tristar y llorar; y así trabajando por los otros puntos que se siguen.* Y en el sexto punto dice así: *El sexto considerar como todo esto padece por mis pecados, &c. y qué debo yo hacer y padecer por él* Todas estas son palabras del Santo Padre; y declarando mas en particular esta su doctrina, para que sepa el que ora lo que debe desear y pretender, y adónde ha de encaminar su meditacion, se pueden notar los afectos siguientes.

El primero, es de compasion, cosa muy debida á qualquiera que padece por nuestra causa. Y es mucho de considerar que así como Dios nuestro Señor quiso honrar la muerte de su Hijo con lágrimas y lamentaciones de aquellas piadosas Mugeres y santas Matronas que le acompañaban y seguian, así ha conservado siempre, y conserva hasta el dia de hoy este espíritu en su Iglesia de almas devotas, que así se afligen y lloran la Pasion del Señor, como si se hallasen presentes á ella: lo qual parece que profetizó Zacharías, (8) quando dixo: *Aspicient ad me, quem confixerunt, & plangent eum planctu, quasi super unigenitum, & dolebunt super eum, ut doleri solet in morte primogeniti: in die illa magnus erit planctus in Jerusalem, &c.* Mirarán (dice) al que enclaváron, y llorarán sobre él con grande llanto, y se dolerán sobre él, como se suelen doler quando muere el Hijo Primogénito: en aquel dia habrá grande llanto en Jerusalen, &c.

(8) Zach. 11. n. 10.

El segundo, aborrecimiento del pecado, que fué el principal verdugo, que llevó á la muerte al Señor, y el que hizo feo, y como leproso al mas hermoso de los hombres. No está para ser visto (dice Isaías) ni tiene hermosura; verdaderamente, que él llevó nuestras enfermedades, y tomó sobre sí nuestros dolores: y nosotros le tuvimos como leproso, y como herido, y humillado de la mano de Dios; pero él fué llagado por nuestras maldades, &c. (9) *Non est species ei, neque decor, &c. Veré languores nostros ipese tulit, & dolores nostros ipse portavit: & nos putavimus eum quasi leprosum, & percusum á Deo, & humiliatum: ipse autem vulneratus est propter iniquitates nostras, attritus est propter scelera nostra, &c.*

(9) Isaiæ 53. n. 4.

El tercero, temor de la Divina Justicia: este fruto nos enseñó á sacar el Salvador, quando hablando con las mugeres que le seguian, les dixo: (10) *Filiæ Jerusalem, nolite flere super me, super vos ipsas flere, & super filios vestros, &c. quia si in viride ligno hæc faciunt, in arido quid fiet?* No lloreis sobre mí, hijas de Jerusalen, sino llorad sobre vosotras, y sobre vuestros hijos: porque si en el árbol verde y fructuoso se hace este castigo por culpas agenas, ¿qué se hará en el árbol seco por las suyas propias?

(10) Lucæ 23. n. 28.

(11) Lucæ 24. n. 26.

(12) Lucæ 24. n. 46.

(13) Ad Roman. 8. n. 32.

El quarto, es admiracion de la sabiduría y bondad de Dios, que halló y puso en execucion medio tan conveniente para gloria suya, para satisfaccion de su justicia, para demonstracion de su misericordia, para remedio del mundo, y para destruccion del pecado, y del Infierno. Todo lo qual ciñó el Salvador en aquella palabra: (11) *Por ventura no convenia que padeciese Christo, &c.* Y en otra parte: (12). *Porque así estaba escrito, y así convenia que Christo padeciese, &c.*

El quinto, es esperanza, que quien nos dió lo que es mas, no nos negará lo que es ménos. Este sentimiento se halla freqüentemente en San Pablo, que nos enseña á sacar este fruto de la Sagrada Pasion, y hace el argumento, así de parte de Dios, que nos hizo este beneficio, como de parte nuestra, que le recibimos; de lo primero dice: (13) *Qui etiam propio filio suo non perpecit, sed pro nobis omnibus tradidit illum, quomodo non etiam cum illo omnia nobis donavit?* El que no perdonó aun á su propio Hijo, sino que le entregó á la muerte por todos nosotros, ¿cómo no nos ha

ha dado ya todas las demas cosas juntamente con él? De lo segundo dice: (14) *Si enim cùm inimici essemus reconciliavit nos Deus per mortem filii ejus, multò magis reconciliati salvi erimus in vita ipsius.* Si la muerte (dice) del Hijo de Dios tuvo tanta fuerza, que nos reconcilió con su Padre, quando eramos sus enemigos, mucho mejor serémos salvos por virtud del mismo Señor vivo, y resucitado, despues de estar amigos, y reconciliados con Dios. Que fué como si dixera, usando de una galana acomodacion: Si su muerte nos resucitó quando estabamos muertos, mucho mejor su vida nos ha de salvar, quando ya estamos vivos: y á estas dos cabezas se pueden reducir los motivos de esperanza, que podemos sacar de la Sagrada Pasion.

El sexto, es amor de quien tanto nos amó, y tal beneficio nos hizo. Porque en esto subió de punto Dios su amor para con nosotros, que siendo, como eramos pecadores, Christo, Señor nuestro, dió su vida por nosotros. (15) *Commendat autem charitatem suam Deus in nobis, quoniam cùm adhuc peccatores essemus, Christus pro nobis mortuus est.*

El Séptimo, es la imitacion de las virtudes, que mas resplandecen en la Pasion del Salvador, el qual es principalísimo fruto de este exercicio. De él dixo el Apóstol San Pedro: (16) *Christus passus est pro nobis relinquens exemplum, ut sequamini vestigia ejus, &c.* Christo (dice) padeció por nosotros, para dexaros á vosotros exemplo, para que sigais sus pisadas, el qual quando le maldecian, no volvia maldiciones; y quando padecia, no hacia amenazas, &c.

El octavo, es armas, y remedios contra todas las tentaciones. Porque ¿qué otra cosa hay que así anime para pelear, y ayude para vencer, y debilite nuestros enemigos, y los ponga en huida, como la memoria de la Pasion? Este fruto nos dió á entender el Apóstol San Pedro, quando dixo: (17) *Christo igitur paso in carne, & vos eodem cogitatione armamini, &c.* Habiendo (dice) padecido Christo en su carne, armaos vosotros con ese mismo pensamiento.

El nono, es zelo de las almas, porque no puede dexar de estimarlas, y amarlas, y ponerse á qualquier trabajo por ellas, el que considera quánto Dios las amó, y estimó, y quánto precio le costó su rescate. Con esto atemorizó el Apóstol San Pablo á los que escandalizaban á sus pro-

(14) Ad Roman. 5. n. 10.
(15) Ad Roman. 5. n. 8.
(16) 1. Pet. 2. n. 21.
(17) 1. Pet. 4. n. 10.

próximos. Y parecerá (dice) por tu causa tu hermano, que es flaco, por el qual murió Jesu-Christo: (18) *Et peribit infirmus in tua conscientia frater, propter quem Christus mortuus est.* Y con esto mismo se anima á trabajar y padecer por la conversion de las almas, viendo que llevaba adelante lo que Christo nuestro Señor habia padecido por ellas, y que suplia lo que el mismo Señor no podia ya padecer, por estar glorioso, y lo que padeciera por su inmensa caridad, si ni lo estuviera: (19) *Et adimpleo ea, quæ desunt passionum Christi in carne mea pro corpore ejus, quod est Ecclesia.* Yo (dice) cumplo en mi carne lo que le faltó por padecer á Jesu-Christo, para llamar y convertir, y enseñar, y perfeccionar todos los fieles, y para acabar de formar y hermosear su Cuerpo místico, que es la Iglesia. Y esto mismo hacen todos los Predicadores y Ministros del Evangelio, hasta la fin del mundo.

(18) 1. Cor. 8. n.11.

(19) Colos. 1.num. 24.

El décimo fruto que se puede sacar de la meditacion de la Pasion, es ofrecerse, y dedicarse del todo al servicio y voluntad de Jesu-Christo, con íntimo agradecimiento de tan inestimable beneficio, como esclavos comprados con tan alto precio: (20) *Nemo enim nostrum sibi vivit, & nemo sibi moritur: sivè enim vivimus, Domino vivimus: sivè morimur, Domino morimur: sivè ergo vivimus, sivè morimur Domini sumus. In hoc enim Christus mortuus est, & resurrexit, ut & mortuorum, & vivorum dominetur.* Ninguno de nosotros (dice el Apóstol) ha de vivir ya para sí, ni morir para sí; esto es, para sus gustos, ó ganancias particulares: así, que si vivimos, para este Señor vivimos: y si morimos, para este Señor morimos: luego ya sea vivos, ya sea muertos, siempre somos de este Señor. Porque para esto murió Jesu-Christo, y resucitó para ser Señor de los vivos y de los muertos. Y en otra parte dice: (21) *Et pro omnibus mortuus est Christus, ut & qui vivunt jam non sibi vivant, sed ei, qui pro ipsis mortuus est, & resurrexit.* Para esto (dice) murió por todos Jesu-Christo; conviene á saber, para que los vivos no vivan ya para sí, sino para aquel que murió por ellos, y resucitó, &c. Otros muchos afectos buenos se pueden sacar de la meditacion de la Pasion del Señor; pero basta para nuestro intento haber tocado los sobredichos.

(20) Ad Romanos, 14.n.2.

(21) 2. Cor. 5.n.15.

Del

Del coloquio.

§. VI.

AL fin de la meditacion se debe hacer un coloquio, hablando con Christo, nuestro Señor, como si le tuviesemos presente en aquel mismo paso, que habemos meditado, compadeciéndonos en sus dolores, estimando su inmensa caridad, agradeciendo tan grande beneficio, representando nuestras necesidades, pidiendo el remedio de ellas, acusándonos á nosotros mismos de haber sido causa con nuestros pecados de tan acerba Pasion, ofreciéndonos á hacer, y padecer muchas cosas por este Señor; y finalmente, rogando por todas aquellas personas, y negocios, que se nos hubieren encomendado.

De todo lo qual se sigue, quan grande campo se descubre en la meditacion de la sagrada Pasion. Porque toda la Historia se puede dividir en muchas partes, y cada parte en muchos puntos; y en cada punto se pueden ponderar diferentes circunstancias: y de la ponderacion de cada una se pueden dispertar diferentes afectos: y con qualquiera afecto de estos se pueden hacer varios coloquios, y de esta manera puede dilatarse el que ora, y entretenerse á veces mucho tiempo en un solo punto, ó paso de la Pasion.

Esto es lo que ha parecido decir ahora brevemente, para dar alguna luz, y forma de meditar á los que desean ocuparse provechosamente en este exercicio, remitiendo lo demas para tratarlo á la larga, y de propósito en sus propios lugares. Ahora volvamos al intento de este tratado, que es escribir la Historia de la Sagrada Pasion.

PREÁMBULO Á LA HISTORIA DE LA SAGRADA PASION.

LA Muerte, y Pasion, con que nuestro Rey, y Salvador Jesu-Christo dió remate á su santísima Vida, y gloriosa predicacion, por redimir del miserable cautiverio de la culpa, y dar la salud espiritual de la gracia, y la bienaventuranza eterna de la Gloria á todo el Linage Huma-

mano: por qualquier parte que la miremos: ya sea por parte de la persona que padece, ya de las cosas que padece, ó del fin porque las padece, es la cosa mas alta, y la mas divina, y secreta, que ha sucedido en el mundo, despues que Dios le crió, ni sucederá hasta el fin de él. Y para mayor claridad de esta Historia, será bien presuponer brevemente la ocasion que tomáron los Pontifices, y Fariséos, para levantar esta tempestad, y determinar en su Concilio una muerte tan ignominiosa para un Señor, que quando se quisieran cegar para todo lo demás, por lo ménos no podian negar, sino que habia sido ilustrísimo Profeta, y Bienhechor insigne de toda su Republica: y juntamente notarémos las cosas que el mismo Señor hizo en cada uno de los dias de aquella postrera semana de su Vida, que ahora por memoria de su santísima Muerte llamamos Santa. El caso, pues, pasó de esta manera.

Fué tan grande, y evidente, y tan público aquel milagro de la resurreccion de Lazaro, que con el resplandor de tanta luz se acabáron de cegar, y endurecer los corazones de los Judíos. Porque dado caso que muchos creyéron; pero otros llenos de envidia, y de furor infernal volviéron á Jerusalen (1) á contar, y públicar lo que en Bethania habia sucedido. Con esta ocasion juntáron Concilio los Pontifices, y Fariséos; y despues de haber dado, y tomado sobre el negocio, se resolviéron en que era necesario poner algun remedio, para que no pasasen adelante las maravillas, que obraba el Señor. Porque á no hacerlo así, sería cierto, que todos creerian en él; de lo qual resultaria, que los Romanos presumiesen, que se amotinaban, y rebelaban contra ellos, y viniesen con mano armada á destruir su Templo, y su Ciudad.

(1) Joan. 11. n. 46.

Con este miedo, nacido de su codicia, y ambicion, ó por ventura queriendo dar color con ese zelo del bien público á la envidia, y al ódio, que tenian concebido en sus entrañas, no halláron otro medio para atajar los milagros, sino acabar con su vida, y así se determináron de dár la muerte al Salvador. Y moviendo el Espiritu Santo la lengua infame de Cayfás, por respecto del oficio, y dignidad, que tenia de Sumo Sacerdote, dió resolucion á lo que se habia conferido en el Concilio, diciendo, ser cosa conveniente, que muriese

uno, porque no pereciese todo el Pueblo. Y esta sentencia, entendida como se ha de entender, no la dixo él de su cabeza, sino que siendo como era Pontífice de aquel año, profetizó, que Christo, nuestro Señor, habia de morir por los pecados de su Pueblo; y no solamente por el Pueblo Judayco, sino tambien para recoger las Ovejas, que estaban derramadas en la Gentilidad, y llamar á su Iglesia (2) los que estaban predestinados para hijos de Dios. Desde el dia, pues, de este Concilio quedaron determinados á darle la muerte; y como á hombre, cuya vida era contraria al bien público, (3) dieron mandamiento general, que todos los que supiesen de él, le manifestasen, para que fuese preso, y se executase la sentencia.

En lo qual se descubria la ceguedad, y perversion de estos Jueces; porque primero diéron la sentencia, y despues hicieron el Proceso. La sentencia de muerte la diéron en este Concilio, estando el Señor ausente, sin tomarle su confesion, ni oirle sus descargos, movidos tan solamente de la envidia de sus milagros, y del temor de perder sus bienes temporales. Y si despues en el discurso de la Prision hubo acusadores, y testigos, y fué preguntado de sus Discípulos, y Doctrina, todo fué color, y apariencia, y hacer fuerza á todas las cosas, para que el Proceso viniese bien con la primera sentencia. Y así suelen ser muchas veces nuestras determinaciones nacidas de pasion, y de intenciones torcidas, y viciosas; y queremos despues hacer fuerza á la razon, para que venga bien con ellas.

Pues como supo el Salvador esta sentencia, y el mandamiento de prision, que los Pontífices habian dado contra él, para que como á enemigo público, qualquiera del Pueblo tuviese obligacion de declararle, retiróse á la region, que está cerca del Desierto, á una Ciudad, que se llamaba Efrén; (4) y allí se entretuvo con sus Discípulos por aquellos dias, para dar lugar á la ira de sus enemigos, y para esperar el tiempo de su muerte, que le tenia señalado el Padre Eterno, y para darnos exemplo á nosotros de tomar tiempo, y escoger lugar conveniente, para aparejarnos á salir de esta vida. ¿Quién dirá en qué ocupó estos dias en aquella Ciudad el Salvador? ¿Qué pensamientos tenia, estando tan cercano á su muerte? ¿Qué pláti-

(2) Joan. 11. n. 52.

(3) Joan. 11. n. 56.

(4) Joan. 11. n. 54.

ticas, y conversaciones ¿ Y quánta fué la tristeza de los Discípulos, y con qué palabras del Cielo serían enseñados y animados de su Maestro?

Llegóse con esto el tiempo conveniente, y partióse (5). el Salvador del Desierto, y Ciudad de Efrén, para venir á padecer, y morir en Jerusalen, con tan grande constancia, (6) y determinacion, y con tanto fervor, y ligereza, (7) que llevaba á todos la delantera; de manera, que los mismos Discípulos iban admirados de ver esta novedad.

En este camino tomó aparte sus doce Apóstoles, y en secreto, y á solas les dió cuenta de las injurias y de los tormentos, y muerte, que le estaban aguardando en Jerusalen, y despachó la peticion de la madre de los hijos del Zebedeo, (8) que pretendia para ellos los dos mejores lugares del Reyno de Dios. Y prosiguiendo su camino, y llegando á la Ciudad de Jericó, dió vista á un Ciego, (10) que á voces se la pedia: y entrando en la Ciudad, se fué á hospedar en casa de Zacheo, (11) convidándose él mismo, y entrándose por las puertas de el que le deseaba conocer, y tenia mayor voluntad de regalarlo, dando salud con su presencia á toda aquella casa, y obrando la conversion de aquel pecador, y Príncipe de Publicanos. A la salida de la Ciudad se fué tras él gran muchedumbre de gente, (12) y sanó otros dos ciegos, que estaban junto al camino; y entendiendo que pasaba por él, le daban voces para que se compadeciese de ellos. De esta manera, yendo el Señor á padecer, y morir, por donde quiera que pasaba, iba haciendo mercedes, y abriendo los tesoros de su poder, y derramando la dulzura de su misericordia, y dexando señales, y rastros de quien era.

Prosiguiendo, pues, en esta forma su camino, vino á llegar á Bethania seis dias ántes de la Pascua, como dice San Juan; (13) y como solia el Salvador hospedarse de ordinario en este lugar, y tenia en él tantos conocidos, y devotos, y por otra parte estaba tan fresca la memoria de aquella grande maravilla de la resurreccion de Lázaro, todos tenian deseo de regalarle, y festejarle, y dar algunas señales de su agradecimiento: por esta causa se detuvo allí el Señor el dia que llegó, donde le hiciéron un gran convite en casa de Simon, hombre principal, y muy aficionado, y obligado, por haber sido

(5) Matth. 10. 20. n. 17.
(6) Luc. 9. n. 51.
(7) Marci 10. n. 31.
(8) Matth. 20. n. 20.
(9) Marci 10. n. 35.
(10) Luc. 18. n. 35.
(11) Luc. 19. n. 1.
(12) Matth. 20. n. 19.
(13) Joan. 12. n. 5.

curado de la lepra, del Salvador. Lázaro el resucitado era uno de los convidados que estaban á la mesa: Marta su hermana servia á ella; y María Magdalena, tomando un vaso de unguento preciosísimo, ungió los Pies del Salvador, y los limpió con sus cabellos; y despues quebrando el vaso, le derramó todo sobre su cabeza, de manera, que extendió por toda la casa el buen olor: Judas murmuró, teniendo esto por prodigalidad, y los demás Discípulos parece que le siguiéron; y el Salvador con su acostumbrada benignidad les fué á la mano, alabando el oficio que habia hecho aquella Muger, y mostrando que habia recibido con gusto aquella honra y regalo, que era representacion, y le habia traido á la memoria el dia de su sepultura, que estaba tan cerca. Con esta ocasion de haber vuelto el Salvador á Bethania, luego que se supo en Jerusalen, vino tanta muchedumbre de gente, no solo por vér á Jesus, sino tambien por ver á Lázaro despues de resucitado, que los Príncipes de los Sacerdotes perseverando en su envidia y ceguedad, y en el vano temor que habian cobrado, tomáron acuerdo y resolucion, de matar á Lázaro, porque muchos por su causa creian en el Salvador.

Otro dia siguiente, que fué Domingo, salió el Salvador de Bethania, y vino á Jerusalen, (14) donde se le hizo aquel solemne recibimiento con los ramos, y aquella tan honrosa aclamacion de Hijo de David. Toda la gente iba dando testimonio del poder y magestad con que llamó á Lázaro, quando estaba en la sepultura: y esta fué la causa (15) de haberle salido á recibir con tanta pompa, y con ceremonias de tanta honra, y solemnidad. Quando llegó ya cerca, y á vista de la Ciudad, (16) se enterneció, y lloró sobre ella, y le anunció el castigo riguroso que le esperaba, por no quererse aprovechar de la ocasion presente, y de la salud y paz, que se le entraba por las puertas.

(14) Joan. 12. n. 12.

(15) Joan. 12. n. 17.

(16) Luc. 12. n. 41.

Con el ruido de esta entrada, y de recibimiento tan solemne, toda la Ciudad se removió, (17) preguntando unos á otros: quién es éste? y por no olvidar su antigüa costumbre, y hacer mercedes como Rey, el que habia sido recibido en la Ciudad como tal, entrando en el Templo, sanó todos los cojos y ciegos, que allí estaban: de lo qual recibian tan grande enojo los Sacerdotes, y Escribas

(17) Matth. 21. n. 10.

bas, que no podian disimularlo, y le hacian cargo, porque consentia á los niños, que le aclamasen por Hijo de David, y porque no iba á la mano, y reprehendia á los que creian en él, porque le confesaban á voces Rey de Israel. (18) Pero el Salvador no hizo caso de ellos, teniendo por excusado hacer callar á los hombres en una causa tal, que quando ellos callasen, las piedras, y las paredes hablarian. Y oyendo de buena gana las voces, y predicacion de los niños; (19) pues estaba escrito, que de su boca de ellos habia de sacar Dios las alabanzas; despues de toda esta fiesta, siendo yá tarde, mirándolos á todos, (20) y no habiendo quien le hospedase, ni convidase á comer, se tornó á salir de la Ciudad, y se volvió con sus Discípulos á Betania aquella noche.

Otro dia siguiente, que fué Lunes, luego por la mañana, (21) salió de Betania para volver á Jerusalen; y sintiendo hambre, (22) vió de lexos una Higuera, que estaba junto al camino, verde, y bien poblada de hojas, y vino caminando á ella, por ver si hallaba alguna cosa que comer; y no hallando mas que las hojas, le echó su maldicion, oyendolo sus Discípulos, y dixo: Nunca para siempre tengas mas fruto, ni hombre alguno le coma de tí: y despues de haber llegado á la Ciudad, entrando en el Templo, lleno de zelo de la honra de su Padre, empezó á echar de allí los que vendian, y compraban, trastornando las mesas del dinero, y los asientos de los que vendian Palomas, y se puso con gran fuerza, y autoridad (23) á estorvar, que no atravesase nadie con ninguna cosa por el Templo; y aunque no pudieron resistir á la virtud, y magestad con que esto obraba; pero concibieron grande ira, y ódio contra él, y buscaban traza para quitarle la vida, porque le habian cobrado miedo, (24) viendo que la turba del Pueblo le seguia, y oía su doctrina con admiracion. Y aunque es verdad, que esta Historia del Templo la pone San Mateo consecutivamente (25) á la entrada de los ramos; pero San Marcos, que notó el dia, (26) dice, que fué otro dia despues; conviene á saber, el Lunes: y siendo yá tarde, (27) se salió otra vez de la Ciudad al Monte de las olivas, como lo tenia de costumbre por las noches, (28) y se aposentaría en Betania, que está á la falda de este Monte, y donde él se hospedaba de ordinario.

(18) Luc. 19. n. 39.
(19) Matth. 21. n. 16.
(20) Matth. 21. n. 17.
(21) Matth. 21. n. 18.
(22) Marc. 11. n. 13.
(23) Marc. 11. n. 16.
(24) Marc. 11. n. 18.
(25) Matth. 21. n. 12.
(26) Marc. 11. n. 15.
(27) Marc. 11. n. 19.
(28) Luc. 21. n. 37.

Otro

Otro dia siguiente, que fué el Martes, luego por la mañana volvió á la Ciudad; y pasando por el mismo camino del dia de antes, echáron de ver los Discipulos, como la Higuera, que el Señor maldixó, se habia secado: y esta maldicion del Salvador, ni fué ímpetu de ira, porque no cabia en él, ni fué castigo de la Higuera, porque ni le merecia; (29) pues no era tiempo de higos, ni quando lo mereciera, lo sentia; solamente fué misterio, y representacion de la Sinagoga, que teniendo tantas hojas de ceremonias, y apariencias, nunca llevó el fruto, que habia pretendido el Señor, que la plantó, aun quando era tiempo, y tenia obligacion de llevarle, y por eso quedó maldita, y se secó para no llevarle para siempre.

Llegando el Señor este dia al Templo, que fué el Martes, y cercandole los Escribas, y Fariséos, y los Sacerdotes, y ancianos, les respondió á varias preguntas que le hiciéron, y les convenció en otras que les hizo; y lo que habia pasado en mysterio por la Higuera, se lo predicó en diferentes parábolas, con que les daba á entender, que habian de ser desechados, y reprobados, como se vé en el capítulo 21. y 22. de San Mateo, y luego los reprehendió asperamente, y con palabras claras, y manifiestas, sus pecados, y abusos, como se ve en todo el capítulo 23. y se despidió de ellos con aquellas palabras tan sentidas, en que estaba clara la sentencia de su reprobacion: (30) *Ecce relinquetur vobis domus vestra deserta.* Que fué tanto como decirles: Vuestro Templo se quedará presto sin morador; porque Dios no morará de aquí adelante en él, y como casa desierta, y sin morador, se vendrá á tierra: porque os digo de verdad, que pasado este tiempo, no me veréis jamas, hasta que de fuerza, ú de grado me confeseis por Rey, y digais: Bendito sea aquel, que vino en el nombre del Señor, que fué tanto, como remitirlos al dia postrero del Juicio, quando con el rigor del castigo, y la pena de su condenacion reconociesen la grandeza de su Magestad. Y con esta reprehension, y despedida tan llena de constancia, y de verdad, concluyó el Salvador sus Sermones, y se los dexó, y se salió del Templo, que fué Martes por la tarde.

(29) Marc. 11. n. 15.

(30) Matth. 23. n. 38.

Saliéndose, pues, del Templo con determinacion, y por ventura con muestras de indignacion de la dureza, y obstina-

nacion de aquel Pueblo; los Discípulos, que veian esto, y le habian oido decir que habia de quedar desamparado el Templo, y habia de ser destruido, movidos de admiracion, ó de lastima, ó compasion, se llegáron mansamente al Salvador, y le mostraban, (31) y le hacian que mirase la grandeza, y magestad de aquel edificio, y las riquezas del Templo. Y el Salvador les respondió, afirmándose otra vez, en que habia de ser destruido, sin que quedase piedra sobre piedra en él. Y pasando adelante en su camino, y estando asentado en el Monte de las Olivas, á vista del Templo, y de la Ciudad, le tornáron á preguntar sus Discípulos, del tiempo en que esto habia de suceder, y de las señales de su postrera venida. Y con esta ocasion les predicó el Salvador del Juicio final, y de las señales de aquel dia, y todo lo que está en el capítulo 24. y 25. de San Matéo; y concluyó su plática, diciendo, (32) que de allí á dos dias habia de ser muerto, y crucificado.

(31) Matth. 24. n. 1.

(32) Matth. 26. n. 2.

El Miércoles siguiente parece que se quedó el Salvador en Bethania todo el dia, porque no se halla, que volviese otra vez á Jerusalen, hasta que entró el Jueves á celebrar la Pascua. En este dia, ó por entónces debió de ser, quando los Príncipes de los Sacerdotes, y los ancianos del Pueblo, irritados con la reprehension del dia de ántes, se juntáron otra vez en el Palacio del sumo Sacerdote á hacer contra el Salvador aquel Concilio, de que San Matéo (33) hace mencion; y habiendo ya decretado en el primer Concilio de dar la muerte al Salvador, en éste determináron otras dos cosas. La primera, quanto al modo, que le prendiesen con maña y con engaño. La segunda, quanto al tiempo, que lo dilatasen despues de la Pascua; y esto no por zelo de religion, sino de temor, que habiéndose de juntar tanta gente en Jerusalen, que conocia y estimaba, y habia recibido beneficios del Salvador, no le levantasen algun motin y alboroto, que les quitasen el preso de los manos, y se estorvasen sus intentos. Esto es lo que salió de esta Junta, la qual por haberse hecho el Miércoles, se ayunaba este dia antiguamente en la Iglesia, como dice San Agustin: (34) y parece misterio, que notó el Evangelista, que en el mismo tiempo que el Salvador decia, que habia de ser crucificado en el dia so-

(33) Matth. 26. n. 3.

(34) August. Ep. 86.

solemne de la fiesta, en ese mismo estaban los Pontífices decretando en su Concilio, que no fuese en el dia de la fiesta. Porque así se vea como el tiempo, y lugar, y las demas circunstancias de la Pasion, se decretáron todas en el Consejo Divino, el qual prevaleció contra el consejo de los hombres, y la ocasion de mudar su parecer parece que pudo ser esta.

Andaba Judas indignado y mal tentado contra el Salvador y su doctrina; y entendiendo que los Pontífices, y Fariséos trataban en su Concilio de buscar alguna traza como sin alboroto del Pueblo lo pudiesen prender, y dar la muerte, no quiso perder esta ocasion, y así se fué para ellos, y se ofreció, que si bien se lo pagaban, se lo entregaria y pondria en las manos: ellos tuviéron por hecho su negocio con la buena industria de Judas, y asentáron con él lo que le habian de dar por esta venta; y desde entónces se puso Judas en cuidado de buscar alguna buena ocasion, (35) para entregárselo á solas y sin ruido. De lo qual se saca, que este contrato, y venta no la hizo Judas la misma noche de la Cena, sino algun dia, ó dias ántes, en los quales andaba buscando esta buena ocasion de entregarle. Ni parece que la hizo ántes de este Concilio; porque si estuviera hecho este concierto, no trataran los Pontífices del modo que habian de tener para prender á Jesus con engaño; y así parece mas probable lo que comunmente se piensa, que sabiendo Judas lo que se trataba en el Concilio, vino á darles la traza que buscaban, teniendo por buena coyuntura para vender, la sed y codicia de los que habian de comprar, y por eso les dixo: *Quid vultis mihi dare, &c?* Como si dixera: Si tanto deseais haberle en las manos, sin ruido y con engaño, ¿qué me quereis dár? Que yo os le entregaré, y cumpliré vuestro deseo.

(35) Matth. 26. n. 16. Marc. 14. n. 11. Lucæ 22. n. 6.

Holgáronse (36) los Sacerdotes de tan buena ocasion para cumplir sus malos intentos, y por no perderla, determináron de executar su furor en el mismo dia primero, y solemnísimo de la Pascua, contra lo que tenian tratado en el Concilio: ni es de maravillar, que gente tan supersticiosa guardase tan mal esta fiesta. Pues tambien otras veces (37) en la fiesta de los Tabernáculos, y en la de los Encenios, (38) ó renovacion del Templo, le habian querido prender y apedrear. Porque los que estaban cie-

(36) Marc. 14. n. 11. Lucæ 22. n. 5.

(37) Joan. 7. n. 2. & 30.

(38) Joan. 10. n. 22. 30. 39.

ciegos para pedir la muerte al Santo é inocente, ¿qué mucho que lo estuviesen para quebrantar la fiesta? Aunque tambien pudiéron dar algun color á esta su maldad, teniendo al Salvador por hombre tan sacrílego y blasfemo, que les pareciese que era honra de Dios, y guarda de la Ley crucificarle en la fiesta, como á quebrantador, que ellos decian que era de las fiestas. Finalmente no halláron otra razon para dexarle de crucificar el dia de la fiesta, sino el temor de que no se alborotase el Pueblo; y viendo que este inconveniente cesaba con la traza que habia ofrecido Judas, mudáron de parecer, y no quisiéron tener mala Pascua, dexando en ella vivo al Salvador.

Amaneció el Jueves, que fué aquel año el dia catorce de la primera Luna de Marzo. En este dia concurrian dos solemnidades. La primera, el sacrificio del Cordero Pascual, con todas sus ceremonias, (39) el qual se habia de hacer en la Luna catorce por la tarde; y por el consiguiente se habia de hacer aquel año Jueves por la tarde ántes de ponerse el Sol. La segunda solemnidad era la que llamaban de los Acimos, (40) que duraba por siete dias, desde los quince de la Luna, hasta los veinte y uno; y el primer dia, que era solemnísimo, empezaba Jueves por la tarde, segun la costumbre de los Judíos, que celebraban sus fiestas desde la una tarde hasta la otra siguiente; y de aquí se entiende del diferente modo de hablar que tienen los Evangelistas. Porque San Juan dice (41) que el Salvador cenó la última Cena, y lavó los pies á sus Discípulos un dia ántes de la fiesta de la Pascua, llamando dia de fiesta, ú dia solemne de Pascua el Viernes, que fué el primer dia de los Acimos. Los otros tres Evangelistas (42) dicen que el primer dia de los Acimos envió el Salvador dos Discípulos suyos á aparejar el lugar donde habia de celebrar la Pascua; y llaman primer dia de los Acimos el Jueves, porque aquella noche se empezaban á comer los panes Acimos con el sacrificio del Cordero.

Conforme á esto, el Jueves por la mañana fué quando envió el Salvador dos de sus Apóstoles desde Bethania con ciertas señas á Jerusalen, para apercebir el lugar donde habia de celebrar la Pascua: al qual fué despues él con sus Discípulos todos, y á la tarde á hora competente hizo el Sacrificio del

Cor-

(39) Exod. 12. n. 6.

(40) Exod. 12. n. 18.

(41) Joan. 13. n. 1.

(42) Matth. 26. n. 17. Marc. 14. n. 12.

Cordero con las ceremonias que mandaba la ley. Siguióse la Cena comun y ordinaria, el Lavatorio de los pies, la Institucion del Santísimo Sacramento, y todo lo demas por su órden, hasta que fué preso y presentado al Sumo Sacerdote.

El Viernes se fué prosiguiendo el proceso de la Pasion, hasta que fué crucificado, y murió á la hora de nona en la Cruz. Este mismo dia del Viernes llamó San Juan: (43) *Parascevè Pascha*: y es lo mismo, que lo que dixo San Marcos: (44) *Parasceve, quod est ante Sabbathum*; y parascevé significa lo mismo que preparacion, que por quanto el Sábado (45) no era lícito aparejar la comida, ni aun encender fuego, por eso les mandaba Dios (46) que el Viernes aparejasen la comida del Sábado, y por eso se llama el Viernes *Parascevé, quod est ante Sabbathum*; y porque este Sábado caia dentro de los siete dias de la Pascua, dixo San Juan, que era grande (47) con particularidad aquel dia del Sábado, porque concurrian en él el ser Sábado, y el ser uno de los dias de la Pascua, y la muchedumbre de forasteros que habian venido á la Pascua, y se detenian en Jerusalen, por no poder caminar en Sábado á sus Lugares: todo lo qual junto hacia que fuese aquel Sábado tan grande y tan solemne.

Pues por todas estas razones (como dice San Juan) (48) se diéron tanta priesa los Judíos á quitar la vida á los crucificados, porque ántes que entrase el Sábado pudiesen quitar los cuerpos de las Cruces, y darles sepultura, pensando por ventura que no les era lícito hacer esto en el Sábado, en que les estaban prohibidas muchas mas obras, que en las otras fiestas, principalmente habiéndolo podido prevenir, y estando mandado en la Ley, (49) que los cuerpos de los justiciados se quitasen el mismo dia de la Cruz, y se les diese sepultura. Segun esto, el mismo Viernes por la tarde fué nuestro Salvador quitado de la Cruz, y sepultado.

El Sábado los Discípulos, y las mugeres santas que acompañaban al Salvador, estuviéron en su recogimiento quietas, (50) conforme al mandamiento de la Ley. Y pasada la fiesta del Sábado, (51) que debió de ser á la tarde despues de puesto el Sol, saliéron á comprar unciones aromáticas, para ir luego muy de mañana al sepulcro á ungir el Cuerpo del Señor.

(43) Joan. 9. n. 14.
(44) Marc. 15. n. 42.
(45) Exod. 15. n. 3.
(46) Exod. 16. n. 22. & 23.
(47) Joan. 19. n. 31.
(48) Joan. 19. n. 31.
(49) Deut. 21. n. 22.
(50) Luc. 23. n. 56.
(51) Marc. 16. n. 1.

Es-

Este es el órden de las cosas que pasáron en esta semana, (que llamamos Santa) y lo que parecia necesario presuponer, para entender algunas dificultades en la Historia de la Sagrada Pasion, la qual empezarémos á contar (ponderando los puntos, en que con mas provecho puede hacer fuerza la meditacion) desde la venta de Judas, que como diximos, es muy probable que se hizo el Miércoles, quando los Sacerdotes hiciéron segundo Concilio sobre la muerte del Salvador en Jerusalen.

LA HISTORIA
DE LA SAGRADA PASION

CAPÍTULO PRIMERO.

Hácese concilio contra el Salvador, y Judas le vende.

COmo quiera que nuestro Maestro y Redentor Jesu-Christo se ofreció á la muerte, porque quiso, y ninguna violencia le puso en la Cruz, sino su libre y amorosa voluntad; así quanto mas se acercaba el tiempo, se iba él acercando al lugar de su Muerte y Pasion. Habiendo, pues, entrado en Jerusalen con la solemnidad de los Ramos, y hecho por aquellos dias algunas idas, y venidas desde Bethania al Templo y á la Ciudad: despues de acabados todos sus Sermones, y habiendo cumplido con el oficio de Maestro, y estando para empezar el oficio de Redentor, por remate de su Doctrina avisó clara y descubiertamente á sus Discípulos del dia que estaba tan cercano de su afrentosa y acerbísima Pasion. (a) Bien sabeis, (les dixo) que de aquí á dos dias se ha de celebrar la fiesta solemne de la Pascua; pues yo os hago saber que en este mismo dia solemne tengo yo

(a) Matth. 26.n.2.

yo de ser entregado en manos de los Judíos, Gentiles, los quales me darán la muerte en una Cruz.

Los Príncipes de los Sacerdotes, que estaban llenos de enbidia y de pasion, y habian quedado irritados de la reprehension de sus vicios, que con tanta entereza y verdad les habia dado el dia de ántes el Salvador, juntaron contra él Concilio (b) en casa del Sumo Sacerdote, que se llamaba Cayfas, y en él determinaron dos cosas. La primera, que convenia prenderle con maña y con engaño, no con violencia, ni publicidad. La segunda, que lo dilatasen para despues de la fiesta de Pasqua; y esto, no por zelo de Religion, ni por la reverencia, que debian al dia de la fiesta, sino por temor que habian cobrado, que habiendo de concurrir tanta gente en Jerusalén, que conocia y estimaba, y habia recibido beneficios del Salvador, no levantasen algun motin y alboroto, que les quitase el preso de las manos, y se estorvasen sus intentos; y todo como lo determinaron lo hicieron del reves. Porque la muerte se la dieron al Salvador en el dia de la fiesta, y la prision se hizo con violencia y mano armada. Así se vé quán flacos son los consejos de los hombres, y que no pueden prevalecer contra los consejos de Dios, y la ocasion de mudar parecer pudo ser esta:

Andaba Judas indignado, y mal tentado contra el Salvador, y contra la doctrina, que predicaba. Empezó la perdicion de este Apóstata infeliz, y miserable por la codicia; porque estando á su cargo la limosna que se daba al Salvador, él como ladron, hurtaba de ella (c) para sus usos particulares. Vencido, pues, y enseñoreado de esta pasion, empezó á perder el gusto, y poco á poco á cobrar odio y aborrecimiento á la Doctrina y Persona del Salvador, que tan sencillamente enseñaba el amor de la pobreza, y condenaba la codicia de las riquezas temporales.

(b) Matth. 26. n. 3.

(c) Joann. 12. n. 6.

Andando adelante vino á endurecerse de manera, que no queriendo reconocerse, ni echarse la culpa á sí mismo del disgusto que traia, la cargaba toda sobre el Salvador, censurando y murmurando lo que decia y hacia; y finalmente no creia en él, teniendo su doctrina por embustes, y sus milagros por hechizos, y haciendo daño con sus palabras y exemplo en los demás, que oían y seguian al Salvador. Porque en

aquel altísimo Sermon, que predicó en el capítulo 6. de San Juan, en que prometió, que habia de dar á comer su Cuerpo, y beber su Sangre, Judas debió de ser el principal de los que murmuráron, diciendo (d): Dura es esta palabra, ¿quién podrá sufrir el oirla? Y debió de ser el Capitan de aquel motin, que fue causa de que (e) muchos de los Discipulos del Salvador volviesen atrás, y dexasen su Doctrina. Porque entre otras palabras, que les dixo el Salvador en esta ocasion, una fue decir: (f) Algunos hay de vosotros, que no me creen; y dice el Evangelista, que dixo esto el Salvador, porque sabia desde el principio quiénes eran los que no creían, y quién era el que lo habia de vender. Y como todavia Judas se quedase disimulado entre los Apostoles, sabiendo y conociendo el Señor, que tenia tan mal pecho, y tan poca fe, como los que se habian ido, para corregirle con honra, y con secreto, dixo el Señor á todos los doce en comun: ¿Por ventura os quereis ir vosotros tambíen? Y creyendo San Pedro, que los demás tenian el pecho como él, respondió en nombre de todos: Señor, ¿á quién, ó adónde irémos? que tus palabras son palabras de vida eterna, y nosotros hemos creído y conocido, que tú eres Christo, Hijo de Dios. Mas el Salvador, que conocia bien lo que tenia en su Escuela, respondió, notando á Judas, y dándole ocasion para compungirse, si no estuviera tan duro: Por ventura ¿no os escogí doce á vosotros, es el uno demonio? Y dice el Evangelista, que lo dixo por Judas, el qual le habia de vender con ser uno de los doce; y este demonio sufrió el Salvador por tanto tiempo, y con tanta mansedumbre y paciencia, y con tan grande honra y secreto, hasta que con efecto le entregó á sus enemigos.

(d) Joann. 6. n.61.

(e) Joann. 6. n.67.

(f) Joann. 6. n.65.

(g) Joann. 19. n.1.

Sucedió en estos dias postreros otro caso, con que Judas se acabó de irritar, y caer en lo profundo de su perdicion. Viniendo el Salvador seis dias antes de la Pasqua á Bethania (g), donde poco ántes habia resucitado á Lázaro. Como estaba fresca la memoria de aquella grande maravilla, todos tenian deseo de regalarle y honrarle, y dar alguna señal de su agradecimiento, y por esta causa le hicieron un convite, en que Lázaro el resucitado era uno de los convidados, que estaban á la mesa, para mayor testimonio del milagro, y para mayor honra

ra

ra del Señor, que le hizo con tanta admiracion y espanto de todos, que á solo ver esto (*h*) habia venido mucha gente de Jerusalén.

Las dos hermanas de Lazaro, Marta y Maíra (á cuya instancia habia el Señor resucitado á su hermano) llenas de fervorosa caridad y agradecimiento, se hallaron en este convite, dando muestras, las mayores que pudieron, del ánimo que tenian para con el Salvador. Porque Marta, siendo muger principal, y estando en casa agena de Simon leproso (*i*), no quiso que le tomase nadie el oficio, que solia ella hacer en la suya, y así servia por su misma persona á la mesa (*k*): traia la comida, partíala, y hacia el plato, y con toda devocion y alegria se ocupaba en regalar al Salvador.

María Magdalena que todas sus delicias pasadas habia guardado para servir, y regalar al mismo Señor, entre ellas tenia un vaso de unguento oloroso, líquido, de mucho valor y precio, por ser hecho de la espiga (*l*) del Nardo, y no en pequeña cantidad, porque era una libra entera (*m*): finalmente tal, que á Judas le pareció gran perdicion y demasía el derramarlo. Pero la Santa Magdalena, que tenia otra estíma y amor del Señor, todo le parecia poco para emplearlo en su servicio; y así, entrando en la sala, y echándose á sus pies (*n*), se los ungió con parte de aquel oleo, y los limpió con sus cabellos; y de creer es, que se los besaria muchas veces con amor y reverencia. Despues se levantó, y para descubrir mas la grandeza de su amor, y quán poco le dolia derramar licor tan precioso, en razon de servir y honrar al Señor, para que no quedase ni una gota, quebró el vaso, que era de alabastro (*o*) dexando caer todo lo restante del unguento sobre la cabeza; y como era tan fino, toda la casa se llenó de buen olor, y hasta el dia de hoy lo está toda la Iglesia del exemplo de tanta devocion y caridad.

Admitió el Salvador benignamente este servicio de la Magdalena, no por el gusto y regalo, que podia tener su Cuerpo con aquella uncion; que quien tenia ofrecidos los pies y las manos á los clavos, y la cabeza á las espinas, no buscaba, ni pretendia regalarse con las delicias de los unguentos olorosos. Pero agradóse mucho de este servicio, por el ánimo y devocion de quien le hizo, y por el buen tiempo y sazon

(*h*) Joann. 12. n. 9.
(*i*) Matth. 26. n. 6.
(*k*) Joann. 12. n. 2.
(*l*) Marc. 14. n. 3.
(*m*) Joann. 12. n. 3.
(*n*) Joann. 13. n. 3
(*o*) Matth. 26. n. 7 Marc. 14. n. 3.

en que le hizo. Su ánimo venia encendido de amor; porque si la primera vez quando entró en casa del Fariséo á llorar, y pedir perdon de sus pecados, venia movida y traida del amor, como dió de ello testimonio el mismo Señor, quánto habria crecido este amor despues de haber visto con tanta admiracion sus milagros, y oido con tanto gusto y quietud sus Sermones, y recibido con tanta largueza sus beneficios? El tiempo en que lo hizo fué tan cerca de la muerte del Salvador, que casi pudo servir aquella uncion para sepultarle con ella, conforme á la costumbre de aquel Pueblo; y así, queriendo el Señor dar á entender que no tanto se dexaba regalar como vivo, quanto se dexaba ungir por muerto, como si ya lo fuera, y volviendo muy cortesanamente por aquella Muger, dixo á sus Apóstoles: (p) Por qué le dais molestia á esta muger con vuestrás calumñias y murmuraciones? que bien hecho está lo que conmigo ha hecho: hase adelantado á ungir mi Cuerpo para sepultarle: digoos de verdad, que donde quiera que se predicáre este Evangelio por todo el mundo, juntamente con lo que Yo hice y padecí por los hombres, se ha de predicar lo que esta Muger ha hecho por mi, para que sea honrada, y alabada por ello.

(p) Matth. 26. n. 10.

(q) Joann. 12. n. 4.

Estaba presente Judas á todo esto, y habiendo tantas causas para alabar la devocion de esta Muger, y para alegrarse de la honra y regalo que se hacia á su Maestro, él llevó muy pesedamente que se hubiese derramado este unguento, dando por razon, (q) que era de mucho valor, y que del precio de él se pudieran remediar las necesidades de los pobres; y á la verdad á él se le daba muy poco del remedio de los pobres, sino que era ladron, y tenia bolsa á parte, como propietario, y hurtaba de las cosas que se daban al Salvador; y así quisiera mucho que esta limosna se hubiera hecho en dineros, y (lo que hace el mal exemplo) los demas Apóstoles debiéron de hablar tambien en la misma murmuracion, movidos de la razon, que dió Judas en favor de los pobres, aunque no con la malicia que él tenia, prosiguiendo con ignorancia y engaño (como suele acaecer muchas veces) la murmuracion, que él habia empezado con malicia y pasion.

Estando, pues, Judas en esta disposicion, con el cuerpo

tan solamente entre los Apóstoles y con el espiritu entre los Fariséos, enemigos de Christo; y habiendo salido tan enfadado del convite de Betania, entendiendo por otra parte la tempestad, que se levantaba contra el Señor, y que sus enemigos le buscaban para darle la muerte, temiendo que no le alcancase á él parte de este trabajo, por tratarse como Discípulo suyo, determinó asegurar su persona y ganar de solo un lance amigos y dineros; y sabiendo que los Príncipes de los Sacerdotes hacian Concilio, y buscaban trazas para prender al Salvador con engaño, el hombre falso y fingido, enseñoreado del demonio, se fué para ellos y confirmándolos (á lo que se puede crer) en sus intentos, dando testimonio, como quien habia vivido, y conversado con él, que era merecedor de la muerte, que le procuraban, les ofreció su industria, y les prometió de ponersele en las manos, si le quisiesen dar algun interés por ello, (1)

Ellos se alegráron mucho (2) de tener en su favor el testimonio de Judas y le señaláron por precio de su buena diligencia treinta reales; y él, como vil, y apocado, tuvo por bueno este precio para vender por él al Señor de la Magestad; y el que habia sido traydor á Dios, y á la Justicia, y á la verdad, quiso ser fiel á los enemigos de Dios, y de la Justicia y verdad, y animaba desde aquel punto (3) buscando con mucho cuidado alguna ocasion, para cumplir la palabra, que les habia dado.

(1) Matth. 26. n. 14.

(2) Marc. 14. n. 11. Luc. 22. n. 5.

(3) Matth. 26. n. 16.

CAPITULO II.

Entra el Salvador en Jerusalen á cenar el Cordero con sus Apóstoles.

Llegado el Juéves por la mañana que era el primer dia de los Panes Azimos, estando el Salvador en Betania, (donde se habia quedado el dia de antes) ó yendo camino de Jerusalen, ántes de entrar en la Ciudad, empezáron los Discípulos á tratar con él, (4) dónde gustaria, que aparejasen lo necesario para celebrar la Pascua; pues estaban ya tan cerca de ella. El Salvador, para mostrar que no tenia olvidado esto, sino que con su Divina Sabiduría entendia todas las cosas, y las giaba, y encaminaba con su providencia, llamó á dos de sus Apóstoles, (5) que fuéron San Pedro, y San Juan, y les dixo: Idos adelante á la Ciudad, y á la entrada de

(4) Matth. 6.n.17.

(5) Luc. 22. n. 8.

ella encontraréis un hombre, que lleva un cántaro de agua: seguidle hasta la casa donde fuere, y al Señor de ella le daréis este recaudo de mi parte. El Maestro te envia á decir: El tiempo que tengo señalado, y determinado de mi muerte, está ya muy cerca: ésta ha de ser la postrera Pascua, y la postrera Cena, la qual me he determinado de hacer en tu casa con mis discípulos; y quando le hayais dicho esto, os enseñará una sala grande, y bien aderezada, y allí podréis aparejar para la Pascua. Los dos Discípulos fuéron, y les sucedió todo puntualmente, como el Salvador lo habia dicho; apercibiéron todas las cosas necesarias en casa de aquel hombre tan dichoso, á quien el Salvador con un recaudo tan regalado pidió su casa para celebrar en ella tan altos Mysterios.

Entró despues el Salvador en la Ciudad, y fuese con toda su familia á casa de su huésped, que le estaba esperando. Estaba ya á punto el Cordero, las lechugas amargas, los Panes sin levadura, los báculos, y las demas cosas necesarias para celebrar la Pascua. Llegada que fué la hora conveniente, se dispuso el Salvador á hacer esta ceremonia. Sacrificáron el Cordero, rociáron con su sangre los umbrales de la casa, asáronle en el fuego, calzóse el Salvador los pies, ciñóse el vestido, tomó el báculo en la mano, púsose en pie á la mesa y sus Apóstoles con el mismo hábito, y disposicion como él: luego empezáron á comer del Cordero, con los Panes sin levadura, y lechugas agrestes, de priesa, y como quien está de camino, que todo esto se hacia en memoria de la salida de Egipto, y de la libertad temporal que habia dado Dios á aquel pueblo, y era figura de la libertad espiritual, que habiamos de alcanzar de la servidumbre del pecado, y del demonio por virtud de la Sangre de Jesu-Christo: el qual con grande constancia y entereza de ánimo estaba dando principio á su pasion con esta figura, y representacion de ella.

Acabada esta ceremonia, arrimáron los báculos, y se sentáron á cenar la cena comun, y ordinaria: en la qual el Salvador con mucha mansedumbre y ternura, y con señales extraordinarias de amor, se empezó á regalar con sus Apóstoles, diciendo, quánto deseo habia tenido de cenar aquel dia con ellos ántes de su muerte, y tenerlos aquella Pascua por

sus

sus convidados: (1) Con deseo (dixo) he deseado comer esta Pascua con vosotros ántes de mi Pasion, dándoles á entender con esta grandeza, y fuerza de su deseo, que los misterios, que se habian de obrar en aquella Cena para bien de toda la Iglesia, eran tan grandes, que merecian, que se empleasen en ellos los deseos y grandes deseos del Hijo de Dios. Díxoles tambien, como aquella habia de ser la postrera Cena, que habia de cenar con ellos en carne mortal, hasta que se viesen juntos en el convite del Cielo, donde les habia de llenar los deseos, y dar perfecta hartura. Porque vosotros, dice, (2) habeis sido mis fieles amigos y compañeros, que habeis permanecido conmigo, y no me haveis desamparado en mis trabajos y tentaciones, y Yo por consiguiente os tengo de hacer compañeros de mi descanso y de mi Gloria, y daros parte en el Reyno, que mi Padre me ha dado á mí, para que os senteis á mi mesa y comais de aquel Manjar espiritual, que dá hartura, y seais embriagados del torrente de los deleytes de Dios. Todo esto decia el Salvador, consolando á sus Discípulos, que quedaban huérfanos, prometiéndoles grande, y muy rica herencia por medio de su muerte. (1) Luc. 22. n. 23.

Estaba Judas entre ellos, disimulando el rostro la maldad y traycion de su corazon. Y el Salvador con inefable mansedumbre comia en una mesa y en un plato, con un hombre de quien sabia que habia ido á los Príncipes de los Sacerdotes y trataba con ellos de venderle, y que tenia ya hecho el concierto, y señalado el precio, y que no pensaba en otra cosa, sino en buscar una buena ocasion para ponerle en sus manos. Y para mostrar el Señor, que sabia y entendia bien esto y padecia voluntariamente; y para compungir el corazon de Judas, y darle ocasion de volver en sí, viendo que se sabia su secreto, entre las demas palabras, que dixo en esta Cena, se quexó tambien amorosamente de esto, diciendo: (3) De verdad os digo, que uno de vosotros me trata traycion, y se ha conjurado con mis enemigos contra mí. Oyendo esta palabra, se entristeciéron todos grandemente, y se miraban con turbacion los unos á los otros; y mucho mas miraba cada uno á su propia conciencia, procurando ver, si podia descubrir qualquiera de ellos en sí mismo, ó en el otro algun ras-

(2) Luc. 22. n. 28.

(3) Matth. 26. n. 21. Marc. 14. n. 18. Luc. 22. n. 21.

tro de esta traycion ; y aunque no les reprehendia su conciencia, preguntaba cada uno con humildad : Por ventura, Señor, soy yo? movidos de santo temor y deseando de satisfacerse á sí y á los otros con la respuesta del Señor.

Entre estas pláticas iban prosiguiendo la Cena y de trece, que estaban en la mesa, mojarian, como suele suceder, tres y quatro en un plato; y como los Apóstoles hiciesen instancia al Salvador para que declarase quién era el traydor y librase de esta sospecha, y temor á los que estaban inocentes; el Salvador, que mas pretendia reducir á Judas, que infamarle, no quiso descubrir
(1) del todo aquel secreto, porque
Matth. la nota, y el odio de los Con-
26. n. discípulos no le fuese causa á
23. aquel desventurado de descon-
Marc. fiar y desesperar del todo; pe-
14. n. ro para exâgerar mas el caso,
20. y dar alguna seña mas particu-
(2) lar á los que preguntaban, les
Marc. respondió: (1) De verdad os
26 n. digo, que el que me ha de ven-
25. der, no solamente está conmi-
(3) go á la mesa, pero que moja
Joann. conmigo en un plato; es ver-
13. n. dad, que por este camino el
24. Hijo del hombre (que soy Yo)
(4) vá á la muerte, y á muerte
Matth. afrentosa de Cruz; pero vá de
26. n.
25.
Joann.
13.

su voluntad, y por obedecer á su Padre, y por el rescate de todo el mundo, y para alcanzar por medio de la muerte grande gloria y nombre sobre todo nombre, como todas las Escrituras lo afirman y testifican; y ay de aquel, que le ha de entregar á la muerte que aunque al presente parece que triunfa, y que va á ganar amigos y dineros; pero en la verdad vá á la horca y vá á tormentos eternos y tan grandes y tan graves que le estuviera mejor no haber nacido.

Viéndose Judas entendido, y que la señal de mojar en un plato le tocaba á él, irritado con esta última palabra, que era palabra de amenaza, revolvió como víbora, y con rostro fiero, y voz desentonada, y con tan poca verguenza en la cara, quán poco era el temor de Dios, que tenia en el corazon, mirando al Señor con los ojos turbados y encendidos, le dixo: (2) ¿Soy yo por ventura, Señor? Y el Salvador con mucha mesura y mansedumbre, y á lo que parece con la voz baxa, pues (3) que los demas no lo entendiéron, le respondió: Tú lo dices; (4) que en el modo de hablar de aquella lengua, tanto fué como concederlo llanamente.

CA-

CAPITULO III.

Lava el Salvador los pies á sus Discípulos.

SIendo, pues, como era la noche ántes del dia solemne y festivo de la Pascua, sabiendo Jesus, que era ya llegada su hora y que aquel era el dia, en que por medio de la muerte habia de pasar de este mundo á su Padre aunque siempre habia tenido, y mostrado mucho amor á los suyos, que estaban en este mundo; pero al fin de la vida quiso darles mayores muestras, y argumentos de este amor. Y ésta fué la causa, por que habiéndose acabado aquella Cena comun y ordinaria, estando ya determinado Judas, por instigacion y persuasion del demonio de venderle; y siendo él tal, y tan grande, que era Hijo Unigénito de Dios, en cuyas manos habia su Padre puesto todas las cosas; y estando ya para volver á su padre, que le habia enviado para darnos exemplo de humildad, y muestras de la ternura, con que amaba á los suyos, hizo una obra tan nueva y nunca pensada, como verémos; porque él se levantó de la mesa y mandó á los Apóstoles, que se levantasen y se sentasen despues por el orden y en la forma que convenía, para lo que pretendia hacer; y hecho esto, se quitó el vestido, ó túnica superior, quedándose con la interior solamente; y tomando un lienzo, ó toalla, se ciñó con ella. Despues de lo qual echó agua en una vacía, y arrodillándose en tierra, empezó á querer lavar los pies de sus Discípulos.

De esta manera, no solamente les dió exemplo de humildad, sino una manifiesta señal y prenda de su amor, el qual nunca se desdeña de hacer ningun oficio, por baxo que sea con los que ama; y hizo éste el Salvador, siendo tan baxo y servil, con tanta alegría, y con tanta diligencia, y tan bien hecho y con tanta perfeccion, como si no se hubiera ocupado en otra cosa por toda su vida, porque él lo hizo todo por sí mismo, sin ayuda de nadie; y no se desdeñó de levantarse de la mesa, y quitarse el vestido, y ceñirse con un lienzo, el que siendo Hijo de Dios, se dignó de hacerse Hombre, y se humilló, y deshizo (1) tomando en sí la forma de siervo; ni tuvo asco, entre la mesa y los manjares, tratar con sus manos los pies inmundos de los Apóstoles, el que tuvo amor pa-

(1) Ad Philip. 2. n. 7.

para derramar su Sangre, con que se lavasen las inmundicias de nuestros pecados.

Empezó, pues, el Señor á hacer este oficio por Simon Pedro, al qual en todas las cosas le solia dar el primer lugar, como á Cabeza, y de la qual es razon que empiece siempre la purificacion y limpieza, y reformacion de las costumbres. Pues como San Pedro vió cosa tan nueva y admirable, respondió con el fervor, y determinacion que solia: Señor, tú á mí me lavas los pies? ¿Tú, y á mí? ¿Qué es tú, y qué es á mí? Mas es esto para pensarse, (dice San Agustin sobre este lugar) que para decirse; porque por ventura no acertará á declarar la lengua, lo que en alguna manera acertó á concebir de estas palabras el pensamiento.

No desistió el Señor de su intento por este comedimiento del Apóstol San Pedro: el qual aunque nacia de reverencia y humildad, tambien se fundaba en ignorancia de las causas, que el Señor tenia, y fines que pretendia de hacer este oficio; porque no solamente queria dar exemplo de humildad y muestras de su caridad, sino enseñar tambien con esta ceremonia, quán necesaria sea la limpieza interior del alma para recibir el Sacramento de su Cuerpo y sangre, que dentro de poco tiempo les havia de dar; y que no era posible alcanzar esta limpieza de las culpas, si él mismo no se la daba, lavándolos con su Sangre; y que sin este Lavatorio no podian tener parte en él, ni con él. Todo esto queria enseñar el Salvador á San Pedro con aquella semejanza, y figura del Lavatorio de los pies, y tomó ocasion de la resistencia, que el Apóstol hacia, no mirando mas que á la corteza, y á lo que en aquel hecho se dscubria por defuera; y así le respondió: Lo que Yo hago, tú no lo entiendes ahora: Yo tengo causas muy bastantes para hacerlo, las quales, si tú supieras, no trataras de estorvarlo; mas como ahora no las sabes, haces esta resistencia: déxate ahora lavar, como Yo pretendo, que á su tiempo las entenderás. Despues pasó con todo eso adelante San Pedro en su porfia, por ventura pensando que las causas de hacer este oficio que el Salvador decía, no eran mas que darles aquel exemplo de humildad, y no queria consentir que se diese este exemplo en sus pies: y así respondió con resolucion: No me lavaréis los pies

pies ahora, ni en ningun tiempo para siempre; esto es, no consentiré tal, no pasaré por ello, no vendré para siempre en ello, en que Vos me laveis los pies.

Viendo el Salvador la porfia de San Pedro, y que no se queria rendir á dexarse lavar los pies con agua de aquel Señor, que habia de lavar todos los pecados con su Sangre, le respondió con la misma resolucion: Si yo no te lavare á tí, no tendrás parte conmigo; como si dixera: No trateis, Pedro, de quitarme este oficio de lavar las manchas, y las inmundicias de los hombres, porque no le puede hacer otro, sino Yo, que he venido al mundo á servir, y no á ser servido, (1) y á dar mi vida por el rescate de todos los hombres, ni querais hacer cortesía á tanto daño vuestro, sino dexaos lavar y gozad de este beneficio; porque si yo no os lavare, os podeis despedir de mi amistad, y miraros como á hombre, que no tiene que ver nada conmigo.

Mas como la porfia del Apóstol no nacia de dureza, y desobediencia, sino de reverencia y humildad, quando vió lo que le importaba dexarse lavar y lo que el Salvador le amenazaba, ofreció de buena gana, que le lavase, no solo los pies, sino las manos tambien, y la cabeza; como si dixera, dice San Agustin: (*) Pues que así me amenazais, no solamente no quito que me laveis lo mas baxo del cuerpo, que son los pies sino que os ofrezco lo mas alto, que es la cabeza; y porque no me negueis el tener en vos parte, Yo tampoco quiero negaros, que me labeis qualquiera parte. El que está lavado dixo el Salvador, no tiene necesidad de lavarse mas que los pies, que en lo demas limpio esta ya todo: mostrando, que ni habia de reusar, que le lavase los pies, que estaban sucios, ni habia para qué ofrecer la cabeza, y las manos, que estaban limpias; y que así como suele acaecer, que despues de estar un hombre limpio y lavado, quando sale del baño se le pegue algun polvo ó lodo á los pies, por lo qual los vuelve á lavar otra vez; así tambien despues de estar uno limpio de las culpas graves y mortales, se le suele pegar el polvo de las veniales; y este tal bien es que se lave los pies y que se purifique mas y mas, quanto le fuere posible, ántes de recibir el Divino Sacramento. Y como traia el Señor atravesada en el corazon aquella es-

(1) Matth. 10. n. 28.

(*) Augus. tract. 36. in Joann.

espina de la perdicion de Judas, ninguna ocasion perdia de mostrar este sentimiento, y despertarle á que volviese en sí; y así la tomo de lo que trataba para herirle como de paso, diciendo: Y lo que acaece á un hombre, que estando limpio todo no tienen limpios los pies, eso mismo os ha sucedido á vosotros que de verdad estais limpios, pero no estais limpios todos. Porque como sabia bien, quién era de ellos el que le habia de vender, por eso dixo, que no estaban limpios todos. Rendido pues el Apóstol con estas palabras, se dexó lavar los pies, y todos los demas por su órden, no se atreviendo ninguno á hacer contradiccion, ni resistencia, despues de haber oido lo que se le habia respondido á San Pedro. Y porque sobre este beneficio quiso el Salvador cargar esta pension, de que hiciesemos con nuestros hermanos lo que el hizo con nosotros, debemos estar muy atentos á lo que él hizo, para saber lo que debemos hacer y considerar en todo este acto el silencio, la humildad, la alegría del rostro, la diligencia y modestia del Salvador; y por otra parte, la devocion y reverencia el encogimiento y admiracion de los Apóstoles; y el enfado, y desden, y desacato con que se dexó lavar Judas; y la mansedumbre y paciencia, humildad y caridad, con que el Salvador estaba á sus pies.

CAPTIULO IV.

Instituye el Señor el Santísimo Sacramento, y declara á San Juan quién es el traydor.

Habíase llegado la hora, en que Jesu-Christo, nuestro Señor, Sacerdote sumo y Eterno, segun la órden de Melchisedech, habia de ofrecer su Cuerpo y Sangre en verdadero Sacrificio, para aplacar la ira de Dios y reconciliar todo el mundo con él. Y este mismo Cuerpo y Sangre que se habia de ofrecer en la Cruz, nos le quiso dexar perpetuamente en la Iglesia, debaxo de especies de Pan y de Vino, para que fuese Sacirficio limpio, y Hostia agradable de la Ley de Gracia, y excelentísimo Sacramento, en que él mismo realmente estuviese presente, y nos diese su Cuerpo en verdadero manjar, y su Sangre en verdadera bebida; en testimonio de su amor, para esfuerzo de nuestra esperanza, y despertador de nuestra memoria, para compañía de nuestra soledad, y recurso en nuestras neces-

cesidades y tribulaciones, y para prenda de la Bienaventuranza y confirmacion de las promesas del nuevo Testamento: y con la providencia amorosa que tenia de su Iglesia, estando á la entrada de su Pasion, y tan cercano á su Muerte, todo su cuidado era dar órden como no faltase en ella este soberano Pan hasta la fin del mundo.

Acabada, pues, (a) aquella obra de tanta caridad y humildad, como fué lavar los pies á sus Discípulos, estando todos suspensos, y atentos para ver en que paraba aquella nueva ceremonia: el Salvador, aunque cansado del oficio, que habia hecho, pero con mucho sosiego y mesura, tomando los vestidos, que se habia quitado, se tornó otra vez á asentar á la mesa, y como si se hubiera de empezar otra nueva Cena, y convite, mandó á sus Discípulos, que se asentasen con él; y estando todos atentos, los dixo: Bien habréis echado de ver lo que Yo he hecho con vosotros: vosotros me llamais Maestro y Señor, y en esto decis bien, porque de verdad lo soy; pues si Yo, siendo vuestros Maestro, y vuestro Señor, os he lavado los pies, obligados quedais á hacer unos con otros qualquier oficio de caridad y humildad, por muy dificultoso y despreciado que sea. Porque Yo os he dado exemplo, para que de la manera que lo he hecho Yo, así lo hagais vosotros; pues ni el siervo es mayor que su Señor, ni el Apostol mayor que el que le envia. Si entendeis bien estas cosas, entónces seréis Bienaventurados, quando las hicieredes. Y es cosa maravillosa y muy digna de considerar, como no perdia ocasion el Salvador de significar el sentimiento, que le causaba la traycion de Judas, y de dar á entender que no le llevaban engañado á la muerte, sino que él iba de su voluntad; y por eso añadió: Y lo que os he dicho que seréis Bienaventurados, no lo digo por todos, que Yo conozco bien á los que Yo mismo escogí. Mas al fin se ha de cumplir la Escritura, que dice: El que come pan á mi mesa me ha de dar traspie, y hacerme traycion. Y digoos esto desde ahora y con tiempo, ántes que se haga, para que quando lo veais hecho y cumplido, creais que Yo soy el que os tengo predicado que soy.

(a) Joann. 13.n.12.

Mirábanle todos con atencion y reverencia, reconociendo en su semblante y disposicion,

cion, que trataba de hacer alguna obra grande y desacostumbrada; y el Señor, tomando en sus manos un pan de aquellos Azimos, y sin levadura, que habia quedado en la mesa de la Cena pasada, considerando la grande maravilla que habia de obrar en él (que habia de ser cifra (b) de las maravillas y misericordias de Dios) levantó los ojos al Cielo á su Omnipotente y Eterno Padre, mostrando con esta ceremonia, que de él procedia todo el poder y virtud para hacer obras semejantes. Juntamente le dió gracias (que solo él se las podia dar dignamente) por todos los beneficios, que en su Santa Humanidad habia recibido: y particularmente por aquel inmenso beneficio, que en aquella hora disponia de hacer á todo el mundo. Bendixo tambien aquel mismo Pan con nuevas palabras y particular bendicion, y tal, que dispusiese los ánimos de los Discipulos, y los hiciese atentos para aquella obra nueva y particular, que queria hacer. Despues de esto partió con sus mismas manos aquel Pan en las partes que convenia, para comulgar á todos con él: y el mismo Señor lo consagró con sus palabras, convirtiendo por virtud de ellas aquel Pan en su Cuerpo, y haciendo con su Divino Poder, que aquel mismo Cuerpo suyo, que estaba presente y visible á los ojos de los Apóstoles, estuviese él mismo realmente presente, aunque no visible á los ojos del cuerpo, sino escondido y encubierto debaxo de los accidentes del Pan: y las palabras con que le consagró fueron aquellas mismas, con que clara y distintamente les dió á entender, quál era aquel Manjar que les daba, diciendo: Tomad y comed, porque esto que os doy es mi Cuerpo, el mismo que ha de ser entregado por vosotros, y puesto en la Cruz por la salud del mundo. Y dicho esto, él mismo, ántes que los demás, comulgó de su propria mano, recibiendo su mismo Cuerpo debaxo de las especies de Pan: y luego dió á todos y á cada uno en particular, de aquel Pan consagrado; y todos lo recibieron y comieron, entendiendo bien lo que aquello era, porque el Salvador se lo habia dicho con palabras claras y manifiestas.

(b) Psalm. 110. n. 4.

Estaba tambien aparejada sobre la mesa una Copa ó Caliz con Vino, mezclado con alguna poca de agua; y tomando el Señor en sus manos aquel Caliz, y dando gracias á su Eter-

no

no Padre, lo bendixo asimismo con particular bendicion, y lo consagró con sus palabras, convirtiendo aquel Vino en su Sangre, y haciendo con su Divina virtud, que aquella misma Sangre suya, que tenia en las venas, estuviese realmente presente en aquel Caliz, debaxo de los accidentes de Vino; y las palabras con que lo consagró fueron aquellas mismas, con que clara y distintamente dió á entender á sus Discipulos lo que les daba á beber, diciendo: Bebed todos de este Caliz, porque lo que os doy á beber en él, es mi Sangre, con que se confirma el nuevo Testamento: aquella misma, que será derramada en la Cruz por vosotros, para remision de los pecados.

Habia venido el Salvador al mundo para hacer un Pueblo nuevo y espiritual, y establecer y asentar con él un nuevo Pacto y Testamento, mucho mas excelente, que el Testamento viejo, que habia asentado con el Pueblo carnal de los Judios; porque los mandamientos de este nuevo Testamento, son mas suaves y mas perfectos, y las mandas y promesas, que se hacen en él, son mas ilustres; pues no son de bienes temporales, sino de eternos; y asi se confirmó este Testamento, no con sangre de animales, como el primero, sino con la Sangre del Cordero sin mancilla Jesu-Christo, nuestro Señor, que derramada en la Cruz, tuvo eficacia para quitar los pecados del mundo. Este Testamento ordenó el Señor en la ultima Cena, estando presentes sus Apóstoles, en nombre de toda la Iglesia; y para mayor firmeza de lo que en él ordenaba, les dió á beber su Sangre, diciendo: Bebed todos de este Caliz, porque esta es mi Sangre del nuevo Testamento, la qual se derramará por los hombres para remision de los pecados.

Y porque pretendia el Señor, que este Sacrificio y Sacramento, que en esta postrera Cena instituía, durase en su Iglesia hasta la fin del mundo, no solamente consagró él por si mismo el Pan y el Vino en su Cuerpo y Sangre, sino que dió potestad á sus Apóstoles, para que ellos tambien lo hiciesen, y para que fuesen comunicando la misma potestad, por medio de los Obispos, á los Sacerdotes legitimamente ordenados, hasta que él viniese á juzgar, y mientras este mundo durase. Y les mandó expresamente, que todas quantas veces celebrasen este Sacrificio, lo hicie-

ciesen para acordarse de él, y del amor con que moria por los hombres, que por eso se quedaba entre ellos presente, y les dexaba una manda tan rica, como era su Cuerpo y su Sangre, con todos aquellos tesoros que mereció en su Pasion, para que en ningun tiempo pudiesen para siempre olvidarse de él, y así les dixo: *Hæc quotiescumque feceritis, in mei memoriam facietis*: Siempre que hicieredes esto, lo haréis para acordaros de mí.

O Sacramento admirable! O beneficio inestimable! O amor incomprehensible! O Pan de los Angeles y Manjar del Cielo, guisado para el sustento y esfuerzo de los hombres, que ván peregrinando por el mundo con aquel excelentísimo fuego de caridad, que descubrió el Señor en su Pasion, con tanta fuerza y eficacia, que hace de los hombres, Angeles y de los terrenos, Celestiales, transformándolos en amor de quien les tuvo tanto amor! O palabras dignas de ser recibidas con toda fé, agradecimiento y reverencia! Que aquel Señor, que no sabe, ni puede engañar diga por su boca: Tomad y comed, que este es mi Cuerpo: bebed todos de este Caliz, que ésta es mi Sangre: ó grandeza de liberalidad! Ó dadiva digna de Dios! Qué podré yo, Señor, daros por este beneficio, sino decir con todo el afecto de mi corazon: Veis aquí, Señor, éste es mi cuerpo, el qual ofrezco por Vos á dolores, enfermedades, cansancios, fatigas y penitencias; y ésta es mi sangre, la qual desde luego os ofrezco para derramarla, si Vos fuéredes servido, por vuestra gloria: y ésta es mi alma, criatura vuestra, sujeta y rendida á toda vuestra voluntad.

Despues de hechas todas estas cosas, viendo el Señor su muerte tan cercana, y la dureza y obstinacion de Judas en su mal propósito, que ni bastaba haber declarado su traycion, y significado tantas veces y de tantas maneras, que le era notorio el secreto, que él tanto disimulaba y encubria: ni bastaba haberle visto arrodillado á sus pies para lavárselos, para mover y ablandar su corazon, ó ponerle siquiera un poco de verguenza en la cara: ántes con nefario atrevimiento estaba con los demás á la mesa, y con mala conciencia habia recibido el Sacramento del Cuerpo y Sangre del Señor, y miraba y conversaba, y comia en un plato con aquel, que sabia su maldad. Viéndose, pues, el Señor tan

tan cerca de hombre tan endurecido, y de tan dañadas entrañas; dió el lugar al sentimiento, que como hombre podia tener de tan fea, y abominable traycion, y empezó á congojarse (1) y turbarse en su ánimo, y afirmó otra vez con grande aseveracion, diciendo: De verdad os digo, que uno de vosotros es el que me ha de vender: y como el Señor no nombraba á ninguno, ponia temor á todos, (2) y unos se miraban á otros, dudando por quién lo decia. Porque aunque no les acusaba su conciencia de esta traycion; pero mas crédito daban á las palabras del Señor, que á su propio pensamiento, reconociendo con humildad, que eran hombres, y que el hombre fácilmente se muda, y puede caer.

Estaba en esta sazon el Apóstol San Juan inmediato al Salvador en la mesa: y viéndole congojado y turbado, con la confianza que le daba aquel particular amor que le habia mostrado siempre su Maestro, regalándose con él, (3) reclinó la cabeza sobre su sagrado Pecho: y el Salvador en una noche de tan altos Misterios, y de tan profundos Sacramentos, entre tantos cuidados, y congojas recibió amorosamente á San Juan en su pecho, descansando él tambien en el pecho leal, y en el amor sincero de su Evangelista, y recibiendo de buena gana aquel alivio de la congoja que le causaba la presencia del traydor.

Pero el Apóstol San Pedro con su acostumbrado fervor, estaba con grande ansia de descubrir este enemigo, para despedazarle, si pudiera con sus manos: y no atreviéndose á preguntar por sí mismo, ni sufriéndole el corazon dexar de hacer alguna diligencia en ello; viendo por otra parte el favor particular que hacia el Salvador á San Juan en presencia de los demas Condiscípulos, y la comodidad que tenia para averiguar este negocio sin ruido, y con el secreto que convenia, (4) hízole señas desde su lugar, para que preguntase quién era aquel por quien lo decia. Pues como San Juan estuviese recostado sobre el pecho de Jesus, preguntóle con toda confianza, que le dixese quien era. Y el Señor le respondió, á lo que parece, con voz baxa, y que lo entendió San Juan solamente: Aquel es, á quien Yo diere el pan mojado; y luego, tomando un bocado de pan, y mojándolo en algun pebre, ó salsa que habia quedado en la

(1) Joan. 13. n. 21.

(2) Joan. 13. n. 22.

(3) Joan. 13. n. 23.

(4) Joan. 13. n. 24.

mesa, se lo dió á Judas: lo qual para el Apóstol San Juan fué como una cifra, y contraseña, por donde conoció el traydor, y para el mismo Judas un particular regalo, y favor para ablandarle el corazon, y obligarle, si no estuviera del todo obstinado, á mudar sus intentos.

Pero el desventurado, por su culpa, y mala disposicion, empeoraba siempre en los remedios, que se tomaban para su salud. Porque tras este bocado, que le dió el Salvador, (1) se le entró Satanas en el alma, y el que habia entrado primero en él, para que tratase, y concluyese la venta de su Maestro con los Judíos, se apoderó de él con mayor fuerza, instigándole para que fuese luego á executarla; y viéndole el Salvador todo ciego y turbado, le dixo con su acostumbrado sosiego, y mansedumbre: Lo que (2) has de hacer, hazlo presto: ninguno de los que estaban á la mesa entendió, para qué fin le decia el Salvador estas palabras; ántes imagináron algunos, que como Judas tenia la bolsa, y el gasto comun, que el Salvador le queria decir, que comprase alguna cosa necesaria para la Pascua, ú diese alguna limosna á los pobres, como lo tenia de costumbre. Pero en la verdad el Salvador le hablaba á su pensamiento, y por eso le dixo: lo que has de hacer, hazlo presto; no porque le aconsejase, ó instigase á executar tan gran maldad; ántes le daba en rostro con ella, dándole á entender, que le veia el corazon, y que quanto era de su parte, no trataba de atajarle los pasos, ni estorvarle sus intentos, sino que se los permitia, y daba lugar á su malicia; y que tenia mayor deseo por su encendida caridad de padecer la muerte, que tenia él por su increible maldad de venderle, para que se la diesen. Pues como Judas comió aquel bocado, y oyó estas palabras; incitado de furias infernales, se salió al momento del aposento y casa donde el Salvador estaba, para no volver jamas á su compañía: y quando (3) Judas salió, ya era de noche.

(1) Joan. 13. n. 27.

(2) Joan. 13. n. 27.

(3) Joan. 13. n. 30.

CAPITULO V.

Despídese el Salvador de su Santísima Madre para ir á padecer.

COsa cierta es, que la Vírgen Santísima no ignoraba la causa por que el Hijo de Dios se habia hecho Hombre en sus Entrañas, que era para re-

redimir el Linage Humano con acerbísimos tormentos, con el derramamiento de su Sangre, y con la muerte en la Cruz. Esto supo lo primero con la leccion y meditacion de la Sagrada Escritura, aun ántes que su Hijo encarnase. Lo segundo, con la profecía que le dixo el viejo Simeon, quando presentó á su Hijo en el Templo. Lo tercero, por la freqüente comunicacion que tendria de este punto con su Hijo. Porque si el Señor avisó tantas veces de esto á sus Discípulos, mucho mejor avisaria á su Madre; y así son mucho para considerar aquellas largas y retiradas conversaciones que tendria con ella, dándole inteligencia, y luz de las Escrituras, y mostrándole por todas ellas, que convenia que padeciese Christo, para entrar en su Gloria. Porque si el Salvador dió cuenta de su Pasion diferentes veces á sus Discípulos, ¿quánto mejor, y mas en particular se la daria á su Madre, para consolarse, y descansar con ella? Porque los Discípulos, así como no entendian este misterio, (1) así tenia el Salvador poco alivio en tratarlo con ellos. Quando se lo descubrió la primera vez, quisiéron persuadirle, que no tratase de ello, como se lo persuadia (2) San Pedro. Quando se lo volvió á decir cerca de la Pasion, como perdiéron la esperanza de estorvarlo, y viéron que el Salvador iba ya de hecho á padecer, (3) se pusiéron tristes, y llenos de temor. Despues, en la oracion del Huerto, estando tan prevenidos y avisados; y viendo á su Maestro en tanta agonía, y que se iba á consolar con ellos, estaban cargados de sueño y de congoja. De esta manera tenia siempre el Señor trabajo con ellos; unas veces reprimiendo su zelo indiscreto con reprehension, otras animando su flaqueza con consuelo, otras exhortándolos con doctrina, y armándolos contra la tentacion. Y si con todo esto perseveraba el Señor en dar parte de sus penas, y buscar consuelo, en donde hallaba tan poco, ¿cómo creeremos que trataria este negocio con su Madre? ¿Cómo descansaria con ella, dándole cuenta de sus cuidados, y congojas? ¿Cómo le contaria las calumnias y envidias, los odios, y persecuciones de los Judíos? ¿Quán por menudo le daria razon del fin en que habia de parar aquella borrasca y tempestad? y como finalmente habia de ser anegado de sus olas. (4) No se pue-

(1) Luc. 18. n. 34.

(2) Matth. 16. n. 22.

(3) Marc. 10. n. 32.

(4) Psalm. 68. n. 3.

de dudar, sino que muchas veces, y muy de espacio trataria de estas cosas con su Madre, desahogándose, y consolándose con ella: la qual entendia tan profundamente este misterio, y le aceptaba con tanta conformidad, y le ofrecia con tanta devocion, y le sentia con tanta ternura; y finalmente, tenia el corazon tan semejante, y tan unido, y tan uno con el de su Hijo.

Y por todo lo dicho no se puede creer, sino que tenia esta Señora muy freqüente, y casi continua meditacion de esta Pasion, porque á este pensamiento la llevaba el amor y dolor; porque ¿cómo no habia de tener dolor, siempre que pensaba en la Pasion de su Hijo, y sentia ya con la experiencia lo que le habia profetizado Simeon, (1) que habia de atravesar su Anima el cuchillo? Siempre que veia, ó consideraba el Cuerpo de su dulcísimo Hijo, le ocurrian los tormentos que en cada uno de sus miembros habia de padecer: consideraba la Cabeza con las espinas, el Rostro con las bofetadas, las Espaldas con los azotes: los Pies y Manos con los clavos, el Costado con la lanzada: y siempre que abrazaba á su Hijo, abrazaba juntamente en su corazon todos estos dolores y afrentas, y decia: Manojito de mirra es mi Amado para mí, (2) y le daré Yo morada entre mis pechos.

(1) Luc. 2. n. 35.

(2) Cant. 1. n. 12.

Y de aquí se despertaba en la vírgen una grande admiracion y ardentísimo amor: porque con la luz que el Espíritu Santo la comunicaba, conocia bien la alteza de la Magestad de Dios, la pequeñez, y vileza de los hombres, y la acerbidad de los tormentos, que por ellos habia de padecer; y confiriendo entre sí estas cosas, sacaba la grande caridad de Dios, y el inestimable beneficio que se hacia á todo el Género Humano, y la parte tan aventajada que ella tenia en él. Y á este conocimiento correspondia en su casto y humilde corazon un profundo agradecimiento, y fervorosísimo amor de Dios, y no ménos una grande y encendida caridad para con los mismos hombres, á los quales veia que habia Dios estimado en tanto, que por su remedio entregaba á su Hijo á muerte tan ignominiosa y acerba: y de aquí nacian aquellas entrañas de misericordia y piedad con los miserables pecadores, deseando emplearse toda, quanto le fuese posible, en el remedio de ellos. Y aquí debe estri-

var tambien nuestra esperanza, que nunca se ha de cansar de abogar por nosotros; pues en hacer nuestro negocio, hace aquel por que su Hijo vino al mundo, y se logra el precio de su Redencion, y la Sangre que derramó por nosotros.

Estando, pues, la Vírgen tan apercibida, con tan clara noticia, y con tan profunda y continua meditacion de la Pasion de su Hijo; y sabiendo cierto, que aquella era la noche en que habia de ser entregado á la muerte, se vino en pos de él á Jerusalen, y se recogió con otras santas Mugeres, que de ordinario la acompañaban en aquella misma casa, donde su Hijo habia de celebrar la Pascua. Y aunque en otro aposento diferente, como se debe creer, de aquel en que su Hijo estaba con los Apóstoles, pero muy á menudo, y por momentos sabia todo lo que el Salvador hacia, decia y ordenaba. Ella con su grande caridad y humildad aderezaria la cena, como otras muchas veces lo habia hecho; y no se desdeñaria de ningun oficio, por humilde que fuese, sabiendo que su Hijo se ocupaba en lavar con sus manos los pies de los Apóstoles. Allí entendió como su Hijo les habia dado á comer su Cuerpo, y á beber su Sangre, debaxo de accidentes agenos, de Pan y de Vino é instituido este Divino Sacramento, para que durase perpetuamente en la Iglesia: y como quien estaba mas herida que otra ninguna criatura del amor de su Hijo, y estaba mas alumbrada que otra ninguna del Espíritu Divino, supo conocer mejor que todas, la alteza de este misterio, y estimar la inmensidad de este beneficio, y agradecer mas de corazon este consuelo y compañía que le quedaba en la ausencia de su Hijo, y tiempo de su peregrinacion. Allí finalmente estaria y oiria quanto pudiese, aquel largo razonamiento y Sermon con que su Hijo se despedia de sus Apóstoles esperando el fin que habia de tener aquella despedida tan amorosa.

Acabado, pues, el Sermon, (1) se levantó con grande determinacion el Salvador en pie, y sus Discípulos con él; y todos juntos diéron gracias, y cantáron alabanzas á Dios, y parece que dixéron alguna Oracion ó Cántico acostumbrado para dar gracias despues de comer, al qual se refieren los Evangelistas, quando dicen: *Et Hymno dicto*. Y si este Hymno, que se acostumbraba (como algunos pien-

(1) Matth. 36. n. 30.

piensan) eran siete Psalmos enteros, desde el Psalmo ciento y doce, que empieza: *Laudate pueri Dominum*, hasta el Psalmo ciento diez y ocho, que empieza: *Beati immaculati in via*: se puede sacar de ahí, quán advertido estaba el Salvador de dar gracias á su Eterno Padre por qualquier beneficio, pues en esta noche de tantos cuidados, y de tanto dolor, se las dió, despues de su última Cena, tan de espacio, y cantando, dándonos exemplo de agradecimiento, y de cumplir lo que mandaba Dios en su Ley: (1) *Cum comederis, & satiatus fueris, benedicas Domino Deo tuo pro terra optima, quam dedit tibi*: Quando comieres (dice) con abundancia, y á tu satisfaccion, tendrás cuidado de bendecir y dar gracias al Señor Dios tuyo, por la tierra tan gruesa y excelente como te ha dado.

(1) Deut. 18. n. 10.

Viendo, pues, la Vírgen á su Hijo en pie, se retiró á lo secreto de su aposento á esperar el último abrazo y despedida, que tanto dolor le habia de costar: quando le ve entrar con el sosiego y mesura acostumbrada, encendido el rostro del trabajo de haber lavado los pies, y del largo razonamiento que habia hecho despues de la Cena, y mucho mas del grande fervor de su abrasada caridad; y puesto delante con el amor, y reverencia, que tal Hijo debia á tal Madre: Señora, (le dice) no vengo á deciros cosa que no sabeis, sino á despedirme para lo que ya sabeis. Muchas veces he descansado con Vos, tratando de ello: dad gracias á Dios, Señora, que os ha cabido en buena suerte tener un Hijo que haya de morir por Justicia; pero para satisfacer á la Justicia Divina, y para justificar á los hombres, y reconciliarlos con Dios. Consolaos, Señora, que el fruto es grande, y la tempestad breve, y muy presto os volveré á visitar, lleno de inmortalidad y de gloria: en hacer Yo esta jornada cumplo el mandamiento de mi Padre, y hago su santísima voluntad. El consuelo que Yo llevaré será saber que Vos quedais con alguno; y porque el tiempo da priesa, dadme, Señora, vuestra licencia, vuestra mano y vuestra bendicion.

¡Qué lágrimas tan sosegadas correrian por aquel rostro de la Vírgen! ¡Qué corazon tan atravesado de dolor, y tan constante y esforzado para obedecer y conformarse con lo que Dios disponia! ¡Qué caridad tan abrasada, para ofrecer el Hijo que tanto queria,

por

por la gloria de Dios y la salud de los hombres! Vuestro Padre, Hijo mio, (responderia la Vírgen) os dé la bendicion desde el Cielo, añadiria luego: He aquí la Esclava del Señor, hágase en mí segun su voluntad. El Salvador lloraria tambien, pues se enterneció y lloró de ver llorar á María Magdalena (1) en la muerte de Lázaro su hermano: y mudos los dos con el sentimiento, se debió de hacer aquella última despedida, echándose los brazos, y haciéndose el uno al otro con silencio el debido acatamiento; y con esto se arrancaria el Hijo de su Madre, y ella le seguiria con los ojos, hasta perderle de vista: y nosotros debemos estimar, y agradecer, y tenernos por muy obligados al amor, con que la Vírgen nos dá su Hijo para padecer y morir por nosotros.

CAPITULO VI.

Sale el Salvador al Huerto, y dá cuenta de su tristeza á sus Discípulos.

Despedido el Salvador de su Madre, recogió sus Discípulos, que le estaban esperando; y acompañado y rodeado de ellos, salió de aquella casa, donde habia cenado, y salió de aquella desdichada Ciudad, que no le habia recibido, desamparando la ingrata y desconocida Synagoga, y dexándola en la eterna noche, y ceguedad en que hasta hoy persevera, y salió camino del Monte de las Olivas, (2) de la otra parte del Torrente de Cedron, adonde otras veces (3) solia ir por las noches á tener oracion. Yendo, pues, andando y mirándolos á todos, les dixo: Todos vosotros os habeis de escandalizar esta noche, y habeis de huir, y me habeis de desamparar, quando veais lo que ha de pasar por mí. Díxoles esto el Salvador, hablando como se suele hacer, segun el tiempo y ocasion presente, de lo que traia mas atravesado en su corazon: y mostrando que sabia y entendia, como verdadero Dios, lo que habia de pasar por él y por ellos; y que de su propia voluntad se iba á la muerte, no por fuerza, ni por ignorancia, ni por engaño: y para darles buen ánimo, que se volviesen á él, despues de haberle desamparado, confiados y seguros, que les perdonaria aquella flaqueza, que él mismo habia sabido ántes que sucediese, y estando en amor con ellos, se la habia profetizado. Porque á mí (dice) no se me ha-

(1) Joan. 11. n. 55.
(2) Matth. 26. n. 31.
(3) Luc. 22. n. 39.
Augustin. lib. 3. de Cons. Ev. c. 2.

hará nuevo este vuestro escándalo y caida, que bien sé que ha de suceder, y muchos años ha que está profetizado por Zacarías, (1) quando dixo: Heriré al Pastor; esto es, entregaré á mi Hijo á la muerte, y descarriarseha el ganado: porque vosotros habeis de andar huidos y turbados. Pero dos cosas os pueden consolar y animar: la primera, que Yo resucitaré al tercero dia, despues de mi muerte: y la segunda, que despues de resucitado, me pondré ántes que vosotros en Galiléa, y allí me veréis y os gozaréis y animaréis con mi vista.

Dos veces habia reprimido el Salvador, ántes de salir de casa, en el discurso del Sermon que hizo despues de la Cena, el demasiado (2) fervor de San Pedro, que confiado de sí, mas de lo que debiera, habia blasonado delante de los demas, que primero se dexaria encarcelar y morir, que desamparar ó negar á su Maestro: y al parecer venia tambien ahora con el mismo brio y sentimiento, armado con su cuchillo, si fuese menester, para la defensa: y como vió que el Salvador habia hablado generalmente de todos, quando dixo: Todos vosotros os habeis de escandalizar (3) no considerando la verdad del que lo decia, y su propia flaqueza que salió afuera de esta generalidad, diciendo: Aunque todos los demas (4) se turben y escandalicen, yo no me tengo de escandalizar. Decia Pedro lo que sentia de presente en su corazon; y porque él se quiso hacer singular entre los demas, á él singularmente le volvió á decir el Señor, que no tenia por que presumir en su vana confianza, ni por que dudar de la verdad de su profecía, la qual sería tan cierta, y se cumpliría tan en breve que en aquella misma noche, (5) ántes que el Gallo cantase dos veces, ya Pedro le habria negado tres. No acababa con todo eso San Pedro de recibir con humildad esta profecía del Salvador, y parecíale, que era negarle desde luego, si no declaraba el ánimo y determinacion, que tenia de seguirle, y confesarle; y así le dixo: (6) No penseis, Señor, que mi amor es tan corto, que se ha de turbar por veros prender para la muerte; porque si fuere menester morir con Vos, y en vuestra compañía, eso haré yo de buena gana, pero no negaros. Y todos los demas Apóstoles hacian las mismas ofertas, y blasonaban de la misma manera.

En

(1) Zachariæ 13. n. 7.

(2) Joan. 13. n. 37. Luc. 22. n. 33.

(3) Matth. 26. n. 31.

(4) Matth. 26. n. 33.

(5) Marc. 14. n. 30.

(6) Matth. 26. n. 35. Marc. 14. n. 31.

En éstas pláticas saliéron de la Ciudad, y baxáron á aquel Valle hondo y sombrío, que por serlo tanto, se llamaba (1) Valle de Cedron; y por lo mas hondo de él pasaba un Arroyo, que tomando nombre del lugar, se llamaba (2) tambien el Torrente de Cedron. De la otra parte de este Arroyo, sobre la mano izquierda, en la alda del Monte de las Olivas, estaba el Huerto, que llamaban Gethsemaní: al qual por estar tan solo y apartado, (3) solia el Salvador acudir muchas veces á hacer oracion: y aunque al pasar de este Valle y Arroyo, se esforzaban los Discípulos á mostrar buen ánimo; pero de creer es, que llevaban mucha congoja y temor, porque el Valle era hondo, y sombrío, así por la espesura de los árboles, como por los riscos, y concavidades del Monte: la soledad y silencio era grande, la noche obscura y cerrada, que ya habia pasado buen espacio de tiempo desde que Judas salió del Cenáculo, (4) y quando salió, era ya de noche. Todo lo que se habia tratado aquella tarde eran anunciados de trayciones, de deshonras, de tormentos y de muerte. Pues ¿qué efecto podia hacer todo esto en medio de aquella soledad y obscuridad en los corazones de aquellos pocos hombres flacos y desarmados?

Llegando, pues, á la entrada de aquella Granja, ó Huerto de Gethsemaní, mandó (5) á los ocho de sus Discípulos, que se quedasen allí, mientras él se retiraba mas adentro á hacer oracion, encargándoles tambien á ellos, que velasen y orasen, porque no fuesen vencidos de la tentacion: (6) y llevando consigo á los tres mas amados Discípulos, se retiró con ellos (7) mas adentro en el Huerto, y empezó á sentir un nuevo accidente de un desacostumbrado temor y caimiento de corazon, con una profundísima tristeza, que le necesitó á comunicarla con los tres Discípulos, y les dixo: Triste está mi Anima hasta la muerte; que fué tanto como decir: Tan grande es la tristeza que mi Anima siente, que ella sola bastaria á causarle la muerte. Y para mostrar la fuerza de este sentimiento, le declaran los Evangelistas con diferentes nombres; porque le llaman tristeza, (8) que es un afecto nacido de la aprehension de algun mal presente: y le llaman pavor ó temor, (9) que nace del mal que espera: y lo uno y lo otro, la tristeza con el temor,

(1) Lib. 4. Regum E. 23. n. 4.
(2) Jerem. 31. n. 40.
(3) Joan. 18. n. 2.
(4) Joan. 13. n. 31.
(5) Matth. 26. n. 36. Marc. 14. n. 32.
(6) Luc. 22. n. 51.
(7) Matth. 26. n. 37. Marc. 14. n. 33.
(8) Matth. 26. n. 37.
(9) Marc. 14. n. 33.

y el temor con la tristeza, como dos losas pesadísimas apretáron el corazon del Señor de manera, que causáron aquella congoja mortal que significó el Evangelista con nombre de tédio, (1) quando dixo: *Cæpit pavere, & tædere.*

(1) Marc. 14. n. 33.

Traia el Salvador muchas causas de congoja y dolor encerradas en su corazon, las quales habia sufrido por todo el tiempo de su vida; y en este punto, con las nuevas ocasiones, le apretáron mas, y se viniéron á declarar de muchas maneras. Porque aunque es verdad que aquella Alma santísima desde el primer instante que fué criada, vió á Dios claramente, y la ley ordinaria de aquel que ve á Dios, sea que no pueda tener pena ninguna, y que en cuerpo y en alma goce de gloria y bienaventuranza; mas porque nosotros pudiésemos ser rescatados con los preciosos trabajos de este Señor, fué ordenado que la bienaventuranza y gozo se quedase en la parte superior de su ánima, y no redundase en la inferior, y en el cuerpo, renunciando lo que juntamente le era debido de gozo, por aceptar y sufrir las penas que nosotros debiamos: y de aquí naciéron, no solo los dolores de su sagrado Cuerpo, sino tambien las tristezas y congojas de su Anima bendita, mostrando en todo, que era verdadero Hombre, y dando lugar á los sentimientos y afectos en que no habia culpa, como si fuera solo Hombre. Y así como no fué mengua del Salvador padecer hambre, sed y cansancio, y las demas fatigas de su Cuerpo; así tampoco lo fué padecer tristeza, temor y congoja en su Anima. Porque lo uno y lo otro lo padecia voluntariamente; y pudiera, si quisiera estorvarlo: y aunque lo padecia voluntariamente, y pudiera, si quisiera, estorvarlo, no por eso dexó de mostrar en padecerlo, que era verdadero Hombre, y tenia la misma naturaleza, como los otros hombres; porque así como un hombre, que teniendo un recio dolor de estómago ú de cabeza, tuviese en la mano un remedio tan eficaz, que seria cosa infalible, y cierta quitarsele el dolor, luego que se le aplicase; éste tal diriamos que tiene en su mano el remedio de su dolor; y que si padece, voluntariamente padece, y con todo eso en tener aquel dolor muestra, que es hombre flaco, y sujeto á dolores, como los demas: de esta misma manera pode-

demos filosofar en Christo, nuestro Señor, que aunque podia por virtud de su Divinidad, y por la vision clara de Dios, estorvar los dolores de su Cuerpo, y las tristezas de su Alma; pero mientras no las queria estorvar, las mismas causas naturales obraban naturalmente en el Alma tristeza, y en el Cuerpo dolor. Y así padecia por una parte voluntariamente, porque pudiendo estorvar su Pasion, no lo hacia: y por otra parte mostraba ser verdadero Hombre; porque supuesto que no queria estorvar la tristeza, los motivos que habia eran tan grandes, que naturalmente la padecia, sin que la Humanidad por sí sola la pudiese excusar. Y este por ventura fué el desamparo, de que él se quexó estando en la Cruz, quando dixo: Dios mio, (1) Dios mio, ¿por qué me desamparaste?

Y esta fué una, y la primera de las causas por que nuestro Salvador, no solamente quiso padecer dolores en el Cuerpo, sino tambien tristeza y congoja en su Anima, para mostrar, que era verdadero Hombre, de nuestra misma naturaleza, que vivamente sentia los tormentos y afrentas, y que ni tenia cuerpo impasible, ni era de bronce y de piedra, como decia Job. (2) Aprovechaba tambien esto para nuestro consuelo, para que quando alguno de los Santos y amigos de Dios sintiese repugnancia á las pasiones y congojas en medio de ellas, no por eso se desanimase y pensase que perdia la gracia de este Señor; porque semejantes sentimientos, no tanto son pecados, quanto indicios de flaqueza natural del hombre, la qual quiso tomar en sí este Señor, haciéndose en esto semejante á nosotros, para que nosotros procurásemos hacernos semejantes á él en la fortaleza y conformidad con la Divina voluntad: porque allí hay sin duda mayor fortaleza, no donde los trabajos son mayores, sino donde es el sentimiento mayor; *nec enim habent fortitudinis laudem, qui steporem magis vulnerum tolerant, quàm dolorem*: no deben ser alabados de valientes (dice (3) San Ambrosio) los que mas padecen pasmo en sus heridas, que tristeza ó dolor. Quiso, pues, nuestro Salvador tener parte, no solamente en los dolores del Cuerpo, sino tambien en las tristezas del Alma; porque quanto participase de nuestros males, tanto nos comunicase de sus bienes. (4) *Suscepit enim tristitiam meam, ut mihi suam laetitiam*

(1) Matth. 27. n. 46.
(2) Job 6. n. 12.
(3) Ambr. in cap. 12. Lucæ.
(4) Ambr. ibid.

tiam largiretur, & vestigiis nostris descendit usque ad mortis ærumnam, ut nos suis vestigiis revocaret ad vitam. Debuit ergo, & dolorem suscipere, ut vinceret tristitiam, non excluderet. Tomó, dice el mismo Santo, mi tristeza, para darme su alegría; y por mis pasos baxó hasta la muerte, para que por los suyos subiese yo hasta la vida. Segun esto, tambien era razon que sintiese el dolor, y la congoja, no para desterrar del todo la tristeza, sino para vencerla. Habia tambien el Señor de tomar en sí la medicina amarga de nuestras enfermedades, para que nosotros sanásemos de ellas, y castigar en sí mismo nuestros desórdenes, y hacer la penitencia de nuestros pecados, para que se nos perdonasen á nosotros. Pues así como curó nuestra soberbia, y satisfizo por ella con sus afrentas, y nuestra gula con su hiel y vinagre, y nuestro regalo con sus dolores: así tambien lo que interiormente pecamos con el deleyte, lo quiso curar, y castigar con su tristeza. Pues por todas estas causas, y por otras, que no alcanzamos, el misericordioso Señor, y amador nuestro, no solamente quiso padecer azotes en las Espaldas, bofetadas en el Rostro, espinas en la Cabeza, y clavos en las Manos, y en los Pies, sino tambien tristeza y congoja en su bendito Corazon; y así como dió licencia y potestad á los Ministros de las tinieblas (porque sin ella no pudieran) para que executaran en él estos tormentos, así tambien dió licencia á la tristeza, para que obrase en su Corazon, como lo pedia la ocasion presente, y los motivos que habia para ella.

CAPITULO VII.

De los motivos de tristeza que tuvo nuestro Salvador.

GRandes fuéron sin duda los motivos de tristeza que tuvo el Salvador; pues supuesto que él no quiso estorvarlos, sino darles licencia para que obrasen en él lo que pudiesen, tuviéron de suyo tanta eficacia é hiciéron tanta impresion en su corazon, que pudo decir el mismo Señor, que le habian traido á punto de muerte.

Porque primeramente sentia el cansancio y fatiga corporal del trabajo de aquel dia, porque en él vino desde Bethania á Jerusalen, habia celebrado con sus Discípulos la Pascua y Cena del Cordero legal:

lavado los pies, dando exemplo de profundísima humildad, y muestras de regaladísimo amor: habia instituido el Santísimo Sacramento, y comulgádolos de su mano á todos: habíales hecho despues un largo razonamiento y Sermon, en que derramó las riquezas de su caridad, procurando por todos los medios posibles consolarlos y animarlos: llamábalos hijuelos mios, amigos mios, mis escogidos, compañeros de mis trabajos y tentaciones, y mas unidos é incorporados conmigo, que los sarmientos lo están con su vid. Decíales, que los trabajos habian de ser breves, el gozo grande, el Consolador Maestro y Abogado que les habia de enviar, para que estuviese con ellos para siempre, no ménos que el Espíritu Santo: qué él iba delante peleando y recibiendo en su Cuerpo las heridas; y ellos con esta ayuda habian de alcanzar una gloriosa victoria del mundo: y finalmente, que él se volvia á su Padre, y que esto era un bien tan grande, que si ellos le amaban y querian bien, habian de tener y mostrar mucho contento de ello; principalmente, que iba á aparejarles el lugar para venir otra vez por ellos, y colocarlos en las mansiones eternas. Y en todo este discurso se mostraba como olvidado de sí, y cuidadoso de ellos, escondiendo su pena, por no aumentar la de ellos, y derribar su flaqueza, con el peso de tanta tribulacion, que fué oficio de grande y entrañable caridad.

Habia tambien sufrido á Judas, cerca de sí, en una mesa, y en un plato, y habia peleado con la dureza de su corazon, ya con palabras disimuladas, ya con otras mas claras y manifiestas, ya con obras y muestras de particular regalo y amor, sin poder vencerle, ni hacer mella en él: lo qual le daria tanta pena, como suele dar naturalmente la presencia de los enemigos y traydores; y por esto diferentes veces, y por diferentes maneras declaró aquella noche este sentimiento, hasta venir á mostrar en lo de fuera congoja y turbacion.

Habíase tambien despedido con suma ternura y dolor de su Santísima Madre; y la compasion con que ella quedaba, la llevaba él atravesada en el corazon: y en todas estas cosas habia procurado reprimirse, y hacer rostro á las penas, y disimular lo que pasaba dentro de sí por consolar á los suyos, y cumplir con las obligaciones

de

de aquella Cena postrera. Mas como la tristeza encerrada hace mas fuerza al corazon que la padece, y naturalmente busca por donde desfogar, para tener algun alivio y descanso, quando el Señor se vió en la soledad del Huerto, y desobligado de cumplir con los ocho Discípulos, que dexaba á la entrada de él, dió lugar á la tristeza para que se declarase, y al corazon para que descansase, y se regalase con el amor, y lealtad de los tres Discípulos mas queridos, y así se declaró con ellos, diciendo: Triste está mi ánima hasta la muerte.

(1) Psalm. 70. n. 11.

(2) Thren. 1. n. 9.

Y no era consideracion de ménos dolor, ver el odio, y mala voluntad de sus enemigos, de la qual nacia, no solo el darle la muerte, sino el haber buscado, y hallado tantas trazas é invenciones de injurias, y de tormentos, y haberle tratado en medio de sus angustias con tanta mofa é irrision; porque esto era como de gente que veia la suya, y que triunfaba de él, como decaido, y desamparado de Dios, y que decia lo que en su nombre habia dicho el Profeta en el Psalmo: (1) *Deus derelinquit eum, persequimini, & comprehendite eum, quia non est qui eripiat.* Este sentimiento de verse debaxo de sus enemigos, y que se habia llegado la hora, en que ellos á toda su voluntad executasen su ódio en él, representaba el Salvador á su Eterno Padre, para llamarle en su ayuda, quando decia, (2) *Vide Domine afflictionem meam, quoniam erectus est inimicus.* Y si el oir bramar un Leon, ó un Toro pone miedo, y pavor aun á los que estan en seguro, imaginando lo que haria si pudiese la fuerza natural de aquella bestia, ¿quánto mayor pavor y congoja causaria en el Salvador verse cercado de otras, y tan libres, y desembarazadas para hacer á su gusto salto en él? Porque verdaderamente aquel Pueblo suyo, y regalado, se volvió contra él como un Leon en esta ocasion, como lo habia significado el Profeta, que dixo: (3) *Facta est mihi hæreditas mea, quasi leo in sylva dedit contra me vocem, &c.* Y de este odio y mala voluntad de los Príncipes y Poderosos del Pueblo, se habia dicho tambien aquella profecía del Psalmo: (4) *Circumdederunt me vituli multi, tauri pingues obsederunt me, aperuerunt super me os suum, sicut leo rapiens, & rugiens.* Pues esta mala voluntad de sus enemigos, que habian de ser sus Jueces, y todas las trazas y consejos que ha-

(3) Jerem. 12. n. 18.

(4) Psalm. 21. n. 13.

habian de tomar para su condenacion, las conoció el Señor ántes clara, y distintamente; y como cosa, que muy especialmente le habia de causar pena, y dolor, tuvo el Espíritu Santo cuidado de ponderarlo muchos años ántes por el Profeta, que dixo: (1) *Tu autem demostrasti mihi, & cognovi: tunc ostendisti mihi studia eorum, & ego quasi agnus mansuetus, qui portatur ad victimam, &c.*

Conoció tambien el Señor, que estando cercado de tales enemigos, sin poder huir, ni escapar de ellos, habia de ser desamparado de los amigos, y conocidos, sin tener quien le mirase, ni le abonase entre tantas calumnias, ni volviese por él entre tantas acusaciones, ni procurase su vida, ni se doliese de su muerte: de lo qual se quejaba él, quando decia: (2) *Considerabam ad dexteram, & videbam, & non erat qui cognosceret me: periit fuga á me, & non est qui requirat animam meam.* Pues quánta congoja y desmayo haya causado en su bendito corazon este desamparo de los amigos, y violencia de los enemigos, él mismo lo declaró en el Psalmo, quando dixo: (3) *Sicut aqua effusus sum, & dispersa sunt omnia osa mea: factum est cor meum tanquam cera liquescens in medio ventris mei.*

Sobre todo, le era causa de suma tristeza la muerte, que tenia tan presente, y tan cercana, y muerte tan dolorosa, y afrentosa, y tan vivamente conocida por él; porque muy distintamente, y en particular se le representaban todos los tormentos, que habia de padecer, y aprehendia perfectísimamente con aquella su imaginacion nobilísima, tan crueles dolores, como se aparejaban para el mas delicado de los cuerpos: la qual imaginacion suele muchas veces afligir, y turbar mas que la misma muerte; y por eso á los que son condenados á ella, solemos cubrirles los ojos, porque no vean el instrumento, que les ha de quitar la vida; y procuramos con buenas pláticas, y razones divertirlos de la imaginacion de este pensamiento, usando con ellos de este género de misericordia; porque juzgamos, que no es tan penoso el recibir la muerte, como el esperarla, y temerla. Pero el Salvador, que por nuestro amor no quiso en sus dolores ningun alivio, acometió cara á cara á una muerte tan cruel, y quiso no solamente padecer en el Cuerpo, sino que las aguas de las tribulaciones entrasen tambien hasta lo interior de su Alma,

(1) Jerem. 11. n. 18.

(2) Psalm. 141. n. 5.

(3) Psalm. 21. n. 15.

ma, como estaba escrito: (1) *Quoniam intraverunt aquæ usque ad animam meam.* Pues para esto dió lugar á su pensamiento, y empezó á discurrir en el discurso y proceso de su Pasion y circunstancias de ella, como en cosa que tenia tan presente á la vista de su entendimiento, y tan cercana á la execucion. Miraba con quánta pasion los injustos Jueces, con color de Justicia, habian de prender la misma Justicia, y con quánta soberbia los fieles gusanos habian de desacatar al Rey de todos los siglos, y con quánto atrevimiento los esclavos del pecado habian de atar al Señor de la verdadera libertad: pensaba con quánto tropel y deshonra le habian de llevar á casa del Príncipe de los Sacerdotes, por las calles públicas de Jerusalen, donde él habia obrado tantas maravillas; y como los Sacerdotes, ciegos de su codicia, y ambicion, habian de solicitar testigos para que dixesen falso testimonio contra él. Púsosele delante como habian de mandar á sus Ministros, que le escupiesen, y le burlasen, y diesen bofetadas, y como los desventurados hijos de ira habian de emplear la suya en herir afrentosamente al Señor de la Magestad.

(1) Psalm. 68. n. 1.

Vió como habia de ser entregado á Pilatos y al Pueblo Gentil, y como el Presidente, por vanos respectos del mundo, le habia de remitir al Rey Herodes, y como habia de ser mofado y tenido por loco de sus Cortesanos; y como vuelto á Pilatos, habia de ser azotado, y entregado á los Soldados á gente de guerra, para que con escarnio y baldon de burlas coronasen de espinas al Rey verdadero. Y discurriendo mas adelante, vió como le habian de sacar condenado de casa de Pilatos con público pregon, y con la Cruz acuestas; y como entre tanta multitud de gente, que se habia de hallar á este espectáculo, habia de encontrar con las santas Mugeres, que le habian seguido y regalado en su vida, y entre ellas habia de ver á su afligida Madre; y no pudo ser, sino que en este pensamiento se enterneciese, y le traspasase agudamente la tristeza y dolor su corazon.

Y llegando con la consideracion al Monte Calvario, vió la manera en que habia de ser crucificado; y como aquellos Ministros de la justicia, y crueles executores de ella, le habian de levantar puesto en la Cruz, desnudo delante del acatamiento Divino, y de toda la Corte del

del Cielo, y delante de su bendita Madre, y en los ojos y á vista de todo el mundo, en medio de dos salteadores. Púsosele delante aquel intenso dolor, en que mas de tres horas habia de estar colgado en la Cruz, desamparado de los amigos, y escarnecido de los enemigos; y que finalmente, á vista de su Eterno Padre, y en presencia de su Santa Madre habia de venir á espirar en el tormento.

Y con la viva representacion de una muerte con tantas circunstancias de afrenta y dolor, fué tanto el que sintió en su corazon, que de espanto de él empezó á temblar y temer, y desmayársele el corazon, y deshacersele como cera con la fuerza de la tristeza: (1) *Cœpit pavere, & tadere, & (2) contristari, & mæstus esse.* Y para descansar con sus tres amados Discípulos, les dixo: Triste está mi Anima hasta la muerte, congojas tengo y tristezas como de muerte, siento penas y apreturas, que bastan á dar la muerte: sufrios un poco aquí, Yo os lo ruego, (3) y perseverad conmigo y velad, y estad despiertos, y hacedme en este aprieto buena compañía.

CAPITULO VIII.

De otras causas mas secretas de la tristeza de nuestro Salvador.

AUnque todas las causas que hemos dicho eran motivos de suma tristeza y dolor, no fuéron con todo eso parte para que el Salvador no se ofreciese prontamente á la muerte por la obediencia de su Padre y salud de los hombres, como se habia ofrecido desde el primer instante de su concepcion; y con todo eso, mirando la carga que tomaba sobre sus hombros, se puso en agonía, (4) y perseveró haciendo mas larga su oracion, hasta sudar de pura congoja la Sangre de sus venas: porque el negocio que emprendia de pacificar los Cielos y la Tierra, reconciliar los hombres con Dios, pagar por los pecados de todo el mundo, satisfacer á la Divina Justicia, y hacernos propicia su misericordia, vencer el demonio, despojar el Infierno, y abrir camino y puerta para el Cielo, era negocio de tanto peso y cuidado, que ponia en mas congoja el amoroso corazon de nuestro Salvador, que los mismos tormentos y deshonras, que en lo de fuera habia

(1) Marc. 14. n. 33.
(2) Matth. 26. n. 37.
(3) Matth. 26. n. 38. Marc. 14. n. 34.
(4) Luc. 22. n. 43.

bia de padecer; y de aquí podemos sacar algunos de los motivos y causas mas secretas, que tuvo el Salvador en su oracion, de tanta tristeza y agonía.

La primera causa fué la grandeza de su amor, porque su dolor fué á la medida de su amor; y así como no se puede comprender del todo su amor, tampoco su pena y dolor. (1) Porque es así, que en siendo criada aquella Anima Santísima, é infundida en su Cuerpo en el Vientre Virginal de nuestra Señora, luego vió tan claramente como ahora la Divina Esencia; y en viendola, juzgó ser digna de toda honra y servicio; y así lo deseó con inefables fuerzas de amor, que le fuéron dadas para amar; mas como tambien vió todas las ofensas, que los hombres habian hecho contra Dios desde el principio del mundo, y las que habian de hacer hasta la fin de él, fué tan entrañable su dolor de vér ofendida la Divina Magestad, quan grande era el deseo que tenia de verla servida; y como no hay quien pueda alcanzar la grandeza de este deseo; tampoco hay quien pueda alcanzar la grandeza de aquel su dolor. (2) Y así leemos de algunos que tanto arrepentimiento tuviéron de haber pecado, que no pudiendo caber en ellos tanto dolor, perdiéron la vida. ¡Qué dolores obró en tí, Señor, aquel amor sin medida, que á Dios y á los hombres tuviste! Pues que una centella de este amor infundida en los corazones de aquellos, les apretó tanto, que los hizo rebentar como pólvora.

A esta primera causa del amor de Dios, es conseqüente otra del amor grandísimo, que tenia este Señor á los hombres: y como él solo sabia conocer y estimar dignamente, quán grande mal es estár en desgracia de Dios, y haber de carecer para siempre de su gloriosa vista y compañía; así se congojaba sobremanera de ver á los que él tanto queria, en tan grave y manifiesto peligro. De manera, (3) que ver á Dios ofendido, y á los hombres perdidos por el pecado, era cuchillo de dos filos, que entrañablemente lastimaba su corazon, por el amor que á él tenia por sí, y á los hombres por él, deseando la satisfaccion de la honra Divina, y el remedio de los hombres, aunque fuese muy á su costa. Porque si el Apóstol (4) dice de sí, que le consumia mas la solicitud, y cuidado de las Iglesias, que le fatigaba allá dentro, que todos

(1) M. Avila audi filia, c. 79.

(2) Audi filia, c. 80.

(3) Audi filia, c. 79.

(4) ad Cor. 11. n. 28.

dos los trabajos y persecuciones, que padecia por defuera; y que quando alguno flaqueaba, él se enflaquecia, y quando era escandalizado, él se abrasaba: ¿qué padeceria dentro de sí aquel Señor, que tenia tanto mayor caridad, que el Apóstol?

Demas de este dolor, que atravesaba el corazon de Christo nuestro Señor, de ver á Dios ofendido, y á los hombres condenados: habia otro, que no le causaba menores congojas, el qual era haberse hecho cargo de todos los pecados de los hombres, para satisfacer las injurias de su Padre, que estaba ofendido, y pagar las deudas de sus hermanos, que estaban condenados. (1)

¡O Jesus benditísimo! que verte de fuera atormentado, quiebra el corazon del Christiano, y verte dentro quebrantado con algunos dolores, ni hay vista, ni fuerza que lo pueda llevar. Isaías dice: (2) Cada uno de nosotros se perdió por su camino, y el Señor puso sobre su Mesías los pecados de todos. Y esta sentencia tan rigurosa de la Divina Justicia, tu amor, Señor, la tuvo por buena, y echaste sobre tus cuestas, y te hiciste cargo de todos los pecados, sin faltar uno, que todos los hombres hiciéron, hacen y han de hacer; desde el principio del mundo, hasta que se acabe, para pagarlos tú, Señor, y Amador nuestro, con dolores de tu corazon. ¿Pues quién podrá contar el número de estos dolores, pues no hay quien pueda contar el número de nuestros pecados?

Mas hay aquí otra consideracion, que ensalza sobremanera la Divina Misericordia, y descubre otra vena de la tristeza y congoja de este dia; y es, que no solamente quiso el Señor pagar como fiador por culpas agenas, sino como si él mimo fuera el culpado, y los pecados fueran suyos propios. Porque los fiadores, aunque pagan por aquellos á quien fian; pero pagan como por estraños, y no se les pega deshonra de los delitos agenos, y creceles mucha honra, porque pagan lo que no debian. Mas el Señor se hizo tan uno con nosotros, como es la cabeza con su cuerpo; y por esta razon quiso que las culpas nuestras se dixesen culpas suyas, y no solamente pagarlas con su Sangre, sino pasar vergüenza y confusion por ellas; y sin duda, que fué muy grande la que nuestro Salvador padeció por nuestros delitos, y que fué gran parte de la congoja, que tuvo á la en-

(1) Audi filia, c. 79.

(2) Isai. 53. n. 6.

trada de su Pasion , quando se hizo cargo , y se ofreció á pagar por ellos. Esto quiso él significar por el Profeta , quando dixo : (1) *Tota die verecundia mea contra me est , & confusio faciei meæ cooperuit me.* Y en otra parte dice : (2) *Operuit confusio faciem meam.* Y representando á su Eterno Padre esta congoja , como una de las mayores que padecia , dice así : (3) *Tu scis improperium meum , & confusionem meam , & reverentiam meam.*

(1) Psalm. 43. n. 16.

(2) Psalm. 68. n. 8.

(3) Psalm. 68. n. 20.

Y aquí se nos descubre un nuevo argumento de la humildad y caridad de Christo nuestro Señor ; porque siendo nuestros pecados tan feos , y pasando él tanta vergüenza y confusion en interceder por ellos , intercedió y abogó por ellos con profundísima humildad , y ardentísima caridad, como si fueran suyos propios. Suele acaecer , que quando un hombre comete algun delito infame , sus amigos y deudos le desconocen y desamparan, porque no se les pegue el mal olor de aquella infamia: y si hay alguno tan padre , ó tan amigo , que quiera dar algun paso en su negocio , entra siempre abominando del hecho , y mostrándose muy libre y ageno de él. Pero este benignísimo Señor , y amador nuestro, cubierto su rostro de vergüenza por las abominaciones , que nosotros cometímos, no se desdeña ante el Tribunal de la Divina Justicia de reconocernos y confesarnos , no solo por amigos , por deudos , por hermanos y por hijos , sino tambien por sus miembros , y por cuerpo suyo , cuya cabeza es él : y de ahí es , que no solamente ruega y negocia que seamos perdonados , sino que tambien se ofrece , como si fuera él malhechor , á pagar la pena que merecímos ; y por eso, aunque tres veces pidió en su oracion , que si era posible pasase de él aquel Caliz de su muerte sin beberle ; pero bien veia que estaba léjos de alcanzar su peticion , por razon de los pecados de que se habia hecho cargo , y que por esta causa los llamaba y tenia por suyos, segun lo que en el Salmo estaba escrito en su persona : (4) *Longé á salute mea verba delictorum meorum.* ¿Pues quál congoja fué la tuya , Señor , en este paso, pues te hizo sudar la Sangre de tus venas ? ¿Y qué vergüenza pasarias , siendo tan honesto, quando vieses relatar en el acatamiento de Dios cosas tan feas, haciéndosete el cargo á tí, como si fueran culpas tuyas ? Ay

(4) Psalm. 21.

de nosotros y porqué las hicimos!

No parece que podian ser mayores las congojas de nuestro Salvador, si no las hiciera crecer nuestro desagradecimiento, y mala correspondencia, que es la cosa que mas aflige á los que hacen beneficios y tienen amor. Porque el ver que habia de haber tantos, que no conociesen, ni estimasen, ni agradeciesen este beneficio, ni se aprovechasen de remedio tan costoso; y que despues de haber dado su Sangre, para medicina de nuestras dolencias, y para hacer legía con que purificar nuestras manchas, hubiese con todo eso tantos, que por no curarse muriesen eternalmente, y tan pocos, que lavasen sus vestidos en la Sangre del Cordero: esto era una cosa, que lastimaba el corazon de este Señor, mas de lo que con palabras se puede declarar. Aquí sintió de nuevo los pecados de los hombres, como de gente que pisaba su Sangre, y despreciaba su amor, y desestimaba sus beneficios; y mucho mas los pecados de aquellos, que por ser Christianos ó Religiosos, ó por haber recibido mayores dones de Dios, era mayor, y mas feo su agradecimiento. Y si los que mucho aman se afligen notablemente quando les responden con desamor, dinos, Señor, ¿qué sentiste, quando teniendo tanto amor á los hombres, viste en ellos tanto desamor, tanto olvido y desagradecimiento?

Demas de lo dicho tuvo el Señor otro motivo de dolor, que declara mucho su amor, y para nosotros es de mucho consuelo, porque vió claramente los caminos que habian de llevar sus escogidos, para conseguir el fruto de su redencion. Allí se representáron muy en particular y por menudo sus tentaciones y luchas, sus ayunos y vigilias, sus persecuciones y penitencias, sus trabajos y cansancios, sus injurias y deshonras, y sus dolores y martyrios. Todas estas cosas no las miró como agenas sino como pasiones propias suyas, porque en la verdad le tocaban de muchas maneras. Lo primero, porque eran pasiones de sus miembros, y por ese título eran suyas. Lo segundo, porque ellos las habian de padecer por su amor, y por no negarle ni ofenderle á él. Lo tercero, porque los mismos perseguidores y tiranos habian de perseguir y atormentar á los Justos, por su respeto, y porque le seguian, y servian á él. Por todo lo qual el

benignísimo y fidelísimo Señor se hacia cargo de todas estas pasiones, como si fueran suyas, y las padeciese él.

Porque si á Saulo, quando perseguia á sus Fieles, le dixo: ¿Por qué me persigues? de la misma manera pudo decir, que las piedras de San Estevan le herian, y el fuego de San Lorenzo le quemaba, y todas las otras congojas de sus Santos le afligian, las quales él sabia, y penetraba mejor que otro ninguno, y las aceptó este dia, y las ofreció al Eterno Padre en su oracion, no sintiendo ménos los trabajos de su cuerpo místico, que sentia los de su mismo cuerpo natural.

(1) Matt. 6. n. 6.

(2) Matth. 26. n. 39.

(3) Luc. 22. n. 41.

CAPITULO IX

Hace el Salvador oracion en el Huerto, y suda Sangre.

Estando el Salvador en estos pensamientos tan congojosos, nos dió un exemplo excelente de acudir á la oracion, ántes que otros medios humanos, en semejantes tribulaciones; porque reusando su santísima Humanidad, por lo que tenia de nuestra flaqueza, de beber este Caliz tan amargo, y viendo que toda esta tempestad se levantaba contra él por el odio y envidia de los Escribas y Fariséos, y por la soberbia y ambicion de los Príncipes de los Sacerdotes, no quiso hacer diligencia ninguna con los hombres, ántes de presentarse en la oracion delante de Dios, sabiendo que sin su disposicion no se mueve una hoja en el árbol; y que por su voluntad se gobiernan todas las cosas á los fines altísimos, y secretos de su eterna providencia. Y para cumplir con la obra lo que habia enseñado de palabra, (1) que la oracion se habia de hacer en secreto, y á puerta cerrada, dexó tambien aquellos tres Discípulos, que habia llevado consigo, (2) y se apartó un poco, como un tiro de piedra de ellos, con tanto sentimiento de dexarlos, que para significarlo el Evangelio, usó de aquella palabra: (3) *Et ipse abulcus est ab eis*; esto es, que se arrancó de ellos, como quien se le arrancaba el ánima, de dexar tan fieles amigos en tiempo de tan grande tribulacion; pero al fin se apartó, no obstante que se le arrancaba el alma en apartarse, mostrando la firmeza y constancia con que se debe executar lo que se juzga por mejor, y de mayor servicio Divino; y púsose en tal distancia, que ellos pu-

pudiesen recibir exemplo, y él pudiese orar con mas sosiego, y derramar su corazon afligido con mas libertad en el divino acatamiento.

Puesto allí, (1) se hincó de rodillas, y luego (2) se postró con profundísima humildad, y no menor congoja, poniendo su divina faz sobre la tierra, y dió principio á su oracion, diciendo: (3) Padre; y por otro Evangelista repitió dos veces: (4) Padre, Padre; y por otro dice: (5) Padre mio, regalándose con el Padre, que le mandaba morir, y le entregaba á la muerte; y sujetándose amorosamente, y con espíritu de Hijo á su Padre, aunque le veia con el cuchillo en la mano, mucho mejor que lo hizo Isac, que viendo á su padre armado con el fuego y el cuchillo para ofrecerle en sacrificio, le dixo: (6) *Pater mi.* Enseñónos tambien un grande remedio para esforzar en los trabajos nuestra confianza; y es, reconociendo las entrañas de Padre, con que Dios nos castiga, y llamándole á boca llena Padre, Padre.

Dixo, pues, el Señor: Padre, Padre, y Padre singularmente mio, que soy tu Hijo natural, (7) si es posible, (ó como dixo otro Evangelista) si tu quieres; (8) esto es, si con tu voluntad, y queriéndolo tú, es posible, suplícote, que no beba Yo este Caliz; como si dixera: Yo no quiero cosa que tú no quieras: lo que tú no quieres, eso, aunque sea por sí mismo muy facil, es para mí como imposible; y por tanto, Señor, lo que te pido es con condicion que tú lo quieras; y si queriéndolo tú se puede hacer, lo que Yo querria, es no beber trago tan amargo. Y para enseñarnos, que el sentir dificultad y repugnancia á los trabajos, y tristeza y agonía con ellos, y desear segun la carne excusarlos y huir de ellos, no disminuye un punto de la perfeccion de la virtud, como esté la voluntad sujeta perfectamente, y conforme con la de Dios: por eso, despues de haber mostrado por una parte la tristeza, y repugnancia natural de su santa Humanidad, aunque la habia significado con tanta cortesía, y resignacion, diciendo, si era posible, y si su Padre lo queria así: con todo eso hizo fuerza otra vez en lo mismo, remitiéndose mas expresamente á la voluntad de Dios; y como volviendo sobre sí, dixo: *Verumtamen* (9) *non sicut ego volo, sed sicut tu*; pero no se haga, Señor, como Yo lo quiero, sino

(1) Luc. 22. n. 4.
(2) Matth. 26. n. 39.
(3) Luc. 22. n. 42.
(4) Marc. 14. n. 36.
(5) Matt. 16. n. 39.
(6) Genes. 22. n. 7.
(7) Matth. 26. n. 39.
(8) Luc. 22. n. 42.
(9) Matth. 26. n. 39. Marc. 14. n. 36. Luc. 22. n. 42.

como lo quieres y ordenas tú. ¡O exemplo digno de ser recibido é imitado con toda reverencia y humildad! Porque considera, que el que aquí ruega es Hijo natural y Unigénito de Dios, Hijo amantísimo sobre todo amor, Hijo obedientísimo, en quien su Padre se habia siempre agradado; y á quien ruega es á su mismo Padre, y Padre todo poderoso, en cuya voluntad estaba todo lo que se le pedia; y sobre lo que ruega, es sobre su muerte, y sobre muerte tan cruel y afrentosa, y sobte muerte que no merecia: y con todo eso, mira la reverencia con que habla, y la templanza con que pide, que no se determinó á pedir, sino es que fuese así su voluntad: y en negocio tan grande, qual nunca se vió, el Hijo amantísimo no quiere lo que su carne, sino lo que quiere su Padre; y nosotros, viles esclavos, y que por nuestras culpas merecemos qualquier castigo, no miramos sobre qué, y con qué causa, y con quánta determinacion pedimos, y somos importunos. Aquí nos dá nuestro Soberano Maestro hecha la Oracion, para que despues de haber representado al Eterno Padre nuestros deseos, digamos con toda resignacion y reverencia: *Verumtamen non sicut ego volo, sed sicut tu.*

Acabada la Oracion, vino el Salvador á visitar y requerir á sus Discípulos, que con el cansancio y tristeza estaban dormidos, haciendo en esto oficio de Superior solícito y vigilante, para despertarlos y prevenirlos para el encuentro que esperaban. Y no dexaria de causarle mucho sentimiento ver, qué vivo y despierto andaba Judas en la traycion, y qué remisos y dormidos estaban los suyos en la oracion; y por qué Pedro habia mostrado mayor animosidad, y presuncion, ofreciéndose mas arrojadamente á las prisiones y á la muerte, en razon de no desamparar á su Maestro, y no acababa de reconocerse y humillarse con lo que otras veces le habia dicho, amonestándole de la flaqueza y cobardía, que en aquella misma noche habia de tener, tomó ahora ocasion el Señor de su sueño, para advertirle y hacerle entrar dentro de sí, y que no presumiese de sí cosas grandes y dificultosas, pues no podia salir con las fáciles y menores. Y por esto, hablando particularmente con él, le dixo: (1) Así Pedro, vos tambien dormis? Vos deciades (2) que siendo conmigo, y

(1) Marc. 14. n. 37.
(2) Luc. 22. n. 33.

y en mi compañía, estabades dispuesto para prisiones y muerte: y ahora no habeis podido velar conmigo, y en mi compañía, siquiera por espacio tan pequeño? Conmigo (digo) que estoy velando y orando, y agonizando, y sudando sangre: Conmigo, que quando Yo durmiera y descansara, habiades vos de velar en mi defensa: Y esta es la fuerza, que tiene aquella reprehension tan sentida y tan amorosa: *Simon dormis? non potuisti una hora vigilare mecum?*

Y vuelto á los demas, que como siguiéron á San Pedro (1) en las ofertas, tambien le imitaban en el sueño, les exhortó amorosamente, diciendo: Velad, y orad, no tanto ya por mi respeto, quanto por vuestro peligro, porque no seais vencidos de la tentacion; y no os descuideis, fiados de vuestra buena voluntad, por que aunque está el espíritu pronto para hacer y padecer; pero la carne es flaca, que hace guerra al espíritu, y se le llevará tras sí, si no perseverais en la oracion para alcanzar de Dios vigor y fortaleza.

Y lo que les enseñó de palabra, lo confirmó luego con su exemplo; porque estando en aquella agonía, volvió segunda vez á la oracion, y hizo fuerza en la sujecion, y conformidad con la voluntad de su Padre, y así le dixo: (2) Padre mio muy amado, Yo te he suplicado, que si es posible pase Yo sin beber un Caliz tan amargo; mas si está otra cosa determinada ya por tí, y no puede ser sino que Yo le beba, hágase en mí tu voluntad; y no olvidando la flaqueza de los suyos, volvió á ellos despues de su oracion, y los halló otra vez durmiendo, (3) porque estaban vencidos del sueño, los ojos cargados, y sin acabar de volver en sí; y así daba á entender, quán flacos habian de estar despues en la ocasion, los que tan poco ántes estaban tan dormidos en la oracion; y el manso, y prudentísimo Maestro no quiso decirles nada por no afligirlos, teniendo por bastante reprehension, que ellos echasen de ver, como despues de avisados los habia hallado durmiendo, de lo qual estaban tan confusos, (4) que no sabian qué responder en su disculpa, ni nosotros tenemos otra de la poca compañía, que hacemos al Señor en su Pasion, sino tener los ojos tan cargados de sueño con los vapores de las cosas de este mundo.

De esta manera los dexó el Se-

(1) Matth. 26. n. 35.
(2) Matth. 26. n. 42.
(3) Matth. 26. n. 43. Marc. 14. n. 40.
(4) Marc. 14. n. 40.

(1) Matth. 26. n. 40. Señor en supuesto, (1) y él se volvió al suyo de la oracion, y dixo tercera vez las mismas palabras, que la primera y la segunda habia dicho, para enseñarnos, que tres y muchas veces hemos de orar hasta ser oidos, y perseverar llamando á las puertas de la Divina Misericordia, hasta alcanzar lo que pedimos, y hacer tanto mas larga la oracion, quanto fuere mayor la congoja que llevamos: la qual sintió tan grande el Salvador en esta tercera oracion, que la llamó San Lucas agonía; que propiamente quiere decir lucha y pelea, para significar la que Christo nuestro Señor padecia dentro de sí, quando la memoria y viva representacion de su Muerte, armada con la voluntad y mandamiento del Eterno Padre, peleaba con el afecto natural de la santa Humanidad, que la reusaba y huia: y por otra parte el espíritu pronto, y esforzado animaba á la carne flaca, para que aceptase la muerte, y se sujetase al mandamiento de Dios; pues en esta lucha y agonía, dice el Evangelista, (2) Lucæ 22. n. 43. 44. (2) que hizo el Salvador mas larga y mas fervorosa su oracion; y como quiera que en estas apreturas se suele recoger la sangre de los demas miembros, dexándolos frios para cercar y favorecer el corazon; ¿cómo pudo el Salvador sudar esta Sangre por las venas, sino por haber hecho un esfuerzo tan magnánimo y generoso, para sacudir de sí el temor, que juntamente desvió la Sangre, que se habia recogido al corazon con tanta fuerza, que no pudiéndola contener la estrechura de las venas, se desatáron, y diéron libre salida por los poros á las gotas de Sangre, que corrian hasta la tierra? Y si esto fué así, el sudor de Sangre no nació de temor, sino de grandeza de ánimo; si bien es verdad, que pudo proceder tambien de la vehemente congoja y agonía: la qual, así como en muchos suele ser causa de sudor, así quando es muy crecida, principalmente quando la sangre es delicada, puede ser causa de sudar la sangre tambien. De qualquier manera que sea, quiso el Señor darnos esta señal en lo de fuera, de la lucha y agonía que pasaba allá dentro, y encarecer mas la resignacion con que se ofrecia á la voluntad de su Padre en una cosa tan dificultosa, que solamente imaginada, le hacia sudar la Sangre.

Creció, pues, la agonía estando en la oracion, y creció tam-

tambien la oracion estando en la agonía, porque la hizo mas larga y mas fervorosa, suplicando á su Eterno Padre, con toda humildad y resignacion, que si era posible, pasase de él aquel Caliz, y le excusase un trago tan amargo; pero que se hiciese en todo su santa voluntad. Y es de creer que todos los Angeles del Cielo estarian suspensos en profunda admiracion, viendo al Hijo de Dios, que con tanta agonía, y con tanta reverencia, por tres veces rogaba al Eterno Padre, no ménos que por la vida, y por excusar la muerte, y muerte de tanta afrenta y dolor: y todos postrados (como veian que estaba el Hijo muy amado, y su Señor) esperarian el despacho, que habia de tener aquella peticion en el Tribunal y presencia de su Padre, y si habia de tener efecto aquella muerte, ó no; sino que el cuchillo, que amagaba á la cabeza del Hijo, se habia de volver sin sangre, y sin efecto á la bayna, como lo hizo antiguamente el de Abrahan.

Entónces declaró Dios en su Corte á todos los Espíritus Celestiales, que su determinada voluntad era que su Hijo muriese: y que aceptaba su oracion, quanto al ofrecimiento, que con tanta resignacion le hacia, para que sin mirar á su deseo y gusto natural, executase en él su eterno consejo y santa voluntad: y que por este medio queria engrandecer su Justicia y Misericordia, y dar luz al mundo, y salud á los perdidos, y perdonarles sus ofensas, y volver por su honra que estaba ofendida: y todos adoráron con profunda reverencia la Soberana Magestad y se les descubrió un nuevo argumento de su infinita Sabiduría, é incomprehensible bondad.

Y porque la oracion humilde y perseverante nunca vuelve vacía de las puertas de Dios, dado caso que la Divina Magestad no mudó el decreto, que tenia hecho ántes de todos los siglos, acerca de la muerte de su Hijo; pero acordó de enviar un Angel de el Cielo, (1) que en forma visible le hablase y confortase. Mas ¿con qué razones le confortó, y le consoló, pues sabia el Señor todas las que habia para animarse en este aprieto, y ninguna le podia enseñar el Angel, que él ya no la supiese? Porque ¿qué otras pudiera decir el Angel mejores ni tan buenas, como las que en el mismo propósito, y al mismo propósito, y al mismo fin de confortarlos habia di-

(1) Luc. 22. n. 45.

dicho el Señor á los suyos despues de cena? Pero el misericordioso Señor, que de su voluntad quiso estar triste por nuestro remedio, quiso tambien por entónces apartar de su memoria la consideracion de aquellas cosas, que podian darle algun alivio, porque así padeciese su santa Humanidad mas sin consuelo, y pudiese ser confortada de aquel Angel. Diónos tambien en esto un nuevo exemplo de humildad, holgándose de ser consolado y animado por el ministerio de aquel Angel, que le proponia exteriormente, y como le traia á la memoria las razones, que habia para aceptar con prontitud aquel Caliz de amargura; enseñándonos á nosotros, que si en nuestras apreturas no hallaremos dentro de nosotros el consuelo, que damos á los otros en las suyas, holguemos de recibirle con humildad, por medio de qualquiera que el Señor nos enviare.

Acabada la oracion, levantóse el Señor de la tierra, (1) donde estaba, ó arrodillado ó postrado: y á lo que se puede creer, se limpiaria el rostro del sudor de la sangre, ántes de volver á sus Discípulos: los quales despues de avisados, y reprehendidos la primera vez de su sueño, y visitados la segunda y hallados durmiendo, sin tener que responder en su defensa, se habian dormido tercera vez, sin acabar de poder velar en la oracion con su Maestro. Pues hallándolos así dormidos (2) de puro cansancio y tristeza, los despertó con una grave y mansa ironía, diciendo: (3) Dormid ahora, y descansad; como si dixera: Buen tiempo, buen lugar, buena ocasion por cierto para dormir; la tierra fria, la noche obscura, el ayre helado, los enemigos á la puerta, que vienen á prenderme; dormid y descansad, si podeis. Hasta ahora Yo os he pedido, que veleis conmigo y en mi compañía: ahora por cierto ya por mí, si quereis, dormíos, que aunque querais, no podréis. Y luego con palabras sentidas, y graves, les dixo: (4) Ea, basta lo dormido; ¿qué (5) os dormis? Cantad, que ya no hay tiempo de dormir, porque ya es llegada la hora, en que tengo de ser entregado en manos de hombres facinerosos y perdidos.

Y no es de olvidar, que entre las demas penas sintió el Salvador en este punto la injuria del Apóstol que le vendia: que aunque le dolia la malicia de los Judíos: pero mucho mas la de Judas, y el ser vendido,

(1) Lucæ 22. n. 45.
(2) Luc. 22. n. 45.
(3) Matth. 26. n. 45.
(4) Marc. 14. n. 41.
(5) Luc. 22. n. 46.

do, no por qualquiera de sus Discípulos, mas por uno de los doce, que era su Apóstol y su compañero, y que cada dia comia con él; y no por precio de mucho valor, sino por el que le quisiéron dar, que así dixo el hombre apocado: (1) ¿Qué me quereis dar, que yo os le entregaré? y no hubo otra iguala, sino la que le quisiéron prometer. No quiso disimular el Señor el sentimiento, que le causaba esta injuria; y por eso, despertando á los Discípulos, les dixo: ¿Que os dormis? que el que me ha de vender viene ya muy cerca, (2) que no está durmiendo, ni ha perdido un punto de solicitud y diligencia: pues levantáos y vamos, y sin mostrar flaqueza, salgamos con ánimo al encuentro á los que vienen á buscarnos.

En esto nos enseñó el Señor dos cosas. La primera, que la oracion siempre hace buenos efectos, y nunca sale el hombre vacío del acatamiento de Dios; porque aunque no tenga consolacion (como no la tuvo el Señor, sino congoja y desconsuelo) pero saca buen ánimo y esfuerzo para padecer, y vencer qualesquiera dificultades y tentaciones. La segunda, que si bien es necesario derramar nuestro corazon, y descubrir nuestras congojas, y representar nuestras repugnancias y temores en el acatamiento de Dios, como lo hizo el Salvador, y como lo hacia David, quando decia: *Efundo in conspectu ejus orationem meam, & tribulationem meam ante ipsum pronuntio*: pero puestos en la ocasion del trabajo, es menester hacer rostro, y mostrar valor á los hombres, ó á los demonios que nos persiguen.

Psalm. 141. n. 3.

(1) Matth. 26. n. 15.

CAPITULO X.

Es el Salvador entregado y preso.

Luego que el falso Apóstol Judas, arrebatado del demonio, se salió del Cenáculo, y se apartó de los demas Discípulos, empezó á poner diligencia, y dar órden en la prision del Salvador: andaria de casa en casa por los Pontífices y Cabezas de aquella Synagoga, ofreciéndoles el cumplimiento de la palabra que tenia dada, pintándoles la ocasion que tenian en las manos, y dando la traza y órden, que habian de tener para que no se les fuese: y como no creian en él, (4) ántes le tenian por engañador y embustero, hizo todas las prevenciones posibles pa-

(2) Matth. 26. n. 46. Marc. 14. n. 42.

(3) Joan. 6.n.64.

para salir con su intento. Porque negoció del Presidente una cohorte de los Soldados de su guarda y presidio, (1) que los que ménos número le dan, dicen, que tenia ciento y veinte y cinco Soldados; y pareciéndoles poca esta gente, mandáron los Pontifices y Fariséos (2) que se fuesen con ellos sus criados, para que hiciesen mayor cuerpo de exército, y ayudasen en las ocasiones quando fuese menester. Y porque por falta de Cabezas y de Gobierno no se perdiese la jornada, determináron, que se hallasen presentes algunos de los Príncipes de los Sacerdotes, (3) que entre ellos eran personas de mucha autoridad, y de los que años pasados habian sido Sumos Sacerdotes: y en su compañía y para hacer mas grave el caso, iban muchos Magistrados del Templo, (4) que eran las personas, que tenian á su cargo, unos la fabrica, otros la hacienda, otros los sacrificios y ofrendas, y cosas semejantes. Todos iban bien armados, (5) y apercibidos para lo que podia suceder: unos con alfanges y espadas, otros, que ménos podian, con buenos palos y bastones: (6) llevaban muchas hachas, y linternas (7) para poder caminar; y para que con la obscuridad no se les escondiese el Señor; que para juntar tanta gente, y hacer tanto aparato, bien se dexa entender el fuego que meteria Judas, y el ruido y alboroto que andaria en la Ciudad; porqne si bien lo miramos, se juntó exército de todo género de gentes, de Judíos y de Gentiles, de siervos y de libres, de lo Eclesiástico y de lo seglar, de gente de guerra, y de gente de paz; porque se hallasen todos en aquella prision, por la qual todos habian de alcanzar libertad.

De este exército se hizo Judas el Capitan: y así dice San Lucas, (8) que uno de los doce, que se llamaba Judas, iba en el primer lugar, y delante de ellos: y en los Actos de los Apóstoles se dice de Judas, que fué el Capitan de los que prendiéron á Jesus. (9) Este oficio hizo Judas exâctamente en muchas cosas; porque lo primero escogió el tiempo de la noche, por escusar el alboroto y resistencia que podian hacer las turbas, que de dia seguian y acompañaban al Salvador: y con esto satisfizo al temor de los Pontifices, que por no dar lugar á algun alboroto del Pueblo, querian dilatar esta prision para despues del dia de la

(1) Joan. 18.n.3.
(2) Joan. 18.n.3.
(3) Luc.22. n. 52.
(4) Luc.22. n. 52.
(5) Matth. 26. n. 47.
(6) Matth. 26. n. 47. Marc. 14. n. 43.
(7) Joan. 18.n.3.
(8) Luc.22. n. 47.
(9) Actor. 1.n.16.

la Pascua. Lo segundo, escogió lugar fuera de la Ciudad, y en el campo, para hallarlo mas solo, y mas léxos de quien le pudiese favorecer: porque bien sabia el traydor aquel lugar, (1) que muchas veces el Señor solia ir allí con los Discípulos, buscando la quietud y silencio para orar, y para tratar con ellos de los Misterios mas escondidos y secretos; porque sin duda fuera á buscarle á su casa, si pensára que habia de estár á aquella hora durmiendo; pero fuéle á buscar al Huerto, porque sabia que habia de estar orando. Lo tercero, previno á sus Soldados de linternas y hachas, y de armas: las linternas y hachas por la obscuridad de la noche, y porque si quisiese esconderse en el campo y huir, le buscasen y hallasen con ellas: tanto se encubrió aquella sempiterna Luz en nuestra carne mortal, que el poder de las tinieblas iba á buscarle con linternas: las armas eran para poner terror, y que ninguno se atreviese á hacerles resistencia; y si alguno la hacia, para pelear, y defenderle el Preso con ellas. Lo quarto, les dió la señal, así de la persona del Salvador para conocerle, como del tiempo en que habian de cerrar con él para prenderle, lo qual es propio del Capitan; y la señal que les dió, fué la salutacion comun y ordinaria, que se usaba entre los amigos, que era dár paz en el rostro, lo qual fué de traydor, porque como hombre falso y doblado, queria hacer á dos manos: por una parte entregarles la presa, y por otra encubrirse á su Maestro; y como quien venia de otro negocio, entrarse con los demas Apóstoles, sin darse por entendido, que tenia parte en aquella maldad. Lo quinto, les hizo la exhortacion, diciendo: (2) *Quemcumque osculatus fuero, ipse est, tenete eum, & ducite cautè*: al que yo diere beso de paz es á quien buscais, asidle y llevadle con recato; como si dixera: Porque es de noche, y muchos de los que aquí vais no le conoceis, y él es tal, que no seria mucho haceros algun trampantojo, y irseos de entre las manos: por eso no se menee nadie hasta que yo de la señal: al que yo me llegáre, y diere paz en el rostro, aquel es; llegad luego de presto y prendedle, y llevadle con cautela á buen recaudo, porque, ó él con sus malas artes no se os vaya, ó el Pueblo, que le tiene devocion, no os le quite. De esta manera velaria Judas en su traicion,

(1) Joan. 18. n. 2.

(2) Matth. 26. n. 48. Marc. 14. n. 44.

en

en tanto que los demas Discípulos dormian en la oracion: en lo qual se ve tambien, que los que en el estado de la perfeccion no son muy buenos, de ordinario van á dar, como Judas, en el extremo de la maldad.

Empezó, pues, á marchar el Exército con buen órden fuera de la Ciudad, ácia el Monte de las Olivas: iban los Soldados de la cohorte, y su (1) Tribuno con ellos, y muchos de los Pontífices y Magistrados del Templo, y otros ancianos y gente de autoridad, acompañados de sus criados y Ministros, y de otra gente que los seguian. Llevaban, como hemos dicho, hachas y linternas, con que resplandecian las armas; y Judas delante de todos, con tanto aparato, como si salieran á pacificar la tierra, y á prender algun salteador Capitan de ladrones, y llegáron al Huerto de Getsemaní al tiempo que el Salvador, despues de haber orado la tercera vez, (2) estaba hablando con sus Discípulos.

En esta ocasion quiso el Salvador hacer demostracion de su Divinidad, y de la voluntad con que se entregaba por nosotros: porque trayendo guia, y contraseña para conocerle, y tanta fuerza de armas y de Soldados para prenderle; y queriendo Judas disimularse y encubrirse con muestras de falsa amistad, ni ellos le conociéron hasta que él se dió á conocer, ni le prendiéron hasta que se dexó prender, ni Judas pudo encubrirse, entrándose con los demas Apóstoles, como parece que pretendia. Porque primeramente llegando ya cerca Judas, se levantó el Salvador (3) para salirle al camino: y Judas, con diabólico atrevimiento, fingiendo que era Discípulo y amigo, y no enemigo y traydor, le saludó, diciendo: Dios te guarde, Maestro; (4) y juntamente le dió beso de paz, usando de aquella señal de amor, como instrumento de su traycion: y el mansísimo Señor, que era pacífico con los que aborrecian la paz, (5) no se desdeñó de recibir aquel beso de boca de Judas, no solo para exemplo de incomprehensible mansedumbre, sino para mostrar, que de su voluntad se entregaba, pues no reusaba la señal que habia dado el traydor, y juntamente para traer á sí aquel hombre poseido del demonio, viendo que no le negaba aquella señal de amor; y para corregir con su aliento, como Divino Saludador, la pon-

(1) Joan. 18. n. 12.

(2) Matth. 26. n. 47. Marc. 14. n. 43. Luc. 28. n. 47.

(3) Matth. 26. n. 46.

(4) Matth. 26. n. 49. Marc. 14. n. 43.

(5) Psalm. 119. n. 6.

zo-

zoña que traía Judas en el suyo, juntándose en uno aquellos abrazos, nacidos de tan diferentes corazones.

Y por no perder ocasion ninguna de hacer bien á quien le hacia mal, despues de haberle dado aquella significacion de amor, le amonestó de palabra con tanta dulzura y suavidad, no como pedia la gravedad del delito, sino como sufria la poca disposicion de enfermo: porque le llamó por su nombre propio, (que es señal de regalo) y le declaró la gravedad de su delito; y esto no exâgerando, ni reprehendiendo, sino preguntando, que es señal de cortesía y amor, quando le dixo: (1) *Juda, osculo Filium hominis tradis?* como si dixera: ¿Con muestras de paz me haces guerra? ¿Con señales de amor me entregas á la muerte? El Discípulo al Maestro, y el siervo á su Señor. Y luego para moverle mas al conocimiento de su culpa, le hizo otra pregunta, no con ménos fuerza de palabras y de amor: (2) Amigo (dixo) ¿á qué has venido? Amigo, no porque lo eres, sino porque lo has sido: y por haberlo sido es mayor la injuria que me haces, y mas vivo el sentimiento y dolor que me causas: (3) *Quia si inimicus meus maledixisset mihi, sustinuissem utique, &c.* Amigo, que lo has sido, y lo debias ser; y por lo que á mí me toca, lo puedes ser de aquí adelante, que Yo estoy aparejado á serlo tuyo: Amigo, no porque tienes gana de mi amistad, ni porque tus obras merezcan este nombre, sino porque lo pide mi amor, y las obras, que Yo hago contigo, como si lo fueses: Pues amigo, ¿qué intento es este que traes, y qué empresa es esta á que has venido? Turbóse sin duda Judas de ver que á los ojos de su Maestro estaba tan patente su traycion, y quedó atónito y confuso con respuesta de tanta mansedumbre: y no dexándole su mala conciencia juntarse con los otros Apóstoles y Condiscípulos suyos, se retiró ácia los Soldados y Ministros (4) que habian venido con él: los quales, aunque Judas habia dado ya la señal, que tenian concertada, no se moviéron de su lugar: ni conociéron al Salvador: porque no se habia de hacer esta prision á su voluntad, y como ellos querian, sino como lo tenia dispuesto y ordenado el Señor.

Despues de pasadas estas razones, (5) por el órden que se ha dicho, viendo el Salvador que Judas se habia retirado, y los

(1) Luc. 22. n. 48.
(2) Matth. 26. n. 50.
(3) Psalm. 54. n. 13.
(4) Joan. 18. n. 5.
(5) Augustin. de Confe. Ev. lib. 3. cap. 5.

(1) Joann. 18. n. 4. los Soldados no acometian, (1) aunque sabia todo lo que le habia de suceder, mas como padecia de su voluntad, no quiso esconderse, ni huir; sino ántes les salió al camino, y les dixo: ¿A quién buscais? Ellos estaban tan ciegos, que teniéndole delante, no le veian, y estando (2) Judas con ellos para hacer este oficio, ni se les dió á conocer, ni ellos le conociéron: y así habláron con él, como con tercera persona, diciendo: Buscamos á Jesus Nazareno. Estando, pues, así convencidos, de que todas sus diligencias, y prevenciones habian salido vanas, y sin efecto, para poder prenderle, ni aun para conocerle, entónces él se dió á conocer, diciendo: Yo soy. Y fué esta voz de tanta Magestad, y de tanto terror y espanto para aquellos Ministros de maldad, que como si fuera un rayo, volviéron todos ácia atras, y diéron consigo en tierra, y Judas con ellos, envuelto en las miserias de aquellos á quien seguia. Fué esta caida viva representacion de la que dió aquel dia la Sinagoga, tan peligrosa, que con ella perdió el Reyno, las Escrituras, el Templo, los Sacrificios; y finalmente el nombrarse, y ser Pueblo escogido de Dios: y tan dificil de levantarse de ella, que hasta hoy no se ha puesto en pie.

(2) Joann. 18. n. 5.

¿Qué ánimo y alegría sentirian los Apóstoles, viendo el valor de su Capitan, que al primer encuentro, con una sola palabra, hizo retirar y caer en tierra un Exército entero? ¿Dónde estaba aquí el Tribuno con su cohorte? ¿Dónde el orgullo y braveza de los Soldados? ¿Dónde el espanto y terror de las armas? Dios era el que hablaba: ¿qué hará quando venga á juzgar, el que quando iba á ser juzgado, hizo tal demonstracion de su virtud y Magestad?

Por todo el tiempo que ellos estuviéron caidos, estuvo él Salvador en pie, y sin mudar su puesto; y quando ya se levantáron, les dió otra vez en rostro con su flaqueza, y preguntóles: ¿A quién buscais? Razon fuera, que con un milagro tan evidente ellos conocieran á Jesus, y le buscaran para adorarle y servirle. Mas como despues de avisados y castigados, perseveraban (como hacen muchos) en su mala voluntad de prenderle, así perseveró en ellos la ceguedad de no conocerle, y con la misma turbacion respondiéron: Buscamos á Jesus Nazareno. Y notándolos el Señor de la turbacion y ceguedad en que estaban, les respondió:

dió: Ya os he dicho, que Yo soy; y para mostrar el amor y providencia que tuvo hasta la muerte, de sus amigos, y el imperio y poder sobre los enemigos, añadió: (1) Y si á mí me buscais, mirad que os mando, que á ninguno de estos mios enojeis, sino que los dexeis ir libremente. La qual palabra no fué de ruego, sino de imperio; que bien sabia el Señor, que no venian sus enemigos dispuestos á hacer lo que él les rogase, y por eso se lo mandó; y les ató las manos; que si no se las hubiera atado, ¿cómo saliera San Pedro libre entre tantas armas y Soldados, despues de haber tenido tanta osadía de herir al siervo del Sumo Sacerdote? Pero ellos oyéron el mandamiento, y obedeciéron por virtud de aquel Señor, que dixo, hablando con su Eterno Padre: (2) Padre, los que tú me encomendaste, Yo los he guardado con cuidado, y no se me ha perdido ninguno de ellos, excepto Judas, que como estaba profetizado en la Escritura, él se perdió por su culpa.

Y lo qué acabamos de decir del acometimiento que hizo San Pedro, pasó de esta manera. Entre los demas que venian en aquel Exército, estaba un siervo del Sumo Sacerdote, que se llamaba (3) Malco: el qual por ventura, por lo que habia oido tratar en casa de su Amo, tenia ménos crédito, y mas enojo contra el Salvador, y le parecia que á ninguno le estaba mejor que á él, por ser de casa del Pontífice, ser el primero en este negocio. Pues como el Salvador se dió á conocer, adelantóse á echarle mano con mas desenvoltura y atrevimiento: y viendo los Discípulos que la cosa iba de hecho, (4) y lo que de allí podia resultar, le dixéron: Señor, ¿si es tiempo y sazon? ¿ó si quieres que llevemos este negocio por armas? porque traian allí consigo (5) dos cuchillos, ó dos puñales por lo ménos: y entretanto que unos pedian la licencia, sin aguardar respuesta cerró San Pedro con el (6) siervo del Pontífice, y tiróle un golpe á la cabeza, que resvalando por ventura del casco con que venia, vino á dar en la oreja derecha y se la cortó. Este era el fervor de San Pedro, y el zelo que tenia de defender á su Maestro.

El qual, viendo el desórden, y la defensa indiscreta que intentaba su Apóstol, y que de ella no se podia seguir otro efecto, sino dar á entender que iba contra su voluntad á la muer-

(1) Joann. 18. n. 8.

(2) Joann. 17. n. 12.

(3) Joann. 18. n. 10.

(4) Luc. 22. n. 49.

(5) Luc. 22. n. 38.

(6) Joann. 18. n. 10.

te, pues se defendia con las armas de los suyos, habiendo él siempre procurado mostrar todo lo contrario; por estas causas aquel Divino Señor, pacificador de los Cielos y de la tierra, se llegó á poner paz entre los que reñian, y á detener los demas Apóstoles, que se disponian á lo mismo, diciendo: (1) Basta, no haya mas, no se pase mas adelante, cese la venganza, que ahora no es tiempo sino de paciencia; y no olvidado de su acostumbrada piedad; y por quitarles aquella ocasion de enojo, y aquel color de procurarle la muerte, por haber hecho resistencia á la Justicia; ántes por obligarles con nuevo beneficio, y aficionarlos con este nuevo argumento de su bondad, se acercó al herido, (2) y tocándole en la oreja, se la sanó: tal era la caridad de este Señor, que ardia en medio de las muchas aguas, y se enseñoreaba del ódio de sus enemigos; y juntamente nos dió esperanza á nosotros, que hemos de cobrar de su mano salud de las heridas que hemos recibido pecando; y tal, que nos haga reparar todos los daños que han resultado en nosotros, por haberle hecho guerra á él: lo qual es argumento de inefable piedad y misericordia.

(1) Luc. 22. n. 51.

(2) Luc. 22. n. 51.

(3) Matth. 26. n. 52.

(4) Joan. 18. n. 11.

Y para no faltar nada á quien era, despues de haber curado la herida corporal del enemigo, se puso á enseñar la ignorancia del Discípulo, y dar testimonio con su palabra de la voluntad con que se ofrecia á la muerte, por cumplir la de su Padre, y lo que estaba profetizado de él en la Escritura: y de camino quiso herir los corazones de los Judíos, poniéndoles delante la pena y castigo á que se sujetaban, por querer darle la muerte tan injustamente. Porque delante de todos ellos dixo á San Pedro: (3) Volved, Pedro, vuestro cuchillo á su lugar, que no es ahora tiempo de defendernos con armas, aunque los enemigos nos acometan tan injustamente con la suyas: que Yo os digo cierto á vos, (y entiéndanlo ellos tambien) que el que toma en su mano el cuchillo contra justicia, y sin legítima potestad, se sujeta tambien á pasar por él. Mas por lo que á mí toca, por ahora, Yo no trato de huir la muerte, sino de aceptarla con toda voluntad y amor, porque no la miro Yo como dada de su mano de ellos, sino como ordenada y dispuesta por mi Padre; y el Caliz (4) que mi Padre me dá, ¿no quereis vos que Yo le beba? Que bien basta venir de tal mano,

no, para que Yo le tenga por dulce, y le beba con sed y con deseo. Y quando Yo quisiera defensa, ¿qué necesidad tenia de la vuestra, que sois flacos, pocos y desarmados? (1) Pues con abrir Yo la boca y rogarselo á mi Padre, me enviaria aquí luego, por once hombres que vosotros sois, mas de doce legiones de Angeles, que asistirian á mi defensa y servicio; pero Yo no trato de defenderme, ni esto que veis, es para mí cosa nueva y no pènsada; que muchos siglos ha que los Santos Profetas, movidos del Espíritu Santo, lo dixéron, que convenia que se hiciese así; y si Yo me pusiera en resistencia, ¿cómo se habian de cumplir las Escrituras?

Y es mucho para ponderar, que de qualquiera manera que prendieran á Christo, nuestro Señor, aunque fuera con la estimacion y respeto que convenia á su persona, fuera materia de mucha deshonra y dolor, por ser persona tan autorizada y tan conocida y estimada en toda aquella tierra, por sus Sermones, por sus Milagros, y por sus excelentes virtudes: todo lo qual los habia tenido enfrenados en el discurso de su predicacion; que aunque buscaban muchas veces (2) modos y trazas para prenderle, nunca se atreviéron por temor del Pueblo, que le tenia y estimaba como á Profeta. Y siendo esto así, saliéron en esta ocasion á prenderle, no como á Profeta, ni como á hombre de bien, sino como á facineroso y ladron, y que era menester llevarle á empellones. Y no fué tan pequeña esta afrenta, ni la sintió tan poco el Señor, que la quisiese disimular y callar, habiendo disimulado tantas y tan graves en su Pasion: y estaba por otra parte tan pacífico y sobre sí, que en (3) aquella hora, que le cercáron tantos enemigos con tanta violencia, él se puso á razones con ellos, y les declaró el sentimiento que tenia de lo que hacian con él, y como en todo mostraban que andaban turbados, y en tinieblas; y dixo á las Turbas, (4) que allí estaban, y particularmente á los que habian venido (5) de los Príncipes de los Sacerdotes, Ancianos del Pueblo, y Magistrados del Templo: Habeis salido de la Ciudad á buscarme y prenderme con gente de guerra, con mano armada, con espadas y lanzas, con hachas y linternas, y con guia y adalid, que me conozca y descubra, como si Yo fuera ladron ó salteador, que an-

(1) Matth. 26. n. 53

(2) Matth. 21. n. 46

(3) Matth. 26. n. 55

(4) 26. n. 55

(5) Luc. 22. n. 43.

anduviera haciendo mal por los campos, y me escondiera en las cuebas por los desiertos; y no es así, porque muy á menudo y cada dia (como dicen) estaba publicamente, y muy de asiento y de espácio entre vosotros en el Templo, y en la Ciudad, donde teneis vuestro gobierno y justicia. ¿Para que era salir al campo para buscar al que teniades dentro de la Ciudad? ¿Para qué armas y Soldados para el que andaba pacíficamente entre vosotros? ¿Para qué eran menester malsines para descubrir al que públicamente enseñaba en el Templo? Mas entónces, que Yo andaba tan á la mano, no os atrevístes á poner las manos en mi, porque Yo no queria: y ahora, que habeis hecho todo este ruido para deshonrarme como á ladron, tampoco pudierades, si Yo no quisiera, y os diera licencia. Pero ya es llegada vuestra hora, (1) y es esta que está presente, en que se os da licencia sobre mí, á vosotros, y al Príncipe de las tinieblas que os incita.

Con esta palabra, que el Salvador dixo, y licencia que les dió, los demonios y los Judíos sus Ministros, se halláron subitamente libres y desembarazados, para hacer en todo su voluntad. Y luego todos á una; conviene á saber, (2) el Tribuno y su cohorte, y la demas gente y Ministros de los Judíos, pusiéron las manos en Jesus y le prendiéron. Traian á punto sogas y cadenas; y para usar de toda la cautela que Judas les habia dicho, (3) le atáron muy bien con ellas. Atáron al Autor de la libertad, y por ventura fuéron muchos en atarle, de los que despues libertados por él, dirian: (4.) *Dirupuisti Domine vincula mea, tibi sacrificabo hostiam laudis.* La prision se haria con mucha violencia, y con toda la descortesía de palabra y de obra; pues dice San Matéo, (5) que pusiéron las manos en él. El Pueblo llevaria tanta vocería, como suelen tener los vencedores, quando han cogido la presa. Judas se volveria razonando con los Sacerdotes y Magistrados, muy contento de el buen suceso de su trabajo y diligencia; (6) que le fuera mejor, si no hubiera nacido. Los Apóstoles escandalizados y turbados de ver lo que pasaba, y conjeturando de allí lo que podia ser, llenos de miedo y pavor, y olvidados de las ofertas, que habian hecho despues de Cena, venida la (7) ocasion, le dexáron y huyéron todos.

(1) Luc. 2. n. 43.
(2) Joann. 18. n. 12
(3) Joann. 18. n. 12
(4) Psalm. 115. n. 16.
(5) Matth. 26. n. 50
(6) Matth. 26. n. 24
(7) Matth. 26. n. 56 Marc. 14. n. 50

Y

Y era tanto el alboroto, y violencia de los que llevaban preso al Salvador, (1) que al ruido salió un mozo (que por ventura estaba ya acostado) cubierto con la sábana, y desnudo, y tratando de prenderle, les dexó la sàbana en las manos, y desnudo como estaba huyó de ellos. Así sucede muchas veces, que padecen mas los hombres por huir de la Cruz de Jesu-Chtisto, de lo que padecieran por seguirla. Y al que para ser perfecto no le piden mas de que dexe todas las cosas, y siga desnudo al desnudo Jesus, por no seguirle ni ser participante en sus pasiones, viene á dar en manos de quien le despoja, de lo que no quiso dexar desnudo de lo temporal, y huyendo de lo eteno.

Los Apóstoles derramados por diferentes caminos, vendrian á recogerse á la casa de Sion, de donde habian salido y darian nueva á la bendita Madre de todo lo sucedido en el Huerto, y del estado en que dexaban á su Hijo, dándole materia de agudo dolor y de altísima contemplacion, y de perfectísima conformidad con la voluntad de Dios.

CAPITULO XI.

(1) Marc. 14.n.51

Es el Salvador presentado delante de los Pontìfices, y acusado.

PUesto el mansisímo Cordero en manos de aquellos lobos crueles, le sacáron del Huerto donde se habia retirado á tener su oracion: y pasando otra vez el Arroyo del Cedron, le lleváron camino de Jerusalén, bien atadas, y apretadas las manos, con grita y vocería, asido de los cabezones, y apresuradamente, mas de lo que convenia á su modestia y gravedad, cayendo y levantando, á golpes y empellones, como si fuera ladron; y el camino que llevaba (2) era á casa de Cayfas, Sumo Pontífice de la Synagoga, y Juez Supremo en lo Eclesiástico del Pueblo de los Judíos, el qual era tambien Presidente de aquel Supremo y antíquisimo Consejo, que llamaban Sanedrin, en el qual se juntaban setenta y un Jueces, que con el Sumo Sacerdote que presidia, hacian setenta y dos. Y si miramos, que quando Judas salió del Cenáculo era ya (3) de noche, y que despues de haber salido hizo el Salvador un largo Sermon despues de cena, y salió al

(2) Matth. 26.n.57 Marc. 14.n.53

(3) Joann. 13.n.30

al Huerto, y por tres veces hizo de espacio oracion, y las cosas que pasáron al tiempo de la prision, bien parece que quando volviéron á la Ciudad con el Preso á las casas del Sumo Sacerdote, seria ya cerca de la media noche. Y con todo eso estaban tan apasionados los Jueces viejos, y ancianos de aquel Pueblo, que sin tener respecto á su edad, y á su gravedad, se habian juntado á aquella hora á Concilio, porque no se perdiese punto, ni se detuviese la causa por falta de diligencia.

(1) Matth. 26.n.57 Marc. 14.n.53 (2) Joann. 18.n.13 (3) Joann. 18.n.24 (4) Joann. 11.n.24 & c. 18 n. 14. (5) Matth. 26.n.56 Marc. 14.n.50 (6) Matth. 26.n.58 (7) Joann. 18.n.15

Entra, pues, en Jerusalen el gran Sacerdote del Nuevo Testamento á ofrecer su vida en Sacrificio agradable á Dios por la redencion de todo el mundo, y para dar fin á la Ley, y Sacrificios, y Sacerdocio antiguo. Empezó el proceso de su Pasion por casa del Sumo Sacerdote, (1) donde se habian juntado los demas Sacerdotes y Letrados á esperarle; pero los Soldados y Ministros, que le llevaban, le pasáron primero (2) por la casa de Anas, porque era suegro de Cayfas, el Sumo Sacerdote de aquel año: humillándose en esto el Salvador, y dexándose llevar atado con tanto tropel, y ignominia á las casas del suegro y del yerno, para que á costa de su honra, y autoridad, se hiciese honra, y lisonja á los malos Sacerdotes; pero Anas, luego que se le traxéron á su casa, le envió (3) atado (como venia) á Cayfas, que era el Pontífice, y á quien tocaba la causa. Era este Cayfas el mismo que estando en su Concilio, habia dado consejo á los Judíos, (4) que convenia que muriese uno por la salud de todos; y el que habia dado el consejo estaba pronto para dar la execucion de él, y en su casa pasáron todas las cosas, que se cuentan de esta noche.

Y aunque al tiempo de la prision, estando en el Huerto, (5) todos los Discípulos huyéron, y desampararón á su Maestro; pero despues San Pedro, llevado de su fervor y devocion, no pudo sosegar, sino que (6) le iba siguiendo, para ver en qué paraba la prision, aunque de léjos, por el temor que habia concebido. Fuese tambien tras el Señor otro (7) de sus Discípulos, ora fuese San Juan, (como algunos dicen) ó (como otros piensan, y parece mas probable) algun Ciudadano de Jerusalen, de los que seguian su Doctrina, que por ser de mas calidad tenia conocimiento con el Pontífice. Entraria, pues, el Señor con to-

todo aquel tropel y gritería de gente, conque habia salido del Huerto, y mas la que se habia juntado por las calles al ruido. Y de creer es, que luego en la entrada despacharian bien pagados, y contentos al Tribuno, y á los Soldados Romanos, que habian sido la principal fuerza, y guarda de esta prision. Estorvando la entrada en la casa á la demas turba de la gente, que con deseo de saber lo que pasaba, porfiaban á poder entrar, y despejada la casa de la gente, que no era de ella, ni criados de los que estaban dentro, se quedáron los Jueces con el Preso á puerta cerrada. Y por ser noche, así para mayor guarda de la casa, como para hacer su hecho con mas seguridad, por el uso que suele haber en casas de autoridad, habia puesta guarda á la puerta, que era una esclava criada de la casa; con todo eso, aquel otro Discípulo, como era conocido en casa del Pontífice, (1) entró sin estorvo allá dentro, y Pedro se quedó á la puerta por de fuera. Lo qual, como advirtiese el otro Discípulo, que estaba allá dentro, habló á la Portera, y dexó con eso entrar á Pedro. De esta manera no faltó quien le favoreciese, y le diese la mano para entrar en palacio, donde por ser tan perseguida la verdad, él la negó, y sacó de allí que llorar para toda su vida.

Puesto, pues, el Salvador en presencia del Pontífice, y estando dentro San Pedro, y el otro Discipulo, que fuéron testigos de lo que pasó en aquella noche, empezó el Pontífice á exâminar jurídicamente la causa del Salvador, delante de los demas Sacerdotes, y Letrados, que allí se habian juntado; porque aunque pretendian hacer otro Concilio pleno y legítimo luego por la mañana; pero quiso el Sumo Sacerdote empezar desde la noche ántes á desenvolver el negocio y ver que paño tenia, y qué capítulos y probanzas contra el Preso, para ponerle la acusacion, y dárle la muerte, como pretendia: y porque le tenia por alborotador, y engañador del Pueblo, y que predicaba mentiras contra la Ley y tradiciones antiguas, ante todas cosas le exâminó en dos puntos. (2) El primero, acerca de sus Discípulos, quiénes eran? quantos? dónde estaban? y á qué fin los habia juntado? El segundo, de la Doctrina que les enseñaba, para ver si podia hallar alguna falsedad, ó calumnia contra ella.

(1) Joann. 18.n.16

(2) Joann. 18.n.19

A

A la primera pregunta de los Discípulos, ninguna cosa respondió el Señor, porque andando todos huidos, y escandalizados, y Pedro, que estaba presente, tan turbado y temeroso ¿qué podia decir, que fuese para defensa suya, y para honra de ellos? Principalmente, que para el fin que se lo preguntaba, bastaba responder acerca de la Doctrina, porque siendo ella buena, y de Dios, no podia juntar Discípulos para cosa mala; y así, callando á la primera pregunta, respondió á la
(1) segunda: (1) Yo he hablado
Joann. publica, y patentemente á todo
18.n.20 el mundo; y de aquella doctri-
(2) na se puede sospechar, que es
Matth. falsa, ó perniciosa, quando se
10.n.27 enseña á obscuras, y por rincones; mas Yo siempre, ó casi siempre, y de ordinario he predicado en la Synagoga, y en el Templo, donde se juntan todos los Judíos, y ninguna cosa he dicho á escondidas, y en secreto; porque aunque algunas ve-
(3) ces he hablado á solas con mis
Joann. Discípulos, para declararles á
18.n.22 ellos, como á gente mas capaz, lo que al Pueblo enseñaba por parabolas, y semejanzas; pero digo, que ninguna cosa he enseñado en secreto: porque las que enseñaba en secreto, no eran diferentes, ó agenas de las que predicaba en publico, (2) ni se las decia á mis Discípulos para que las tuviesen secretas, sino ántes para publicarlas por medio de ellos á todo el mundo. (Tales deben ser las palabras, y las obras de los que tratan verdad que puedan parecer en pública luz delante de Dios, y de los hombres.) Siendo, pues, esto así, ¿para qué me preguntas á mí de mi Doctrina, pudiendo preguntar á tantos, cuya respuesta tú tendrás por mas verdadera, y ménos sospechosa? Infórmate, si quieres, de los que me han oido, que ellos saben bien, qué cosas son las que Yo he enseñado.

Esta respuesta tan llena de verdad y entereza, y dicha con tanta mansedumbre, y verdad, la tomó á mal uno de los Ministros, que allí asistian, pareciéndole, que con ella notaba al Sumo Sacerdote de haber preguntado indiscretamente, y fuera de propósito; y con animo de hacer lisonja al Pontífice, y de injuriar y castigar al Señor delante de todo aquel Concilio, y de la demas gente, que allí estaba, le dixo: (3) ¿Así habeis vos de responder al Pontifice? Que fue tanto, como si dixera: Mal mirado, y descortes, con esa libertad, y desemboltura os habeis vos de atre-

ver

ver á hablar con el Sumo Sacerdote? Y diciendo, y haciendo, levantó su mano sacrílega, que traia el movimiento, y peso de nuestros pecados, y dió una bofetada en su Divino Rostro al Señor.

Recibida tan grande injuria de mano de un hombre vil, en lugar tan público, y delante de los Sacerdotes y Letrados, y de la gente mas granada de aquella Synagoga, estuvo tan sobre sí el Salvador, que con la misma mesura, mansedumbre y entereza, que habia hablado ántes con el Pontífice, se puso á hablar ahora con el que asi le habia afrentado; porque juzgó, que en esta ocasion, donde estaba la injuria tan reciente, el callar del todo no era tanta humildad, quanto lo era el dar razon de sí, con tanta templanza y mansedumbre á quien no lo merecia. Demas de esto, como aquel hombre no solamente le injurió la persona, sino tambien le reprehendió la respuesta, no quiso disimular esto segundo, porque era en detrimento de la verdad de su Doctrina, en cuya defensa él habia respondido; y de camino le dió á entender con buen término, quánto mayor descortesía habia usado él con el Sumo Sacerdote, poniendo las manos en el Reo en su presencia, no mas que porque habia respondido por sí. Y quanta era la pasion del mismo Pontífice; pues disimulaba su propia injuria, por el gusto que recibia de la agena; como quiera, que si aquel negocio se tratara sin pasion, al Ministro no le tocaba mas que dar testimonio de lo malo, y al Juez oirlo, y sentenciarlo; y así le dixo: Si en mi respuesta, ó en la Doctrina, que he predicado, hallas alguna cosa mala, ó digna de reprehension, muéstrame quál es. Y si ahora, ó en algun tiempo Yo he hablado mal, dá testimonio de ello delante del Pontífice; pues está aqui presente. Y si en lo uno, y en lo otro Yo he hablado siempre bien: ¿por qué me hieres? Como si dixera: Dí otra causa de haberme asi herido, y no digas, que por haber hablado mal.

¿Qué respuesta (dice San Agustin) (1) pudo ser mas verdadera, ni mas mansa, ni mas justificada, y puesta en razon? Si miramos quién es el que recibió esta bofetada, ¿por ventura no quisieramos, que al que se la dió, ó le abrasara fuego del Cielo, ó se abriera la tierra, y le tragara, ó le arrebatara algun demonio, y le arrastrara, ó que luego fuera castiga-

(1) August. tractat. 113. in Joann.

gado con estas penas, ó con otras mayores? ¿Qué cosa de estas no pudiera mandar para castigo del sacrílego, aquel Señor que hizo el mundo, sino quisiera enseñarnos la paciencia, con la qual es vencido el mundo? ¿Y si alguno preguntare, ¿por qué no dió la otra mexilla al que le habia herido en la una, como lo habia (1) él enseñado? A esto se responde, que no solo estaba aparejado á dar la otra mexilla, para que se la hiriesen otra vez, sino todo el Cuerpo tambien, para que se le enclavasen en la Cruz. Pero enseñónos aquí, que aquellos mandamientos de la paciencia Evangélica, y perfecta, no tanto se han de cumplir con vana ostentacion del cuerpo en lo de fuera, quanto con la humilde preparacion del ánimo en lo de dentro: porque bien puede ser, que vuelva uno el otro carrillo estando muy ayrado; siendo mejor, que respondiera sinceramente la verdad, estando aplacado y aparejado, con animo quieto á sufrir otras injurias mas graves. Todo esto es de San Agustin.

(1) Matth. 5. n. 39.

(2) Joann. 11. n. 18

(3) Matth. 26. n. 59 Marc. 14. n. 55

Si se tratara esta causa con justicia, y equidad, á esta respuesta del Salvador se conseguia, si era buena, aceptarla, y si mala, refutarla, y convencerla; pero como estaba el juicio pervertido, y los Jueces apasionados, y todo aquel Concilio determinado ya de darle la muerte por su envidia, y ambicion, (2) y por el temor que habian concebido, de que los Romanos habian de destruir su República, y Templo; y el hacer proceso no era mas que por dar color á su malicia, así buscaban, y solicitaban testigos falsos, (3) deseando hallar entre ellos algun testimonio, aunque fuese falso, que fuese bastante para condenarle á muerte por él. Y la vida, y doctrina del Salvador habia sido tal, que no daba lugar á fingir lo que ellos pretendian, aunque con tanta diligencia lo procuraban; porque muchos por congraciarse con los Príncipes de los Sacerdotes, ó por las promesas, ó amenazas que les hacian, se ofreciéron á decir sus dichos, y unos decian de una manera y otros de otra, y todos eran testimonios falsos: ¿y de que podian ser, sino de aquellas cosas, que falsa, y maliciosamente se habian murmurado de él en su vida? Que tenia pacto con el demonio: que quebrantaba las fiestas: que era comedor, y bebedor: que se acompañaba con los publicanos, y pecadores: que alborotaba el Pueblo: que en-

enseñaba, que no se pagasen los tributos á los Reyes: y finalmente, que era blasfemo, y se hacia Hijo de Dios. Y aunque es verdad, que se valiéron despues de estos testimonios, ya de unos, ya de otros, como mejor les venia para hacerle el proceso, y para vencer al Presidente, y traerle á que diese sentencia de muerte; pero bien se dexaba entender, (1) que no eran testimonios convenientes; porque ni venian bien unos con otros, ni eran tales, ni tan bien probados, que fuesen convincentes para concluir sentencia de muerte, como ellos pretendian.

Finalmente, despues de todos estos testimonios, se levantáron dos testigos falsos, que dixéron: (2) Nosotros le oimos decir á este Hombre: Yo puedo destruir, y con efecto destruiré, (3) y desharé este vuestro Templo, que se edificó con manos de hombres, y con industria y trabajo de Oficiales, y en tres dias volveré á edificar, y poner en pie otro Templo, que no esté hecho por mano de hombres; y este testimonio era falso manifiestamente; porque el Salvador no habia dicho, que él podia destruir, ni ménos, que destruiria el Templo; (4) sino que destruyéndole ellos, le volveria á poner en pie. Lo segundo, él no hablaba del Templo material, (5) sino del Templo de su Cuerpo; dando á entender, que despues que le hubiesen ellos quitado la vida, él al tercero dia se volveria á resucitar; y ellos para torcer el sentido, y mostrar que habia hablado de aquel Templo material, añadiéron aquellas palabras: Destruiré este Templo hecho con manos, y volveré á edificar otro, que no esté hecho con manos, &c. y así fué falso testimonio, compuesto maliciosamente por ellos; pues mudáron y añadiéron á las palabras de como las habia dicho el Salvador, y pervirtiéron el sentido, y la intencion con que las habia dicho como les pareció que convenia, para hacerle mas odioso con el Pueblo, y para dar mas ocasion á los Jueces, que le querian condenar. Pero no saliéron con su intento, porque demas (6) de ser el testimonio falso, no era bastante, ni á propósito para condenarle á muerte por él.

(1) Marc. 14. n. 56.
(2) Matth. 26. n. 60.
(3) Marc. 14. n. 58.
(4) Joan. 2. n. 19.
(5) Joan. 2. n. 21.
(6) Marc. 14. n. 55.

CA-

CAPITULO XII.

(1) Matth. 26. n. 62.

Condenan los Sacerdotes al Salvador, y es injuriado como blasfemo.

ENtre todas estas calumnias, y tropel de testigos falsos que iban y venian, y decian sus dichos y acusaciones, callaba el Salvador con tanta mesura y sosiego, como si no se hablara de él; porque como su primera respuesta habia sido tan mal recibida, bien se echaba de ver, que no estaban aquellos Jueces dispuestos á recibir la verdad, y que aquel concilio no era mas que una apariencia de juicio, y en la verdad una pura violencia y latrocinio: y como vió que no habia de aprovechar á los presentes hablando, determinó de aprovechar á todos los ausentes y venideros callando, con el admirable exemplo de su mansedumbre y humildad.

(2) Matth. 26. n. 61.
(3) Marc. 14. n. 71.

Pero el Sumo Sacerdote, viendo que se deshacian sus trazas, y que no conseguia su intento, ni los testigos le daban materia, ni ocasion para condenar, deseaba tomarla de las palabras del Salvador, y así estaba impaciente y furioso de ver que callaba con tanta constancia y entereza; y no pudiendo disimular la perturbacion de su ánimo, (1) se levantó arrebatadamente del lugar que indignamente poseía, y dixo con ira y enojo al Salvador: ¿Cómo callas? ¿Por qué no hablas? ¿Qué soberbia es esta, ó qué fingimiento y disimulacion? ¿Cómo no das razon de tí? ¿Por qué no respondes siquiera una palabra á tantas acusaciones y testimonios como aquí se han dicho?

Jesus (2) *autem jacebat*, & (3) *nihil respondit*. Estúvose firme en su silencio el Salvador; ni convenia que mudase el Hijo de Dios la determinacion que tenia de callar, por temor de la ira de un hombre. Enseñónos tambien, que el silencio da grande perfeccion y hermosura á la paciencia; y que es gran cosa entre las injurias, desprecios y agravios, perseverar y sufrir callando; y que donde la acusacion es mas falsa y perjudicial, allí tiene mayor mérito y justificacion la humildad y mansedumbre. Enseñónos tambien, que el hablar en tales ocasiones es cosa peligrosa, aunque sea para decir palabras buenas; porque tras estas se van otras de ordinario, nacidas de la congoja y turbacion presente; y así es lo

mas

mas seguro callar, y enmudecer, como lo hacia el Profeta, que en un Psalmo dice: (1) *Posui ori meo custodiam, cùm consisteret peccator adversum me: obmutui, & humiliatus sum: & silui à bonis.* Puse, dice, guarda en mi boca, quando el malo y pecador se ponia á hacer guerra contra mí: enmudecí en mi lengua, y humilléme en mi corazon, y guardé silencio, aun de las palabras que eran buenas, y mi dolor se renovaba dentro de mí.

Juntamente nos mostró el Salvador aquella grande y nunca bien encarecida mansedumbre suya, predicada tanto tiempo ántes por los Profetas, de los quales dixo uno: (2) *Sicut ovis ad occisionem ducetur, & sicut agnus coram tondente se obmutescet, & non aperiet os suum:* Será llevado como la oveja al matadero, y como el cordero delante del que le trasquila, así enmudecerá, y no abrirá su boca. Y el Santo Rey David, como si se hallára presente en esta ocasion, parece que habló en persona del Salvador, quando dixo: (3) *Amici mei, proximi mei adversum me appropinquaverunt, & steterunt: & qui juxta me erant de longè steterunt: & vim faciebant, qui quærebant animam meam. Et qui inquirebant mala mihi, loquuti sunt vanitates, & dolos tota die meditabantur: ego autem tamquam surdus non audiebam, & sicut mutus non aperiens os suum. Et factus sum sicut homo non audiens: & non habens in ore suo redargutiones.* Mis amigos, (dice) y los que andaban y trataban conmigo, en mi tribulacion huyéron de mí: y los que andaban mas cerca, se pusiéron mas léjos: y los que buscan como quitarme la vida, hacian fuerza para salir con ello con sus calumnias y falsos testimonios. Y los que pretendian mi mal, no hablaban sino mentiras, y todo el dia se ocupaban en urdir engaños; pero yo, como si fuera sordo no oia, y como si fuera mudo no abria mi boca: y estuve entre estas acusaciones, como si del todo no las oyera, y como si no tuviera con que convencerlas, y volver por mí. Y esto es á la letra lo que hizo el Salvador.

Cansado, pues, de tantas largas el Sumo Sacerdote, determinó de preguntarle claramente lo que él deseaba oir de su boca delante del Concilio: porque él sabia mejor que los testigos, que el crimen que se le habia de probar, era el de blasfemia, para darle pena de muerte. Y como le habian oido decir, que era Hijo de Dios, (lo qual

(1) Psalm. 38. n. 3.

(2) Isaiæ 53. n. 7.

(3) Psalm. 37. n. 12.

qual ellos tenian por gran blasfémia) determinó de armar el lazo, y forjar la calumnia sobre este artículo, como se vió despues en la acusacion que hiciéron ante el Presidente Pilato, quando dixéron: (1) *Secundùm legem debet mori, quia Filium Dei se fecit.* Esta, pues, fué la causa, por que el Sumo Sacerdote tomó resolucion de preguntarle derechamente sobre este punto; porque si negaba, le convencia de mentira, y si confesaba, de malicia; y porque no se defendiese callando, añadió mas fuerza para obligarle á responder, diciendo: (2) Yo te conjuro por el Dios vivo y verdadero, que nos digas aquí á todos, si tú eres el Ungido Hijo de Dios.

(1) Joann. 19. n. 7.

(2) Matth. 26. n. 63.

Entónces el Señor por el acatamiento que debia á su Padre, (por cuyo nombre, y reverencia habia sido conjurado) y por no faltar un punto á la verdad, que siempre habia predicado, la confesó, y no la negó, aunque sabia que de confesarla habian de tomar ocasion para condenarlo; y así dixo: (3) Tú lo dices, (4) Yo soy ese mismo que tú dices; y por que no se escandalizasen para creer esta verdad, por la humildad con que estaba de presente para ser juzgado, púsoles delante de los ojos la Magestad, con que presto habia de venir sobre las nubes del Cielo, para ser Juez, y por eso les dixo: Digoos de verdad, que muy presto veréis al Hombre, que aquí está tan humillado, sentado á la diestra del Padre Eterno en Reyno firme y perdurable, y que viene sobre las nubes del Cielo á ser Juez de todos los hombres.

(3) Matth. 26. n. 64.

(4) Marc. 14. n. 62.

Oida esta respuesta el Sumo Sacerdote, con el mismo furor que se habia levantado de su lugar, rasgó su vestidura con sus manos, (ademan y ceremonia que solian hacer quando oian alguna gran blasfemia) y hízolo Cayfas para agravar mas la causa del Salvador, y condenar por blasfémia intolerable lo que habia dicho; y en la verdad permitió Dios, que él mismo descubriese su pecho, para que todo el mundo viese que le tenia lleno de envidia y de iniquidad; y el Sacerdote viejo y blasfemo, no pudo oir del Nuevo la mayor, y mas excelente verdad de todas las verdades, sin que la tuviese por gran blasfemia. Y así como por la confesion de esta verdad se fundó la Iglesia Católica sobre San Pedro, así por tenerla por blasfemia se acabó la Synagoga en Cayfas. Y á este pro-

propósito es mucho de considerar, que en el discurso de la Pasion del Señor el mismo Pontífice, con sus propias manos, rasgó sus vestiduras; como quiera que la túnica del Salvador, ni aun los mismos Verdugos, que le crucificáron se atreviéron á rasgarla, porque la Iglesia Catolica (que es la (1) vestidura de el Señor) aunque perseguida, y afligida; pero fundada sobre esta fé, y confesion de el Hijo de Dios habia de permanecer entera hasta la fin de el mundo, sin que todo el poder de el (2) Infierno pudiese prevalecer contra ella. Pero la Synagoga, con su Sacerdocio, ceremonias y vestiduras no se podian ya sufrir, sin que se rasgasen, á la verdad del nuevo y eterno Testamento.

Habiendo rompido el Pontífice sus vestiduras, en señal de que abominaba la respuesta, pervirtiendo todo el órden de la justicia, y haciéndose de Juez acusador y testigo, vuelto á los demas Sacerdotes, y Letrados que allí estaban, les dixo: ¿Para qué nos cansamos en buscar testigos? (3) y ¿qué necesidad tenemos de ellos, pues por su mismo dicho es convencido de lo que pretendemos? ¿bien habeis oido la gran blasfemia? ¿qué os parece? y ¿qué juzgais que se debe hacer en caso tan claro y manifiesto? entónces todos (4) ellos, sin faltar ninguno, le condenáron por merecedor de muerte; y así se cumplió lo que el mismo Señor habia dicho de sí: El Hijo de el Hombre (5) será entregado á los Príncipes de los Sacerdotes, y Escribas, y ellos le condenarán, y darán contra él sentencia de muerte. Los Ministros, y criados de los Sacerdotes, que estaban presentes y esperaban la resolucion, y sentencia de el Concilio, descargáron en él su ira como en hombre condenado, con todo género de golpes é injurias: y se puede entender, conforme (6) al texto de los Evangelistas, que los mismos Sacerdotes ayudáron á esto tambien. ¡O inefable paciencia de Dios! que en cierta manera se hace con ella daño á sí mismo, porque aquellos Sacerdotes, ignorantes y ciegos, persuadidos que lo merecia, pues que lo sufria, corridos de que un hombre tal hubiese manifestado y reprehendido sus vicios, quisiéron volver por su honra, y vengarse en esta ocasion; y levantándose de las sillas, en que indignamente habian representado personas de Jueces, á la sombra de la noche, y de el secreto con que allí esta-

(1) Isai. 9. n. 14 8.
(2) Matth. 26. n. 18.
(3) Matth. 26. n. 65.
(4) Marc. 14. n. 64.
(5) Matth. 20. n. 18.
(6) Matth. 26. n. 67. Marc. 14. n. 65.

taban executarian su rabia y furor, con puntillazos y bofetadas, sin tener respeto á la decencia de sus personas, ni á lo que se debia el Rostro venerable del Salvador.

Con esto se despidiéron del Concilio y unos de otros, quedando todos de acuerdo de juntarse otra vez por la mañana en Concilio pleno á concluir la causa, y dar orden en la execucion de la sentencia: y el sacrílego Pontífice, é iniquo Juez se fué á reposar á su aposento, dexando al inocente Cordero, y Santo de los Santos encomendado á sus Guardas, y Ministros, los quales le sacaron de la sala con gran tropel, y mucha descortesía; y debieron de llevarle á algun otro aposentillo mas obscuro, menos limpio, y mal acomodado, donde, como en carcel, le tuviesen aquella noche con prisiones, y Soldados de guarda.

Y como le tuviéron allí: (1) determináron de entretenerse aquella noche, y vencer el sueño con juegos y burlas muy pesadas, que hacian al Señor de la Magestad. Porque si miramos con atencion lo que dicen los Santos Evangelistas, halláremos lo primero (2) que le mofaban, y escarnecian, y hacian burla de él *Illudebant ei*; lo qual harían con apodos, con silvos, con visages y risadas, y otras mil maneras de que suelen usar los picaros, los muchachos, los esclavos, y gente baxa, que sirve en los Palacios de los señores. Lo segundo, le escupian: (3) *Tunc expuerunt in faciem ejus, & cœperunt quidam conspuere eum*; hombres víles, y desmesurados, que con sus salivas sucias, y asquerosas afeaban aquella cara hermosísima, en la qual (como dice San Pedro) (4) desean mirar los Angeles. Lo tercero, le herian: (5) *Cædentes*, lo qual seria con golpes, ó á coces con los pies, ó á puño cerrado con las manos. Lo quarto, le cubrieron el rostro, (6) para poder con mas libertad, y menos vergüenza executar sus invenciones, condenandose ya con esto el víl Judaysmo para no verle mas para siempre. Y habiendo cubierto aquellos ojos, (7) á los quales ninguna cosa hay encubierta, unos le escupian, y otros le daban bofetadas á mano abierta, en lo qual habia mucho de afrenta, y no ménos de dolor: y porque habia andado entre los hombres de el Pueblo en fama, y opinion de Profeta, para mayor burla y escarnio, juntamente le daban el golpe, y le decian: (8) Profetízanos ahora, Chris-

(1) Luc. 22. n. 63.
(2) Luc. 22. n. 63.
(3) Matth. 26. n. 67. Marc. 14 n. 65.
(4) 1. Petr. 1. n. 12.
(5) Luc. 22. n. 63.
(6) Marc. 14. n. 65. Luc. 22. n. 64.
(7) Ad Hebr. 4. n. 13.
(8) Matth. 26. n. 86.

Christo, quién es el que te hirió? Otras muchas cosas (1) decian como estas, blasfemando de él en deshonor, y afrenta suya. En lo qual se descubre, por una parte el atrevimiento, y por otra la ceguedad y engaño de los hombres, que quieren dar á Dios el golpe y esconder la mano y piensan cubrir á Dios los ojos con su hypocresía y fingimiento, para que no vea, ni entienda sus maldades.

Sobre todas estas invenciones de escarnios, y de eridas, no se debe callar lo que tantos años ántes habia dicho el Profeta Isaías, que mirando en espíritu este paso, no solamente vió que le herian y escupian y le injuriaban de palabra, sino que tambien le mesaban los cabellos, y le pelaban la barba, y que todo lo sufria voluntariamente y con grande constancia, y entereza; y así dixo en nombre (2) de este Señor: *Corpus meum dedi percutientibus, & gennas meas vellentibus faciem meam non averti ab increpantibus, & conspuentibus in me*: Ofrecí mi Cuerpo á los que le herian, y mis mexillas á los que las mesaban; y no les torcí, ni aparté el rostro á los que me injuriaban y escupian. Donde es mucho de considerar, no solo la mansedumbre y humildad del Salvador, sino la magnanimidad y constancia con que tenia el rostro firme, sin desviarle, ni esconderle de los que le escupian, y herian con golpes y le daban bofetadas.

(1) Luc. 22. n. 65.

Las Guardas que tenian á su cargo al Salvador, se irian remudando por toda la noche, durmiendo unos, y velando otros trayendo siempre los que venian de refresco alguna nueva burla, ó invencion, con que á costa del Señor, que padecia se alegraban todos, y sonaban grandes risadas en el aposento donde estaba. De esta manera, y con este entretenimiento se pasó toda aquella noche: noche que nunca amaneció para los ciegos de la ciega Synagoga.

CAPITULO XIII.

Niega San Pedro al Salvador.

CReció el trabajo de esta noche con la negacion de San Pedro, el qual siendo Após tol y de los mas favorecidos, y privilegiados, y estando tan prevenido y avisado del Salvador de la tentacion que habia de tener, allí en su presencia, y casi delante de sus ojos, por muy leves ocasiones le negó, no

(2) Isai. 50. n. 6.

una, sino tres veces, haciendo muchos juramentos, y echándose muchas maldiciones, sobre que no le conocia. La primera negacion parece que fué despues de la media noche; por que aunque San Juan (1) la pone luego que Pedro entró en el Atrio, con el favor que le dió el otro Discípulo con la Portera: pero púsola luego allí con ocasion de que la misma Portera, que le abrió, fué la que le preguntó: mas no se lo preguntó quando entraba, sino despues que estaba allá dentro del Atrio, como dice San Marcos: (2) en el qual los Ministros, y Criados habian encendido fuego (3) para defenderse de el frio que hacia: y quando le preguntó la esclava (como notan (4) los Evangelistas) se estaba Pedro calentando al fuego en medio de ellos; y así parece que no le preguntó la esclava quando entraba, sino despues que estaba ya dentro y que esta negacion fué despues de la media noche, quando suele mas apretar el frio; y tambien, porque San Marcos dice, que (5) luego en negando salió fuera de el Atrio, y cantó el Gallo la primera vez, el qual canto suele ser ordinariamente despues de las doce, ó cerca de la una de la noche. La tercera negacion debio de ser á las quatro ó cerca poco mas, ó ménos, de la mañana, porque todos los Evangelistas dicen, (6) que luego en negando la tercera vez cantó el Gallo: y San Marcos notó particularmente, que fué la segunda vez que cantaba, porque ya luego despues de la primera negacion habia cantado la primera vez, y este segundo canto del Gallo es ordinariamente ántes de amanecer, que seria como á las quatro de la mañana. La segunda negacion fué como una hora ántes de la tercera, como claramente dixo San Lucas; (7) y segun esto, seria á las tres, ó cerca de la mañana: de lo qual se ve que quando el Salvador dixo á San Pedro, que ántes que el Gallo cantase dos veces (8) le habria negado tres, no contó el número de las veces que da el Gallo quando canta, que suelen ser muchas de una vez y casi continuadas, sino los dos tiempos en que suele cantar el Gallo, uno despues de la media noche y otro ántes de amanecer por la mañana; porque de el hilo de la historia se saca, que desde la primera vez que cantó el Gallo, pasó todo el tiempo que hubo entre la primera y segunda negacion, y una hora por lo ménos, que huvo entre la segunda, y la terce-

(1) Joann. 18. n. 17.
(2) Marc. 14 n. 66.
(3) Joann. 18. n. 18.
(4) Mar[c]. 14. n. 67. Luc. 22. n. 55.
(5) [M]arc. 14. n. 68.
(6) Matth. 26. n. 74. Marc. 14. n. 72. Lu[c]. 22. n. 60. Joann. 18. n. 27.
(7) Luc. 22. n. 59.
(8) Marc. 14. n. 30.

cera, todo fué muy apriesa, y en breve tiempo (pues como dicen) fué de la noche á la mañana: y para significar esto, el tiempo que pasó desde la primera hasta la segunda negacion, le llamó San Lucas (1) *pusillum*; y del mismo termino usó San Marcos (2) para significar el espacio, que hubo de la segunda á la tercera; y esto es lo que se puede entender del tiempo de las tres negaciones. Quanto al lugar en que sucediéron estas negaciones, lo mas cierto parece, que fuéron todas en el atrio ú patio comun de la casa del Pontífice, donde estaban de ordinario los Soldados de guarda, y los demás criados de los Sacerdotes, que estaban en el Concilio. En el qual lugar, por estar al cielo descubierto, se suele encender fuego en los Palacios y casas principales, para que todos puedan calentarse. Es, pues, de saber, que quando Pedro entró en la casa del Pontífice, por la intercesion del otro Discípulo, no subió arriba, ni entro en la sala interior y secreta, donde se hacia la Audiencia, sino que se quedó con la demas gente en el atrio. Y de ahí es, que se pudo decir con verdad, que Pedro estaba dentro, y estaba fuera. Estaba dentro, porque habia entrado dentro de la casa del Pontífice: y esto es lo que dixo San Juan, (3) que aquel Discípulo conocido del Pontífice, entró con Jesus al atrio de la casa del Pontífice y hablando á la Portera, introduxo á Pedro. Dícese tambien, que estaba fuera, porque estaba fuera de la sala, donde se hacia la Audiencia, y los Sacerdotes estaban en su concilio. Y esto es lo que dixo (4) San Matéo, que estaba Pedro sentado fuera en el atrio; y que la sala de la Audiencia, donde lleváron al Salvador estuviese en lo alto de la casa, bastantemente lo significa San Marcos, (5) quando dice: Que estaba Pedro abaxo en el atrio. Y si alguno preguntare cómo pudo ser que estando el Salvador dentro de alguna sala ó aposento en lo alto, y Pedro abaxo en el atrio, le pudiese mirar el Salvador, como dice San Lucas, que le miró, (6) despues de haber negado la tercera vez; á esto responde San Agustin, que le miró espiritualmente con los ojos de su Divinidad, ayudándole, y favoreciéndole con el socorro de su gracia, para que volviese sobre sí. Pero aunque es verdad, que le miró el Salvador de esta manera; mas no hay por qué negar, que le mirase tambien con los

(1) Luc. 22. n. 58.
(2) Marc. 14. n. 70.
(3) Joann. 18. n. 16.
(4) Matth. 26. n. 69.
(5) Marc. 14. n. 66.
(6) Luc. 22. n. 61.

los ojos del cuerpo, lo qual pudo ser en la forma que verémos en el discurso de la Historia, que pasó de esta manera.

Siendo pasada ya la media noche, quando los que eran enemigos, ó vencidos del sueño, ó fatigados del frio, ó hartos y cansados de burlar al Salvador, se iban remudando y sucediendo unos á otros: entónces, en lo que quedaba de tiempo hasta la mañana, le negó su Apóstol tres veces, para que no le faltase materia de sentimiento y dolor: porque teniéndole recogido en otro aposento mas secreto para guardarle, Pedro estaba sentado (1) fuera en el Atrio, donde habia entrado con favor del otro Discípulo, conocido del Pontífice. Pues como estuviese allí, los Ministros, que allí andaban, y criados de casa, habian encendido fuego, (2) y hecho brasa en medio (3) del Atrio, por que hacia frio, y estaban al rededor, ya sentados, (4) ya en pie (5) (como suele acaecer) para calentarse: y Pedro, como quien estaba resfriado en el fuego del amor de Christo, estaba tambien con ellos para calentarse al fuego de los enemigos de Christo: porque muy presto apetece la consolacion exterior y los entretenimientos y deleytes sensuales, á quien le falta la interior y el gusto, y el amor de los eternos.

Pues como una de las esclavas (6) del Sumo Sacerdote (y era esta (7) la misma Portera que le habia abierto) le viese sentado (8) á la lumbre en medio de los otros, le dixo: (9) ¿Eres tú por ventura de los Díscipulos de este Hombre? y como reparase mas en él, (10) y le mirase con cuidado y atencion, se afirmó en ello, diciendo: (11) ¿Sí verdaderamente que tú eres de los que andaban con Jesus Nazareno; y á los circunstantes decia: (12) Este era uno de los que andaban con él.

Viéndose Pedro acosado de esta mugercilla, delante de tanta gente, que por el dicho de la muger se volvia á mirarle, y reparar en él, turbado, y lleno de temor, negó delante (13) de todos, y dixo: (14) No soy, (15) no le conozco, (16) muger, ni sé ni entiendo lo que dices.

O, Pedro, Pedro! quán poco ha que deciades: Quando todos se escandalizáren, yo no me escandalizaré; y aunque sea menester morir por ello en tu compañía, no te negaré. Ahora no estais en peligro de muerte, no os exâmina el Presidente de los Romanos, no os pregunta

(1) Matth. 26. n. 69.
(2) Joann. 18. n. 18.
(3) Luc. 21. n. 55.
(4) Luc. 22. n. 55.
(5) Joann. 18. n. 18.
(6) Marc. 14. n. 66.
(7) Joann. 18. n. 17.
(8) Luc. 21. n. 56.
(9) Joann. 18. n. 17.
(10) Luc. 21. n. 56.
(11) Matth. 26. n. 69. Marc. 14. n. 67.
(12) Luc. 22. n. 56.
(13) Matth. 26. n. 70.
(14) Joann. 18. n. 17.
(15) Luc. 12. n. 57.
(16) Marc. 14. n. 68.

ta el Sumo Sacerdote de los Judíos, no os amenazan los Soldados: ¿cómo os ha faltado el ánimo á la pregunta de una esclava, y no sabeis responder á las palabras de una vil Portera? O quán vanamente, y quán sin fundamento presume de sí el hombre flaco, quán pequeña ocasion basta, si no es ayudado de la Divina gracia, para ser vencido!

Levantáronse en pie los que estaban presentes, (1) levantóse tambien Pedro con ellos, despues de haber negado, y por disimular se estaba calentando al fuego; pero la mala conciencia no le dexó sosegar mucho, porque luego se apartó disimuladamente de ellos, (2) y se salió fuera del Atrio al zaguan ó portal de la casa: y estando allí, cantó el gallo la primera vez, que seria yá despues de la media noche.

La confusion y ruido, que allí andaba, seria muy grande, por la muchedumbre de los que entraban, salian, y por las pláticas tan diferentes que se trataban, y pareceres que se daban, como suele acaecer en semejantes ocasiones en casas de señores, y entre criados, y Ministros. Andaba, pues, Pedro entre esta gente por una parte con deseo de encubrirse, y con temor de ser conocido, y por otra con ansia de ver lo que se hacia con su Maestro: y como traia la conciencia inquieta despues de la primera negacion, no sosegaba en un lugar, ni de una manera, porque ya estaba sentado, ya en pie ya se llegaba á la plática y conversacion de los Ministros, ya se apartaba y huia de ellos: ya salia del Atrio, ya tornaba á entrar con no pequeño sobresalto y turbacion.

Pues fué asi, que (3) no mucho despues de la primera negacion, (porque fué la misma noche, como á las tres de la mañana) y yendo una vez á salir de la puerta, (4) notóle otra de las esclavas de la casa, y dixo á los presentes, que allí estaban: Este es de los que andaban con Jesus Nazareno. Con ocasion de lo que dixo esta muger, (5) habiendo vuelto á entrar en el Atrio, y estándose calentando al fuego (6) en pie, le preguntáron los que allí estaban: ¿Eres tú por ventura de los Discípulos de este hombre? Y él negó, diciendo: No soy. Y uno de ellos en particular, (7) que le miraba con mas atencion, ó le conocia, mejor se afirmaba en ellos, diciendo: Sin duda ninguna, que tú eres uno de ellos. Y él le dixo: Dexame,

(1) Joann. 18. n. 18.
(2) Marc. 14. n. 68.
(3) Luc. 22. n. 58.
(4) Matth. 26. n. 71.
(5) Augus. lib. 3. de Cons. Ev cap. 6.
(6) Joann. 18. n. 25.
(7) Luc. 22. n. 58.

hombre, que no soy, y hizo (1) juramento que no conocia á tal Hombre.

Habiendo experimentado Pedro su flaqueza en la primera negacion, debiera huir luego de aquel lugar, y de aquella conversacion, que le habia sido causa de tanto daño; mas como perseveró en el lugar, creció la ocasion, y creció la culpa: porque la primera vez preguntó una sola muger, y esclava, y él negó sencillamente la verdad; pero en esta segunda, aunque fué otra criada la que empezó la plática, pero con esta ocasion los circunstantes le apretaban sobre lo mismo: y él juzgando que era menester darles mayor satisfaccion, como hombre lleno de temor, confirmó la negacion con juramento, haciendo con esto mayor su culpa: en lo qual nos enseñó, que los hombres flacos se deben apartar con diligencia de las ocasiones, si no quieren dar mayores, y mas feas caidas. Y asi le sucedió á Pedro, que quedándose al fuego, en la conversacion le negó la tercera vez mas feamente, que la primera y la segunda.

Porque dentro (2) de poco tiempo, que seria como una hora (3) despues, uno de los que allí estaban, afirmaba y decia: Verdaderamente, (4) que este hombre andaba con él, porque se echa de ver que es Galileo; y tomándole la palabra los que allí estaban, se la repetian á Pedro, diciendo: (5) Sin duda ninguna, que tú eres de ellos, porque eres Galileo, y eso no lo puedes negar; (6) porque en la habla se te echa luego de ver. Y esto decian, porque aunque los Galileos hablaban la misma lengua Hebrea; pero tenian su propria, y conocida pronunciacion. Y como Pedro negase que no era de los que andaban con el Salvador, estaba allí uno de los criados del Pontífice, pariente de aquel á quien habia cortado Pedro la oreja, y apretóle, diciendo: (7) No lo puedes negar, porque yo mismo te ví en el Huerto, que estabas en su compañia. Entónces Pedro negó, diciendo: (8) Hombre, no te entiendo, ni sé lo que te dices; y como aburrido y desesperado (9) empezó á hacer juramentos, y echarse maldiciones, sobre que no conocia, ni habia tratado con tal Hombre: y luego, ántes que acabase de hablar, teniendo aun la palabra en la boca, cantó el Gallo la segunda vez, que seria ántes de amanecer, como á las quatro de la mañana. Y con haver negado Pedro tres veces án-

tes

(1) Matth. 26. n. 72.
(2) Matth. 26. n. 73.
(3) Luc. 22. n. 59.
(4) Luc. 22. n. 59.
(5) Marc. 14. n. 71.
(6) Matth. 26. n. 74.
(7) Joann. 18. n. 26.
(8) Luc. 22. n. 60.
(9) Matth. 26. n. 74. Marc. 14. n. 71.

tes que el Gallo cantase, se cumplió el pronóstico del Medico Celestial y quedó oonvencida la vana presuncion del enfermo, porque no sucedió como lo habia imaginado y prometido: Yo pondré mi vida por tí; sino como el Salvador habia dicho: Tres veces me negarás. Y no sin causa todos los quatro Evangelistas unanimes, y conformes escribieron las tres negaciones de San Pedro, sino para dexarnos enseñados y advertidos, quán gran mal sea confiar y presumir de sí vanamente.

Acordóse el Salvador de Pedro, que andaba tan olvidado de sí y de su buen Maestro; y puso misericordiosamente los ojos en él, para alumbrar al que estaba en tinieblas; y dió la mano al que estaba caido, para ponerle en pié. (1) Volvióse el Señor y miró á Pedro; porque aunque estaba preso, y atado en otro aposento diferente, mas bien pudo ser, que acabado el Concilio, baxasen al Salvador á algun aposento baxo de los que estaban en el atrio y donde de ordinario suelen vivir los criados mas baxos, humildes de la casa: ó si eso no fué así, tambien pudo ser que Pedro despues de baber negado, al ruido de las voces y chacota, que andaba entre las guardas, que burlaban de el Salvador, subiese arriba con deseo de ver lo que pasaba; y finalmente, él se puso en parte, que por la puerta, ú de otra manera pudo el Salvador mirarle; y aunque estaba en tanto aprieto, ayudó á su Discípulo de la manera que pudo, que fué con los ojos. Miró, pues, el Señor á Pedro (como dice San Leon) (*) y puesto entre las calumnias de los Sacerdotes, entre las mentiras y falsedades de los testigos, y entre las injurias de los que le escupian y herian, se puso á razonar y entrar en cuenta con el Discípulo, que andaba turbado, con aquellos mismos ojos con que habia visto tanto ántes, que se habia de turbar.

(*) Leo ser. 3. de Passione.

Miró el Señor á Pedro, y esta vista fué tan amorosa y tan eficáz, que entendió luego lo que le queria decir por ella, y volvió en sí, y acordóse de la palabra que le habia dicho, y él no acababa de creer: (2) Que tú mismo en esta misma noche, ántes que el Gallo cante dos veces, me habrás negado ya tres.

(1) Luc. 22. n. 61.

(2) Marc. 14. n. 72.

Et egresus foras (3) *flevit amarè*. Lloró con amargura por el claro conocimiento, que Dios le dió de la gravedad de su culpa y de la Magestad y bondad

(3) Matth. 26. n. 75. Luc. 22. n. 62.

dad de el Señor á quien habia ofendido, y lloró con amargura, porque las lágrimas nacian de la dulzura del amor de su Maestro, á quien habia negado. Consideraba como aquel Señor era Hijo de Dios vivo, y que él lo habia confesado, y conocido así por Divina revelacion; y lloraba de haber negado, por temor de los hombres, al que conocia, y creia que era verdadero Dios. Acordabase de las palabras de vida eterna, que le habia oido y de su mansedumbre y dulzura, que habia experimentado y por eso lloraba amargamente. Repetia los beneficios singulares, que de él habia recibido, y la honra y favores que le habia hecho sobre los demas sus compañeros, y la blandura y amor con que le habia avisado y prevenido de su flaqueza. Y quando, sobre todo esto, se acordaba de quántas veces, y de quan ligeras ocasiones y con quánta porfia le habia desconocido, y con quántos juramentos y maldiciones le habia negado, se le abrasaban las entrañas, y le hervian con fuego de dolor, y de amor, y le sobrevenian nuevas avenidas de lágrimas á los ojos; y fué tanto su dolor y sentimiento que toda su vida á las mañanas, quando el gallo cantaba, le sobresaltaba el corazon, y lloraba de nuevo aquella culpa, como si nunca la hubiera llorado. Y así parece que notó San Marcos que quando salió de casa del Pontífice, entónces empezó á llorar: (1) *Et cœpit flere*: y empezó (dice) á llorar; esto es, para continuarlo despues por el discurso de su vida.

(1) Marc. 14 n. 72.

Y aunque quedó este santo Penitente tan herido y tan arrepentido con la fuerza de los ojos del Señor, no quiso, como pudiera, retratarse allí públicamente, sino salirse de allí á llorar secretamente, porque con la caida habia quedado mas humilde, y ménos confiado de sí mismo, y no queria ponerse á riesgo, ni hacer nueva experiencia de su flaqueza; enseñando con esto á los flacos á quitarse de las ocasiones y esconderse, y no querer mostrarse en público, hasta que estén fortalecidos, y vestidos de la virtud de lo alto. No quiso tampoco arrojarse allí á los pies del Salvador á pedirle perdon y misericordia, porque estaba avergonzado de sí mismo, y quiso que sus lágrimas pidiesen y alcanzasen, lo que pedir él tan presto parecia atrevimiento. Con razon lloró, y calló: porque la culpa que se llora, no se excusa; y lo que no se excusa hablan-

(2) Luc. 24. n. 49.

blando se suele labar, y limpiar llorando. Y para llorar mejor, se salió fuera; porque aunque la confusion, y baraunda de palacio es á propósito para negar, pero no para llorar: y el verdadero penitente se muestra en dexar las ocasiones del pecado. Y adónde iria á consolarse, sino á la Vírgen, único refugio de pecadores, para darle cuenta de su tristeza, y amargura; y animado con sus dulcísimas palabras, se encerró para llorar en una cueva, con esperanza firme de alcanzar perdon.

No sin causa permitió el Señor tanta flaqueza en el que tenia señalado para piedra fundamental de nuestra Iglesia; y entre otras podemos considerar quatro. La primera, porque ninguno confie presumptuosamente de sí mismo, pues cayó un Apóstol tan querido y privilegiado, y tome cada uno para sí el consejo de San Pablo: El que piensa que está en pie, (1) mire bien, y esté sobre aviso, para que no cayga. La segunda, porque ninguno desconfie de Dios, por caido que se vea, pues Pedro, habiendo cometido tan gran culpa, por medio de las lágrimas, y penitencia, volvió á la antigua gracia y amistad, y fué hecho Príncipe de los Apóstoles, Cabeza de la Iglesia, pastor del Rebaño de Christo, y Clavero mayor del Reyno de los Cielos. La tercera, porque quedase el mismo Apóstol humilde, y mas recatado, lo qual dice San Agustin (*) por estas palabras: *Audeo dicere superbis esse utile cadere in aliquo apertum, manifestumque peccatum, undé sibi displiceant, qui jam sibi placendo ceciderant: salubriús enim Petrus sibi displicuit quando flevit, quam sibi placuit quando præsumpsit.* Atrévome á decir (dice este Santo) que es provechoso á los soberbios caer en algun pecado claro y manifiesto, por donde se parezcan mal, y se desagraden de sí, los que pareciéndose bien, y agradándose de sí mismos, habian ya caido: porque mas provechosamente se desagradó Pedro á sí mismo quando lloró su culpa, que no se habia agradado de sí mismo quando presumió de su constancia. La quarta razon da San Gregorio: (*) *Ut is, qui futurus erat Pastor Ecclesiæ in sua culpa disceret, qualitér aliis misereri debuiset.* Para que aquel (dice este Santo) que habia de ser Pastor de la Iglesia, aprendiese en su misma culpa cómo se habia de compadecer de las agenas; porque la misericordia que usó

(*) Augus. lib. 14. de Civit. Dei cap. 13.

(*) Greg. homil. 21. in Evang.

(1) 1. ad Corint. 10. n. 12.

usó el Señor con San Pedro, fué de todas maneras grande y digna de eterna memoria. Niega el siervo á su Señor, que muere inocente por él; y en medio de la muerte que el Señor padece, y en medio de la culpa que el siervo comete, le mira para salvarle, y le da la mano para que del todo no quede perdido: tal por cierto y tan piadoso habia de ser el Señor de la vida y tan apiadado convenia que fuese el pastor, que en su lugar habia de apacentar su ganado, porque se acordase de la piedad, que usó su Maestro con él, y no desamparase ninguna oveja, por enferma, ó rebelde, ú descarriada que fuese.

CAPITULO XIV.

Del amor con que Christo nuestro Señor padecia por los hombres. *

(*) Sacado por la mayor parte de el tratado del Amor de Dios del M. Avila.

PAsó toda esta noche el Salvador en poder de los que le burlaban, y afligian, pensando pensamientos de paz, y no de afliccion, ni de venganza: porque ningun poder bastaba á hacerle fuerza, y él de su voluntad se entregaba por el amor de Dios y de los hombres: y aunque por una parte dió lugar á que su santísima Humanidad se entristeciese; mas por otra era su amor tan grande y encendido, que obraba en él una sed ardentísima de injurias, y hambre de dolores. Y así estuvo esta noche con grande consuelo y alegría de su corazon, bañándose, como él dixo, (1) con este baño; y como dixo su Profeta, (2) hartándose de oprobrios. Este amor de Christo (como dixo el Apostol (3) excede, y se levanta sobre todo conocimiento, y sentido porque las fuentes de donde nace, son sobre todo sentido, y conocimiento; porque no se funda, ni estriva en la perfeccion, y hermosura y méritos del hombre; pues siendo una criatura, tan baxa, é imperfecta segun el cuerpo y segun el alma un vaso de maldad, cómo era posible amarla por sí misma principalmente, que aquel Divino amador no es ciego, ni apasionado, ni ménos antojadizo, que hubiera de poner su amor en criatura tan fea y que tan poco lo merecia. Fúndase, pues, este amor de Christo, nuestro Señor, para con los hombres, en el que su eterno Padre le tenia á él, y en los beneficios tan excelentes con que le habia obligado: porque siendo tantos, y tan ilustres los dones

(1) Luc. 22. n. 50.
(2) Threnor. 3. n. 30.
(3) Ad Ephe. 3.n.19.

nes que este Señor, en quanto Hombre, habia recibido de su Padre, y tanto el agradecimiento y amor que le tenia, por su respeto y obediencia, amo á los hombres sobre toda ciencia y encarecimiento.

Y para saber esto de raiz y glorificar á este Señor, quando sus enemigos le escarnecian, debemos considerar la grandeza inestimable de gracias, que por toda la Santísima Trinidad fué concedida á la Humanidad de Christo, nuestro Señor en el instante de su Concepcion: porque primeramente se le dió el Ser Divino, uniéndola con la Divina Persona; de manera, que podemos con verdad decir, que aquel hombre es Dios, y Hijo de Dios y ha de ser adorado en los Cielos y en la Tierra como Dios. Esta gracia ya se ve, que es infinita por la dadiva que en ella se da, que es el Sér de Dios, y por la manera con que se da, que es la mas estrecha que se puede imaginar, conviene á saber, por via de union personal.

Diósele tambien á aquel nuevo Hombre que fuese Padre universal y Cabeza de todos los hombres, para que en todos ellos, como Cabeza espiritual, influyese su virtud: de manera, que en quanto Dios es igual al Padre Eterno, y en quanto Hombre, es Príncipe y Cabeza de todos los hombres; y conforme á este principio se le dió gracia infinita, para que de él, como de una fuente de gracia, y mar de santidad la reciban todos los hombres; y esto no solamente por ser la gracia en él mayor que en todos, sino por ser Santificador de todos, y como si dixesemos un tinte de santidad, donde han de recibir este color, y lustre todos los que hubieren de ser Santos. Diósele juntamente otra gracia particular para la perfeccion y santificacion de su vida, la qual tambien se puede llamar infinita, porque nada se le puede añadir. Diéronsele demás de esto en aquel punto todas las gracias *gratis datas* de hacer milagros, y maravillas, quantas quisiese; y diéronsele todas en sumo grado y en suma perfeccion. Sobre todo esto le fué dado en aquel mismo instante, que viese luego la divina Esencia, y conociese claramente la magestad y gloria del Verbo, con quien estaba unido; y así viéndola fuese bienaventurada, y llena de tanta gloria quanta tiene hoy á la diestra del Padre.

Pues quando esta Anima santa, en aquel dichoso punto que

que fué criada, abriese los ojos, y se viese tal como hemos dicho, y conociese de cuyas manos le venia tanto bien, y se hallase con el principado de las criaturas, y viese arrodilladas ante sí todas las Gerarquías del Cielo, que como dice San Pablo (1) la adoráron, dime si es posible decir: ¿Con qué amor amaria esta tal Anima al que así la habia glorificado? ¿Con qué deseo codiciaria, que se le ofreciese algo en que pudiese agradar y servir á tal dador? No hay lenguas de Querubines, ni de Serafines, que puedan declarar esto.

(1) Ad Hebr. 1. n. 6.

Pues si á este deseo tan grande le fuese declarado, y dicho, que la voluntad de Dios era salvar el Género Humano, que estaba perdido por la culpa de un hombre, y que de este negocio se habia él de encargar, por la honra, y obediencia suya y tomar á pechos esta empresa tan gloriosa, y no descansar hasta salir al cabo con ella; y que habia de amar á los hombres, como cosa encomendada de su Padre, con tanto amor y deseo, que por verlos remediados, y restituidos á la gloria, se pusiese á hacer y padecer todo lo que para esto fuesse necesario: Dime ahora, despues que aquella Anima tan deseosa de agradar al Eterno Padre esto conociese, ¿con qué linage de amor revolveria ácia los hombres, para amarlos y abrazarlos por la obediencia de su Padre? No hay lengua, ni virtud criada, que pueda declarar esto; porque así como de parte de Dios hubo suma comunicacion de sus bienes, así de parte de Christo, nuestro Señor, hubo suma correspondencia, agradecimiento, y amor.

(2) Matth. 11. n. 27.

(3) Joann. 6.n.36.

De esta fuente salió aquel grande, y caudaloso rio de Amor, que derramó el Salvador sobre todos los hombres, porque los miraba como cosa dada de su Eterno Padre. De este sentimiento está lleno el Evangelio, porque en una parte dice: (2) *Omnia mihi tradita sunt á Patre meo.* Esto es, todos los hombres, y todas las cosas, que les pertenecen, me las ha dado, y encomendado mi Padre. Y para qué fin se las dió, sino para el que dixo el mismo Señor? *Hæc est autem voluntas ejus*, (3) *qui misit me Patris, ut omne, quod dedisti mihi, non perdam ex eo;* como si dixese: *Ut ex eo omni nihil perdam.* Esta es (dice) la voluntad de mi Padre, que me envió, que de todos los que me ha encomendado no se pierda ninguno: mas porque quando

se

se los dió, y encomendó: ya ellos estaban perdidos, el encomendarle que no los perdiese, tanto fué como encomendarle que los ganase: *Non* (1) *enim misit Deus Filium suum in mundum, ut judicet mundum, sed ut salvetur mundus per ipsum.* Porque no envió Dios su Hijo al mundo para que le juzgase, y condenase por sus culpas, sino para que el mundo fuese salvo por el: esto es, que en su primera venida no le envió como Juez sino como Salvador.

Esta misma recomendacion de su Eterno Padre le hizo tan solícito en la Obra de nuestra Redencion, como lo ponderó San Juan quando dixo: *Sciens quia* (2) *omnia dedit ei pater in manus, &c.* Porque sabia, que su Padre le habia encomendado los hombres, y puesto en sus manos todas las cosas, que pertenecian á su remedio, por eso se levantó de la Cena, y se quitó los vestidos, y se ciño de un lienzo y no se desdeño de hacer una Obra de tanta humildad, como fué lavar los pies de sus discípulos. Por este mismo respeto dice, que les habia predicado: (3) *Manifestavi nomen tuum hominibus, quos dedisti mihi.* He predicado tu Nombre á los hombres que tú me diste, y me encomendaste. Por esta misma causa hacia oracion por ellos: (4) *Non pro mundo rogo, sed pro his, quos dedisti mihi, quia tui sunt.* No ruego (dice el Señor) por el mundo sino por estos Discipulos que tú me diste, porque son cosa tuya, y tú me los encomendaste. Y finalmente, por esta misma causa se ofreció por ellos: (5) *Et pro his ego sanctifico meipsum.* Que fué tanto como decir: por estos me ofrezco á mí mismo en sacrificio. Y quando le fuéron á prender, para ser sacrificado, por este mismo respeto salió á la defensa de los suyos: (6) *Si ergo me quæritis, sinite hos abire: ut impleretur sermo, quem dixi quia quos dedisti mihi non perdidi ex eis quemquam:* Si me buscais á mí (dixo á los que le prendian) dexad ir á estos mis Discípulos libres. Y este cuidado tuvo (dice el Evangelista) porque se cumpliese lo que habia dicho, hablando con su Padre: Los que tú, Padre, me encomendaste, ninguno se ha perdido por mi culpa. Y esta fué una particular razon por que le dolió tanto la perdicion de Judas, porque siendo cosa encomendada por su Padre, no pareciese que habia puesto ménos cuidado en conservarle, y mirar por él; y aunque habia puesto tantos medios por ganarla, con to-

(1) Joann. 3.n.17.
(2) Joann. 13.n.3.
(3) Joann. 17.n.6.
(4) Joann. 17.n.9.
(5) Joann. 17. n. 19.
(6) Joann. 18.n.8.

todo eso le dió cuidado el dar satisfaccion de que se hubiese perdido con efecto, porque así convenia dexarle en su dureza, para que se cumpliese la
(1) Escritura. *Quos (1) dedisti mihi*
Joann. *custodivi, & nemo ex his periit,*
17. n. *nisi Filius perditionis, ut Scriptu-*
12. *ra impleatur.* Los que tú, Padre, me diste, Yo los he guardado con cuidado, y ninguno de ellos se ha perdido, sino el hijo de la perdicion, como estaba escrito que habia de suceder; y sucediendo ello así, se ha cumplido la Escritura.

De esta misma fuente nació, no solo el amor que tuvo á los hombres, sino el que tuvo tambien á los dolores y afrentas, y á las demas pasiones, que convenian para el bien y remedio de los hombres; y esto es lo que él dixo á la entrada
(2) de su pasion: (2) Para que el
Joann. mundo conozca quánto es lo
14. n. que Yo amo á mi Padre, y que
31. de la manera que me lo ha mandado, así lo cumplo y lo
(3) hago, levantaos y vamos de
Luc. aquí: ¿adónde, sino á morir por
12. n. los hombres en una Cruz? Y
50. (4) era tan grande la ansia, que te-
Psal. 18. nia de hacer á su Padre este ser-
n. 6. (5) vicio, que decia: (3) Con un
2. Cor. Bautismo tengo de ser bauti-
15. n. zado, como vivo en estrechu-
14. ra, hasta que venga la hora, en que se execute; porque era tan grande el deseo que tenia de verse bañado en su sangre, que cada hora que se dilataba, le parecia mil años, por la grandeza del amor. De aquí nació aquella fiesta gloriosa de los Ramos, con que quiso ser recibido, quando entraba á padecer en Jerusalen, para enseñar al mundo la alegría de su corazon: y por la misma causa con aplauso, y cercado de rosas y de flores, quiso subir al tálamo de la Cruz.

Esta es aquella fuerza que significó el Profeta, quando dixo: Alegróse (4) como Gigante, que para correr su carrera: desde lo mas alto del Cielo fué su salida, y su vuelta á lo mas alto de él, y no hay quien se pueda esconder de su calor. ¡O amor Divino, que saliste de Dios, y volviste á Dios! porque no amaste al hombre, por el hombre, sino por Dios. ¿Quién habrá que se pueda esconder de tu calor, y defenderse de tu amor? porque tu caridad es tan encendida y abrasada, que hace fuerza á los corazones, como lo sentia tu Apóstol, quando dixo: (5) *Charitas Christi urget nos.*

Y de aquí se saca otro nuevo argumento, para barruntar algo de la excelentísima caridad

dad de Christo, y ardentísimo deseo que tuvo de padecer; porque si al Apóstol San Pablo le apremiaba tanto la caridad, y le hacia tanta fuerza el amor, que despreciando la hambre y la sed, las persecuciones y el cuchillo, la vida y la muerte, para satisfacer al deseo de su amor, deseó las mismas penas sensibles del Infierno (1): *Optabam enim ego ipse anathema esse à Christo pro fratribus meis*: esto es, deseaba yo ser apartado de Christo por el bien de mis hermanos, quanto á la participacion de la Gloria, aunque no quanto al amor y la gracia: ¿qué diré del Apóstol San Andres, que viendo la Cruz en que habia de morir, se requebraba con ella, como con esposa muy amada, y la rogaba se alegrase con él, como él se alegraba con ella? Pues, ó ánima mia, toma ahora alas, y sube de este escalon hasta las entrañas y corazon de Christo, y mira, que si el Apóstol San Andres se alegraba con la Cruz, por el amor que tenia á su Maestro, que habia muerto en ella; y si el Apóstol San Pablo tenia tan grande amor á los hombres, que verdaderamente deseaba padecer las penas del Infierno por ellos, ¿quánto mayores serán los deseos de Christo, pues tanto mayor era su gracia y su caridad?

Siete años sirvió el Patriarca Jacob á su suegro Labán, por casar con la hermosa Rachel, con tanto (2) trabajo, que de noche no dormia, y de dia no descansaba, y andaba quemado del yelo y del Sol; y con todo eso (3), le parecian poco siete años, por el grande amor que la tenia: ¿pues qué le pareceria al Salvador una noche de escarnios, y tres horas de Cruz, y un dia, finalmente, de Pasion, por desposarse con la Iglesia, y hacerla tan hermosa (4), que no le quedase mancilla, ni arruga? Sin duda, que mucho mas amó, que padeció, y mucho mayor amor le quedaba encerrado en el corazon de lo que mostró por de fuera en sus llagas: y si como le mandáron padecer una muerte, le mandaran millares de muertes, para todo tenia amor. Y si lo que le mandáron padecer por la salud de todos los hombres, le mandaran padecer por cada uno de ellos; así lo hiciera por cada uno, como por todos; y si como estuvo tres horas penando en la Cruz, fuera menester estar allí hasta la fin del mundo, amor tenia para todo, si nos fuera necesario.

Pues siendo esto así, que

(1) Ad. Roman. n. 3.
(2) Genes. 31. n. 40.
(3) Genes. 29. n. 20.
(4) Ad Eph. 5. n. 27.

fué mucho ménos lo que el Señor padeció, que lo que amó y deseó padecer; si sola esta centella, que nos mostró aca fuera, fué tan espantable á los hombres, que ha sido (1) escándalo á los Judíos, y locura á los Gentiles; ¿qué fuera si les diera otra muestra que declaráta mas toda la grandeza de su su amor? Y si esta ha sido tal, que ha hecho á los malos salir de sus sentidos, y cegarse en medio de la luz; ¿qué deben sentir y hacer los hijos y los amigos, que tan creido y conocido tienen este amor? Esto es lo que les hace salir de sí, y quedar como atónitos y pasmados, quando recogidos dentro de su corazon les descubre Dios estos secretos, y les da á conocer y sentir estos Misterios. De aquí nace el deshacerse en lágrimas, y el abrasarse en amor: de aquí el desear los martirios, gozarse con las tribulaciones, alegrarse con las injurias, acometer y abrazar todo lo que el mundo aborrece y teme; y amar y desear todo lo que Christo nuestro Señor ha deseado y amado.

(1) 1. Cor. 1. n.23.

Y de aquí se nos descubre otro motivo que tuvo nuestro Salvador, para estar esta noche de su Pasion con grande alegría, hecho blanco de las befas, y mofas y golpes de aquella gente vil y descompuesta; porque miraba con gozo inefable de su corazon en lo que allí pasaba en su Persona la imagen del mundo renovado, y de los hombres espirituales. Los quales con la consideracion de lo que él padecia, se habian de encender en caridad, y abrasados en esta fragua de amor, se habian de transformar en su imagen y semejanza; aborreciendo la honra, porque el mundo no se la dió á él; y amando y procurando las deshonras, porque las tuvo él. Y por esta causa se dexaba deshonrar con tanta mansedumbre, y se dexaba herir con tanta constancia y fortaleza, sin huir el Cuerpo á los golpes, ni desviar el rostro á las salivas: porque veia y conocia que por mano de aquellos Oficiales labraba el Padre Eterno en él el dechado, y exemplar de los Predestinados.

Finalmente debemos considerar cómo se estaba agradando el Padre Eterno en lo que su Hijo padecia: y cómo se honraba con su obediencia, humildad y mansedumbre: y cómo disponia y trazaba la honra con que le habia de honrar en pago de estas deshonras, y los Maytines de alabanzas que

se

se le habian de cantar perpetuamente en el Cielo y en la Tierra, por los que allí se le decian de injurias y vituperios.

CAPITULO XV.

Es condenado el Salvador de todo el Concilio.

AManeció, pues, el dia siguiente del Viernes: dia infelicísimo para aquel Pueblo ingrato y desconocido, en el qual habia de cometer pecado tan horrendo, y merecer tan riguroso castigo. Dia por otra parte dichosísimo para todos los siglos; pues en él se habia de poner fin al pecado, redimirse el mundo y abrirse la puerta que estaba cerrada para el Cielo. Y aunque la noche ántes se habia juntado Concilio en casa de Cayfas, y se habian buscado y exâminado tanto número de testigos falsos, con todo eso, para dar mejor color á su justicia, y persuadir al Pueblo su maldad, determináron que luego por la mañana se juntase otro Concilio pleno en el lugar acostumbrado; y allí conforma mas jurídica, y ménos señales de turbacion y de pasion, se tratase otra vez la Causa del Señor (1); todo con ánimo de condenarle á muerte, y relajarle al brazo seglar de los Romanos. Y si bien es verdad, que todos por la mayor parte sentencian hombres ancianos, y entrados en edad, y habian velado hasta bien tarde de la noche pasada, así en la prision, como en la junta, que se habia hecho en casa del Sumo Sacerdote: con todo eso (2), apénas era bien amanecido, quando se habian ya todos juntado en su Concilio: tan solícitos y diligentes andaban para executar su maldad.

Haciase este Concilio, como muchos piensan, no en la casa del Sumo Sacerdote, (donde habia estado aquella noche el Salvador) sino en casas particulares, que para este fin estaban señaladas, como son ahora las casas de Ayuntamiento. Juntos, pues, en estas casas, y sentados por su órden los Jueces, citan al preso, que parezca allí delante del Concilio: sácanle de la cárcel donde estaba, llévanle por las calles con mucha gente de guarda, con grande vocería y ruido, con sumo desprecio y ignominia. Era ya dia claro, y la gente salia por las calles y ventanas á ver un juicio tan nuevo y estraordinario, y de persona tan conocida y estimada por la opinion de su San-

(1) Matth. 27. n. 1.

(2) Marc. 15. n. 1.

Santidad. Saldria el Señor atadas las manos y el cuello: pena que se da juntamente á los que han usado mal, y en perjuicio de la república de su natural libertad: saldria elado de frio y desfigurado el rostro de los golpes y salivas, mesado el cabello y la barba, sus mexillas señaladas de cardenales, y todo afeado con la sangre quaxada y elada, que de los golpes le habia salido. De esta manera salió en público el Señor por las calles, con admiracion y espanto de todos, que en el mal tratamiento de su persona echaban de ver claramente que no pudiera ser tal, sino para condenarle.

El rumor de lo que andaba en la Ciudad, llegó sin duda á los oidos de la Vírgen. Contaríanla quál habian sacado á su Hijo de la cárcel, y como le llevaban por las calles á responder por sí delante del Concilio; y atravesado el corazon de tan piadosa Madre con la pena y trabajo en que se hallaba tal Hijo, determinó salir de su recogimiento, buscando algun alivio en ver al que no podia ver sin grave dolor. Con ella saldria la Magdalena y las demas santas Mugeres, á las quales acompañaba el Apóstol San Juan; y los demas Apóstoles andarian derramados por las calles, procurando esconderse entre la gente á ver en qué paraba este negocio. Pero la Vírgen nuestra Señora, clavado el Corazon con el de su Hijo, andaria á la vista de él, con tal recato y providencia, que la Turba furiosa no tuviese ocasion de decir alguna injuria, ó hacer alguna descortesía. Y es cosa maravillosa y digna de ponderacion, que habiéndose hallado la Vírgen nuestra Señora presente al discurso de la Pasion, y tan cerca al pie de la Cruz; y andando el Pueblo tan alborotado y furioso, tuvo el Salvador tanto cuidado con la honra y con el decoro que se debia á su Madre, que no permitió que ninguno se descompusiese, ni en una mínima palabra contra ella. Toda su Cruz y su martirio habia de ser en el Corazon, dentro del qual ofrecia al Eterno Padre con profundísima humildad y encendidísima caridad á su mismo Hijo, y juntamente con él ofrecia su mismo Corazon, lleno de amargura, pero rendido con perfecta obediencia á toda su voluntad.

Puesto el Señor en forma de reo delante de todo el Concilio, le mandáron desatar: ceremonia que se usaba con los delin-

linqüentes, quando les tomaban su confesion, para que respondiesen con toda libertad; y parece que lo hiciéron así con el Salvador, porque acabado el Concilio, le tornáron á atar de nuevo (como notó San Marcos) (1) para entregarle al Presidente. Estando, pues, desatado y sin prisiones, no solicitáron, ni buscáron testigos falsos, sino conforme á lo tratado y resumido la noche de ántes, le preguntáron en nombre de aquel Concilio (2): Si tú eres Christo, dínoslo á nosotros. Esta misma pregunta le habian hecho otra vez, quando cercándole en el Templo le dixéron: ¿Hasta (3) quándo nos traes suspensos y colgados? Si tú eres Christo, dilo claramente; y tan claramente se lo dixo, que resultó de la respuesta tenerle por blasfemo, y querer como á tal apedrearle; y las piedras que allí se les quedáron en las manos, querian tirarselas ahora, procurándole la muerte con efecto; y así le preguntáron lo que entónces: Si tú eres Christo, dilo claramente.

El Señor, que veia sus corazones, respondió (4): Bien sé que si os lo digo, por solo mi dicho no me creeréis: y si quisiere probarlo con razones, ó con testimonios de la Ley y de los Profetas, y con ellos os preguntare y apretare, que no me habeis de responder, ni ménos por esto ponerme en libertad. Y aunque por esta causa no sois merecedores de oir la verdad que preguntais, pues la quereis saber para calumniarla y con- (1)
denarme á mí por ella: mas tam- Marc.
poco no es razon que nadie 15. n.
piense, que por temor, ni por 1.
otro respecto dexo Yo de dar testimonio de esta verdad, siendo preguntado y exâminado sobre ella. Digoos de verdad, (2)
que el hombre que veis aquí Luc.22.
humillado, y para ser juzgado n. 66.
de vosotros, le veréis brevemente sentado á la diestra de la virtud de Dios, para ser vuestro Juez y de todo el mundo. (3)

Oida esta respusta tan mo- Joann. 10. n.
desta y tan verdadera, por ar- 24.
mar mejor su calumnia, y hacer mas odiosa su acusacion, le repreguntáron diciendo (5): ¿Luego tu eres Hijo de Dios? Mostrando juntamente en el modo de decir la mofa y escarnio que hacian de su locura y de su mentira, y que por soñarse Hijo de Dios, y que venia asentado sobre las nubes del Cielo á la diestra de Dios, se habia (4)
de ver presto entre Ladrones Luc.22.
levantando en una Cruz. Y así n. 67. (5)
con ironía disimulada dixéron: Luc.12.
¿Luego tu eres Hijo de Dios? n. 70.

Como si dixeran: Tú, Hijo de un pobre oficial, tú hombre de malas costumbres, comedor y bebedor, amigo de publicanos y pecadores: tú, endemoniado y blasfemo: ¿tú te sentarás á la diestra de Dios? ¿A tí te verémos venir en las nubes? En el ayre colgado te deseamos ver á tí, y en medio de otros Ladrones, no en las nubes, ni á la diestra de Dios. Aunque conoció el Señor la malicia de esta pregunta, y la calumnia que armaban sobre ella, respondió con todo esto la verdad, con la misma entereza que habia respondido la noche ántes, diciendo: Vosotros decis que Yo lo soy, que es lo mismo que si dixera: Yo soy ese mismo que vosotros decis.

Oida esta respuesta, y visto que se afirmaba y ratificaba en lo dicho, habláron entre sí
(1) unos con otros, y dixéron: ¿Qué
Luc. 22. n. 71. Luc. 22. n. 1. necesidad tenemos de testigos, pues lo podemos ser nosotros, que hemos oido de su misma boca lo que basta para su condenacion? Y eran dos cosas las que habian oido, y con que le hiciéron la guerra despues. La primera, que era Christo Ungido Rey de los Judios. La segunda, que era Hijo de Dios. Esta segunda era á su parecer contra Dios, por la qual, segun la Ley de Dios, tenia pena de muerte, como blasfemo; y la otra era, *crimen læsæ Majestatis*, contra el Cesar, por la qual tenia pena de Cruz, segun la ley de los Romanos, y armados de estas dos acusaciones, determináron llevar el Reo al Presidente, para que executase en él esta sentencia.

CAPITULO XVI.

Llevan al Señor delante de Pilatos, y Judas se ahorca.

Y Es mucho de considerar, que no fiáron este negocio de tres ó quatro Comisarios, ni de los Ministros ordinarios de Justicia, que en nombre del Concilio tratasen esta causa con el Presidente, sino que toda la muchedumbre de Jueces, de Ancianos y Letrados y Sumos Sacerdotes, y finalmente (1) todo el Concilio, así como estaban sentados á juicio, se levantáron sin juicio, y irritados de su pasion y furor, y le lleváron ellos mismos al Presidente Pilatos. Hiciéronlo así, por dar calor á este negocio, y asegurar mas el suceso; y por obligar mas al Presidente, y darle mas priesa, para que no se pusiese dilaciones. Y por llevar al cabo el nego-

gocio, que estaba en tan buen punto, y acudir de presto á todas las dificultades, y tomar consejo y resolucion en ellas, sacáron el Concilio de su propio lugar y asiento, y le traian en pie, y portatil, hechos Acusadores y Jueces, Procuradores y Abogados, solicitando y sobornando al Pueblo. De esta manera fué llevado el Señor al Pretorio de Pilatos, acompañado de lo mejor y mas granado de Jerusalen, y se cumplió lo que él habia dicho, que los (1) Príncipes de los Sacerdotes le habian de entregar á los Gentiles, y lo que en figura estaba profetizado de él en el Sacrificio del Cordero (2): *Immolabitque eum universa multitudo filiorum Israel*; esto es, que le habia de sacrificar toda la muchedumbre de los hijos de Israél.

Para este camino, que se habia de hacer de las casas del Concilio hasta el Pretorio de Pilatos, volviéron á atar (3) al Salvador, y seria por las manos y el cuello, con prisiones de hierro, como lo da á entender la palabra con que hablan los Evangelistas: *Vincientes Jesum, & vinctum adduxerunt eum* (4), *& tradiderunt Pontio Pilato Præsidi.* Porque así es costumbre de entregar al delinqüente con prisiones, quando es relaxado, del Brazo Eclesiástico al Seglar, en señal de que ya va visto su proceso, y él convencido y condenado. Era ya mas entrado el dia, quando sacáron al Señor del Concilio, y el rumor de lo que pasaba se habia estendido mas por el lugar, y así era mayor el alboroto y muchedumbre de la gente que concurria á este espectáculo, dando ya por concluido este negocio, y al Salvador por condenado á muerte; pues le habia condenado todo el Concilio, y le llevaban atado al Presidente para que executase la sentencia. Y esto es lo que dixo San Juan (5): *Adducunt ergo Jesum á Caypha in Prætorium.* No porque le llevasen de las casas de Cayfas, porque no iba sino de las del Concilio; mas tanto fué como decir, que de esta vez salió el Señor de la jurisdiccion Eclesiástica, (cuya cabeza era Cayfas, como Sumo Sacerdote) y fué entregado á los Gentiles.

No parece que Judas habia pensado, ó no se habia persuadido, que pasara tan adelante este negocio, ni que la malicia y pasion de los Sacerdotes fuera tanta, que quisieran dar con efecto la muerte al Salvador, sino que se contentaran con otra pena mas moderada de des-

(1) Matth. 20. n. 19.

(2) Exod. 12. n. 6.

(3) Marc. 15. n. 1.

(4) Matth. 27. n. 2.

(5) Joann. 18.

(1) Matth. 27. n. 3. destierro, ó afrenta ó pena corporal; pues como él (1) anduviese á la mira de lo que se iba haciendo, y viese que la noche ántes en casa de Cayfas le habian condenado á muerte, y que todo el Concilio habia confirmado esta sentencia, y le llevaban á casa de Pilatos, para que él la executase; con ánimo obstinado de no desistir de su pretension hasta salir con ella: entónces el demonio que le habia cegado y entrado en su corazon, para hacerle cometer tan abominable traycion, se apoderó mas de él, y le abrió los ojos para que la conociese y aborreciese, y con ánimo inquieto y turbado y lleno de sentimientos de infierno, se desesperase; porque pudiera el miserable, ya que conocia su culpa, y le pesaba de haberla hecho, pesarle por amor del Señor, á quien habia ofendido, y llorar delante de Dios con el quebranto y amargura de San Pedro, y acudir en su desventura á la Bienaventurada Vírgen, que aunque tan gravemente ofendida de él, fuera parte para alcanzarle perdon, y volverle á la gracia de su Hijo; mas como hombre siempre habia sido falso y doblado, y andado con hypocresía y fingimiento en la Escuela del Señor, así en esta ocasion mereció ser desamparado, para que no acertase á volver á buen camino, porque no se dolia de su culpa por respeto de Dios, con pura voluntad de servirle y enmendarse, ni su arrepentimiento fué de verdadera y fructuosa penitencia, sino de una profunda tristeza y caimiento desesperado del corazon, conociendo el enorme yerro que habia cometido, del qual se dolia por respeto de sí mismo, que se corria y deshonraba de haber hecho cosa tal, y por razon de los hombres, que con razon habian de aborrecer su maldad; y así, para cumplir con ellos y consigo, tomó medio con que acabó del todo de perderse.

(2) Matth. 17. n. 3.

Porque primeramente trató de deshacer la mala venta que habia hecho, volviéndoles á los Sacerdotes su dinero, pareciéndole que no corrian por él de allí adelante los daños que recibiese en su Persona el Salvador, si él deshiciese el contrato, restituyendo el precio que habia recibido por él. Y con esta determinacion se fué á los Príncipes de los Sacerdotes (2), quando estaban en medio de su fervor ó furor acusando al Señor para darle la muerte, y les volvió los treinta dineros,

ros; diciendo: Yo he pecado: porque he entregado para la muerte un Hombre justo, y inocente; como si dixera: No quiera Dios que quede en mi poder dinero tan mal ganado, ni ménos, que por respeto de él se me haga cargo á mí de lo que este Hombre justo, sin culpa suya, padece; ni que vosotros tengais excusa de vuestra maldad con decir que yo, que le conozco, y era su Discípulo, le he entregado; porque yo, que le conozco y he vivido y conversado con él, os afirmo y testifico que es hombre santo y justo; y si le vendí fué pecado y maldad mia; la qual conozco y reconozco por tal; y en testimonio de ello, (y es el mayor que puede dar un codicioso) renuncio mi ganancia y interes, y no consiento que quede en mi poder el precio: tomad vuestro dinero.

¿Quién pensára que el testimonio y confesion de Judas no habia de hacer efecto en los ánimos de los Sacerdotes? Porque aunque era hombre malo y perverso, mas al fin era de su misma faccion; y como habia sido su Capitan para prenderle, pudiera tambien serlo para soltarle y darle libertad; pero ellos estaban tan ciegos y apasionados, que quando les dixo Judas: Yo he pecado gravemente en vender la Sangre del Justo, ellos le arrojáron de sí, diciendo (1): Si tú pecaste, allá te las hayas, á nosotros ¿qué nos importa? Como si dixeran: Tenemos en nuestro poder al que buscamos, alcanzamos por tu medio lo que pretendiamos: si tú pecaste, á tu cuenta: míralo tú allá, que á nosotros no nos toca.

(1) Matth. 27. n. 4.

¡O perversos Príncipes de los Sacerdotes! ¡O respuesta tan ignorante y tan iniqua! ¿Confesais que pecó aquel, de quien comprásteis la Sangre del Justo, y decis que su pecado es solamente de él, y que no os toca á vosotros? Si fué malo venderle, vosotros le comprásteis; y si fué traycion entregarle, vosotros hicisteis el concierto; y si la culpa que le trae desesperado á Judas, es haberlo entregado para la muerte, vosotros sois los que se la dais y executais. Y con todo eso, restituyendo Judas el precio de lo mal vendido, vosotros de vuesta parte quereis sustentar el contrato, y os teneis por libres de la culpa, quando decis: Mira tú por tu pecado, que á nosotros no nos va nada en eso.

Viendo Judas, que los Príncipes de los Sacerdotes no querian recibir su dinero, y que to-

todo el tiempo que le tenia en su poder andaba con bascas de muerte, fuese al Templo (1), y arrojó en él el dinero delante de los Sacerdotes que allí andaban ministrando, y aburrido y desesperado de lo que habia hecho y incitado de furias infernales, se colgó de un lazo, y colgado, se hinchó hasta rebentar (2) por medio, como fué cosa pública y notoria en Jerusalén.

(1) Matth. 27. n. 5.

(2) Act. 2. n. 18.

¡O hombre miserable, merecedor de todo castigo! A tí te sigue la justa paga de tus injustas obras, y porque no habia quien pudiese dar pena á tanto pecado, tú te hiciste Juez de tu culpa y executor de tu pena, y aborrecido de los Angeles y de los hombres, ni quisiste que tu cuerpo le recibiese la tierra, ni el Cielo tu alma, mas escogiste el ayre por morada, donde habitan los demonios, los quales se enseñoreáron de tí, y como estaba profetizado, se sentáron á tu diestra (3).

(3) Psalm. 108. n. 6.

¡O Judas, el mas desdichado de los hombres, y que te fuera mucho mejor (4) no haber nacido, porque añadiste á tu gran culpa otra mayor, desesperando de la Divina misericordia, que excede infinitamente nuestros males! Por qué no te acordaste, estando en este aprieto, del tiempo en que anduviste en compañía de este Señor, el trabajo y diligencia que ponia, como solícito Pastor, en buscar sus Ovejas y traer sobre sus hombros las perdídas, y el amor con que llamaba y recibia á los pecadores; y aunque tu pecado era por todas partes grande, debias acordarte, que sabiendo el Señor en lo que andabas, él mismo te lavó los pies, y te dió la Comunion del Cuerpo y Sangre que habia de ofrecer por tí; y estando en la misma traycion, quando por el beso le entregabas, te convidó á retener su amistad, y haciendo tú oficio de traydor, te llamó amigo.

(4) Matth. 26. n. 24.

Hombre sin ventura, ya que no te acordaste de la bondad del Hijo, acordaraste siquiera de la profunda humildad y mansedumbre de su Madre, que tal era la Vírgen, que ella misma fuera contigo á su Hijo resucitado, y negociara tu perdon; y aun estando en la Cruz ántes que muriera, intercediera por tí; y procurara tu remedio. ¡O hombre sin esperanza! ¿por qué no te esperaste, que el mismo Señor, sin que nadie intercediera, como rogó por otros; rogara tambien por tí al Eterno Padre, estando en el tormento y fatiga de su Cruz?

Mas

Mas tú hombre ciego y enseñoreado, por tus malas obras del demonio, no mirabas en las palabras y vida del Señor para esperar en su misericordia, sino acusado de tu propia conciencia, te dexáste sumir en la eterna condenacion con el peso de tu misma culpa.

Volviendo, pues, á los Príncipes de los Sacerdotes, no quisiéron recibir el dinero quando Judas se lo ofrecia, porque echáron de ver, que pretendia deshacer la venta, y dar por ninguno el contrato que habia hecho con ellos, y que si aceptaban de su mano el precio en esta conjetura, se obligaban á poner en libertad, y desistir de la acusacion del Salvador, lo qual de ninguna manera querian hacer, sino llevar adelante su dañada y perversa intencion hasta ponerle en la Cruz; que si á Judas le parecia que habia pecado en la venta, á ellos les parecia que habian acertado tanto en la compra, que (segun algunos dicen) habian sacado el dinero del gazofilacio y tesoro público del Templo, á título de dar la muerte á un blasfemo, como para gasto pio y religioso, y de la honra y culto de Dios.

Pero quando Judas lo arrojó en el Templo, los Sacerdotes que allí estaban, le levantáron y guardáron hasta ver lo que determinaban los Príncipes y Magistrados (1), los quales estando ya mas de espacio despues de la muerte del Salvador, y sabiendo lo que Judas habia hecho, aceptáron primeramente el dinero, y no les pareció conveniente volverlo al gazofilacio, ó lugar donde se guardaban las Ofrendas, por ser precio de sangre; esto es, dado y tomado para dar la muerte á un hombre. Y habido entre ellos su acuerdo, compráron de este precio un Campo, que se llamaba del Figulo, ó del Ollero, que fuese para sepultar los peregrinos. De esta manera los sapientísimos Doctores, por no perder aquel dinero, tuviéron por bien aceptarle como ofrenda, y juzgáron por malo guardarle en el lugar de las Ofrendas; y no hallando culpa en sacarle del gazofilacio para comprar la Sangre de un Hombre Justo é inocente, la halláron en volverle al mismo lugar, porque se habia comprado con él. Y los santos y piadosos Sacerdotes, que con tanta rabia y furor daban la muerte al Heredero legítimo y natural, trataban de comprar Campo para sepultar los peregrinos; y en la verdad no preten-

(1) Matth. 27. n. 6.

tendian sino encubrir y sepultar su maldad con esta apariencia de piedad y religion; pero castigólos Dios con su misma traza, porque el Campo que compráron, se llamó de allí adelante (1) el Campo de la sangre, por haberse comprado con el dinero que se dió á Judas, para que vendiese la Sangre de su Maestro. De esta manera, quantas veces se nombraba aquel Campo, tantas veces se renovaba la memoria de este delito.

(1) Matth. 27. n. 8.

(2) Joann. 18. n. 18.

CAPITULO XVII.

Exâmina Pilatos al Salvador, y remitele á Herodes.

Leváron, pues, los Príncipes de los Sacerdotes y los demas que se halláron en el Concilio, al Salvador hasta la casa y Pretorio del Presidente de los Romanos, que se llamaba Poncio Pilato. Llevábanle con prisiones atado infamemente, para publicarle al mundo por facinoroso, en poder de los Alguaciles y Corchetes, gente vil y sin verguenza. Seguianle los Sacerdotes y Escribas que habian de ser los actores y acusadores en aquella causa, los quales se daban tanta priesa para concluirla y llevarla al cabo, que despues de haber hecho su Concilio, quando llegáron á la casa del Presidente (como dice (2) San Juan) aun era de mañana. El caso era nuevo, y de los que raras veces se ven en el mundo: un hombre que dos dias ántes habia predicado en el Templo con tanta magestad, y seis dias ántes le habian visto entrar en Jerusalen con el mas solemne triunfo y mayor aclamacion de santidad que jamas en el mundo se vió, y que por todo el tiempo de su predicacion, á la fama de sus milagros, se iban los Pueblos tras él; reverenciándole como á gran Profeta; verle ahora aprisionado y maltratado por autoridad pública de todo el Concilio de los Sacerdotes, como el mas facinoroso y perjudicial hombre del mundo: sin duda era cosa de grande admiracion para el Pueblo, y que no se hablaria por entónces de otra cosa en la Ciudad, y que se convidarian y llamarian unos á otros para salir á verla. Ni pudo ser, sino que la noticia del caso habia llegado ya al Presidente Pilatos, desde la prision de la noche de ántes; y como á hombre prudente de este siglo, le habia dado mucha materia para discurrir esta súbita mudanza de las cosas; y sabiendo que

traian

traian la causa á su Tribunal, estaria bien apercebido para mirarla de espacio, y con atencion.

Llegáron, pues, los Sacerdotes á la Plaza del Pretorio, que era la casa del Presidente, y subiéron á la lonja, que estaba levantada sobre la Plaza, y se subia por unas gradas á ella; pero no entráron en el Pretorio (1), por no quedar como irregulares, inmundos, ó contaminados para poder comer los Panes Azimos y los demas Sacrificios que particularmente se ofrecian todos aquellos siete dias de la Pascua; porque á los santos y religiosos Sacerdotes, que con tanta malicia iban á solicitar la muerte del Salvador, les parecia que habian de quedar contaminados é inmundos, si pisaban el suelo del Pretorio, donde se condenaban hombres (aunque culpados) á muerte, y se trataba del derramamiento de sangre humana. Y así, quedándose á la puerta por defuera, entregáron al Señor á los Alguaciles y Oficiales del Presidente para que le llevasen, excusándose á título de religion de no entrar allá dentro, y rogándole tuviese por bien de concluir luego aquella causa, y executar en aquel Hombre la sentencia de muerte, pues el negocio era tan grave y de tanta priesa, que venian á tratarle ellos mismos en persona.

Jesus autem stétit ante Præsidem (2). Fué presentado Jesus en pie, y con sus prisiones como Reo delante del Presidente, el qual, viendo la mansedumbre y modestia del Salvador, y mas si en esta primera vista tuvo por ventura algunas razones con él, (1) Joan. 18. n. 28.
(lo qual no dicen los Evangelistas) desde luego parece que se inclinó á favorecer su causa, (2) Matth. 27. n. 11.
y echó de ver que los ánimos de los Sacerdotes estaban llenos de envidia y de maldad, y que el no entrar en su casa y Pretorio era pura hipocresía y disimulacion de santidad. Y aunque juzgaba ser esto así, le pareció con todo eso cumplir con ellos, y hacer esta honra á su Pascua y á sus ceremonias: *Exivit ergo Pilatus ad eos foras* (3). Salió Pilatos donde (3) Joann. 18. n. 29.
ellos estaban allá afuera. Y habiendo visto la serenidad y mesura del acusado, y viendo ahora el alboroto y pasion de los acusadores, que con tanta priesa y violencia le pedian para la muerte, se confirmó mas en su opinion, y les diria por ventura lo que otro succesor suyo dixo en semejante ocasion (4): Bien (4) Actor. 25. n. 16.
sabeis que los Romanos no tienen de costumbre condenar á nin-

ningun hombre, sino es que el Reo tenga presentes sus acusadores, y se le de tiempo y lugar de descargarse. Vosotros me habeis traido aquí un hombre, al parecer sin culpa, é inocente: (1) ¿*Quam accusationem affertis adversus hominem hunc*? ¿ Qué acusacion traeis contra un Hombre como este? Que cosa parece contra justicia y razon, entregar el preso, y no decir la acusacion.

(1) Joann. 18. n. 29.

Parece que los Sacerdotes se sintiéron de esta pregunta del Juez, en que los notaba, ó de apasionados, ó de ignorantes, tomando por agravio que se presumiese lo uno y lo otro de ellos; y así dixéron (2): Si este no fuera malhechor público y notorio, nosotros, que somos los Letrados y Sacerdotes, no le habiamos de entregar para que le condenases; y bastaba (como si dixeran) estar aquí nosotros, para que haciendo tú lo que te pedimos, aseguras tu honra y tu conciencia; esto dixéron los soberbios y apasionados Sacerdotes. Y quánta verdad fuese, que el Señor era notorio malhechor, preguntaselo á los que fuéron librados de los espíritus inmundos, á los enfermos curados, y á los leprosos limpiados, á los sordos que oian, á los mudos que hablaban, á los ciegos que veian, y á los muertos que habian resucitado. De manera, que si se hubiera de hacer informacion de insigne bienhechor de toda la República, se pudiera presentar por testigo un ciego desde su nacimiento, que con un poco de lodo puesto sobre los ojos habia cobrado vista: un Paralítico treinta y ocho años, que con sola una palabra se puso en pie, y llevó sobre sus hombros la cama, que tantos años le habia llevado á él: una hija del Archisinagogo, resucitada delante de tres de sus Apóstoles y de su padre y su madre. Y si estos testigos son pocos y apasionados, por ser sus Discípulos, toda la Ciudad de Nayn fué testigo de la resurreccion del hijo de la viuda; gran parte de la Ciudad de Jerusalen, de la resurreccion de Lázaro; y finalmente, para probar beneficios, se podian presentar millares de testigos contestes, á los quales despues de haber sanado en su presencia muchos enfermos, sustentó milagrosamente en el desierto. Y por el contrario, para probar un maleficio, despues de haber la noche ántes solicitado y sobornado tantos testigos, aunque fuese mintiendo, no pudiéron hallar cosa que fuese de

(2) Joann. 18. n. 30.

de importancia contra el Salvador. Y siendo todo esto así, y estando todo el Pueblo tan obligado con estos beneficios; estos hombres, que de valde aborrecian al Señor, y le volvian mal por bien, tomaban por punto de honra que el Juez reparase en condenarle, diciendo ellos que merecia la muerte, y estrivaban tanto en sola su autoridad, que pretendian que fuese puesto en una Cruz, á título de malhechor, no mas que porque lo decian ellos.

Bien echó de ver Pilatos por esta respuesta la soberbia y arrogancia de esta gente, y entendió, como hombre sagaz y prudente, que en este negocio habia odio y pasion, y que debia tener mas hondas raices de lo que se descubria en lo de fuera; pues á un hombre tal, y tenido por Profeta santo, tan de repente y tan de mañana, y con tanta priesa, y sin declarar causas ni delitos le pedian para la muerte de Cruz; y así con mucha sagacidad y buena disimulacion les respondió (1): Si como decis, este hombre es tan gran malhechor, tomadle allá vosotros, y juzgadle y condenadle conforme á vuestra ley. Tanto fué como si les dixera: De creer es por cierto, que hombres como vosotros no pediréis la muerte á nadie, sin saber que lo merece; pero yo no puedo dar sentencia por la noticia que vosotros teneis: que conforme á leyes de Romanos, el Juez debe recibir por escrito la acusacion, y tener probanza de ella: si vuestra ley da lugar á que se condene un hombre con tanta priesa y violencia, y sin oirle y saber por qué, tomarle allá vosotros, y condenarle conforme á vuestra ley, que yo, por lo que á mí toca, no os lo estorbo.

A esta respuesta del Presidente replicáron ellos, diciendo (2): A nosotros no nos es lícito condenar á nadie á muerte; lo qual dixéron por una de tres causas: ó porque los Romanos, que los enseñoreaban, les tenian quitada esta facultad, porque no usasen mal de ella, aunque se la daba su ley en algunos casos; ó porque por razon del tiempo de la Pascua no podian dar esta sentencia, como tambien se escusáron por la misma razon de no entrar en el Pretorio; ó porque ellos no podian sentenciar á muerte de Cruz, por no ser pena de su ley, sino introducida de los Romanos en Judea. Y porque ellos pretendian dar al

(1) Joann. 18. n. 31.

(2) Joann. 18. n. 31.

al Señor este género de muerte, como mas infame y afrentosa, por eso no quisiéron usar de la licencia que les daba el Presidente, que fué tanto como decir: Los delitos de este hombre son tan atroces, que no basta para su castigo qualquiera muerte, merece la gravísima, qual es la de la Cruz; y si otra hubiere de mayor tormento y afrenta, esa se le habia de dar; y porque á nosotros no nos es lícito castigar con esta pena, por eso venimos á tí para que le sentencies á crucificar, y lo executes. Y á todas estas razones favorece lo que añadió el Evangelista San Juan (1), que con esta respuesta que diéron los Judíos se cumplió lo que el mismo Señor habia dicho, tratando de la muerte que habia de morir; y lo que el Señor habia dicho de su muerte, era: Quanto al género de muerte que habia de ser en Cruz: quanto al tiempo que habia de ser en la Pascua: y quanto á los executores, que habia de ser por mano de los Gentiles.

(1) Joann. 18. n. 32.

Viendo, pues, los Sacerdotes la disposicion del Juez, y que no queria proceder en la causa sin acusacion, se la pusiéron, diciendo (2): *Hunc invenimus subvertentem gentem nostram, & prohibentem tributa dari Cæsari, & dicentem.* Tres capítulos le oponen en esta acusacion. El primero que inquietaba y alborotaba el Pueblo, y afirman, que ellos mismos se han hallado en estas sediciones y engaños. Lo segundo, que vedaba pagar los tributos al César, como si él enseñara que el Pueblo escogido de Dios no habia de pagar tributo á un Emperador Idólatra y Gentil. Lo tercero que se predicaba y trataba como ungido por Rey. Y quánta calumnia fuese todo esto, lo sabian ellos claramente, porque ¿cómo podia mover sediciones el que nunca fué hallado en juntas ni conventículos secretos? Sus sermones eran de ordinario en el Templo y en las Sinagogas públicas, donde se juntaban todos, y allí les exhortaba á estar sujetos y obedecer á los mismos Escribas y Fariseos, por que tenian el lugar y Cátedra de Moyses; y quando le fuéron á buscar de noche en el Huerto, le halláron con sus Discípulos haciendo oracion. Y en lo que toca á los tributos, quán falso era lo que le imponian, se vió bien una vez que le preguntáron con engaño, y por cogerle en palabras (3): si era lícito pagar tributo al Cesar, y él respondió: Dad al César lo que es del César,

(2) Luc. 23. n. 2.

(3) Marc. 22. n. 17.

sar y á Dios lo que es de Dios. Y los mismos Arrendadores y Alcabaleros podian ser testigos, no solamente, que enseñaba que se habian de pagar los tributos, (1) sino que solia pagarlos él. Pues quán léjos estuviese de alborotar la gente por hacerse Rey y de pretenderlo ser en este mundo (como ellos lo entendian) bien se vió una vez, (2) que el Pueblo quiso hacerle Rey que huyó, y se escondió de su presencia. Y siendo esto así, los malos Sacerdotes, disimulando por entónces la causa, por que le habian condenado en su Concilio, de hacerse Hijo de Dios, (porque esta habia de hacer poca fuerza á un hombre Gentil) contra verdad y contra conciencia le acusáron de otro crimen falso, que habia de ser mas odioso al Presidente, por ser contra el César y contra sus rentas y tributos.

Oida Pilatos esta acusacion, desechando los demas capítulos, hizo fuerza solamente en el de el Reyno, en el qual se contenia tambien lo que decian de los tributos; porque si era, ó se hacia Rey, cierto estaba, que habia de estorvar, que no se pagasen los tributos al César. Y por ser esta causa odiosa y ocasionada á motines, y tumultos populares, se entró otra vez en el Pretorio, ó Audiencia, para exâminar sobre ella al Salvador á solas dexando fuera á los Judíos, que no querian entrar (como está dicho) por causa de su Pascua y ceremonias; y llamando delante de sí (3) al Señor, le preguntó primeramente: ¿Eres tú Rey de los Judíos? Y sobre este artículo convienen todos quatro Evangelistas, (4) que le tomó en primer lugar su dicho, y su confesion: porque aunque era Gentil, mas como vivia entre los Judíos habia oido decir del Rey Mesías, que esperaban y la fama de las obras del Señor era muy grande: y por otra parte le acusaban, que se llamaba el Rey Ungido y por eso le preguntó, ¿si eres tú el Rey de los Judíos? Siempre entendiendo, que el Reyno de que se hablaba era temporal y mundano.

El Salvador, que habia estado ausente á lo que Pilatos habia tratado con sus acusadores, disimulando, que no lo sabia, le respondió: Esto que (5) me preguntas del Reyno, diceslo de tuyo? Porque tú dudas en ello, ó es parte de la acusacion, que se ha puesto contra mí: que fué darle á entender, que sabia bien de donde venia esta piedra, aunque los que la

(1) Marc. 17.n.6.

(2) Joann. 7.n.5.

(3) Joann. 18. n. 33.

(4) Marc. 27. n. 15. Marc. 15. n. 2. Luc. 23.n.3.

(5) Joann. 18. n. 34.

tiraban escondian la mano; como si dixera: claro está, que tú, ni piensas, ni crees, que yo soy Rey ni trato de serlo; pero hacesme esta pregunta, porque te han informado en este punto contra mí y te han puesto en que me la hagas.

Viéndose Pilatos notado, á su parecer, con estas palabras, de que se habia dexado impresionar de los Judíos para preguntarle lo que él ni imaginaba, ni creia, respondió con algun sentimiento, y libertad: ¿Soy yo por ventura (1) Judío, para saber esas cosas, que vosotros decis del Reyno del Mesías ni ménos para curarme de ellas? Si yo te pregunto, no es por lo que á mi me vá, ni viene, sino pregunto como Juez de las cosas que se han propuesto contra tí. Tus mismos naturales y no qualesquiera, sino los Pontífices, y Sacerdotes de tu Ley, te han traido á mis manos, qué es lo que has hecho? Que fué como decirle: ¿O tú te haces Rey sin serlo, ó si lo eres, qué has hecho, que no quieren reconocerte, ni admitirte?

(1) Joann. 18. n. 35.

(2) Joann. 18. n. 36.

A esta palabra de el Juez: *Quid fecisti*? ¿quanto pudiera el Salvador responder en su defensa; pues eran tales, y tantas las obras, que habia hecho? Mas porque Pilatos habia hecho dos preguntas. La primera de su Reyno, si era Rey? La segunda, ¿qué habia hecho? Esto es, de sus delitos, por los quales le entregaban los Judíos, respondió á ellas por su órden, y dixo á la primera: (2) Mi Reyno no es de este mundo; y llama su Reyno, no solo el Celestial de los Bienaventurados, sino la Congregacion de los Fieles, que está en este mundo, y es la Iglesia Católica. Y por eso no dixo: mi Reyno no está en este mundo, que en este mundo está; sino dixo: mi Reyno no es de este mundo, no es terreno, ni temporal, porque trae su orígen del Cielo, de donde baxé á juntarle con mi predicacion, por medio de la fe, á rescatarle del poder de sus enemigos con mi muerte, á santificarle con los Sacramentos, á lavarle con mi sangre, á hermosearle con mi gracia y darle vida con mi espíritu: no es de este mundo mi Reyno, porque no consiste en bienes de este mundo, sino por el desprecio de ellos se enderezaba á la vida, y salud eterna.

Esto dixo el Salvador á Pilatos para desengañarle, y mas á los Judíos, que le habian questo, en que merecia la muerte, porque se queria levantar con el

el Reyno contra el César; y por eso dixo: Mi Reyno no es de este mundo: Yo no trato de quitaros el Reyno temporal, sino daros el eterno. Esto es lo que á tí te podia poner en cuidado y lo que te importa averiguar, por la fidelidad, que debes al César; y de esto yo te aseguro, que ningun Rey temporal tiene de que temer, ó rezelarse de mi Reyno; porque si mi Reyno fuera de este mundo, Yo tuviera Criados, y Ministros, y gente de guarda, (1) (como tienen los otros Reyes) los quales pelearan por mí para que no viniera á manos de los Judíos; pero estoy tan léjos de esto, que á uno de mis Discípulos, que quiso en el Huerto defenderme con armas, se lo estorvé, y reprehendí por ello: porque en conclusion, mi Reyno no es de acá baxo, ni de este mundo. De esta manera templó el Señor su respuesta con el Presidente Gentil, que en pocas palabras repitió tres veces, que tenia Reyno, por no negar, ni disimular el que su Padre Eterno le habia dado: y otras tantas dixo, que su Reyno no era de este mundo, por quitarle el vano temor de querer rebelarse contra el César, y embarazarle sus tributos. Luego de esa manera, (dixo (2) Pilatos) sea, ó no sea tu Reyno de este mundo; mas al fin, Rey eres tú? Concedió el Señor modestamente, quando dixo: Tú así lo dices que yo soy Rey.

Y continuando la platica, respondió á la segunda pregunta, que le hizo: (3) *Quid fecisti*? Y dixo así: Yo para esto nací, y á esto vine al mundo, para ser testigo de la verdad; esto es, para decir siempre, y predicar la verdad; como si dixera: No dudes de la verdad de lo que te he dicho de mi Reyno, porque Yo no sé decir sino verdad, y para esto nací, y á esto vine al mundo, y no he hecho otra cosa despues que estoy en él. Todos los amadores de la verdad, y los que son de parte de la verdad, y tienen gusto de ella, oyen de buena gana mi palabra, y reciben mi doctrina. Y con esta respuesta juntamente le declaró con muy buen término, y modestia la causa por que los Judios y Sacerdotes le aborrecian, que no era otra sino haberles dicho la verdad, y estar ellos tan léjos de ella. Y preguntóle Pilatos: ¿Qué es verdad? Y sin aguardar respuesta se levantó para salir á darla á los Judios, y Sacerdotes, que estaban aguardando allá fuera.

Y parece que de esta plati-

(1) Joann. 18. n. 36.
(2) Joann. 18. n. 37.
(3) Joann. 18. n. 37.

ca quedó Pilatos satisfecho, y persuadido, que el Salvador no tenia culpa en lo que le acusaban, ni causa para condenarle á muerte, como lo pedian: porque él mismo confesaba, que no tenia Reyno de este mundo, ni le pretendia: y hacia evidente esta su confesion con el poco fausto, y aparato de Rey que tenia. Esotras Teologías del Reyno Espiritual no se quiso meter en ellas; ménos alargar pláticas sobre lo que tacitamente oponia á los Pontífices, que aborrecian la verdad, y á él porque la predicaba; y así, habiendo dicho, que él habia nacido para decir verdad y que los que amaban la verdad, le oian de buena gana, con el desden y autoridad de Señor, le preguntó: Y qué es verdad? Y levantóse sin darle lugar á responder, mostrándole en aquello mucha superioridad, y que no le preguntaba para oirle, sino para atajarle, haciendo menos caso de él. Porque es cosa ordinaria entre Señores, no querer oir la verdad, ni saber lo que es: ó por ventura Pilatos, advirtiendo, que le esperaban allá fuera los Pontífices y Letrados, y lo mas principal de los Judíos, no le pareció justo detenerlos; y así estando satisfecho del punto principal, cortó la otra plática, y salió á darles respuesta, y les dixo: Yo (1) he exâminado á este hombre en lo que le acusais, y despues de muy mirado, no hallo en él causa ninguna para condenarle á muerte. Y esta fué la primera Audiencia, que tuvo Pilatos con el Salvador, y la primera vez, que dió testimonio de su inocencia, y de la injusticia y pasion de sus acusadores.

Viendo, pues, los Pontífices el mal despacho, que llevaban de su peticion, y sabiendo por ventura, ó conjeturando lo que el Salvador habia respondido del Reyno Espiritual y que no era Reyno de este mundo, debióles de parecer, que con aquellas palabras fingidas, y razones sutíles habia trastornado al Juez, y divertido mañosamente la pregunta del Reyno á sentidos espirituales; y (2) daban voces como furiosos, diciendo: Bueno es eso de no querer Reyno de este mundo, y trae alborotado todo el Pueblo, predicando, y enseñando por toda Judéa: porque él empezó desde Galiléa, (adonde llamó á los Apóstoles, y empezó á juntar Escuela) y el ruido y alboroto y movimiento del Pueblo ha llegado hasta esta Ciudad. Y esto por ventura

(1) Joann. 18. n. 38. Luc. 18. n. 4.

(2) Luc. 25. n. 5.

ra dixéron, porque pocos dias ántes, en la entrada de los Ramos, (1) se habia removido toda la ciudad, preguntando los unos á los otros: ¿Quién es este?

Pues como Pilatos vió negocio tan enmarañado, deseaba quanto le fuese posible exîmirse de él; y oyendo nombrar á Galiléa, preguntó con esta ocasion, si era Galiléo aquel hombre; (2) y entendiendo, que pertenecia á la jurisdiccion de Herodes, determinó remitírsele á él: porque, ó por razon de la Pascua, ó por algun otro negocio, estaba en Jerusalen aquellos dias.

CAPITULO XVIII.

Burla Herodes del Salvador como de loco.

ERA este Herodes llamado Antipa, (3) Tetrarca de la provincia de Galiléa, hermano de Filipo, Tetrarca de Yturéa, y de Archelao, que fué Tetrarca de Judéa A este Archelao, por informaciones siniestras le desterró el Emperador á Viena de Francia, y se empezó á gobernar Judéa por Presidentes, de los quales fué el sexto Poncio Pilato, que gobernaba en esta sazon. Todos aquellos tres hermanos eran hijos de Herodes, Rey de Judéa, llamado Ascalonita, el que mató los Inocentes, deseando matar entre ellos al Salvador. Hijo, pues de éste era Herodes Tetrarca el que se halló en este tiempo en Jerusalen: el qual era tan deshonesto, que habia tomado la muger á su hermano Filipo, y públicamente estaba amancebado con ella; y porque San Juan Bautista le reprehendia de este escándalo, le mandó degollar por instigacion de la misma muger; y era tan ambicioso, que por alcanzar el Reyno de Judéa, que habian quitado á su hermano Archelao, ninguna cosa dexaba de hacer para dar gusto, y ganar la voluntad de los Judíos. Por esta causa venia á Jerusalen á celebrar la Pascua, y por la misma mandó degollar en otra (4) al Apóstol Santiago, y prendió á San Pedro, con determinacion de entregarle despues de ella á la voluntad del Pueblo. Este Rey tenia enemistades con Pilatos; (5) ó por vengar cierta muerte de unos Galiléos, que Pilatos habia executado con mucha crueldad; ó por hacer lisonja á los Judíos, á los quales hacia Pilatos muchas vexaciones; ó finalmente, como Pilatos tenia la gobernacion

(1) Matth. 21. n. 10.

(2) Luc. 23.n.6.

(3) Luc. 3. n. 2.

(4) Act. 12. n. 2.

(5) Luc. 13. n.

de Judéa, que Herodes tanto deseaba y pretendia, con poca causa tendrian siempre de que asir, para armar pesadumbres y enemistades. Tales monstruos como estos eran los que entónces, gobernaban y en manos de tales Jueces andaba la causa del Salvador.

Porque viendo Pilatos su inocencia, y la rabia y furor de los Judíos, olvidado de las enemistades de Herodes, tomó ocasion de hacerle esta lisonja, enviándole un preso tan insigne, como excelente don, y presente real; juzgando por ventura, que por ser de profesion Judío, entendería mejor lo que le oponian de hacerse Rey Mesías y por ser su legítimo Señor, le defendería mejor del furor de sus acusadores. Y de qualquier manera, que esto fué por eximirse y desembarazarse de negocio tan obscuro, y enmarañado, hizo como flaco Juez, porque conociendo la verdad, no tuvo ánimo de defenderla, y parecióle que cumplia con enviar la causa á un hombre deshonesto, y ambicioso, que por dár gusto á una adultera, quitó la vida al Bautista, y por darle á los Judíos, se la pudiera quitar al Salvador. Y así es de creer que los Pontífices, ya que no consiguieron su intento con Pilatos, que no les pesó de ir á Herodes, porque conocian de él que deseaba darles gusto, y que por ser hombre vicioso y enemigo de la verdad, presto le imprimirían el odio contra el Autor y Predicador de ella, principalmente trayéndole á la memoria, que este hombre era el que su Padre anduvo á buscar con la matanza de tantos Inocentes, téniendole por sospechoso, quando apénas era nacido; y qué debia él hacer habiéndole á las manos, despues que traia alborotado el Pueblo, y estaban descubiertos sus intentos? De esta manera ordenó Dios con su secreta providencia que todos los Tribunales y Jueces, que habia en Jerusalén, conociesen de la causa, y en todos fuese conocida la inocencia del Señor, y nos diese nuevos exemplos de su entereza, mansedumbre y humíldad. Salió, pues, la voz del Pretorio de Pilatos, que llevaban á Jesus al Rey Herodes; y al ruido de esto, y bullicio de la gente y Ministros que salian, se convocó otra vez el Pueblo á ver al Salvador, que le llevaban atado á la verguenza, con la misma deshonra é ignominia, Fué delante el recaudo de Pilatos para Herodes con mucho

cho cumplimiento. Previniéron los Pontífices á dár sus quexas é informaciones, y llegó despues el Salvador en poder de los ministros de Justicia, atado y preso. Holgóse (1) Herodes de verle en gran manera, porque habia mucho tiempo que deseaba conocerle de vista por lo que habia oido decir de él, y tenia deseo de ver en su presencia algun milagro. *Interrogabat eum multis sermonibus*: (2) empezó á querer trabar platicas con él en muchas y varias materias. Diríale quánto contento tenia de que en su tierra, y provincia de Galiléa se hubiese criado un hombre tan insigne: quánto deseo habia tenido de conocerle quán grande era la fama de su Doctrina y de sus milagros: quánta alegria tenia de vérle y en ocasion tal, que podia ayudarle á salir de aquel aprieto: prometiale favor, si le daba gusto en lo que pidiese: preguntábale, si era él á quien quando nació viniéron á adorar los Reyes de Oriente, por cuya venida se alborotó tanto su padre, y toda la Ciudad; ó si (como (3) otros decian) era Juan Bautista, el que él habia degollado; y si era asi, ¿que habia resucitado para hacer tantos milagros? Y de sus milagros le preguntaba, si era verdad lo que se contaba de él? Porque si lo era, parecia cosa mas que humana. Rogábale que hiciese allí delante de él algun milagro de estos y que no le vendiese á él tan caro lo que de valde daba á todos, siendo principalmente su Rey y su Juez, y estando en sus manos la causa de su vida.

At ipse nihil illi respondebat. (4) Tuvo el Señor firme determinacion, no solo de no hacer ningun milagro; pero ni aun de responderle una sola palabra. A Pilatos le respondió, y le dió razon de lo que le preguntaba de su Reyno, muy de espacio, y en particular: porque aunque era Gentíl, preguntaba con deseo de saber la verdad y de defenderla, como lo procuró hacer, aunque se dexó despues vencer con flaqueza; pero á Herodes no le quiso responder, porque era vicioso, y deshonesto y por serlo aborrecia la verdad en tanto grado, que á Juan Bautista, (el qual era la voz de Jesu-Christo) porque se la decia, le mandó cortar la cabeza. Pues cómo no habia de estar mudo el Señor delante de aquel, que tan ciega y apasionadamente habia quitado la vida á su Voz?

Era tambien Herodes curioso y ambicioso, y no pre-

(1) Luc. 23. n. 8.
(2) Luc. 13. n. 9.
(3) Matth. 14. n. 2. Marc. 6. n. 6. Luc. 9. n. 7.
(4) Luc. 23. n. 9.

tendia otro provecho de los milagros del Salvador, sino ver alguna novedad, que le admirase, y algun juego de manos, que le entretuviese, y que lo hiciese allí delante de él, por solo su respeto y que alegrase aquellos cortesanos, mostrándoles lo mas secreto y admirable de las obras que hacia y platicándoles lo mas curioso de la doctrina que enseñaba, dando en esto gusto á él y haciéndole lisonja, como Vasallo á su Señor. Y de ninguna
(1) Luc. 23. n. 10. manera se inclinó el Señor de la Magestad á hacerse jugar del Rey Herodes y dar á los soberbios y curiosos lo que tan liberalmente comunicaba á los humildes y sencillos. Tampoco quiso que se entendiese, que se acomodaba al gusto del Rey, porque pretendia su favor para escaparse de la muerte, á la qual él se ofrecia de su misma voluntad, ni que se inclinaba á ruegos ó suplicaciones, ni á tomar medios humanos para su libertad.

De esta manera, con su silencio nos dió exemplo de humildad, despreciando las honras, y favores de los Príncipes y no curando de las burlas y escarnios de sus Cortesanos; y juntamente nos dió exemplo de constancia y entereza, no consintiendo, que la palabra de hacer milagros sirviese en alguna manera á la ambicion y curiosidad del Rey Herodes, enseñándonos en esto á tener el favor de los Señores, los quales hablan muchas veces de cosas de Dios, y quieren que les hablen de ellas no por aprovecharse, sino por curiosidad de saberlo todo y por vanidad de mostrar, que saben de todo; y por razon de estado, de querer servirse de todos.

Stabant autem Principes Sacerdotum, & (1) Scribæ constantér accusantes eum. Los Príncipes de los Sacerdotes, y Escribas, que se hallaban á todo esto presentes, estaban con grande atencion, temiendo el suceso, que de allí podia resultar. Y al principio, viendo á Herodes tan deseoso de milagros, y creyendo que el Salvador haria alguno, que del todo le ganase la gracia, le acusaban fuertemente, y sin perder punto, y seria de aquello, que le podia hacer mas odioso y sospechoso con el Rey. Porque así como le acusáron delante del Sumo Sacerdote, que se jactaba, que habia de destruir el Templo, y que se hacia Hijo de Dios; y delante de Pilatos, que se hacia Rey y estorvaba los tributos del César: así sobre

to-

todo esto le acumularian delante de Herodes, que él y Juan Bautista habian sido en un consejo para infamarle sobre el adulterio de Herodías: que teniendo él á Juan en la cárcel, (1) este hombre le habia alabado, y vuelto por él en público Sermon, que habia sido tanto, como condenarle á él por tyrano, pues tenia preso un Profeta tan grande; y que demas de esto le habia afrentado delante del pueblo, (2) llamándole raposo; y que no podia tener seguro su estado con él, siendo ya grande; pues su padre no lo estuvo quando era niño, y otras cosas semejantes. Mas como echaban de ver, que con el largo silencio de el Señor, Herodes le iba teniendo por tonto y mentecato, temiendo que por esta causa no le diese libertad, le acusaban con mas fuerza y con mayor instancia y decian, que era fingido y disimulado y que entónces se hacia mudo; pero bien sabia hablar y que hablaba quando estaba delante del pueblo, y le traia todo inquieto y perturbado: *Stabant ergo Principes Sacerdotum, & Scribæ constanter accusantes eum.*

Sprevit autem illum Herodes cum exercitu suo. (3) Parecióle á Herodes, que le habia tenido en poco el Señor y no halló mejor camino para salir de esta afrenta, que tenerle en poco á él: y (lo que hace la diferente disposicion del animo de cada uno) el silencio del Salvador puso en admiracion á Pilatos y el mismo silencio le dió ocasion á Herodes para despreciarle: porque aquel miraba las cosas como Juez prudente, y bien advertido y estotro como cortesano vano y ambicioso, y que se pagaba de cumplimientos y apariencias. Y como vió que al Salvador no le habia podido sacar una palabra de agradecimiento, ni á las muchas ofertas que le habia hecho; ni de ruego, estando en el peligro que estaba de muerte y de muerte tan infame y atroz; ni de disculpa ó descargo de tantos delitos como le imponian: parecióle, (como era verdad) que esta Filosofía no se podia alcanzar con sabiduría humana, y túvola por locura; y así lo despreció como á flaco, é impotente, que no podia hacer ningun milagro, y como á ignorante, que no sabia hablar una palabra: y como á tonto, que no sabia volver por sí, ni valerse de la buena ocasion, que tenia para negociar su libertad. Esta es la sabiduría del mundo, que

(1) Matth. 11. n. 7.

(2) Luc. 13. n. 32.

(3) Luc. 23. n. 11.

que tiene por locura la sabiduría de Dios.

Empezáron, pues, los Cortesanos y Soldados de guarda del Rey á hacer burla y mofa del Salvador con dichos, con donayres, con apodos y con risadas; y puede ser tambien que con golpes, como se suele hacer con un tonto en Palacio. Y mandóle vestir Herodes con una vestidura blanca, como á inocente y mentecato, y no quiso conocer de su negocio, sino volverle á Pilatos, con libre facultad de hacer de él lo que quisiese. Y con este cumplimiento y cortesía se hiciéron en este mismo dia amigos (1) Herodes y Pilatos; y habiéndose querido salir los dos afuera; y exîmirse de esta causa, se viniéron á concertar los dos (2) en la muerte del Señor, afligiéndole cada uno por su parte, y dexándole á la voluntad del otro, quando por razon de su oficio debia qualquiera de ellos absolverle.

(1) Luc. 23. n. 12.
(1) Act. 4. n. 27.

CAPITULO XIX.

Examina otra vez Pilatos al Salvador y da otra vez testimonio de su inocencia.

VOlviéron al Señor otra vez por las calles publicas desde el Palacio de Herodes hasta el Pretorio de Pilatos, con el mismo acompañamiento de Ministros y ruido de armas, con mas furor, y ménos cortesía de los que le llevaban, echándole toda la culpa de tantas idas, y venidas, con mayor alboroto del Pueblo que concurria, y con nueva materia de conversacion, sobre la fiesta que habian tenido con él los Soldados de Herodes, y con mayor curiosidad de mirarle, por haber salido de palacio mejorado con aquella vestidura blanca, para que todos le burlasen como á loco. Oficio, que hace el mundo muy á menudo, vistiendo cada cosa de la ropa que le parece para que todos la tengan por tal: porque los vicios los cubre con capa de virtud, llamando á la parlería discrecion, á la libertad cortesanía, á la astucia sabiduría, y á la venganza fortaleza y valor: y por el contrario, á las virtudes las cubre con ropas muy diferentes, calificando el recato por rusticidad, la modestia por cortedad, la devocion por hypocresía, y la simplicidad y verdad por tonteria y locura. Y para poder hacer esto, tiene siempre á la mano todo género de vestidos; esto es de razones, y de discursos, con que dár á cada co-

cosa el color que le parece, como tuvo á la mano Herodes el vestido blanco, con que hacer burla del Salvador.

Sabia la Virgen por momentos lo que pasaba; y aunque de léjos, estaba siempre á la mira de estas procesiones: y si vió á su Hijo en esta jornada, ¿quién dirá el sentimiento que obró en su corazon el vér á la Sabiduría de Dios con aquella nueva libréa y vestidura?

Llegados, pues, al Pretorio, y entendida Pilatos la resolucion de Herodes, y que no hallaba causa de muerte en el Señor, para satisfacer á los Judíos y que no pensasen, que la primera vez que le habia exâminado á solas y dentro del Prerorio, habia llevado la mano blanda y no habia hecho su oficio con la entereza y rigor que convenia, para quitar toda sospecha llamó delante de sí (1) los Príncipes de los Sacerdotes y los Magistrados y los demas del Pueblo, y volvió á exâminar segunda vez al Salvador delante de ellos sobre las cosas de que le habian acusado; y no resultando cosa de importancia contra él, les dixo á todos: (2) Aquí me habeis traido este Hombre como á blasfemo y reboltoso, y que turbaba é inquietaba el pueblo, y le apartaba del culto de Dios y observancia de su ley, y de la obediencia y servicio del Cesar; y veis aquí, que yo lo he exâminado, no en secreto, como la primera vez, porque no sospecheis algun engaño, sino en público y delante de vosotros, y yo no hallo en él causa ninguna de muerte, ni delito ninguno de aquellos en que le acusais; ni tampoco le halló Herodes, que como habeis visto, remití á él; y habiendoos oido á vuestro gusto ninguna cosa habeis probado, que merezca muerte, sino que se ha contentado con ponerle este vestido blanco, haciendo burla de él y de vosotros, que con tanta fuerza acusais á un hombre simple y inocente: y es cierto que si este hombre hubiera quebrantado buestra ley, Herodes, que la entiende y la profesa, le hubiera convencido; pero ni ha hecho delito contra vuestra ley, pues no le halló Herodes, ni contra la de los Romanos, pues no le hallo yo: (3) y si acaso ha dado ocasion á vuestro enojo con algun exceso ó descuido, ó imprudencia, yo le castigaré con castigo mas ligero, y le pondré en su libertad.

(1) Luc. 23. n. 13.
(2) Luc. 23 n. 14.
(3) Luc. 23. n. 16.

Et accusabant eum summi Sacerdotes in multis. Los Príncipes de los Sacerdotes, que veían in-

inclinado al Juez á dexar al Señor con la vida, se congojaban demasiadamente, por el ódio que le habian concebido, y por el temor que tenian de verlo otra vez sobre si: porque como tenian experimentada la fuerza de su palabra para enseñar, y para reprehender, y la virtud de sus milagros, con que se llevaba la gente tras sí, qué podian esperar que habia de resultar de aquí, sino perder ellos su honra y sus intereses. Por eso trabajaban con todas sus fuerzas por desengañar, ó mas por engañar al presidente, acusándole en muchas cosas, para mostrar el fingimiento y disimulacion del hombre; y que en la verdad alborotaba el Pueblo y era blasfemo contra Dios y traydor al César.

(1) Matth. 27. n. 12.
(2) Joann. 18. n. 21.
(3) Luc. 22. n. 67.
(4) Ambr. lib. 10. in Luc. c. 15.
(5) Matth. 27. n. 13.

Et cùm accusaretur á (1) *Principibus Sacerdotum, & Senioribus, nihil respondit.* Callaba el Señor entre estas acusaciones con grande modestia y autoridad. Primero habia respondido al mismo Pilatos lo que bastaba, y aquello solamente, que importaba para la causa; conviene á saber, lo que pertenecia al artículo de su Reyno y esto porque lo preguntaba con deseo de saber la verdad; pero á las acusaciones de los Sacerdotes no quiso responder, porque todo era vocería y confusion, calumniándole de lo que habia discurrido por la tierra, de lo que habia predicado, de los milagros que habia hecho; de los Discípulos, que habia juntado, y de otras cosas semejantes, todas las quales habian sido, y eran públicas y notorias; y como él habia dicho la noche ántes á Cayfas, (2) no habia para qué preguntárselas á él; demas, que no las preguntaban con deseo de saber la verdad; que aunque el Señor se la respondiera, (3) no le creyeran.

Tampoco le parecia que su negocio tenia necesidad de defensa y así estas acusaciones no quiso refutarlas hablando, sino menospreciarlas callando. Por lo qual dixo San Ambrosio: (4) *Accusatur Dominus, & tacet: & benè tacet, quia defensione non indiget: ambiant defendi, qui timent vinci: non ergo accusationem tacendo confirmat: sed despicit non refelendo.* Es el Señor acusado, (dice este Santo) y calla, y con razon calla, porque no ha menester defensa. Procuren ser defendidos los que temen ser vencidos: pues luego no concedió su acusacion callando, sino túvola en poco, nó refutándola.

Admirado Pilatos de tan profundo silencio y de tanta serenidad, le dixo: (5) No oyes quán-

quántos testimonios dicen contra tí? Porque verdaderamente estaba tan sin perturbacion, ni muestras ó señales de ella, como si del todo no oyera aquel Señor, de quien estaba escrito: (1) *Ego autem tanquam surdus non audiebam.* Yo, como si fuera sordo, no oia: y tan callado, como si del todo fuera mudo: *Et sicut mutus non aperiens os suum*; y como mudo, (dice) que no abre su boca. Y por eso, habiendo dicho el Juez: ¿No oyes? le dixo tambien: ¿No respondes (2) siquiera una palabra? Mira en quántas cosas te acusan; y el Señor no le respondió mas palabra: de manera, que el hombre Gentil se maravilló (3) vehementemente de tan alta Filosofia, y quedó como espantado, y atonito, sin saber la causa de donde procedia este tan nuevo, y no acostumbrado silencio: y debieran los Sacerdotes reverenciarle mas y admirarse de él, pues habian leido lo que estaba escrito en Isaías: (4) *Quasi agnus coram tondente se obmutescet, & non aperiet os suum.*

CAPITULO XX.

Es antepuesto Barrabas al Salvador.

DE todo esto que pasaba se persuadió Pilatos, y tuvo por cierto, que los Sumos Sacerdotes (5) habian entregado al Salvador por sola envidia, y malquerencia; y así ponia mas cuidado, y estudio en buscar alguna traza para librale: y ya que no le habia podido librar como á inocente, quiso probar á librarle siquiera como á culpado. Y fué así: (6) Tenian los Judíos introducido por costumbre, que cada año por la Pascua, en memoria de la libertad de egipto, y para mayor alegría, y solemnidad de aquella fiesta, les diese libre el Presidente un preso de la cárcel, á su voluntad, (7) qualquiera que ellos escogiesen y pidiesen. Pues como este beneficio se hacia en gracia del Pueblo, llegó la turba en esta sazon á casa de Pilatos y (8) empezó á rogarle, que les hiciese la gracia, que siempre solia los demas años. Con esta ocasion le pareció á Pilatos, que habia hallado traza para librar al Salvador, porque tenia entónces en la cárcel un preso insigne, (9) y famoso por sus delitos y maleficios, que se llamaba Barrabas, el qual era ladron, (10) y demas de esto hombre inquieto, alborotador y sedicioso; (11) y que en cierto ruido, que habia sucedido en la ciudad habia muerto á un hombre; y aunque en los

años

(1) Psal. 37.
(2) Marc. 15. n. 4.
(3) Marc. 27. n. 14.
(4) Isai. 53. n. 7.
(5) Marc. 27. n. 18. Marc. 15. n. 10.
(6) Matth. 27. n. 15.
(7) Marc. 15. n. 6.
(8) Marc. 15. n. 8.
(9) Matth. 27. n. 16.
(10) Joan. 18. n. 40.
(11) Marc, 15. n. 7. Luc. 23. n. 19.

años pasados escogian ellos libremente (1) el preso que querian, esta vez no fué así, sino que les obligó el Presidente á pedir uno de dos, ó á este Barrabas, ó á Christo, nuestro Señor, y asi les dixo: (2) A quién de estos quereis que os libre, á Barrabas ó á Jesus, que se llama Christo? Y púsoles en este aprieto porque estaba cierto, que era todo envidia lo que trataban contra el Salvador, y le parecia, que no podia ser tanta su pasion, ni estar ellos tan ciegos, que no viesen el castigo que merecia aquel ladron, y que no se atreverian á dar libertad en competencia del Señor. siquiera porque el Pueblo no descubriese su pasion con señal tan evidente.

(1) Marc. 15. n. 6.

(2) Matth. 27. n. 17.

Pero venció la maldad de los Sacerdotes á la opinion de un hombre profano, y gentil: porque oyendo lo que proponia el Juez, y sabiendo que la turba de la gente popular habia oido siempre con admiracion la Doctrina del Salvador; y reverenciado sus milagros, temiéron, que por su voto habia de quedar libre; y repartidos entre ellos unos á unos, y otros á otros, empezáron á sobornarlos y solicitarlos, (3) persuadiéndoles con razones aparentes que pidiesen libertad para Barrabas, y para el Salvador la muerte; porque verdad es, (dirian) que Barrabas es ladron, y homicida; pero diferente cosa es ser ladron, y mucho peor ser blasfemo: y si es malo matar á un hombre en una pendencia, ¿qué tiene que ver con haberse ofrecido á deshacer este Templo Santo de Dios, que es reverenciado en todo el mundo? Y mucho ménos es mover alguna riña, ó qüestion en la Ciudad, que traer inquieta, y alborotada toda la tierra: y si Barrabas no se enmendáre con este beneficio, que recibe de vosotros, siempre que quisieredes le podréis castigar á vuestro gusto: pero él quedará tan escarmentado de este aprieto, en que se ha visto, y tan obligado del beneficio que le haceis, que tendréis en él un perpetuo esclavo, sin contradicion, ni resistencia; mas este hombre está tan satisfecho de sí mismo, y es tan libre en decir su parecer, que ninguna cosa os agradecerá, si le libraredes, ni dexará de ser un punto el que ha sido, discurriendo por la tierra y removiendo los humores de la gente, con tanto peligro, que quando queremos remediarlo, no podrémos, si ahora que podemos, usamos con él de misericordia. ¿Y quién podrá entender

(3) Matth. 27. n. 20.

der el intento del Juez? que como ha sido acusado este hombre de quererse hacer Rey, y amotinar el Pueblo contra el Cesar, con maña y astucia, os le propone, si quereis librarle, para tomar de ahí argumento, que le teneis, y le quereis por Rey, y traer sobre nosotros todo el poder de los Romanos. Con estas, y semejantes razones metian fuego los Sacerdotes, (1) y incitaban al pueblo contra el Salvador.

Deteniéndose, pues, en dar la respuesta, les dixo el Presidente otra vez: Qué resolucion tomais? ó á quién de los dos quereis que ponga en libertad? Bien clara estaba la intencion de Pilatos, que era de hacer esta gracia al Salvador, en lo qual no procedia con maña ni con doblez, sino porque en la verdad así lo juzgaba: (2) que segun lo alegado, y probado, merecia quedar libre el Salvador, (3) y así lo procuraba y deseaba. Pero el darle la libertad en competencia de Barrabas, era una gracia tan corta, que quando quedara libre, y con la vida, no era como inocente, sino como culpado; y malechor: y por solo el privilegio de la Pascua, y por voto de la gente popular, contra el parecer de los Príncipes y Letrados, y en competencia de un hombre tan reboltoso y facinoroso como Barrabas, que solo esto habia sido gravísima injuria ponerle en competencia con él, aunque de ella saliera vencedor; pero aún esta honra, y beneficio tan pequeño no quiso hacerle el Pueblo, porque estando bien dispuesto, y sazonado con las persuasiones de los Sacerdotes, (4) daban voces todos á una, diciendo: Quítanos á éste de delante y danos libre á Barrabas. Tanto era el ódio que le habian concebido, que por odio y desprecio, no le llamaban por su nombre sino decian: (5) No á éste, sino á Barrabas.

(1) Marc. 15. n. 11. Matth. 27. n. 22.
(2) Act. 3. n. 13.
(3) Luc. 23. n. 20.
(4) Luc. 23. n. 18.
(5) Joann. 18. n. 40.

Este agravio recibió el Señor de su pueblo, que por ventura fué el mayor de los que recibió en todo el discurso de su Pasion; porque un ánimo generoso no siente tanto los dolores, quanto las afrentas: y entre las afrentas, ¿qué otra mayor se le pudo hacer que compararle con un hombre tal, y estimarle en ménos qué él? Por lo qual pasó el Señor para nuestro exemplo y consuelo, quando somos agraviados, y para enseñarnos á despreciar los juicios de los hombres, quando con buena conciencia y sencilla intencion deseamos, y procuramos

mos

mos agradar á solo Dios ; porque aquí vemos al Santo de los Santos , no solamente reputado como malo entre los malos: (como dixo (1) Isaías *Et cum sceleratis reputatus est* ; sino tenido por peor y mas indigno de la vida que todos ellos: (2) *Despectum , & novisimum virorum.* Esta fué la culpa gravísima , de que les hizo cargo San Pedro, quando dixo: vosotros sois (3) los que desconocísteis y negásteis al Santo Justo y pedísteis al Juez que os hiciese gracia de un hombre reboltoso y homicida , y al Autor de la Vida se la quitasteis. Y es cierto , que esta su peticion se les armó á los Judíos para su daño: porque los que escogiéron por el Salvador á un Ladron y por el Autor de la Vida á un homicida , justísimamente perdiéron la vida y la paz y prosperidad de su República , y se sujetáron á latrocinios y sediciones , en tanta manera , que vino á perecer miserablemente su Reyno y su Ciudad.

(1) Isaiæ 53. n. 12.
(2) Isaiæ 53. n. 3.
(3) Act. 3. n. 14.
(4) Luc. 23. n. 20.
(5) Matth. 27. n. 22.
(6) Marc. 13. n. 12.

Viendo , pues, Pilatos la obstinacion y dureza del Pueblo y la respuesta que habian dado por instigacion de los Sacerdotes , tan fuera de su pensamiento , (4) volvió á hablarles otra vez en favor del Salvador, deseando (si le fuese posible) darle por libre , con gusto y satisfaccion de todos y les dixo: (5) Pues qué quereis que haga de Jesus , que es llamado Christo y (6) Rey de los Judíos? Y esta pregunta les hizo por ponerles verguenza y confusion de lo que habian respondido, mostrándoles , que si les dieran á escoger libremente como otros años , no fuera tanto mal haber escogido y pedido un hombre reboltoso ; pero siendo la competencia entre dos , tanto era librar al uno , como condenar al otro. Y si vosotros (como si dixera) pedis á Barrabas , ¿qué quereis segun eso , que haga de Jesu Christo que se llama Rey de los Judíos? que solo por este título habiades de pretender , que se le diera algun despacho honroso.

(7) Matth. 26. n. 23.
(8) Marc. 15. n. 13.

Mas ellos que estaban muy adelante en este negocio y tenian muy tragado este inconveniente y no deseaban otra cosa sino la condenacion del Señor, no respondiéron como pudieran , pidiendo á su Barrabas y remitiendo la causa de Jesu-Christo á derecho , y voluntad del Juez ; sino que con atrevimiento y desverguenza , diciendo Pilatos : (7) Qué haré de Jesus? dixéron (8) todos , y á voces : Crucificale , sea puesto en un palo : crucificale , crucifi-

ficale. Y Pilatos viendo que se habian declarado tanto, y perdido todo buen respeto, dixo tercera vez con mas fuerza (1): ¿Qué delito ha hecho este inocente para crucificarle? Yo no descubro en él ninguna causa de muerte. Lo que haré será darle algun castigo mas fácil y ligero, y enviarle.

Quanto el Juez hablaba con mas resolucion en favor del Salvador, tanto ellos se embravecian mas, y daban voces como furiosos, y pedian con grande instancia, y hacian fuerza para que fuese crucificado (2): y las voces que daban prevalecian y sobrepujaban á la buena voluntad y autoridad del Presidente.

CAPITULO XXI.

Manda Pilatos azotar al Salvador.

NO era poco lo que ofrecia Pilatos al Pueblo Judayco; porque demas de los golpes, salivas y bofetadas que habia recibido el Señor en casa de Cayfas, y de la burla y escarnio que hizo de él Herodes y su Corte (3), él prometia de castigarle y corregirle con azotes, la qual pena no era solamente dolorosa, sino infame y propia de esclavos, y (4) que no se podia dar á un Ciudadano Romano: y para el intento que tenian los Judíos, y ódio que habian concebido al Señor, porque se subia á mayores, y se queria hacer su Rey, le parecia al Presidente que este castigo era muy bastante y que quedaria tan humillado y descompuesto con él, que no solo trataria de Reyno, sino que andaria corrido y avergonzado entre los hombres. Mas como vió que ni el Pueblo, ni los Pontífices que le instigaban, no admitiéron su traza, quando se la propuso de palabra, determinóse de ponerla por obra, presuponiendo y teniendo por cierto, que quando le viesen azotado mudarian de parecer.

Con este intento, y huyendo de las voces que el Pueblo daba, se retiró con el Salvador á su Pretorio, quexándose por ventura de la obstinacion y malicia de aquella gente, que le forzaba á hacer lo que no queria. Bien has visto (le diria al Salvador) el furor y alboroto de este Pueblo, y los medios que yo he puesto para librarte: claramente conozco que todo es ódio y envidia esta tempestad que se ha levantado contra tí; ¿pero quien podrá poner en razon y enfrenar un Pueblo furioso? Tiempo es de padecer al-

(1) Luc. 23. n. 22.
(2) Luc. 23. n. 23.
(3) Luc. 23. n. 22.
(4) Act. 22. n. 25.

algun daño por excusar otro mayor. Si yo hago fuerza por defenderte á ti, me pierdo á mí, y por ventura á toda la Provincia: y si tú quisieres excusar del todo la afrenta, habrás de perder tambien la vida. Un solo medio hay con que todo se asegura; y es, que en caso tan apretado, tú lleves en paciencia algun castigo, con que tus enemigos se sosieguen, y yo me vea libre de ellos, y tú quedes siquiera con la vida: y así conviene que tú te aparejes para que seas azotado. ¿Qué responderia á esto el Salvador? sino callando, y con la mansedumbre y mesura y disposicion de todo el Cuerpo, decir lo que en su nombre estaba escrito (1): *Quoniam ego in flagella paratus sum.*

(1) Psalm. 37. n. 18.

Este paso de los azotes á la coluna, es uno de los mas insignes y devotos de la Pasion del Señor, por haber concurrido en él en sumo grado tanta afrenta y tanto dolor y tanto derramamiento de Sangre, no de una, ni de otra herida, sino de muchas y repartidas por todo su Cuerpo; porque así quiso el Señor quedar llagado, desde la planta del pie hasta la cabeza, para curar las llagas de su Cuerpo místico, que como dixo Isaias (2), no se hallaba en él parte sana desde la planta de los pies hasta lo mas alto de la cabeza. Quiso tambien el Señor corregir y castigar en su carne la mala inclinacion y excesos de la nuestra, y condenar la demasía del regalo con que la tratamos, y hacer penitencia por los deleytes sensuales y deshonestos de los hombres, que siendo tantos y tan feos, bien se echa de ver quan rigurosa y cruel habia de ser la disciplina que descargase sobre las espaldas de este Señor. Y esta por ventura es la causa, porque siempre que el Salvador daba parte de su Pasion á sus Discípulos, hacia (3) particular mencion de sus azotes, y con particular ponderacion, como quien traia siempre delante de los ojos esta afrenta y este dolor.

(2) Isai. 1. n. 6.

(3) Matth. 20. n. 19. Marc. 10. n. 34. Luc. 18. n. 32.

Siendo, pues, entregado el Señor, por mandamiento del Presidente, en poder de los Lictores y verdugos que le habian de azotar, quitáronlo de la presencia del Juez; y allí en el mismo Pretorio (que era lugar público y patente, diputado para castigar y dar tormento á los malhechores) le mandáron que se desnudase, diciéndole muchas descortesías, y amenazándole con los azotes, que presto habian de descargar sobre él. El Señor era tan manso y humilde, que (como dice (4) San Pe-

(4) 1. Pet. 2. n. 21.

Pedro) por darnos el exemplo que habiamos de imitar, no maldecia á quien le injuriaba, ni amenazaba venganza quando padecia; ántes obedecia, y se sujetaba al que le juzgaba y condenaba injustamente: y así por mandado de aquellos Verdugos, se iria quitando los vestidos, disponiéndose para recibir aquella afrenta, y padecer aquel tormento: ó por ventura se dexó desnudar de ellos, porque el término y modo fuese mas aspero y descortes, y la injuria fuese mayor: ó comenzando él con humildad á desnudarse, ellos acabáron con descortesía, hasta dexarle del todo desnudo.

Quedó desnudo aquel Cuerpo virginal, y el Arca del Testamento descubierta á los ojos de los hombres profanos, y puesto á la verguenza aquel Mancebo honesto y vergonzoso y hermoso sobre todos los hijos de los hombres, padeciendo la confusion de la desnudez que habia merecido nuestra culpa, y mereciéndonos la vestidura de la gracia, y la estola de la inmortalidad que nos habia de dar en la Gloria. Descubrióse aquella carne pura, concebida sin pecado por obra del Espíritu Santo, la qual el Hijo de Dios habia unido consigo, para honrar con ella á toda la naturaleza humana, y para enseñarnos por ella á honrar á Dios, y para ofrecer en ella sacrificio agradable, y sin mancilla á su Eterno Padre: y finalmente, se dexó ver aquel amado y deseado Esposo de las almas castas y puras, cuya hermosura hace castos á los hombres, y cuya Magestad mueve á reverencia á los Angeles del Cielo; al qual puede decir toda la Iglesia con verdad, lo que por desprecio le dixo á David su Esposa Michól (1): Quán glorioso ha estado hoy el Rey de Israel, descubriéndose delante de sus Esclavas, y ha quedado desnudo, como si desnudaran á qualquiera hombre baxo y vil.

(1) 2. Reg. 6. n.20.

Pero aquellos Ministros del demonio, que por aquella hora se les habia dado licencia sobre el Salvador, desnudos ellos de toda humanidad y buen respeto, atáron al Señor así desnudo como estaba, á una coluna de piedra. Y es así, que las ataduras debiéron de ser muy fuertes y seguras, para el falso pensamiento y imaginacion de los Judíos, que como le habian visto hacer tantos milagros, temian de su poder no se les fuese, y para la crueldad con que pensaban azotarle los Verdugos, que

habia de ser tanta, que temian de él no se moviese. O hombres ciegos, ¿por qué atais al Omnipotente? que él se estará quedo. ¿Por qué atais las manos, en cuyo poder estan las vuestras? que no las moverá; porque él quiere, y es contento de sufriros. ¡O caridad, y quán poderosas son tus ataduras, pues el mismo Dios pudo ser atado con ellas! Y si faltaran las ataduras y prisiones del amor, qué otras bastaran para atar al Hijo de Dios á una coluna? Y si la noche ántes tenia frio San Pedro, estando vestido, ¿qué haria el Señor estando desnudo y atado á un marmol? y estando desvelado y gastadas las fuerzas con el mal tratamiento de la noche pasada.

Estando, pues, así atado, empezáron los Ministros á azotar aquel delicadísimo Cuerpo, (1) Isai.53. n. 56. ó con varas, cónforme á la costumbre de los Romanos, ó con riendas y azotes de cuero, conforme al uso de los Judíos, ó con lo uno, y con lo otro, sucediéndose unos verdugos, (2) Deuter. 25. n. 2. (que segun algunos dicen, eran seis) y descargando su frenesí y furia maldita en las sacratísimas carnes, é inefable paciencia del Hijo de Dios: Especctáculo el mas horrendo que el mundo vió, ni jamas verá. ¡Que esten los hombres azotando al Hijo de Dios á vista de su Eterno Padre, y de todos los Angeles del Cielo, sin que haya quien se lo estorbe! Venid todos los hombres, y hallaos presentes en el Pretorio de Pilatos, y veréis azotado á Dios por vuestras culpas. ¡Reconoce, ó hombre! quánto vales, pues fuiste comprado con este precio, y quánto debes al que tan liberalmente lo pagó por tí; y ten verguenza de hacerte otra vez esclavo del pecado, si sabes estimar el valor y dignidad de este rescate.

El número de los azotes que recibió este Señor, quién los contará, pues algunos dicen que pasáron de cinco mil; mas no pudiéron ser pocos los azotes que le diéron para castigo de tantos y tan feos delitos como los hombres cometen. Isaias dixo que habia puesto (2) Dios sobre él los pecados de todos, y que él habia sido llagado por nuestras maldades; y que la disciplina que merecian nuestras culpas, habia descargado sobre sus espaldas: y la ley mandaba (2) que á la medida del delito fuese la de los azotes. ¿Pues qué medida pudiéron tener sus azotes, pues tan sin medida fuéron nuestros delitos? Y por eso los Santos Profetas tanto ántes dixéron que habia quedado tal,

que

que no tenia parecer, ni hermosura, y que su Cuerpo estaba como de hombre leproso, y que desde la planta del pie hasta lo mas alto de la cabeza no habia quedado cosa sana en él.

Y si este sentimiento tuviéron los Profetas, que lo miraban tan de léjos, ¿quál seria el que tuvo su Santísima Madre, que estaba tan de cerca? porque muy presto la llegó la nueva de la resolucion que tenia Pilatos, y como mandaba que azotasen á su Hijo; con lo qual se renovarian las lágrimas suyas y de todas aquellas santas Mugeres que estaban en su compañía: porque si es tanto el sentimiento que tienen las madres quando sacan á afrentar á sus hijos ó maridos, ¿qué sentiria el corazon de la Vírgen quando supiese que trataban de poner á su Hijo en esta afrenta y dolor? Pudo ser que en este caso no se pudiese contener sin que llegase mas cerca del Pretorio, donde viese, ó por lo ménos oyese los golpes de los azotes, los quales la sonarian en los oidos, y la heririan fuertemente el corazon, y sacarian tantas lágrimas de sus ojos, como Sangre del Cuerpo de su Hijo.

En las Revelaciones de Santa Brígida (1) se escribe que la Bienaventurada Vírgen habló á esta Santa de esta manera: En el tiempo de la Pasion de mi Hijo, sus enemigos arrebatáron de él, hiriéndole en el cuello y las mexillas; y llevado á la Coluna, él mismo por su Persona se desnudó sus vestiduras, y aplicó sus manos á la Coluna, y sus enemigos se las atáron en ella. Al primer golpe, Yo, que estaba allí cerca, cai como muerta; y tornando á volver en mí, ví su Cuerpo azotado hasta las costillas, de manera que las mismas costillas se le veian; y lo que era mas triste y doloroso, quando retiraban los azotes, le sulcaban con ellos las carnes; y como mi Hijo estuviese así todo sangriento y todo despedazado, de manera que no se hallaba en él parte sana, ni parte en que le pudiesen azotar; entónces uno de los que allí estaban con enojo preguntó: ¿Por ventura habeis de matar á este Hombre ántes de sentenciarle? Y diciendo esto, cortó luego las ataduras, &c.

Esto es lo que se halla en aquel libro; y lo que no se puede dudar es, que sola la Vírgen; con altísima contemplacion, sabia reconocer y estimar el amor que el Eterno Padre tenia al mundo, que no perdonaba á su propio Hijo, sino que

(1) Lib. 1. Revel. c. 10.

le entregaba á los azotes, por su remedio y salud, y la obediencia y caridad con que el Hijo se ofrecia, y ella tambien le ofrecia, como cosa tan propia suya, con profunda reverencia y encendida caridad, por el remedio suyo y de todos los hombres, deseando grandemente, que todos conociesen y estimasen este inestimable beneficio.

¿Pero qué hombre habrá tan ciego, que no le conozca, y qué corazon tan duro, que no le penetre y le rinda á los pies de este Señor? Porque si estando preso en la cárcel un ladron, y condenado por sus hurtos para que fuese azotado, un hombre honrado é inocente saliese por fiador, y para que dexasen libre al ladron se entrase en la cárcel por él, ¿qué lastima haria á todos, si le vendiesen toda su hacienda para pagar los hurtos que no hizo? Y mucho mas si le afrentasen la persona, y le azotasen públicamente por el delito que no cometió; y si el ladron verdadero tenia sentimiento de hombre, la afrenta de su fiador le habia de salir al rostro, y los azotes que le daban en las espaldas, los habia de sentir él en el corazon, y con lágrimas y á voces habia de ir pregonando, que él era el delinqüente y el merecedor de aquel castigo, y el que le padecia estaba sin culpa é inocente. Pues, ¡ó corazon ingrato y duro! Que sabes los pecados que has cometido contra Dios, y ves azotar por ellos al Santo de los Santos, y Fuente de toda la Santidad, no mas que por haber salido por tu fiador, ¿qué sentimiento tienes? ¿Qué verguenza y confusion? ¿Qué voces de alabanza y agradecimiento? ¿Cómo no te das por su esclavo, y te rindes á su perpetua obediencia, quando atado á una Columna, y cubierto de llagas, le oyes decir (1): *Quæ non rapui tunc exolvebam* (2). *Et fui flagellatus tota die, &, castigatio mea in matutinis.*

(1) Psalm. 68. n. 5.
(2) Psalm. 72. n. 14. M. Avila. Audi filia, c. 19.

Y si es verdad que no dan molestia al deudor quando su fiador ha pagado, ¿qué confianza tan grande debemos tener, que la Justicia Divina no tiene nada que pedirnos; pues está tan satisfecha con la paga que le hizo Jesu-Christo, si nosotros queremos valernos y ayudarnos de ella? La Redencion está hecha tan copiosa, que aunque perdonar Dios las ofensas que contra él hacen los hombres, sea dádiva sobre todo humano sentido; mas la paga que hizo Jesu-Christo nuestro Señor,

ñor, excede en valor á la deuda del hombre, mucho mas que lo mas alto del Cielo á lo mas profundo del abismo. Azotes debia el hombre culpado, y ser preso y escarnecido y muerto; ¿pues no está bien pagada esta deuda con azotes y escarnios, con tormentos y muerte de un hombre, no solo Justo, mas que juntamente es Hombre, y Dios? El qual quiso tomar en su Cuerpo Santo, é inocente la penitencia que merecian los desórdenes del nuestro, y corregir en su carne la rebeldía de la nuestra, y á costa de su dolor dexarla sujeta y rendida, y darnos exemplo como la hemos de castigar nosotros, para que sirva al espíritu, y no sirva con sus obras al pecado: y el que era hermoso sobre todos los hijos de los hombres, quiso quedar sin lindeza, ni hermosura, hecho todo una llaga, como leproso, para hacer nuestras almas hermosas, y agradables á sus ojos (1): *Et ut exhiberet ipse sibi gloriosam Ecclesiam non habentem maculam, aut rugam, aut aliquid hujusmodi, sed ut sit sancta, & immaculata, &c.*

CAPITULO XXII.

Es el Salvador burlado de los Soldados Gentiles.

AZotaban los Soldados al Salvador, y Pilatos disimulaba, y hacia de el que no veia, ni oia, y por ventura andaba en el entre tanto fuera del Pretorio: porque el mal Juez no pretendia tanto con esta pena castigar el delito del acusado, quanto satisfacer á la pasion de los acusadores, la qual era tan grande, que se puede bien presumir de ellos, que tenian pagados y cohechados á los verdugos, para que de tal manera azotasen al Señor, que si Pilatos (como habia significado) no le crucificaba, él quedase tal, que no pudiese vivir de los azotes. Con esta disimulacion del Juez, y rabia de los acusadores, excediéron los Ministros en este castigo todos los límites de la justicia y humanidad; y apénas le habian desatado de la Coluna, y el Señor habia cubierto con sus ropas sus llagas y desnudez, quando añadiéron otras nuevas maneras de mofas y de escarnios. No se sabe de cierto del Evangelio si sacáron de su cabeza estas invenciones,

(1) Ad Ephes. 5. n. 27.

por ser la vanidad de los Soldados inclinada á semejantes burlas, ó si por instigacion de los Judíos, que se aprovechaban de todas ocasiones para executar su dañada voluntad, ó con licencia y permision del Presidente, ó por ventura mandándoselo él, buscando modos cómo castigar al Salvador, á satisfaccion de los Judíos, de manera, que desistiesen de pedirle la muerte de Cruz.

Habia formado Pilatos no sé qué imaginacion del Reyno de Christo, parte por la acusacion de los Pontífices, y parte por lo que el mismo Señor le habia respondido, y tambien por la solemnidad con que pocos dias ántes habia entrado en Jerusalen, aclamándole todo el Pueblo como si fuera Rey, de lo qual barruntaba que el Reyno del Mesias no era de este mundo, sino cosa misteriosa que él no entendia, ni creia, y que aquel hombre pretendia usurpar para sí aquella dignidad, y los Judíos no le querian admitir; y aunque no hallaba causa de muerte, pero bien se persuadia ser posible que hubiese tenido el Señor algun exceso en el ruido y alboroto que habia metido en el Pueblo. Y por lo ménos parece que convino con Herodes en tenerle por tonto, por haber intentado de subir por aquellos medios al Reyno. Pues por estas causas pudo ser que le pareciese á Pilatos castigarle por su exceso, y hacer que los Soldados le burlasen como á loco en la misma materia del Reyno, en que lo habia sido, y que con esto los Judíos quedasen satisfechos, sin procurarle la muerte, y seguros, que así azotado no quedaba para Rey, ni ménos para tratar de ello. Con esto se animáron los Soldados á tomar muy de propósito este juego y entretenimiento, y añadir nuevos escarnios y dolores sobre las llagas de los azotes que estaban frescas, y se cumplió lo que de él estaba escrito (1): *Et super dolorem vulnerum meorum addiderunt.* Y las invenciones fuéron tan nuevas, tan crueles y tan ignominiosas, que ninguno las pudiera inventar, sino solo el demonio que se habia apoderado de aquellos Ministros para irritar, si pudiera, la paciencia del Salvador; y ninguno las pudiera imaginar, ni creer, si tan en particular no las escribieran los Evangelistas.

(1) Psalm. 68. n. 27.

Porque lo primero, no se contentáron con hallarse presentes á este espectáculo diez ó doce Soldados Gentiles, sino que pasando la voz de unos á otros,

otros, juntáron toda la cohorte, (como notáron San Mateo y San Marcos) que por lo ménos tenia ciento y veinte y cinco Soldados (1): *Et convocant totam cohortem*, dixo San Marcos; y San Mateo (2): *Congregaverunt ad eum universam cohortem*. Y es cierto, que no se juntáron, sino como á negocio de entretenimiento, y como á ver un Entremes de un Rey de burlas y fingido, ó como quien va á entretenerse y pasar tiempo con un loco, ó alguna otra cosa semejante ridícula y de placer.

Lo segundo, le desnudáron sus vestidos, como dice San Mateo (3): *Et exuentes eum*: que no fué pequeña crueldad, acabándose de cubrir con sus vestidos, despues de tantas llagas y derramamiento de sangre, volverle otra vez á desnudar, ni fué pequeña afrenta para un hombre de honra, parecer desnudo y azotado delante de tanta muchedumbre de Soldados.

Lo tercero, le vistiéron una clámide de púrpura, ó de grana, ó por mejor decir, le envolviéron en un andrajo viejo que habia sido clámide ó vestidura de grana. Y eso parece que da á entender aquella palabra de San Mateo (4): *Clamidem coccineam circundederunt ei.* Y de la misma palabra usó San Juan (5): *Et veste purpurea circundederunt eum*: porque de esta manera, en el color del vestido, (que era de púrpura) y en la forma de clámide, (que era la veste militar de los Emperadores) mostraban que aquel hombre se habia querido hacer Rey: y en ser la púrpura vieja, rota y deslucida, y en el modo del ponérsela descompuestamente, y revolviéndole con ella, mostraban que toda su pretension habia sido burla y locura.

Lo quarto, conforme á la Púrpura fué tambien la Corona texida de agudos juncos, ó de (6) cambroneras y espinas, tan sólidas y agudas, como las vemos el dia de hoy en diferentes Iglesias, donde se guardan con suma reverencia. Esta Corona texiéron los Soldados con mucho recato, y ayudándose de instrumentos, por no lastimarse las manos; la qual estaba hecha, ó en forma de guirnalda, como la pintan de ordinario, ó como muchos piensan, en forma de casco ó capacete, que cubria toda la cabeza. Y estando así texida, la levantáron en alto, y se la asentáron sobre la Cabeza, clavándosela en ella con mucha fuerza, y no menor crueldad, afrentándole con la Corona, como á Rey fingi-

(1) Marc. 15. n. 16.
(2) Matth. 23. n. 27.
(3) Matth. 27. n. 28.
(4) Matth. 27. n. 28.
(5) Joann. 19. n. 3.
(6) Matth. 27. n. 29. Marc. 15. n. 17. Joann. 19. n. 2.

gido, y lastimándole con las espinas con muy agudo dolor. De esta manera quiso el Señor, que para sus amigos y fieles imitadores, la afrenta y el dolor fuesen como dos joyas de inestimable precio, las quales él en su Reyno dexaba vinculadas á su Corona.

Lo quinto, le pusiéron una caña en la mano derecha en lugar de Cetro, como lo notó San Mateo (1): *Et arundinem in dextera ejus*, y con ella le notaban de liviandad, y de hombre falso y vano de séntido, como lo es la caña; y juntamente querian dar á entender que su Reyno era una pura burla, sin ninguna substancia, ni firmeza.

(1) Matth. 27. n. 29. (2) Marc. 15. n. 19. Matth. 27. n. 29. (3) Marc. 10. n. 34. (4) Luc. 18. n. 32. (5) Joan. 19. n. 3.

Lo sexto, despues de haberle así compuesto con estas insignias y apariencias de Rey fingido, empezáron á burlar de él con donayres, apodos y risadas, y entre otras burlas hincaban la rodilla delante de él, dándole la norabuena del Reyno, y decian: Dios te salve, Rey de los Judíos; y así dice San Marcos (2): *Et ponentes genua adorabant eum.* Y San Mateo: *Et genuflexo ante eum illudebant ei dicentes: Ave, Rex Judæorum.*

Lo septimo, le escupian en el rostro, señal de sumo desprecio, dexándole feo y como leproso, señalado con golpes, y afeado con sus asquerosas salivas, mezcladas con la preciosa Sangre que goteaba de la cabeza. Y este agravio y desprecio de escupirle en el rostro le tuvo el Señor tan delante de los ojos, que hizo de él particular y expresa mencion, quando subiendo á Jerusalen, dió cuenta de su Pasion á sus Discípulos; y así les dixo por San Marcos (3): *Et illudent ei, conspuent eum.* Y por San Lucas (4): *Tradetur enim gentibus, & illudetur, & flagellabitur, & conspuetur.*

Lo octavo, le diéron muchas bofetadas en el rostro, lo qual notó particularmente el Evangelista San Juan, quando dixo (5): *Et veniebant ad eum, & dicebant: Ave, Rex Judæorum, & dabant ei alapas.* De manera, que se iban llegando uno despues de otro á saludarle, y hincadas las rodillas, fingiendo que le querian besar la mano como á Rey, levantaban las suyas, y á mano abierta le daban bofetadas.

Lo nono, venian otros, y haciendo la misma cortesía, le tomaban la caña de la mano, y le daban de palos con ella sobre la cabeza, afrentándole con el golpe de la caña vacia, y lastiman-

mándole con las espinas agudas, que se las hincaban mas en la cabeza. Y esto advirtió San Mateo (1): *Acceperunt arundinem & percutiebant caput ejus.* Y San Marcos (2): *Et percutiebant caput ejus arundine.*

Para hacer esta representacion escogiéron los Soldados el Pretorio del Presidente, como dice San Mateo (3); y no qualquiera parte de él, sino el Atrio del Pretorio, como declaró particularmente San Marcos (4): *Milites autem duxerunt eum in atrium Prætorii*; que debia de ser algun patio grande y espacioso, (tal como convenia para tanta gente como allí se habia de juntar) el qual estaba delante de la sala del Pretorio, ó Tribunal donde se hacia la Audiencia. Trayendo, pues, allí al Señor le desnudáron descortesmente sus vestidos, y le sentáron en algun asiento baxo y despreciado, donde pudiesen hacer su juego, y tener su entretenimiento con mas comodidad. Allí traxéron primeramente la clámide de púrpura, la qual era un vestido ó capa grande, abierta por delante, y que se prendia al pecho con una fibula ó corchete: y como hemos dicho, era insignia de Reyes, y que los Emperadores se la solian enviar con honra. Esta le pusiéron los Soldados, y poniéndosela, le dirian: Esta púrpura, Señor Rey, os envia de Roma el Emperador, tal qual Vos la mereceis; y escupiéndole el rostro, y dándole bofetadas, le dexarian mal compuesto, y envuelto en ella, descubriendo por diferentes partes su desnudez. Llegarian otros con el Cetro de caña, y se le pondrian en la mano, diciendo: Tomad esta caña en la mano, que qual es el Reyno, tal es el Cetro: y tan vacia como ella está, así teneis Vos la Cabeza, sobre la qual le asentarian luego la Corona de espinas; y clavándosela con mucha fuerza, dirian: Pues mueres por ser Rey, no es bien que mueras sin Corona; pero será tan miserable como conviene al que condenan por hacerse Rey, porque estas son las espinas en que tú te has metido con esas pretensiones. Y diciendo esto, le daban palos sobre la Cabeza, y con suma deshonra y desprecio le causaban intensísimo dolor. Con tal Corona como esta empezó á gotear la Sangre, y correr hilo á hilo por los Cabellos, por el Cuello, por la Frente, y por todo su Sagrado Rostro, quedando obscurecida la lumbre de sus ojos, y caida y humillada aquella Cabeza, que lo

(1) Matth. 27. n. 30.
(2) Marc. 15. n. 19.
(3) Matth. 27. n. 27.
(4) Marc. 15. n. 16.

lo es de los hombres y de los Angeles, para que por su humillacion los que estábamos caidos levantásemos cabeza, y dixésemos al Señor (1): *Tu autem Domine susceptor meus es, gloria mea, & exaltans caput meum.*

(1) Psalm. 3. n. 4.

(2) Isai. 50. n. 6.

Y estando así compuesto el Señor por mano de los Soldados con tal Cetro y tal púrpura y Corona, empezáron á jugar y entretenerse con él, burlando de su Reyno, como de hombre loco y sin juicio, porque hincaban la rodilla, y hacian otras ceremonias y señales de cortesía, con grandes risadas, dándole juntamente bofetadas en el rostro y palos en la cabeza, y le decian: Dios te salve Rey de los Judíos, mofando de él, porque lo habia pretendido ser, y habia venido á tan miserable estado. Y muy semejantes á estos son los hypócritas, que honrando á Dios de palabra y con ceremonias exteriores, andan con el corazon muy léjos de él, y con sus obras le deshonran y ofenden, como hacian estos fingidos honradores del Señor, que hincando la rodilla para hacerle reverencia, levantaban la mano para darle bofetadas. ¿Quién se podrá quejar de agravios, ó menosprecios, viendo los que aquí padeció en su persona el Salvador?

Pero quitemos ya los ojos de estos Ministros injustos y crueles, y pongámoslos en el Señor que padece, porque tenemos mucho que mirar en él, el qual estaba tan firme y constante en tan pesados encuentros, como lo habia profetizado Isaias (2), ofreciendo su cuerpo á los que le herian, y sus mexillas á los que le abofeteaban y mofaban, y no huyendo el rostro de los que le injuriaban y escupian; mas poderoso para sufrir, que sus enemigos atrevidos y crueles para hacerle tanto mal; ántes estaba sentado con tanta mesura, sosiego y magestad, recibiendo estas insignias de escarnio, como si de veras le coronaran de Rey, y aceptando las injurias con tanto gusto, como si en la verdad fueran cortesías. Ni hubo jamas Emperador que con tanta alegría de su corazon se vista de la púrpura, acepte la Corona, y tome el Cetro en la mano, quando le estan coronando, como el Señor se aplicó al Cuerpo, y se adornó con aquella Púrpura vieja, y aceptó la Corona de espinas, y recibió en la mano aquella caña, deseando que en el dia de su honra y coronacion se hallara (si fuera posible) todo el mundo presente: Porque pocos le parecian

cian cien Soldados de la Corte, al que tantos años ántes habia madrugado á convidar todas las almas para este dia (1): *Egredimini, & videte filiæ Sion Regem Salomonem in diademate, quo coronavit illum Mater sua in die desponsationis illius, & in die lætitiæ cordis ejus.* Salid (dice) hijas de Sion, y veréis al Rey Salomon con la Corona que le coronó su madre en el dia de su desposorio, y en el dia de la alegría de su corazon de él. Porque este Rey Santo, que habia de ser (2) magnífico en la santidad, mas que en la pompa mundana, así como su Reyno no era de este mundo, así tampoco lo habian de ser las ceremonias de su coronacion; y estas que aquí se hiciéron, fuéron las mas convenientes que podian ser, y las que el Padre Eterno habia determinado para obrar por medio de ellas la exâltacion de su querido y obediente Hijo.

La púrpura convenia que fuese vieja y deslustrada, y que se asentase sobre sus llagas recientes, y se tiñese de nuevo con su Sangre: porque la púrpura con que él se habia de vestir y adornar, y representar la Gloria de su Reyno, eran sus fieles Vasallos, como estaba escrito en Isaias (3): Vivo Yo, dice el Señor, que de todos estos te has de vestir, como de ornamento, y como desposada te has de ataviar con ellos. Pues estos todos que habian de ser su púrpura y su vestidura, los halló el Señor gastados y sin lustre, por la vejez del primer hombre; y aplicándolos á sus llagas, les dió nuevo tinte y hermosura, y los dexó renovados, hermosos y limpios, porque laváron sus (4) manchas, y laváron sus estolas en la Sangre del Cordero. Y por este camino vino á ser este Señor Rey de los Reyes, porque todos sus Vasallos, quedáron vestidos de púrpura, teñida con su Sangre preciosa.

Su Corona fué tambien de espinas, y no habia de ser de otra cosa, ni habia otra en este mundo de que poderla hacer: porque todo lo que en él florece, y es de algun deleyte y gloria, presto se marchita: y lo que permanece son las penas, que como espinas punzan y lastiman. De estas espinas hay abundante cosecha en este valle de lágrimas, y tierra de maldicion, de las quales se hizo participante nuestro verdadero Rey, y legítimo Señor, por librarnos á nosotros de ellas, y las que nosotros mereciamos le cayéron á él sobre la Cabeza.

(1) Cantic. 3. n. 11.

(2) Exod. 25. n. 11.

(3) Isai. 49. n. 18.

(4) Apoc. 22. n. 14.

Pero estas penas, que en nosotros eran castigo de nuestras culpas, fuéron en él merecimiento de gloria sempiterna: y las espinas arrancadas de nosotros, y transplantadas á la tierra bendita y soberana de la Cabeza del Señor, y regadas con su preciosa Sangre, brotáron flores de inmortalidad, y nos ganáron aquella Corona, que nunca se marchita. Quiso tambien el Señor que su Corona fuese de espinas, porque su Reyno habia de ser firme y perpetuo; y por eso convenia que la Corona fuese tal, que se pudiese fixar y enclavar en la Cabeza, para denotar que por ningun acaecimiento se le podrá caer, ni fuerza ninguna se la podrá quitar.

El Cetro fué de caña, y para la significacion que tenia, de caña habia de ser, aunque los efectos que hizo fuéron tan grandes, como si fuera de hierro, segun que estaba escrito (1): *Reges eos in virga ferrea, & tamquam vas figuli confringes eos.* Tú los gobernarás con Cetro de hierro, y los quebrantarás como á un vaso de barro. Porque habia de rendir á las Provincias y Reynos, y domar los Pueblos, y humillar sus enemigos, y quebrantarlos y desmenuzarlos como vasos de barro, y enseñorearse de ellos, segun que dixo el mismo David en otro Psalmo (2): *Virgam virtutis tuæ emittet Dominus ex Sion: dominare in medio inimicorum tuorum.* El Cetro poderoso de tu virtud le enviará Dios desde el alcazar de Sion, para que conquiste todo el mundo, y se enseñoree de tus enemigos: porque de Sion saliéron los Apóstoles, y rindiéron con su palabra á todo el mundo, y le sujetáron al Reyno de Christo; pero su fuerza y virtud era la que les habia venido de lo alto, porque ellos por sí mismos eran idiotas humildes y flacos. Mas quiso el Señor sujetar y domar el poder del mundo, y darle de palos con esta caña flaca, para mayor gloria de su santo nombre. Por lo qual dixo uno de los mismos Apóstoles (3), que lo flaco de Dios era mas fuerte que lo mas fuerte de los hombres: conviene á saber, que una caña puesta en las manos de Dios, es mas poderosa que todo. Y esto flaco de Dios, dixo San Atanasio (4), que eran los Apóstoles, que siendo idiotas y sin letras, en breve tiempo penetráron por todo el mundo, y sujetáron los Sátrapas y Letrados, los Reyes y Príncipes poderosos, y como el Cetro del poderío de Dios, saliéron

(1) Psalm. 2. n. 9.
(2) Psalm. 109. n. 2.
(3) 1. Cor. 1. n. 25.
(4) Athan. lib. qq. ad Antioch. q. 129.

ron de Sion á rendir sus enemigos; y no solamente los Apóstoles que predicaban; pero los mismos Fieles que se convertian, eran de los mas flacos y desechados que tenia el mundo; y así dixo el mismo Apóstol (1): Mirad hermanos, los que habeis sidó llamados á la Fe, y hallaréis que entre vosotros no hay muchos sabios, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; ántes ha echado mano Dios de los mas ignorantes, para confundir y echar en verguenza á los sabios; y los mas flacos del mundo, para confundir á los poderosos; y los viles y despreciados, y que no tienen nombre, ni ser en los ojos de los hombres, para derribar, y destruir á los que tienen ser y resplandor en el mundo. Y si, como dice aquí el Apóstol, quiere Dios con los ignorantes confundir los sabios, con los flacos arruinar á los poderosos, con los despreciados y viles, destruir los que lucen y tienen el mas alto lugar: luego con una caña flaca quiso Dios pelear con el mundo, porque no se glorie toda carne en su acatamiento, ni atribuyan á sus fuerzas los efectos que son de la virtud de Dios. Y por eso quiso el Señor, que el Cetro de su Reyno fuese de caña, porque las maravillas que se habian de obrar con él, no se atribuyesen á la caña flaca, sino al brazo de Dios que la sustentaba.

Todas las demas ceremonias que pasáron en esta coronacion de injurias que se decian y hacian al Salvador, eran necesarias para la firmeza de su Reyno, que está fundado en paciencia, y en el desprecio de la honra mundana y verdadera renunciacion de todas las cosas; porque de aquí quedáron instruidos los Santos Confesores y Mártires y todos los que son del Reyno de Christo, á la paciencia y sufrimiento de todas las cosas adversas; y el Reyno que no era de este mundo, empezó á vencer y triunfar del mundo, no resistiendo, sino padeciendo, no con orgullo y braveza, sino con humildad y llaneza.

(1) 1. Cor. 1. n.26.

Y porque una coronacion tan solemne, y de tan grande Rey, no era razon quedara escondida en el Pretorio á vista de pocos Soldados, proveyó Dios que el mismo Presidente sacase de la mano al Señor, así como estaba á un lugar público y patente, donde todo el Pueblo le viese.

CA-

CAPITULO XXIII.

Saca Pilatos al Salvador delante del Pueblo, y ellos le piden para la muerte.

EL lugar donde Christo nuestro Señor fué coronado, era (como diximos) el Atrio del Pretorio, que seria algun patio grande de las casas del Presidente, donde habia de ordinario Cuerpo de guardia, ó aquella Corte ó Compañía de los Soldados Romanos, que era parte del Presidio que aquella República tenia en Jerusalen. En este patio habia una puerta grande, por donde entraba el Presidente por dentro de su casa al Pretorio, que era una sala grande y espaciosa, donde oia las causas, y pronunciaba las sentencias. En esta sala habia tambien puerta que salia á una lonja que estaba levantada con algunas gradas sobre la Plaza. En esta Plaza estaban los Sacerdotes, los Escribas y Fariseos y todo el Pueblo congregado, que por el escrúpulo de la Pascua no querian entrar en el Pretorio; y estaban parte contentos de entender el mal tratamiento que hacian los Soldados al Salvador, y parte quejosos de que se dilatase tanto la conclusion de esta causa, y la sentencia de muerte.

Salia, pues, Pilatos por su patio al Pretorio, con deseo de hallar algun medio como templar el ódio y quietar los ánimos de los Judíos, y con su presencia cesó aquel juego tan pesado que los Soldados tenian con el Salvador; y desviándose á una parte y á otra, le dexáron solo en medio del Atrio, donde pudo verle bien el Presidente, y moverse á compasion; y teniendo por cierto que su vista causaria la misma lástima á los Judíos que habia causado en él, le mandó que le siguiese, y le sacó por la puerta del Pretorio á la lonja que estaba sobre la Plaza, á vista de todo el Pueblo. Salió, pues, el Señor siguiendo al Presidente que se lo mandaba, desnudo de sus vestidos, cruelmente azotado, desollado el Cuerpo, y llagado en muchas partes; y donde no, señalado de los látigos y cardenales, sin tener otra cosa sobre sus carnes, mas que aquel andrajo viejo que le habian puesto los Soldados (1): llevaba tambien la Corona de espinas; y á lo que se cree, (aunque no lo dice el Evangelista) sacó las manos atadas, como reo, y el Cetro de caña en ellas, que tambien como la Corona, servia pa-

(1) Joann. 19. n. 5.

para su afrenta y para burlar de él como de Rey fingido: llevaria los ojos llenos de lágrimas, que de ellos salian, y de la sangre que destilaba de la cabeza: las mexillas amarillas, sin color y llenas de sangre, y afeadas con las salivas que le habian escupido en su faz: las piernas temblando, no ménos del frio que de la flaqueza, y todo el Cuérpo humillado y encorbado con el peso de la afrenta y del dolor.

Teniendo Pilatos á su lado, y cerca de sí este retablo tan lastimoso, que bastaba á mover á compasion á las fieras, y enternecer corazones que fueran de pedernal, haciendo silencio les dixo en voz alta (1): Veis aquí os le traygo aca fuera para que sepais que yo no hallo en él causa ninguna, ni ha habido otra (como si dixera) de ponerle como está, sino condescender en algo con vuestra peticion, para obligaros á que vosotros condescendais en algo con la mia de dexarle con la vida: y volviéndose á mirar al Señor que allí estaba, y señalándole con la mano, les dice (2): Mirad á este Hombre: deseando con tal vista movérlos á compasion, y juntamente asegurarlos que no estaba el tal Hombre para tratar otra vez de ser Rey, y esa fuerza tenia aquella palabra: *Ecce Homo*.

¡O mal Juez! (si alguno se ha visto en el mundo) que confesando ya la tercera vez, que despues de muy exâminado y mirado, no halla causa en este Hombre para que sea castigado, con todo eso le ha puesto tal, que conociendo la rabia de sus enemigos, le parece que con solo mirarle se han de mover á compasion! ¡O Angeles del Cielo, que os hallásteis presentes á este espectáculo, quién os viera arrodillados y postrados, reverenciando esta santa humanidad, y confesando que todo vuestro amor es como yelo, si se compara con el fuego encendido de su caridad! ¡Quién os viera cruzadas las manos, confesando que sola su voluntad y mandamiento os las tiene atadas, para no vengar sus injurias! ¡O Pueblo Judayco! ántes escogido y regalado de Dios, y ahora justamente reprobado y desechado de él, ¡cómo ha caído en tus ojos tanta ceguedad, y en tu corazon tanta dureza! Y ya que pusiste esta causa en manos de un Juez profano y Gentil, ¿por qué no te sujetas á su parecer, y pasas por su sentencia? Ya que has cerrado los oidos á las voces de Dios; abrelos siquiera á las vo-

(1) Joann. 19. n. 4.

(2) Joann. 19. n. 3.

ces del Presidente Pilatos, el qual desde aquel lugar alto, y en presencia del mismo Salvador, para ponerles verguenza, ó para moverlos á compasion, les estaba diciendo: *Ecce Homo.* Mirad este Hombre: veis aquí el Hombre que acusais: este es el Hombre que me entregásteis, que por ventura no le conoceréis, por el riguroso castigo que se ha hecho en él: mirad qué Hombre, para emplear contra él tan grande furor: veis aquí á este Hombre, no esclarecido con imperio, sino obscurecido con oprobrios: si teniades envidia de él, como de Rey, compadeceos ahora como de miserable; estad seguros y ciertos que no se acordará mas del nombre de Rey, que tan caro le ha costado: está infame, azotado por justicia, coronado de espinas, vestido de andrajos, deshonrado con todo género de afrentas, afrentado con mil invenciones de injurias: ¿qué mas le pedís? Mucho mas habeis alcanzado de lo que pudísteis desear, ni pensar; y yo por vuestro respeto he hecho mucho mas de lo que quisiera, y de lo que pensé: pues ha pasado tan adelante su pena y su ignominia, razon es que cese vuestro ódio, y que se temple vuestra cólera, y se mitigue vuestra envidia.

¿Quién no pensára, que la autoridad del Presidente y la presencia del Salvador, no habian de alcanzar del Pueblo lo que se les pedia? Pero sucedió muy al reves; porque los Pontífices y Ministros de la Synagoga, que eran los que habian de poner al Pueblo en razon, eran por el contrario los que atizaban y soplaban el fuego del ódio y de la envidia contra el Salvador (1): los quales, habiendo oido lo que Pilatos decia, y entendiendo lo que pretendia, olvidados de su autoridad y de la clemencia que debian mostrar y tener por razon de su dignidad y oficio, en medio de la Plaza, que estaba llena del Pueblo, empezáron á dar voces diciendo: Crucifícalo crucifícalo; como si dixeran: Bien está lo hecho, pero llévalo hasta el cabo, que muy bien merece estar puesto en la Cruz.

No pudo dexar de hacérsele muy nueva á Pilatos esta respuesta, porque quando él en persona salió del Pretorio, y se puso á razones con ellos en lugar tan público, no hiciera esta diligencia, ni pusiera á riesgo su autoridad, sino estuviera muy satisfecho que con la vista lastimosa del Señor, y con su razonamiento blando y cortes, ha-

(1) Joann. 19. n. 6.

habia de acabar con los Pontífices, y alcanzar del Pueblo lo que pretendia: pero como vió su obstinacion, maravillado de su dureza, cólerico por su descortesía, y corrido por otra parte de ver que todas sus trazas se le deshacian, y no le sucedian como pensaba, con enojo y desden, y como hombre falto de consejo y enfadado, les dixo: Tomadle allá vosotros, y (1) crucificadle, que yo no hallo causa; como si dixera: ¿Por ventura por vuestros gritos y vocería tengo yo de condenar á nadie sin culpa? ¿Por ventura quereis vengar por mi mano vuestros odios, y que sea yo el instrumento para satisfacer vuestras envidias? No ha de ser así, que yo administrador soy de justicia, y no he de ser autor de injusticias y de agravios: Juez soy para castigar culpados, no para ser verdugo de inocentes. Lo que he hecho hasta aquí, no ha sido por castigarle, sino por librarle de vuestras manos, pensando que habia de hallar algun rastro de humanidad, si condescendia en algo con vosotros; pero ya que os habeis declarado tanto, no hay que tratar mas de que yo pase adelante, que no consiente la razon, ni sufre la justicia, que ninguno sea condenado sin causa, yo no la hallo en este Hombre para lo que pedis, ni aun para lo que se ha hecho con él: si vosotros la hallais, tomadle allá y crucificarle, y corra por vuestro riesgo, y á vuestra cuenta, para darla á quien os la pidiere de tan injusto homicidio.

Como los Pontífices oyesen esta respuesta del Presidente, bien echáron de ver que aquellas palabras: Crucificadlo vosotros, no era tanto darles licencia de hacerlo así, quanto salirse él afuera, para no hacer una cosa tan injusta, y notarlos á ellos de tan apasionados, que la pedian, y de tan atrevidos y sin verguenza, que no dudarian de executarla. Y para mostrarse sentidos de esta palabra, y turbar con otra nueva acusacion al Presidente, le dixéron (2): Sí, que nosotros ley tenemos; pues conforme á nuestra ley, este Hombre merece morir, porque se ha hecho Hijo de Dios. Tú, Pilatos, (como si dixeran) has afirmado tantas veces, que este Hombre es inocente, y que tú no quieres, ni te atreves á crucificarle, sino que le crucifiquemos nosotros, como si nosotros fuéramos hombres sin ley y sin Dios: Pues nosotros ley tenemos, y ley dada del verdadero Dios: y si, segun las leyes, no has hallado

(1) Joann. 19. n. 6.

(2) Joann. 19. n. 7.

causa en este Hombre: es porque vosotros adorais muchos Dioses, y pensais que tienen hijos, y no tomais á mal que se hagan los hombres hijos de los Dioses: pero conforme á nuestra ley santa, que no conoce sino un solo y verdadero Dios, este Hombre, como blasfemo, es merecedor de muerte, porque se ha hecho Hijo natural de Dios.

¡O ciega obstinacion y vana presuncion de los Judíos, que se jactan y se glorian que tienen ley recibida de la mano de Dios, y se quieren mostrar muy observantes de ella! pero ya se ve cómo la guardaban, no entrando en el Pretorio en Pascua por no contaminarse: y siendo muy zelosos (como les habia (1) reprehendido el mismo Señor) de que se pagase el diezmo del anis y del comino, y olvidando las cosas que eran de mas substancia y peso de la ley; conviene á saber, el juicio y la misericordia, porque de la misericordia estaban tan agenos, que les faltó á ellos, siendo Sacerdotes, quando la tuvo el mismo Juez, siendo Gentil: y el juicio andaba tan fuera de ellos, que hacian mil nulidades en el Proceso, atropellando con las leyes de justicia, y mudando la acusacion como les venia bien para salir con su intento. Porque primero le acusáron de que se hacia Rey, y estorbaba los tributos que no se pagasen al César: y como viéron que el Presidente, ni hallaba probanza de este delito, ni substancia en esta acusacion, acusáronle de otro delito que él entendiese ménos y le turbase mas, diciendo que se habia querido hacer Hijo de Dios: y para obscurecer mas el negocio, le alegáron las leyes que él no sabia, ni tenia obligacion de saber, diciendo: Nosotros tenemos ley, y segun nuestra ley ha de morir. ¿Pero qué leyes son estas que alegan estos sapientísimos Doctores y Abogados de la injusticia y de la maldad? ¿Qué ley es esta que condena á muerte al que se hace Hijo de Dios? No puede ser otra sin duda, sino la que está dada contra los blasfemos en el capítulo veinte y quatro del Levítico, donde manda Dios (2): El que blasfemáre el nombre del Señor, muera por ello: y esta gente tenia por gran blasfemia que el Salvador dixese que era Dios ó Hijo de Dios: y de aquí nació que levantando una vez piedras (3) para apedrearle, les dixo el Señor: Muchas buenas obras os he hecho el tiempo que he vivido entre vosotros; por

(1) Matth. 23. n. 23. Luc. 11. n. 42.

(2) Lev. 24. n. 16.

(3) Joann. 10. n. 30.

por qual de ellas me apedreais? Y ellos respondiéron: No te apedreamos por ninguna buena obra, sino por la blasfemia, y porque siendo tú, como eres, Hombre, te haces Dios. Pues gente ciega y perversa, si es esta la blasfemia, ¿por qué ahora le pedis la muerte? ¿Por qué entónces no le tirásteis las piedras? ¿Cómo con una breve razon que os dixo entónces en su defensa, os quedásteis atajados sin saber responder una palabra? ¿Y las piedras que se os quedáron entónces en las manos, las quereis tirar ahora, quando él no vuelve por sí, ni el Presidente entiende estas razones? Y si es que ha de morir por esta blasfemia, ¿por qué ha de morir en Cruz, pues la ley no manda sino que muera apedreado? *Et qui blasphemaverit nomen* (1) *Domini, morte moriatur, lapidibus opprimet eum omnis multitudo, &c.* Y vosotros sois testigos, que por esta misma causa (que llamais blasfemia) le quisisteis diferentes veces (2) apedrear. ¿Pues qué furor es este que ahora os incita para relaxarle al brazo seglar, y pedirle con tanta fuerza la muerte de Cruz (Si á vosotros, como decis (3), no es lícito dar este género de muerte, cómo es lícito pedirla? Y si el delito de que le acusais no merece pena de muerte, sino segun vuestra ley ¿por qué pedis otro género de muerte de el que manda la ley? Y no habiendo ley entre los Romanos, que condene esta blasfemia, ¿quéreis que sea castigada con la pena, que señalan las leyes de los Romanos? Todo esto muestra la ceguedad de esta gente, y con quánta pasion, y soberbia dixéron: Nosotros tenemos ley, y segun la ley ha de morir, porque se hizo Hijo de Dios. Pero así como Cayfas, sin saber lo que decia, profetizó, que habia de morir el Salvador, porque no pereciese toda la gente, así estos, sin saber lo que decian, dixéron una cosa muy verdadera, y misteriosa: porque primeramente era verdad, que su ley era dada de Dios, y sus profecías reveladas, y dictadas de Dios, y sus sacrificios ordenados de Dios: tambien era verdad, què el Salvador habia predicado muchas veces, que éra Hijo de Dios; por lo qual, ni era blasfemo, ni hacia agravio á nadie (4), ni robaba lo que no era suyo, porque era Dios y Hijo de Dios. Era tambien Hombre, que se habia hecho por nosotros, y era Hombre Justo y Santo, sin tener raza de ninguna culpa, ni pecado: y siendo tal, conforme á toda ley ha-

(1) Lev. 24. n. 26. Joann. 8. n. 59.

(2) Joann. 10. n. 33.

(3) Joann. 18. n. 31.

(4) Ad Philip. 2. n. 6.

habia de vivir y ser honrado y adorado de todos; y solamente conforme á la ley de los Judíos habia de morir, porque así estaba escrito en la ley, y figurado en todos los sacrificios, y profetizado de los Profetas; y toda aquella ley no clamaba otra cosa, sino que el Hijo de Dios hecho Hombre habia de morir, y no de qualquiera muerte, sino muerte de Cruz, por la obediencia de su Padre, y por la salud del mundo; y por eso dixo el mismo Señor, tratando de su muerte, que así como (1) Moyses levantó una serpiente de metal sobre un palo en el Desierto, para que mirándola sanasen los que estaban mordidos de las serpientes verdaderas; así convenia que fuese levantado en la Cruz el Hijo de la Vírgen, para que fuesen salvos los que le mirasen con fe y caridad.

(1) Joann. 3. n. 14.

Pues no piense Pilatos que atavió á Christo en valde, aunque no pudo mover á compasion á los Judíos que allí estaban, pues tantos han sanado despues con su vista de las serpientes ponzoñosas de los pecados, y han mirado los trabajos de este Señor con tan grande compasion, que estan azotados y coronados de espinas, y crucificados en el corazon con él.

Miremos, pues, todos á este Hombre, al qual deseáron ver tantos Reyes, tantos Patriarcas y Profetas. Miremos este Hombre para oir sus palabras, porque él es el Maestro que el Padre Eterno nos ha dado. Miremos á este Hombre para imitar su vida y seguir sus pisadas, porque no hay otro camino para ser salvos sino él. Miremos á este Hombre para compadecernos de él, pues estaba tal, que bastaba á mover á compasion á los que le querian mal. Miremos á este Hombre para llorar y hacer penitencia, pues nosotros con nuestros pecados le paramos tal como está. Miremos á este Hombre, porque no puede escapar de muerte eterna quien así no le mirare; porque él es la serpiente de metal, levantada en el Desierto, para que los que le miraren no perezcan. Miremos en la faz de aqueste Hombre, meditando siempre en él, y reglando nuestra vida por él, para que en él, como en espejo, veamos nuestras faltas; y conociendo lo que nos afean, tomemos de las lágrimas y de la sangre, que por su hermoso rostro va corriendo, y limpiemos con dolor nuestras manchas, y quedarémos limpios y hermosos en su divino acatamiento.

CAPITULO XXIV.

Exâmina Pilatos otra vez al Salvador, y desea librarle de la muerte.

COmo los Pontífices y Ministros de los Judíos aborrecian de valde al Salvador, (segun estaba escrito en su (1) ley) así en lugar de moverse á compasion, quando le sacó á vistas el Juez, se irritáron mas, y le pedian para la Cruz, acusándole de blasfemo, porque se habia hecho Hijo de Dios (2). Y como Pilatos oyese esta palabra, púsose en mas temor; y dícelo así el Evangelista: porque no era poco lo que hasta entónces habia temido desde que vino esta causa á sus manos; (la qual le pareció siempre muy enmarañada y peligrosa) pero ahora temió mucho mas con esta nueva acusacion, de que se hacia Hijo de Dios. Porque es de saber y notar, que los Pontífices habian callado hasta ahora este delito de hacerse Hijo de Dios, y hecho fuerza solamente en que se queria hacer Rey, por ser cosa que tocaba á la dignidad del César, y presumir de Pilatos lo que suele de ordinario acaecer en muchos Jueces, que con mas zelo castigan las injurias que se hacen contra el Rey, que no las que se hacen contra Dios. Pues en esta causa, que era contra el César, se halló Pilatos con mucho temor; porque por una parte vió la inocencia del Salvador, que en ninguna cosa habia pecado contra las leyes, ni contra el Emperador; y por otra vió la envidia y furor de aquel Pueblo, que con tanta pertinacia le acusaba de un crimen tan odioso contra la dignidad y fisco Imperial, que solo el nombre le ponia en obligacion, á ley de buen Ministro, de hacer mucha demonstracion en el caso. Hallóse, pues, muy congojado entre estas dos cosas, no sabiendo qué consejo tomar; porque si le condenaba, demas de ser cosa fea condenar por temor á un hombre inocente, qualquiera que le quisiese mal, le podia pedir la muerte de tan grande Santo é insigne Profeta; y si le absolvia, mucho mas todo el Pueblo y los Pontífices y Cabezas de él, le podian acusar de que daba libertad á un traydor que queria levantarse con el Reyno, lo qual era fácil de persuadir al Emperador. Y viéndose en esta congoja, como hombre político y flaco, para defender la verdad, usó de los medios que la prudencia hu-

(1) Joan. 15. n. 5.

(2) Joann. 19. n. 8.

mana le enseñaba: porque primero intentó de eximirse de la causa, remitiéndola á Herodes, y despues deseó quanto pudo componerse con el Pueblo, procurando algun buen medio, para que de su voluntad viniesen en dexar con la vida al Salvador. Para esto tomó dos medios: el primero, á costa de su honra, poniéndole en competencia con Barrabas: y el segundo, á costa de su Cuerpo, azotándole gravemente, y coronándole de espinas.

No le sucedió ninguno de esos medios; ántes andando con estos temores, y respetos humanos, le acusáron de nuevo al Señor de que se habia hecho Hijo de Dios: y si ántes habia tenido temor, esto se le puso mucho mayor, porque le vino á la memoria lo que le habia respondido, que su Reyno no era de este mundo, y que él habia venido al mundo para dar testimonio de la verdad: por otra parte, como habia visto tanta gravedad en su persona, tanta prudencia en sus respuestas, (y lo que mas le admiraba) tanta constancia, y entereza en su silencio, y habia oido decir las cosas maravillosas, que de él se contaban, no le pareció muy ageno de la verdad, que fuese lo que de él se decia. Ayudaba á esto en parte la vana opinion de los Gentiles, con que vulgarmente estaban persuadidos, que sus Dioses tenian hijos entre los hombres, los quales, si bien de parte de sus madres eran mortales y pasibles, pero por parte de sus padres tenian virtudes excelentes, y hacian hazañas heróicas; y como las que se contaban del Salvador eran tantas y tales, que no parecia posible que pudiesen proceder sino de divina virtud, no le quitaba la opinion de que por ventura era Hijo de Dios el ver, que era posible, y mortal. Con esto se empezó á congojar de haber azotado, y burlado al que podia ser que fuese Hijo de Dios, y á temer mucho mas, y dudar de lo que habia de hacer, pues estaba en términos, ó de absolver un blasfemo, ó de crucificar un Hijo de Dios, que por lo uno, y por lo otro podia temer la ira, y castigo del Cielo.

Y por parecer este punto muy grave, y digno de ser averiguado, entróse otra vez Pilatos en su Pretorio, ó Audiencia, pensativo, y lleno de temor y de cuidado; y llamando al Señor á parte, le preguntó, diciendo(1). ¿De dónde eres tú? No le preguntaba de su patria, que ya sabia que era Gali-

(1) Joann. 19. n. 9.

lileo, sino de su orígen y naturaleza; como si dixera: ¿Qué es esto de tu divinidad, de que estos tus naturales te acusan? ¿De qué linage eres? ¿Quién son tus Padres? ¿Veniste del Cielo, ó de alguna parte mas remota, y escondida de la tierra? ¿Traes orígen de alguno de los Dioses, ó eres puro Hombre? Eso quiso preguntarle con aquella palabra, al parecer preñada, y llena de turbacion: ¿De dónde eres tú?

Viendo el Salvador, que esta pregunta nacia, parte de temor mundano de algun castigo, ó pérdida temporal, parte del error de los Gentiles, que daban hijos á sus Dioses, y que ni aquel era tiempo de ponerse á declarar tan alta verdad, como era la de su eterna generacion, ni Pilatos estaba en disposicion de oirlo, ni con capacidad para entenderlo y creerlo, determinóse de callar, y no responder palabra, conservando su acostumbrada gravedad, y modestia; principalmente, que no le pareció necesaria esta pregunta para la causa que se trataba, estando como estaba Pilatos satisfecho de su inocencia, para lo qual era bastante lo que él habia respondido en general, que su Reyno no era de este mundo. Y si era Rey, y no de este mundo, fácil era de entender, que su Reyno era espiritual y divino, el qual Reyno es propiamente de Dios. Y aunque es verdad, que por dos veces habia respondido el Señor á los Sacerdotes (1) á esta misma pregunta, afirmando claramente, que era Hijo de Dios, hízolo así, porque los Sacerdotes, por la luz que tenian de las Escrituras, sabian mejor lo que preguntaban, y tenian mas obligacion de entenderlo, y creerlo; pero no quiso responder al Presidente Gentil, porque ni sabia lo que preguntaba, ni estaba en disposicion de creerlo, y solamente habia de servir de acrecentarle la opinion, y estima, que habia concebido de él, y el temor de condenarle; ni quiso tampoco, que pensase nadie, que se queria defender de la muerte; persuadiendo á un hombre lego y Gentil, lo que los Sacerdotes y Letrados habian tenido por blasfemia. De esta manera callaba el Señor lo que habia de ser para su honra y defensa, y hablaba quando era para honra de Dios, y provecho de los que oian: y por tanto, quando no respondia, callaba como Cordero, y quando respondia, nos enseñaba como Pastor.

(1) Matth. 26. n. 64. Luc. 22. n. 70.

Como Pilatos aguardaba del Señor alguna respuesta amoro-

sa y agradecida, y alguna razon que fuese en abono de su persona, miravillóse de este silencio mas que por ventura se pudiera maravillar de qualquiera respuesta: porque en un negocio tal y de tanto peligro, no querer un Reo responder á su Juez, y Juez que con tantas veras defendia y se ponia en tanto trabajo por él, era cosa muy nueva y digna de admiracion: y no hubiera por ventura palabras con que un hombre sin fe así se confirmara en la opinion que iba cobrando del Hijo de Dios, como verle callar en esta ocasion. Y mostrándole algun sentimiento y queja del poco caso que habia hecho de él, y avisándole juntamente con buena voluntad del término que habia de tener para hacer bien su negocio, le
(1) Joann. 19. n. 10. dixo (1): ¿A mí no me hablas? que aunque no fuera tu Juez, me debias hablar por el buen
(2) Dan. 15. n. 52. oficio que hago por tí; pero no sabes que tengo poder para crucificarte, y poder tambien (si me parece) de soltarte? Con la qual palabra se condenó Pilatos por su boca, sin que le valga el haberse lavado las ma-
(3) Isai. 5. n. 20. nos, para echar la culpa de esta muerte á los Judíos: porque aunque le faltó el ánimo y el esfuerzo, pero la potestad él mismo confesó que la tenia para librarle.

Fué con todo eso palabra arrogante y tiránica atribuirse á sí mismo la potestad, y decir que la tenia para dar y para quitar la vida; porque la potestad en los legítimos Jueces ha de seguir á la justicia, y no ir delante de ella: y por eso, aunque tienen potestad de librar los inocentes, y condenar los culpados; pero no la tienen para absolver los culpados, y crucificar los inocentes, como lo hacia cada uno de aquellos perversos Jueces, á quien dixo Daniel (2): Envejecido en dias malos, ahora han venido á caer sobre tí los pecados que primero hacias, juzgando juicios injustos, oprimiendo los inocentes, y dando por libres los culpados, habiendo mandado Dios: No quitarás la vida al inocente, ni al justo. Estos son aquellos Jueces que se les sube á la cabeza el vino de la potestad, y les trastorna el juicio, para no acertar á juzgar conforme á justicia y razon: y ciegos con sus intereses ó ambiciones, saben encaminar las cosas de manera, que por el proceso salga el culpado inocente, y el inocente salga culpado. Por los quales dixo el Profeta Isaias: ¡Ay de (3) vosotros, que al malo le decis bue-

bueno, y al bueno le decis malo! ¡Los que sois poderosos, pero para beber mucho vino, y sois fuertes para sufrir la embriaguez! ¡Los que por cohechos y dádivas, justificais al impio y al justo le quitais y obscureceis su justicia!

Pues por este abuso de los Jueces es en tanto perjuicio del bien público, y en tanto deshonor de Dios: (de quien mana toda legítima potestad) aquel Señor, que era Juez universal de los vivos y de los muertos, y habia venido á este mundo, para dar testimonio de la verdad, en medio de tantas angustias, y de tan profundo silencio como guardaba, no quiso callar, ni dexar de dar testimonio de esta verdad tan importante, y en ocasion que tanto lo pedia; y así, diciéndole el Presidente: ¿No sabes que tengo poder para crucificarte y para librarte? Para reprimir esta soberbia, y volver por la honra de su Eterno Padre, de quien se comunica todo el poder; y para mostrarle que la dispensacion de su Pasion y muerte no pendia de su gusto y voluntad de él, sino de la de Dios, le respondió (1): No tuvieras poder ninguno contra mí, si no te fuera concedido de lo alto. Porque dado caso que Pilatos no tuvo ninguna legítima potestad para condenar al Salvador; pero esa que tuvo para crucificarle, de hecho no la tuviera si Dios no se la permitiera, el qual tuvo por bien dexar en esta hora libre el poder de las tinieblas. Pues luego no pienses que eres absoluto en este negocio, que al que te dió la potestad has de dar cuenta del buen uso ó malo de ella; y por esta causa, si bien tu pecado es grande, no juzgando conforme á justicia; pero los que me entregáron en tus manos le han cometido mucho mayor, pues ciegos con el odio y la envidia han obscurecido mi causa y pervertido mi juicio, y relaxádome á un Juez Pagano, haciéndole fuerza, y poniéndole temores para que me crucifique.

Advirtió Pilatos por estas palabras, que tenia superior en el Cielo, al qual habia de dar cuenta de lo que hiciese; y considerando que si el pecado de los Judíos era mayor, que el suyo seria grande si le condenaba, empezó á entrar en su corazon el temor; y si hasta entónces habia tenido voluntad de favorecerle (2), desde este punto se declaró en querer librarle, y buscaba trazas y caminos para ello; pero los Judíos,

(1) Joann. 19. n. 11.

(2) Joann. 19. n. 12.

dios, como lo entendiéron, daban (1) voces, perseverando en su intento: y no tratando mas del delito de la blasfemia, porque veian que no hacia fuerza al Presidente, se volviéron á la primera acusacion de la pretension del Reyno, y así decian: Si á tal Hombre como á este das libertad, argumento claro es que no eres amigo del César, porque todo hombre que pretende hacerse Rey, es contrario al César: no te mueve (como si dixera) que es blasfemo contra Dios, á lo ménos débete mover que es traydor contra el César: tú eres Ministro del César, en su nombre gobiernas esta Provincia, para eso estas en la Ciudad, para defender su jurisdiccion y autoridad, y amplificarla. Bueno es que nosotros, con zelo de hacer servicio al Emperador, y mostrarnos leales á su Corona, te entreguemos este Hombre, aunque es nuestro natural, y que tú quieras defenderle y sustentarle; nosotros le darémos á entender quáles son los Ministros que tiene, y de quien está confiado:

(1) Joann. 19. n. 12.

(2) Joseph lib. 18. Antiq. c. 17. & Euseb. l. 2. Histor. Eccles. c. 7.

(3) Joann. 19. n. 13.

(4) Luc. 23. n. 24.

Estas y semejantes razones decian á voces en los oidos del Presidente, el qual como mal Ministro y flaco Juez; temió mas perder la amistad del César, que no la de Dios; y por eso le castigó Dios por medio del mismo César (2), quitándole el cargo, y la vida. Pues como oyese (3), y considerase estas postreras palabras de la amistad del César, hiciéron tanta fuerza en él, que le acabáron de rendir: porque (4) eran grandes las voces que daban, pidiendo que fuese crucificado, y sus voces iban creciendo, y prevalecian; y así se determinó Pilatos de condescender con ellos, y venir en lo que le pedian.

(5) Joann. 19. n. 14.

CAPITULO XXV.

Da Pilatos sentencia de muerte contra el Salvador.

TUrbado Pilatos con las voces de los Judíos, y con el temor del César, le pareció, que era mas fácil atropellar con la humildad y silencio del Salvador, que no con el furor y osadía de sus acusadores; y así se determinó de dar sentencia contra el Salvador, y contentar y quitar con esto á los Judíos. Serian poco mas de las diez y media, ó cerca de las (5) once del dia, conforme á nuestra cuenta, quando Pilatos acabó de rendirse y tomar esta resolucion, y así empezó desde entónces á hacer como

por

por cumplimiento todas las ceremonias necesarias para concluir este proceso, y dar esta sentencia con la solemnidad que las leyes y la costumbre requerian.

Porque primeramente se sentó (1) *pro Tribunali* en aquel lugar, que en Griego se llamaba *Lithostrotos*, y en Hebreo *Gabbatha*. Era este Tribunal alto y eminente, (que eso significa *Gabbatha*) y estaba el suelo de él curiosamente compuesto con piedras menudas de varios colores, que representaban riqueza y magestad, lo qual llaman los Griegos *Lithostrotos*. Estaba arrimado á la pared del Pretorio por la parte de fuera, y descubierto y patente á toda la Plaza, y que se podia subir á él por dentro del Pretorio tan solamente. Sacó (2), pues, Pilatos al Salvador fuera; conviene á saber, fuera del Pretorio, donde le habia preguntado, á este lugar, y sentóse en él *pro Tribunali*, á vista de todo el Pueblo de los Judíos que allí estaban; y para mostrarles quán fuera de propósito y sin causa se habian alborotado, les dixo (3): *Ecce Rex vester*. Mirad como si dixera: A que hombre acusais de que se quiere hacer Rey, que ni tiene talle de Rey, ni aun apénas figura de hombre. Y como ellos respondiesen que se le quitase delante y le crucificase, replicó Pilatos, como jugando y riéndose de ellos: ¿Pues á vuestro Rey tengo de crucificar? Esto es: ¿Habeis de sufrir y pasar por tanta injuria, que se diga que yo he puesto en una Cruz al que se hacia vuestro Rey? Y ellos concluyéron diciendo, que ni le reconocian, ni querian por Rey, ni tenian otro Rey sino al César: Y esto es lo que parece que significaban estas demandas y respuestas, conforme á la letra de la Historia que pasaba en lo de fuera.

(1) Joann. 19. n. 13.

Pero si queremos mirar al secreto misterioso, que estaba encerrado en ella, hallarémos que aquí se trataban dos causas diferentes. La primera, era contra el Salvador, sobre si habia de ser crucificado ó no; y todo el peso de esta causa estrivaba en si era el Salvador blasfemo contra Dios, ó traydor contra el César, que fuéron los dos artículos de su acusacion; de los quales ya por tres veces le habia dado por libre el Juez, y testificado públicamente su inocencia. La segunda causa, era contra aquella República y Pueblo Judayco, sobre si habia de ser reprobado y castigado; y que de allí adelante ni fuese, ni se dixese Pueblo de Dios. Y todo el

(2) Joann. 19. n. 13.

(3) Joann. 19. n. 14.

el punto de este negocio consistia en recibir á Jesu Christo, nuestro Señor por su Rey y Mesías, ó desecharle y negarle: porque como estaba escrito en (1) Daniél, no habia de ser mas Pueblo suyo el que le habia de negar. Y así como el Pueblo de los Judíos se valió en su causa del Presidente de los Romanos contra el Salvador; así Dios nuestro Señor se sirvió en la suya del mismo Presidente contra los Judíos, haciéndole testigo de su inocencia, y pregonero de su Reyno, y poniéndole en la boca las palabras y razones, que por ventura él no entendia quando las decia.

(1) Dan. 9. n. 26.

(2) Joann. 19. n. 14.

Estaba, pues, el Presidente sentado *pro Tribunali*, y á punto de dar en estas dos causas la sentencia difinitiva; aunque es verdad que en el discurso de la Pasion varias veces se habian declarado los Judíos, acusando al Salvador, pidiéndole para la muerte, escogiendo á Barrabas ántes que á él, resistiendo al Juez siempre que volvia por su inocencia, y alborotándose y haciendo amenazas, quando sentian que le queria dar libertad: con todo eso ordenó Dios, justísimo Juez, que se ratificasen y confirmasen públicamente en su dicho, ántes que se cerrase el proceso contra ellos; y como negocio tan grave, y de tanto peso, se hizo esta accion con toda la solemnidad posible: porque estando allí el mismo Señor presente por su persona, y todo el Pueblo de los Judíos, con sus Cabezas; esto es, con los Pontífices, Jueces y Ministros en la Plaza pública de la Ciudad de Jerusalen, siendo cerca del medio dia, en la fiesta solemnísima de la Pascua, que juntamente era víspera, ó preparacion (que llamaban (2) Parascevé) del Sábado siguiente, habiendo concurrido innmerable gente de toda la tierra: el Presidente de las Romanos Poncio Pilato, estando sentado *pro Tribunali*, en voz alta, clara é inteligible les protestó, diciendo: *Ecce Rex vester*: Veis aquí á vuestro Rey, á vuestro Mesías, al que vuestra Ley promete, profetiza y figura. El dice, que su Reyno no es de este mundo: mirad si quereis creerlo, confesarle y recibirle. Y si aun teneis algun temor de él, que quiera alborotaros y hacerse Rey con tiranía, y usurpar con violencia el Reyno de este mundo: mirad como está tan castigado y humillado. ¿Estais contentos de lo que se ha hecho contra él, ó porfiais todavía en que pasemos adelante? Ellos que veian que todo iba ya de ceremonia y cum-

cumplimiento, daban voces diciendo: *Tolle, tolle, crucifige eum*: quita, quita á ese Hombre de delante, no hay para qué hacer requerimientos, acorta los plazos, ahorra de estas tardanzas, excusa las dilaciones, crucifícale luego. Replicó á esto Pilatos: *Regem vestrum crucifigam*? Todo fué darles mas tiempo y espacio para pensar mejor lo que habian de responder, y moverles, siquiera por verguenza, á desistir de su demanda. ¿A vuestro Rey (dice) tengo de crucificar? ¿Aquel, que, querais ó no querais, se convence de vuestras Profecías, y de las señales de vuestras Escrituras, que es vuestro Rey y Mesías? Y que quando no lo sea, por lo ménos ha tenido el nombre y apariencia de ello: ¿y quereis con todo eso, con deshonor é infamia vuestra, que yo le crucifique? ¿y que diga todo el mundo que condenáron los Romanos al Rey de los Judíos á muerte tan infame y afrentosa? Todo esto les quiso decir en aquella pregunta: *Regem vestrum crucifigam.*

Pero los Pontífices y Sacerdotes (1), que quanto mas sábios, tanto estaban mas apasionados, y quanto mayores, tanto mas libres y atrevidos, sin verguenza, ni temor de Dios, respondiéron: No tenemos otro Rey sino al César. Debiéron entender, pues eran sábios, que si ya les falta el Rey natural, y no tenian otro sino al César, que era ya llegado el tiempo, segun las Escrituras, que estaba entre ellos el prometido Rey Mesías; mas como ciegos y apasionados, no quisiéron recibir el Rey que Dios les enviaba para darles eterna libertad, y condenáronse de su voluntad, y por su boca á perpetua servidumbre de Reyes Extrangeros. (1) Joann. 19. n. 15.

En esta sazon (2), y estando el Presidente *pro Tribunali*, á punto de dar la sentencia, le vino un recaudo de su muger, en que le pedia muy encarecidamente, que no se arrojase á condenar aquel Hombre justo. y la razon fué que habia tenido aquel mismo dia muchas visiones por esta causa, de que habia quedado muy atemorizada y congojada. Qué fué lo que vió, y si tuvo estas visiones por obra del buen espíritu, ó del malo, no lo dice el Evangelio. Muchos de los Santos Padres afirman que Dios nuestro Señor le envió estas visiones para dar testimonio de la inocencia del Salvador, y ayudar y esforzar la buena voluntad que tenia el Juez, por medio de este aviso de su muger, á la qual le fué mostrado como aquel Hom-

(2) Matth. 27. n. 19.

Hombre era Santo y Justo, (y aun por ventura tambien que era Hijo de Dios) y las grandes calamidades que habian de venir sobre aquella Ciudad y moradores de ella, por la envidia y aborrecimiento con que le pedian la muerte, y empezó á temer, que del castigo de los acusadores le alcanzase buena parte á su marido, que era el Juez, y así le dixo: *Nihil tibi, & justo illi, multa enim passa sum hodie per visum propter eum.* Mira que te ruego y te aviso que no tengas parte en la condenacion y muerte de este Justo, porque te hago saber que son muchas las penas y congojas que yo he padecido por respeto de él, por cosas que he visto, y que se me han mostrado por visiones.

Y no quiso el Señor mostrar esta vision al mismo Presidente, porque, ó no la creyera, teniéndola por sueño vano, ó no la publicára, ni la dixera, ó no se la creyeran: porque como le sentian inclinado á favorecer al Salvador, podian decir que fingia revelaciones por librarle; pero la buena muger tuvo la vision, y padecio mucho con ella, y no dudó de creerla, ni tuvo corazon para callarla; y llena de temor y sobresalto envió el recaudo á su marido estando *pro Tribunali* y en la mayor fuerza del negocio, y procuró inclinarle á no dar la sentencia, poniéndole miedo de que por esta causa él podia venir á padecer, y moviéndole á compasion de lo que ella habia padecido. Y como Pilatos habia de reparar por fuerza en el recaudo, y tener sobre él algunas demandas y respuestas, luego entenderia el Pueblos lo que era, y se derramaria por toda la Ciudad lo que habia visto la muger del Presidente en favor del Salvador, el qual fué tambien un ilustre testimonio de su inocencia, para poner en mala fe á los que le aborrecian y acusaban.

Algunos piensan que fué el demonio el que la espantó con estas visiones, para estorbar por este camino la muerte del Salvador, la qual barruntaba ya que habia de ser la ruina total de su Reyno; ¿pero cómo se puede pensar que procurase el demonio por una parte estorbar la muerte del Señor, espantando á esta muger con visiones, y que por otra incitase los ánimos de los Judíos á que la pidiesen con tanta instancia y furor? Porque si el demonio quisiera atajar esta pasion, é impedir esta muerte, ¿qué otro

ca-

camino mas breve, ni medio mas fácil pudiera tomar que mover á compasion los ánimos de los Pontífices y Sacerdotes, pues era tan Señor de ellos? Porque como ellos desistieran de la acusacion, acabado estaba el negocio con el Presidente; pero quando fuera así, que estas visiones hubieran sido por obra del espíritu malo, tambien cedia en gran manera en honra y gloria de Christo nuestro Señor, porque de tal manera fué condenado, que todos diéron testimonio de su inocencia y justicia, no solo los hombres, (como fué el Juez que le sentenció, y su muger que le envió el recaudo, y el Centurion y Soldados que le crucificáron) sino tambien los elementos que se alteráron, y aun hasta los mismos demonios del Infierno, si es así que se lo pusiéron á esta muger en la cabeza.

Solo los Sacerdotes y el Pueblo, incitado por ellos; perseveraban en su dureza y pertinacia (1); y viendo Pilatos que ninguna cosa aprovechaba, sino que ántes iba creciendo el alboroto, pidió agua, y lavóse las manos delante de todo el Pueblo: lo qual hizo así, ó para hacerles reparar mas y considerar mejor lo que pedian y el cargo que tomaban sobre sí, ó conformándose en esto con la ceremonia que usaban los mismos Judíos quando querian salirse afuera de algun negocio, ó protestar de su inocencia en algun delito, particularmente en el derramamiento de sangre, ó muerte de algun hombre (2), segun que estaba escrito en su ley; y para declararse mas, y que no pudiesen ignorar lo que pretendia con aquella ceremonia, les dixo (3): Yo no tengo culpa, ni quiero tomar sobre mi conciencia la muerte de este Hombre Justo: vosotros mirad bien lo que os conviene, porque sobre vosotros irá, y á vuestro cargo será lo que se hiciere. Este fué el postrer testimonio que dió Pilatos en la causa del Salvador, por el qual, con pública y solemne ceremonia le absuelve y da por justo ántes que le condene, y estando para le condenar, declara su justicia é inocencia. ¡Nueva manera, y nunca oida de dar sentencia! Porque los demas Jueces dicen, que por los méritos del proceso fallan que deben condenar, y condenan, &c. y Pilatos estando *pro Tribunali*, se lava las manos y dice que halla que debe absolver, y que no debe condenar, y con todo esto conde-

(1) Matth. 27. n. 24.
(2) Deuter. 21. n. 4.
(3) Matth. 27. n. 4.

na. Pues luego miente quando dice que está inocente y sin culpa en la muerte de este Justo; porque no es posible que (1) Matth. 27. n. 25. esté sin culpa el Juez que da sentencia contra quien sabe y consta del proceso que no la tiene.

¡O injusto é iniquo Juez, que juzgó contra su juicio, y sentenció contra su voluntad, y se determinó en lo que no juzgaba, y mandó executar lo que no queria! ¡Hombre fingido y doblado, que quiso cumplir con Dios y con el mundo, y disimular la ambicion y temor humano que tenia dentro con lavarse las manos por defuera! ¡O, Pilatos! ¡pluguiera á Dios, que tú solo fueras el Juez que temiese mas al César que á Dios! ¡y que tú solo fueras el que mirase mas á las voces, y rumor del Pueblo, que á la justicia y á la verdad! ¡y que fueras tú solo tambien el que quisiese cubrir la mala vida, y las malas obras con buenas apariencias! Pero poco sirve lavar las manos por defuera, y glosar las malas obras con buenas palabras, habiendo de ser juzgados de aquel Señor, que hace tan poco caso de palabras, y dice que ha de juzgar segun las obras.

Mas al fin Pilatos quiso lavar sus manos de esta Sangre del Redentor, y los Judíos, como bestias sangrientas, pedian que les cayese toda sobre sus cabezas; y así quando lavándose las manos dixo (1): Yo estoy inocente, y me salgo afuera de la Sangre de este Justo, respondió todo el Pueblo diciendo: Su Sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos y descendientes: que fué tanto como decir, que en aquella muerte no tenia culpa ninguna, y que si alguna habia, ellos la tomaban sobre sí, y se obligaban por *sí*, y en nombre de sus hijos á pagar la pena de ella. Habiendo, pues, consentido con tanta publicidad y solemnidad, y despues de tantos requirimientos el Pueblo de los Judíos en la pena que merecia la muerte tan injusta del Salvador, y habiendo señalado por su boca el Juez que la habia de executar; conviene á saber, el Emperador Romano, (pues no quisiéron otro Rey sino á él) entónces se concluyó el proceso, no ménos contra ellos que contra el Salvador: porque ellos quedáron sujetos á la pena que merecian, y así la pagáron despues, siendo destruido su Templo y su República por los Emperadores Romanos: y los que habian sido hasta en-

entónces árboles plantados en la heredad del Señor, escogiéron por su Rey á un espino, ó cambronera, qual era el Emperador Gentil, y salió fuego de él, (como estaba escrito) (1) que los abrasó á todos. Y porque desecháron (como dice Isaías) (2) las aguas de Siloe, que van con silencio; esto es, el Imperio de Christo, humilde y quieto, y escogiéron al Emperador Romano, como á rio grande y caudaloso, traxo Dios sobre ellos muchas avenidas, y poderosas, (que fué el Exército de los Romanos) que los destruyesen y anegasen, y ellos quedasen derramados, abyectos, é infames, sujetos á los extraños, sin tener en todo el mundo un palmo de jurisdiccion, pues en la causa del Salvador usáron tan mal de ella.

Y Pilatos, no quedándole ya otra ceremonia, ni solemnidad que hacer, dió la causa por conclusa; y queriendo satisfacer al Pueblo (3) mas que á la verdad, y que á su propia conciencia, juzgó que se debia executar lo que pedian, aunque no lo probaban, ni daban razon de ello, y pronunció por sentencia, que debia condenar, y condenaba á Jesus Nazareno á que fuese llevado por las calles públicas, con voz de pregonero, que declarase su delito, al lugar donde los malhechores y delinqüentes suelen ser justiciados, y allí desnudo de todas sus vestiduras, fuese enclavado (1) Jud. 9. n. 15.
en una Cruz con clavos en los pies y en las manos, y así enclavado estuviese penando, (2) Isai. 8. n. 6.
hasta que naturalmente muriese: esto, atento á que habia sido acusado de blasfemo, y sedicioso, y que alborotaba el Pueblo, nombrándose Rey de los Judíos.

Corrió luego la voz por toda la Ciudad, de la resolucion que habia tomado el Presidente, y la sentencia que habia pronunciado, y como sacaban á crucificar á Jesus Nazareno: aquel que habia estado en opinion de grande Santo, de gran Predicador y de gran Profeta: aquel que habia sanado los enfermos, curado los endemoniados y resucitado los muertos. La confusion y alboroto de la Ciudad, ¿quién la podrá declarar, y los varios pareceres, que sobre este negocio se (3) Marc. 15. n. 15.
platicaban? ¿La tristeza, y desmayo, que cayó en los corazones de los Discípulos, y aficionados del Salvador? ¿Y por el contrario, la alegría de los enemigos y acusadores, como quien habia salido con su intento, y alcanzado una grande

victoria? Lo qual fué tanto para afligir el corazon del Señor, quanto lo suele ser verse uno vencido de sus enemigos, contra razon y justicia; y fué tan grande este dolor, que no quiso callarlo el Espíritu Santo por los Profetas; y así dixo uno de ellos: Mis (1) enemigos se hiciéron á una contra mí, y se alegráron con mis calamidades y trabajos: sobre mí lloviéron azotes, sin saber yo, ni entender la causa.

(1) Psalm. 34. n. 19.

Y en otra parte parece que por sola esta causa pide al Eterno Padre la Resurreccion de su Cuerpo: Alumbra (2) (dice) mis ojos, destierra con tu resplandor mis males, porque no me quede dormido en la muerte, y porque no pueda mi enemigo decir en ningun tiempo: Prevalecido he contra él: los que me afligen se regocijarán, si me vieren ya para caer, pero yo espero siempre en tu misericordia; y por ser ocasion esta de mucha turbacion para el corazon humano, previno el Salvador especialmente de ella la noche ántes á sus Apostoles, animándolos con la esperanza de su Resurreccion, quando les dixo (3): Digoos de verdad, que vosotros lloraréis, y el mundo se regocijará, y vosotros estaréis tristes y afligidos; pero vuestra tristeza se volverá en gozo, porque yo os volveré á ver otra vez, y se alegrará y regocijará vuestro corazon y vuestro gozo ninguno le podrá quitar de vosotros.

(2) Psalm. 12. n. 5.

(3) Joann. 16. n. 20.

CAPITULO XXVI.

Sacan á crucificar al Salvador con su Cruz á acuestas.

Dada por el Presidente la sentencia contra el Salvador, se la notificaria alguno de aquellos Ministros, y él la aceptaria por la obediencia de su Padre, con aquella humildad y caridad con que la aceptó en el primer instante en que fué concebido, diciendo lo que en su nombre estaba escrito en el Psalmo 39. *Deus meus volui, & legem tuam in medio cordis mei.*

En este Psalmo (4), en persona del Salvador, se dice así: *Sacrificium, & oblationem noluisti, aures autem perfecisti mihi*; ó como dixo San Pablo (5): *Corpus autem aptasti mihi. Holocaustum, & pro peccato non postulasti, tunc dixi: Ecce venio. In capite libri scriptum est de me, ut facerem voluntatem tuam: Deus meus volui, & legem tuam in medio cordis mei*; esto es: Ofrendas y sacrificios no los quisiste, y por eso me diste á mí este Cuer-

(4) Psalm. 39. n. 7.

(5) Ad Hebreor. 10. 5.

Cuerpo: conviene á saber, para ofrecerte en él agradable sacrificio. Holocaustos y sacrificios de los que se suelen ofrecer por algun pecado, no los deseaste, ni pediste, entónces dice: Ahora vengo yo á muy buen tiempo. En el principio del libro está escrito que yo habia de ser muy gran cumplidor de tu voluntad: así lo quiero yo, Dios mio, y tu mandamiento (aunque sea de morir) lo tengo yo en mitad de mi corazon. Esto está escrito en aquel Salmo, y no se puede dudar, sino que en esta hora estuvo lleno el corazon del Señor de muy fervorosos afectos de profundísima obediencia, y ardentísima caridad de Dios y de los hombres, y se puede considerar que diria: Para esto, Padre mio, naci, y para esto viene al mundo, no á buscar mi descanso, ni mi gloria, sino la tuya, y la salud de las almas, que tú me encomendáste. Los hombres eran los reos, los acusados, y los que habian de ser condenados en tu justísimo Tribunal; y por librarlos Yo de la justa y rigurosa sentencia, que en él habian de oir, me he presentado como reo, y culpado en el suyo, que es injusto, para ser condenado en él, como lo soy. Recibid, Padre Eterno, esta sentencia en cuenta de la que vos habiades de dar contra ellos; y pues Yo soy condenado por ellos, siendo inocente y justo, sean ellos libres y absueltos por mí, aunque sean culpados y pecadores.

Habiendo, pues, concluido Pilatos con lo que era de su oficio, se retiró á su casa, dando lugar á la execucion de los Ministros. Los Sacerdotes daban órden, como se publicase por toda la Ciudad, y se diese aviso á los vecinos, y á los forasteros, que habian venido á celebrar la Pascua, como el Presidente, convencido despues de mucha informacion de los embustes y delitos de aquel Hombre, le mandaba crucificar con otros dos Ladrones; y con esto el concurso de la gente á las casas del Presidente seria extraordinario, deseando todos ser testigos de suceso tan notable. Y como ya estaba ausente el Juez, los Ministros se entregáron en el Reo sentenciado; y esto significó el Evangelista, quando dixo (1): *Susceperunt autem Jesum*: Recibiéron á Jesus; esto es, los que habia de executar la sentencia, se apoderáron de él, y recibiéronle como estaba escrito en el Salmo: *Susceperunt me, sicut leo paratus ad prædam.*

(1) Joann. 19. n. 16.

(2) Psalm. 16. n. 12

Y lo primero que hiciéron fué (1) desnudarle la clámide, ó púrpura, que le habian puesto por escarnio, renovando las injurias y descortesías, y descubriendo otra vez aquel Cuerpo virginal, todo sangriento y señalado con tantos cardenales. Esta púrpura con que el Señor fué escarnecido, rubricada con su Sangre, nos la dexó el Señor por una rica herencia, y por eso quiso que se la quitasen á él, porque nosotros nos quedásemos con ella, y nos honrásemos, y preciásemos de ella (2), deseando pasar injurias, falsos testimonios, afrentas, y ser tenidos y estimados por locos, por desear parecer, é imitar en alguna manera á nuestro Criador y Señor Jesu-Christo, porque esto es vestirse de su vestidura y librea, de la qual se vistió él por nuestro mayor provecho espiritual, dándonos exemplo, que en todas las cosas á nosotros posibles, mediante su Divina gracia, le queramos imitar y seguir, como quiera que él sea el camino que lleva los hombres á la vida.

(1) Matth. 27. n. 31. Marc. 15. n. 20.

(2) S. P. Ignat in Examine, c. 4. §. 44.

(3) Matth. 27. n. 31. Marc. 15. n. 20.

La Corona no dice el Evangelio que se la quitasen, y así parece que se quedó con ella, para ir coronado como víctima agradable á la Ara de la Cruz; ni era razon que le quitasen la Corona al que era Rey Eterno, y de todos los siglos. Y si la púrpura se la quitáron para vestir y honrar su Cuerpo místico, la Corona se habia de quedar fixada en él, como en quien era la Cabeza de este Cuerpo.

Despues de haberle quitado la púrpura, le volviéron (3) á vestir de sus vestidos, buscando en esto su mayor deshonra, y que fuese mas conocido por ellos, quando le llevasen al suplicio. La púrpura se la pudiéron quitar fácilmente, porque (como diximos) era una vestidura como capa abierta por delante; pero la túnica inconsútil, que era toda cerrada, y se habia de vestir por la cabeza; ¿quién dirá con la poca piedad, y mucha crueldad con que aquellos verdugos se la vistiéron? Porque la vestidura se asiria de las espinas, y ellos con estirones la procurarian poner en su lugar, renovando agudísimos dolores, porque se meneaban las espinas que estaban hincadas, y se hincaban otras de nuevo en la cabeza. Todo esto se debio de hacer en el patio del Pretorio, donde los Soldados habian escarnecido al Señor; y á la puerta de él estaba aparejada la Cruz, tan grande

y

y tan alta, que al que era de tan grande estatura lo habian de poner en ella, como él mismo lo dixo (1), levantado en lo alto de la tierra.

Y aunque es verdad que habian dado libertad á Barrabas (2), que era ladron, homicida y sedicioso, quedábanles en la cárcel otros dos ladrones merecedores de muerte, los quales determináron crucificar en compañía del Salvador. Debiéron de solicitar aquesto los Judíos, y vendria de buena gana en ello el Presidente. Lo primero por hacer mas solemne este acto de justicia, y dar al Pueblo que habia concurrido, un espectáculo tan notable: y lo segundo, para mayor infamia y deshonra del Salvador, y para disimular, y encubrir mejor la malicia y pasion con que se habia procedido en su causa, haciéndola una misma con la de los ladrones, y pretendiendo que pensasen y se persuadiesen todos, que con la justicia, que eran condenados ellos, era tambien condenado él; y sirvióse Dios de sus dañadas intenciones, para hacer mas ilustre exemplo de humildad de su Hijo, y (como notó (3) San Marcos) para cumplimiento de la profecía de Isaias, que dice: *Et cum sceleratis reputatus est*. Estaria por ventura la cárcel pública junto á las casas del Presidente; y traxéron estos ladrones del lugar donde estaban presos al patio del Pretorio, donde los aguardaba el Salvador, el qual los miró, y recibió con la benignidad y agrado que siempre recibia á los pecadores, á aquellos principalmente que habian de ser compañeros de su deshonra y tormento; y ellos empezarian por ventura á blasfemarle desde luego con impaciencia de su pena, y con desden y desprecio del Señor, viendo que solamente por calificar su deshonra, se les anticipaba á ellos su castigo, y los sacaban en aquel dia tan solemne, y en su compañía.

Todas estas prevenciones se hacian en los ojos de la Vírgen, la qual sabia muy por menudo las cosas que pasaban, y oia el ruido y voces de la gente que concurria y veia lo que desde lugar decente y algo apartado se podia ver. Las santas Mugeres, que estaban en su compañía, viendo la buena voluntad que Pilatos habia mostrado, la resistencia que hacia á los Pontífices y al Pueblo, y los medios que ponia para librar al Señor, habian concebido esperanza de mejor suceso: mas

(1) Joann. 12. n. 32.

(2) Luc. 13. n. 25.

(3) Marc. 15. n. 78.

quando viéron rendido al Juez, y la sentencia dada y publicada, y que se iba de hecho executando; ¿quién dirá el dolor de su corazon, y las lágrimas que se renováron en sus ojos? Pero la Vírgen Santísima, que sabia mejor que ellas todo lo que habia de suceder, y estaba apercibida para este trance tan acerbo y riguroso, no hizo, ni dixo cosa que no fuese de suma magnanimidad y modestia, esforzándola el Espíritu Divino, y acrecentándole las fuerzas, como lo pedian las ocasiones; y aunque atravesada de agudísimo dolor, pero prevenida de la Divina gracia, y enseñada de Dios, que le guiaba al Santo Monte á ser participante mas de cerca de las afrentas y tormentos de su Hijo, determinó de ponerse en parte donde pudiese verle, y ser vista de él quando pasase: y así con maravillosa constancia y valor, se adelantó con su santa compañía, y se puso en el lugar que deseaba.

Estaba fuera de la Ciudad un collado pequeño, que cae entre la parte Septentrional, y Occidental del Monte Sion, sobre la mano izquierda, como se sale por la puerta que llamaban Judiciaria, que estaba ácia la misma parte Occidental de la Ciudad. Este lugar estaba diputado para hacer justicia de los malhechores, y por eso estaba fuera de la Ciudad, por quitar á los moradores el horror de los cuerpos muertos de los condenados: y no estaba muy léjos de ella (1), porque pudiesen sin mucho cansancio hallarse presentes al castigo de los malhechores, que es cosa que por el exemplo y escarmiento comun se suele procurar en las Ciudades. Y los que han medido esta Tierra Santa, y nos han dado relacion de ella, dicen (2), que dista este Monte de la Ciudad quinientos pasos, y de las casas de Pilatos mil trescientos y veinte y uno. Este lugar en la lengua Hebrea vulgar, se llama Golgotha, que es lo mismo en latin, que decir *locus Calvariæ*; y en Romance, el lugar de las Calaveras, que por abreviar llamamos comunmente Calvario: y llamábase así, ó porque allí se degollaban los malhechores, y las cabezas de ordinario no se enterraban, ó porque allí se quedaban los cuerpos de los ajusticiados, hasta que consumidos del tiempo no quedaban mas que los huesos, y por una causa, ó por otra, aquel lugar estaba lleno de calaveras.

(1) Joann. 19. n. 20.

(2) Adricomius in Theatr. Terr. S. in Descrip. Jerus. n. 118.

(*) Y no es bien pasar en silencio, que fué tradicion de los Hebreos, y opinion recibida de graves Autores y Doctores Santos, que en aquel lugar estaba enterrado el cuerpo del primer hombre, y Padre de todos Adan, y que allí estaba su cabeza, de la qual (por ser tan insigne) tomó nombre todo el collado, llamándose Golgotha, ó *Calvariæ locus*. Y si esto fue así, (que no todos lo admiten) no sin misterio y particular providencia de Dios, vino á morir el segundo Adan, donde estaba enterrado el primero; y se dió principio á la vida, donde estaba el cuerpo del que fué orígen de nuestra muerte; y cayó la Sangre del Hijo de Dios sobre la cabeza de aquel, que por serlo del Género Humano, comunicó á todos sus hijos la culpa que habia de ser lavada con esta Sangre. De qualquiera manera que esto sea, el lugar era infame, tenido por inmundo entre los Judíos, y por abominable para todos; y en este determináron de crucificar al Salvador, castigándole como á malhechor en compañía de otros, igualándole en todas las cosas con ellos, para que fuese mayor su deshonra, llevándole por las calles públicas y acostumbradas al mismo lugar donde ajusticiaban los otros malhechores; y así se cumplió (como notó San Pablo) (1) lo que en figura se mandaba en el Levítico, que del Becerro, que se sacrificaba por algun pecado, la sangre se llevase al Tabernáculo y Santuario, y el cuerpo para ser quemado fuera de los Reales. Por lo qual (dice) Jesus, Salvador nuestro, para santificar con su Sangre al Pueblo, padeció tambien fuera de la puerta de la Ciudad.

Et eduxerunt eum (2). Apercibidas todas estas cosas, le sacáron á crucificar, y sacáronle con toda la solemnidad que á otros condenados: y mayor por las circunstancias particulares que concurrian en él. El concurso de la gente por las calles era extraordinario, porque el Señor era muy conocido por toda la Tierra: y por causa de la Pascua estaba llena de forasteros la Ciudad de Jerusalen. Todos hablarian del caso, por haberse procedido en él con tanta violencia, publicidad, y darian varios pareceres, unos excusando, y otros condenando la Persona del Salvador, arrimándose al de sus Letrados y Sacerdotes. Las olas de la gente serian grandes de los que iban, y venian á casa del Presidente y traian la

(*) Orig. tractat. 33. in Matth. Cypria. Serm. de Resurrec. Athan. Serm. de Pasione & Cruce. Ambr. lib. 10. in Luc. Bas. in c. 5. Is. Ephes. hær. 46. Chrys. Homil. 84. in Joann. Augus. sermon 71. de Temp. & lib. 16. de Civ. c. 32.

(1) Ad Hæbr. 13. n. 11.

(2) Joann. 19. n. 16.

la voz de que ya le sacaban, deseando todos ser los primeros que le viesen salir en hábito (á su parecer) tan miserable.

Salió, pues, el Señor de las casas del Presidente, y gran tropel de gente con él: iba en poder de los Verdugos, y Ministros, que le tiraban por la soga que llevaba á la garganta, y debióle de recibir la gente que estaba á la puerta, y en la Plaza, con el ruido y murmullo, que en semejantes ocasiones suele haber, mirándole todos curiosamente al rostro, y notando por menudo el gesto y semblante que traia, el qual era tal de la Sangre y de los golpes y salivas, que habia bien que notar en él, y estaria tan demudado que apénas le conocerian los que hubiesen tratado y conversado con él.

La Cruz en que le habian de poner se la tenian aparejada fuera de la puerta de las casas de Pilatos, á distancia de veinte y seis pasos, que seria el espacio conveniente para ponerse en órden aquella procesion. La Cruz dicen que tenia quince pies de altura, y el madero que atravesaba ocho, y el grueso de ella seria tanto, quanto en buena proporcion pedia su grandeza, y quanto era menester para sustentar un Cuerpo de tan buena estatura. Esta Cruz tan grande, y tan alta seria lo primero que vió el Salvador luego que salió de la puerta, y en ella reconoció las armas de su victoria, el Cetro de su Reyno, el Trono de su Magestad, y el Tribunal de su clemencia: y la llave con que habia de abrir las puertas del Cielo.

Y luego que llegó á ella, aquellos Ministros bárbaros, y en quien no parece que habia quedado rastro de humanidad, se la mandáron tomar sobre sus hombros, y que por sí mismo se la llevase hasta el lugar donde habia de ser enclavado en ella. O nueva manera de execucion de sentencia, que el condenado lleve acuestas su Cruz, y el que ha de morir lleve el instrumento de su muerte! A los hombres perversos y facinorosos, quando los llevan al suplicio, les esconden el cuchillo ó instrumento que les ha de quitar la vida, por no lastimarlos con la vista de él; y al que á todos nos da la vida, le hacen ver, abrazar, y llevar sobre sus hombros el madero de su muerte, en que le han de clavar; mayormente siendo tan grande y tan pesado, que apénas un hombre sano y robusto lo pudiera bien sufrir, quán-

¿quánto ménos podia el que siendo por su complexîon tan delicado, estaba tan gastado y consumido?

Bien pudo ser (como algunos dicen) que fuese costumbre, y estilo ordinario llevar los condenados las cruces en que habian de ser crucificados; y á esto parece que alude la sentencia del Salvador; El que quisiere venir en pos de mí, tome su Cruz, y sígame: porque ¿para qué les habia de mandar tomar sus Cruces, sino por ser costumbre llevarlas los que habian de ser crucificados en ellas? Y si esto era así, no solo fué gran crueldad hacérsela llevar al Salvador, y sustentar aquel peso al que apénas podia sustentarse á sí, sino tambien fué sumo desprecio: porque siendo la Cruz cosa tan infame y abatida, y que no la llevaban sino los que habian de ser puestos en ella, no les pareció que habia otro tan vil y despreciado como él, ni que pudiese, ó quisiese cargarse con ellá, sino solo él. No reparaban en su flaqueza, ni en su cansancio y fatiga, porque no hacian caso de él: solamente pretendian llevarle por las calles públicas á vista de todo el Pueblo, humillado y afrentado con carga tan infame, y que por esta señal de llevar la Cruz fuese conocido de todos, que él era el que habia de ser crucificado en ella. Abrazóla el Señor de buena gana, viendo y considerando las maravillas que habia de obrar por medio de ella; y tomó en ella sobre sus hombros la carga de nuestros pecados, que solo él la pudiera llevar, y levantó en alto el Cetro de su Imperio; y como dixo Isaias (1): *Factus est principatus super humerum ejus.* Su Reyno y su Imperio se cargó sobre sus hombros (2): *Et bajulans sibi Crucem exivit in eum, qui dicitur Calvariæ locum, &c.*

(1) Isai. 4. n. 6.
(2) Joann. 19. n. 17.

De esta manera empezó á caminar por las calles públicas de Jerusalen. Delante iba muchedumbre de Pueblo: despues los Sacerdotes, los Ancianos y Letrados, los Escribas y Fariseos, muy alegres de la victoria que habian alcanzado. Seguiríanse los Soldados y gente de guerra con sus armas: que si los lleváron para prenderle, mucho mejor los llevarian para crucificarle, temiendo siempre que sus Discípulos no moviesen algun alboroto en el Pueblo, para lo qual era bien estar apercebidos, y para qualquiera otra cosa que se ofreciese. Despues de estos iban los Verdugos y Ministros executores de Genti-

tiles, con los clavos, barrenas, sogas, martillos, y los demas instrumentos necesarios. A la postre iban los justiciados, que eran tres, dos Ladrones, y despues de ellos, como mas insigne, el Salvador, con su Cruz sobre los hombros, al qual seguia (1) mucha turba del Pueblo, y de mugeres que le iban llorando y lamentando, porque eran muchos los que le querian bien, y le tenian obligacion, por los beneficios que de él habian recibido. No faltaria en este acto tan solemne la voz del Pregonero, que fuese publicando como aquella justicia la mandaba hacer Poncio Pilato en aquel Hombre, porque era blasfemo contra Dios, y traydor contra el César, y tenia alborotado al Pueblo con sus embustes, y mentiras; y finalmente, se pregonarian del Señor tales delitos, que viniesen bien con la sentencia tan rigurosa, que en él se executaba. El ruido de las armas, y las voces de los Ministros serian muchas para hacer lugar, y hender entre la gente, la qual se llegaria á porfia, por ver de cerca el rostro al Salvador, corriendo por unas calles y por otras, y atajando los caminos para mirar otra vez al que habian conocido en estado tan diferente. De esta manera Cain, el hermano mayor, sacaba al campo á Abel para quitarle la vida.

(1) Luc 23. n. 27.

CAPITULO XXVII.

Encuentra el Salvador con su Santísima Madre, y llega al Calvario.

No fué el menor trabajo de este camino las injurias y baldones que decian los que estaban mirando por las calles y por las ventanas; y aunque los Sagrados Evangelistas no hablan de esto, pero la misma cosa da á entender lo que sucederia en tanta muchedumbre de vulgo: porque como oian pregonar tales cosas del Salvador, y se persuadian, que estaban bien probadas, los que no habian creido en él, se alegraban de ver declarada la verdad; y los que habian creido, se corrian de haber creido la mentira, y los unos, y los otros se vengaban con las lenguas, multiplicando injurias y oprobrios, y echando maldiciones á quien (á su parecer) tambien las merecia; y así se cumplió lo que tantos años ántes habia dicho el Profeta; *Adversum me loquebantur* (2), *qui sedebant in porta, & in me psallebant*

(2) Psalm. 68. n. 13.

bant qui bibebant vinum. Contra mí (dice) hablaban los que estaban asentados en la plaza, ó en la puerta de la Ciudad, y sobre mí hacian coplas, y decian donayres los que bebian vino, y otras muchas cosas que en aquel Psalmo dice á este propósito el Profeta.

El peso de la Cruz era muy grande, y las espaldas sobre que cargaba estaban abiertas y desangradas con los azotes; y por ser tan larga, era forzoso ir arrastrando con ella por las calles, y dando saltos en la desigualdad de las piedras; y con estos golpes y con los vayvenes que daria á un lado y á otro, era forzoso lastimarse mas el Cuerpo, y hincarse mas las espinas de la Corona en la cabeza. Todo esto, y la priesa y crueldad de los verdugos, fué causa de que á pocos pasos cayese el Salvador con la Cruz y debaxo de ella.

Habiase puesto la Santísima Vírgen en lugar acomodado para ver á su Hijo, y recibir este encuentro, que tanto dolor le habia de costar, muy cierta de la Divina gracia, con que habia de ser tan ayudada en esta ocasion, que no hiciese, ni dixese cosa indigna de su persona y de la luz y conocimiento que tenia de aquel misterio, y de la conformidad con que estaba sujeta á la voluntad de Dios; ¿pero quién podia estorbar el sentimiento, y el dolor? Y quando de léjos vió las armas, y oyó las voces de los que hacian levantar al que habia caido, y entendió los delitos que se pregonaban de su Hijo, ¿cómo pudo ser, que no atravesase un cuchillo de agudo dolor las entrañas de la Madre, y que no saliesen copiosas avenidas de lágrimas por sus ojos? ¡O Vírgen bendita entre todas las mugeres, y afligida sobre todas! ¿Por qué habeis dexado, Señora, vuestro amado recogimiento, y os habeis puesto al tropel de gente tan descortes y profana? Y si os trae el amor de vuestro Hijo, ¿por qué quereis dar y recibir aquese golpe, añadiéndole dolor con vuestra vista, y recibiéndole gravísimo por verle á él?

No tuvo la Vírgen por contrario á su recogimiento hallarse presente á aquel espectáculo, que era orígen de toda santidad, ni le sufrió el corazon dexar de ver aquella obra de Dios, que habia de ser despues por toda la vida materia de su contemplacion, é incentivo de su amor y caridad. Y haciendo Dios una obra como esta sobre la tierra, en la qual, mas que

en otra ninguna, descubria la grandeza de su sabiduría y de su poder y bondad, y la grandeza de su justicia y misericordia, y de su inmensa caridad; y habiendo allí tantos Jueces, ciegos y apasionados que no la entendian, ni estimaban, ni sentian de ella como era razon, no quiso la Divina Magestad que faltase allí aquella Vírgen y Madre suya, que sola ella la entendia y penetraba y sabia estimar, y ninguna otra criatura como ella; porque cada uno quiere que sus obras, si son de mucho primor, salgan á luz delante de quien las estima y entiende.

Pues estando esta Señora en tal lugar, y á vista de tal espectáculo, ¿qué olas y avenidas pasarian por su pecho virginal? ¿Y qué lágrimas correrian por sus sagrados ojos? Porque si ahora nos da saltos el corazon, y se nos erizan los cabellos de ver que llevan á morir por justicia un hombre extraño, que nunca conocimos, y nos falta el ánimo muchas veces para mirarle al rostro; ¿con qué esfuerzo dado del Cielo miró la Vírgen á su Hijo, que iba tan desfigurado, y atormentado á morir tan afrentosamente en la Cruz? Pero al fin le miró, y le miró de cerca, y el Hijo la miró á ella, que era su Madre; y los ojos de los dos se encontráron y quedáron atravesados los corazones de cada uno con el dolor y sentimiento del otro, y no ménos regalados con la vista y con la fidelidad y amor que reconoció cada uno en el otro. No se habláron palabra, porque la priesa no daba lugar; y aunque estuvieran muy de espacio, el dolor era tan crecido, que habia añudado sus gargantas, de manera que no daba lugar á poder formar la voz. Pero los que se quieren bien, con los ojos se hablan, y se dan á entender los corazones, principalmente siendo los ojos tan vivos y penetrantes como eran aqui los del Hijo y los de la Madre.

Porque entónces el Hijo vió aquella suspension y admiracion del alma de su Sagrada Madre, causada de ver la alteza de la Magestad de Dios, que con tanta luz conocia, y con tan viva Fe creia en la persona de Christo, tratada tan indignamente. Vió el agudísimo dolor de aquel corazon virginal, que tenia delante de sus ojos á su Hijo, merecedor de toda honra y regalo, puesto en suma deshonra y tormento. Vió aquel agradecimiento tan humilde y verdadero con que la Madre

agra-

agradecia al Hijo aquella Redencion tan copiosa y tan costosa que hacia del Género Humano. Vió aquel reconocimiento tan leal de la parte tan rica y aventajada, que á ella le cabia de esta Redencion. Vió aquella voluntad tan resignada, tan sujeta y tan conforme con la del Eterno Padre en caso tan dificultoso y tan repugnante á la naturaleza. Vió, finalmente, el Hijo Amantísimo aquellas lágrimas, aquel dolor y quebrantamiento de corazon de su Madre, nacido de amor y de compasion de sus males. Pues yendo el Señor rodeado de tan crueles enemigos, que (como estaba escrito) le (1) cerráron como toros gruesos (2), é hiciéron salto en él, como Leon que brama y hace presa; y que mirando á una mano y á otra, no halló quien le conociese, ni quisiese volver por él, ni salir á su defensa: no pudo dexar de consolarse, viendo tan cerca de sí á la que le conocia mejor que otra ninguna criatura, y sabia estimar la obra que hacia, y agradecer el amor que le traia en aquellos pasos, y le habia puesto peleando con sus enemigos en aquella estrechura.

Y la Madre por otra parte, que vió á su Hijo en tan grande afrenta y dolor, reconoció en él el amor tan encendido que ardia en su pecho para con Dios y para con los hombres, la voluntad tan conforme y sujeta al mandamiento de su Eterno Padre, el esfuerzo y alegría de su corazon, con que iba á padecer por los hombres, la Redencion del Género Humano, la renovacion del mundo, la abundancia de la gracia, y los inestimables premios de gloria y vida eterna que habian de resultar de aquella muerte temporal de su Hijo. Y con esta vista debió de crecer tanto en el conocimiento de aquella obra que hacia, y de aquella empresa que llevaba, que no se pudo contener, que no fuese tras él al Monte Santo á hallarse presente á aquel sacrificio que el Sumo Sacerdote habia de ofrecer, para aplacar la ira de Dios y reconciliar con él todos los hombres. Así caminaba el Salvador, el cuerpo inclinado con el peso de la Cruz, los ojos hinchados y como ciegos de las lágrimas y de la sangre, el paso lento por la flaqueza, las rodillas temblando, siguiendo á sus dos Compañeros en la pena, aunque muy desemejantes en la causa, con mofa y escarnio de los Judíos, con empellones y maltratamiento de los verdugos, y

(1) Psalm. 21. n. 13.
(2) Psalm. 141. n. 5.

y con lágrimas y lamentacio-
nes de las devotas y piadosas
mugeres. Y habiendo llevado su
Cruz para mayor afrenta por
todas las calles públicas de la
Ciudad, al salir de ella, en la
puerta que llamaban Judiciaria,
se dice, que cayó otra vez el
Señor, faltándole ya la fuerza
para poder pasar adelante con
tanta carga; y por eso en aque-
lla salida (1) tratáron de darle
(1) Matth. 27. n. 32. algun alivio, buscando quien
llevase la Cruz, hasta ponerla
en su lugar; y esto no por com-
pasion, (que en ninguna cosa
la tenian) sino por ver que el
Salvador no podia, y caminaba
muy de espacio, y cayendo á
menudo con la carga, y no so-
segaban hasta ver executada la
sentencia, temiendo siempre al-
guna novedad ó estorbo, ú de
parte del Juez, ú de la Turba,
ó por ir el Señor tan gastado, y
consumido, que pudiéron temer
no se acabase ántes de ponerle
(2) Matth. 27. n. 32. (como querian) en la Cruz. Por
esto, pues, buscáron quien se
la llevase; y como la carga era
(3) Marc. 15. n. 21. tan infame, y el llevarla era se-
ñal de haber de ser crucificado
en ella, no se hallaba nadie
(4) Luc. 23. n. 26. que quisiese ayudar en esto al-
Salvador.

En esta sazon halláron allí
(5) Luc. 23. n. 26. á las manos un hombre, que se
llamaba Simon (2), natural de
Cirene, Ciudad en Africa nom-
brada y principal, padre que
era de Alexandro (3) y Ruso,
los quales debian de ser quan-
do esto se escribió, buenos
Christianos y conocidos, y co-
mo tales los nombra el Evan-
gelista, para dar á conocer por
ellos á su padre. Venia Simon
(4) de su Labranza, ú de su
Granja, ó Aldea, quando le en-
contráron. Allí le asiéron y al-
quiláron; y pagándole su traba-
jo, le hiciéron llevar la Cruz
muy cerca (5) y detras del Sal-
vador. De esta manera, aliván-
dole en algo del trabajo, se
quedaba en su punto la deshon-
ra; llevándole la Cruz tan cerca,
que todos entendiesen que era
para él: Hombre por cierto muy
dichoso, que fué alquilado para
carga tan gloriosa cuya paga
no pudo dexar de ser muy gran-
de, pues abrazado con la Cruz,
conoció la virtud, y excelen-
cia de ella y del Señor, que
habia de morir en ella, y alcan-
zó la salud y vida eterna por
medio de ella.

Entretanto que se concer-
taban estas cosas, y cargaban
con la Cruz al Cireneo, se detu-
vo un rato el Salvador, y di-
cen que se sentó sobre una pie-
dra que muestran á los Pere-
grinos hasta el dia de hoy. Esta
fué buena ocasion para que una

pia-

piadosa muger, llamada Verónica, (que algunos piensen ser aquella misma (1) que habia curado el Salvador del fluxo de sangre) viéndole el rostro tan obscurecido con la sangre, mezclada con el sudor, se llegó, sin que nadie se lo estorbase, con toda reverencia y compasion, á limpiársele con un lienzo blanco de tres dobleces, que traia; y en todos tres, con particular milagro, quedó impreso y señalado el rostro Divino del Salvador, dexándole el Señor este regalo en pago del que de ella recibia, y dándonos á todos prendas, que imprimirá su faz y su presencia en nuestras almas, si meditamos en su Cruz, y con amor y devocion le hacemos compañía en sus dolores. Esta Historia de la muger Verónica se tiene por tradicion digna de fe; y una de estas figuras se guarda y muestra en Roma con grande veneracion, y otra en España en la Ciudad de Jaen, y otra dicen que está en Jerusalen.

Algunos piensan que esta devota muger llegó á limpiar el rostro al Salvador ántes que saliese de la Ciudad, y que se muestra hoy el lugar donde esto sucedió; pero en esto va poco, y no hay cosa que sea cierta. Lo que el Santo Evangelio dice es, que en este camino (2) del Calvario no dexó el Señor de enseñar, consolar, exhortar, y hacer en todo oficio de quien era: porque algunas buenas mugeres, que no eran de las que habian seguido al Señor desde (3) Galilea, y andaban en compañía de la Santísima Vírgen, sino otras buenas mugeres vecinas de Jerusalen, movidas de la piedad natural, con que se suelen enternecer las mugeres de qualquiera calamidad agena, lloraban amargamente de ver á Christo nuestro Señor, á quien habian visto predicar, hacer tantos milagros, y ser tenido en tan gran reputacion, que hubiese venido á tan baxa y miserable fortuna, que le llevasen públicamente á crucificar. Viendolas, pues, el Señor derramar estas lágrimas, les fué á la mano, no consintiendo que llorasen por él, las que tenian tanto que llorar por sí; porque aunque llorar la muerte del Señor es cosa santa y piadosa, quando nace de amor y compasion, y principalmente si lloramos tambien nuestras culpas, que fuéron causa de ellas; pero como el Señor vió que aquellas buenas mugeres le lloraban como á desdichado y miserable, que sin poderse defender, era llevado á la Cruz con violencia, y que

(1) Matth. 9. n. 20.
(2) Luc. 23. n. 27.
(3) Matth. 27. n. 55.

estaban tan ignorantes de las calamidades que habian de venir sobre ellas, las advirtió de esto segundo, y desengañó de lo primero, diciendo: Hijas de Jerusalen, (que así llama á las naturales y vecinas de aquella Ciudad) no lloreis por mí, como por Hombre desdichado, y que padece por sus delitos, y contra su voluntad, sino llorad por vosotras y por vuestros hijos; porque esto que pensais de mí, que soy miserable y desdichado, por morir á manos de mis enemigos, ha de venir por vosotras y por ellos; porque si Yo muero, es por mi voluntad y sin culpa, por la obediencia de mi Padre, y bien universal de todo el mundo, y para resucitar muy brevemente, y ser ensalzado con gloria y nombre, sobre toda gloria y nombre; pero sobre vosotras vendrán muy presto dias de tanto trabajo y apretura, que se tengan por dichosas las que no pariéron, ni tuviéron hijos, por no verlos padecer ante sus ojos en aquella calamidad, que ha de alcanzar á todos, la qual será tan grande, que tengan los hombres por mejor el morir, que verse en ella; y como quien desea la muerte, y no la halla, darán voces á los Montes, que vengan á caer sobre ellos, y á los collados, que los sepulten vivos, y si quiera con esta muerte miserable los libren de males tan horrendos.

Quia si in ligno viridi hac faciunt, in arido quid fiet? Enséñales el Señor á sacar de su Pasion el temor de Dios, y de su justicia, y compárase á sí mismo á un Arbol verde, y fructuoso, y á ellos á uno seco y dispuesto para el fuego, y háceles esta razon: Si á mí, que soy inocente, no me ha perdonado la Divina Justicia, y por las culpas agenas me manda padecer tan graves males, ¿cómo disimulará con vosotros tantas, y tan graves culpas propias, sin que queden rigurosamente castigadas? Si en el Arbol verde se ha emprendido el fuego de la ira Divina, como veis, ¿de qué manera pensais que se emprenderá en vosotros, que por vuestros pecados estais tan dispuestos al castigo, como está la leña seca para el fuego? De esta manera llegáron al Monte, que llamaban Golgotha, y nosotros llamamos Calvario, lugar en que padecian los malhechores, y en el qual (como dixo el Profeta) (1) *Rex noster Deus ante sacula operatus est salutem in medio terra.*

(1) Psalm. 71. n. 12.

CA-

CAPITULO XXVIII.

Declaranse algunas dudas acerca de este camino del Calvario.

NO será fuera de propósito poner aquí á la letra lo que escribe acerca de este camino Adrichomio en el Teatro de la Tierra Santa, en la Descripcion de la Ciudad de Jerusalen, cuyas palabras son estas.

Desde el Palacio de Pilatos, hasta el lugar donde se fixó en una peña la Cruz, hay mil trescientos veinte y un pasos; y por otra cuenta, tres mil trescientos y tres pies. Empezando este camino el Señor desde el Palacio de Pilatos, á veinte y seis pasos, que hacen sesenta y cinco pies, llegó al lugar donde le fué puesta la Cruz sobre los hombros. Desde allí, llevando su Cruz á cuestas por ochenta pasos; esto es, por doscientos pies, llegó al lugar donde hay tradicion, que cayó la primera vez con la Cruz. Luego desde allí, por sesenta pasos, y tres pies, que hacen ciento y cinquenta y tres pies, es el lugar donde la Bienaventurada Vírgen, con el Apóstol San Juan, salió al encuentro á su Hijo. Y desde aquí á sesenta y un pasos, y pie y medio, que son ciento y sesenta y nueve pies, llegó á cierto encuentro de tres calles, donde le hiciéron á Simon Cireneo que llevase la Cruz. Item, desde allí á ciento y noventa y un pasos, y medio pie, que son quatrocientos y setenta y ocho pies, vino al lugar donde la Verónica le salió al camino. Desde allí á la puerta de la Ciudad, que llaman Judiciaria, hay trescientos y treinta y seis pasos y dos pies, que hacen ochocientos y quarenta y dos pies, donde cayó la segunda vez con la Cruz. Desde allí se va poco á poco subiendo una cuesta pedregosa ácia el Septentrion; y andando por ella trescientos y quarenta y ocho pasos y dos pies, que son ochocientos y sesenta y dos pies, se llega al lugar donde habló el Señor á las mugeres, que le lloraban. Continuando desde allí su camino, por ciento y sesenta y un pasos, y pie y medio, que son quatrocientos y quatro pies, se llega á la falda del Calvario, donde el Señor cayó la postrera vez. De allí á diez y ocho pasos, ó quarenta y cinco pies, está el lugar donde los verdugos le desnudáron, y le diéron á beber el vino, confícionado con mirra y con hiel. De allí á otros doce pasos, ó treinta pies, es-

está el lugar donde fué clavado en la Cruz. Y finalmente, de allí á otros catorce pasos, ó treinta y cinco pies, se llega al lugar donde fué levantada y fixada la Cruz. Todo esto es del sobredicho Autor: en lo qual se ve la piedad con que se ha andado este camino, pues tan por menudo se da cuenta de los pasos de él: y el saber esta suma, aunque sea á poco mas, ó ménos, ayudará para meditar estos pasos, y formar mejor en la imaginacion el lugar donde sucediéron.

Solamente se ofrece una dificultad en lo que dice este Autor; porque segun se cuenta, le cargáron la Cruz á Simon Cireneo dentro de la Ciudad, quinientos y veinte y siete pasos ántes de llegar á la puerta Judiciaria; y siendo esto así ¿cómo viene bien lo que dice despues, que quando llegó el Salvador á esta puerta, cayó la segunda vez con la Cruz? Para averiguar en este punto lo que es mas probable y versimil, conviene satisfacer primero á otra duda, de que manera ayudó Simon á llevar la Cruz al Salvador. Muchas de las pinturas antiguas y modernas dan á entender que el Salvador se quedó con la Cruz sobre el hombro, y que Simon se la ayudaba á llevar, levantando solamente la punta de ella, que arrastraba por el suelo; y por ventura se fundáron en lo que dice San Lucas (1): *Et imposuerunt illi Crucem portare post Jesum.* Y si esto fué así, bien pudo ser que despues de haber alquilado al Cireneo, cayese otras dos veces el Señor debaxo de la Cruz; porque en la verdad, esta ayuda era muy poca, y en cierta manera hacia mayor la carga, poniendo todo el peso de la Cruz sobre los hombros del Salvador: y si miramos bien el Texto de los Evangelistas, hallarémos ser muy probable lo que dicen muchos de los Santos, que le quitáron la Cruz al Salvador, y se la cargáron toda á Simon, al qual dice San Mateo (2), y San Marcos, que le alquiláron, no para que ayudase á llevar, sino para que llevase la Cruz: *Hunc angariaverunt, ut tolleret Crucem ejus.* Y lo mismo significa (si bien se consideran) las palabras de San Lucas: *Et imposuerunt illi Crucem portare*; porque lo que luego dice, *post Jesum*, fué dar á entender, que no iba delante, ni léjos del Señor, sino detras, y muy cerca de él. Y si los Pintores han entendido, ó practicado esto de otra manera, la causa puede haber sido el no haber hallado otra tra-

(1) Luc. 23. n. 26.

(2) Matth. 27. n. 32. Marc. 15. n. 21.

traza para significar estos dos pasos en una misma pintura; conviene á saber, que el Salvador llevó sobre sí su misma Cruz, (como dice (1) San Juan) y que la llevó tambien Simon Cireneo, como dicen los otros Evangelistas.

De lo dicho se saca la respuesta de la otra duda, quando empezó Simon á llevar la Cruz: y lo mas probable parece que fué á la salida de la Ciudad, (como hemos dicho) para subir la cuesta que habia desde allí hasta el Calvario. Y parece que lo da á entender San Mateo, el qual, despues de haber contado la coronacion de espinas, y la burla de los Soldados, que pasó en el Pretorio, dice así: ***Et duxerunt eum ut crucifigerent: exeuntes autem invenerunt hominem Cireneum, nomine Simonem, &c.*** Lleváronle (dice) á crucificar, y á la salida halláron un hombre, natural de Cirene, por nombre Simon, &c. ¿Pues qué salida es esta, en que halláron á Simon? Porque, ó fué quando saliéron de las casas del Presidente, ó quando saliéron de la Ciudad; y de qualquiera manera que sea, no viene bien lo que dice el sobredicho Autor, que le obligáron á Simon á llevar la Cruz doscientos y treinta y siete pasos, despues de haber salido de las casas del Pretorio, y quinientos y veinte y siete ántes de llegar á la puerta para salir á la Ciudad; porque decir que luego en saliendo de la casa de Pilatos, halláron á este hombre, y le alquiláron, y le llevaban de resguardo, para valerse de él quando apretase la necesidad, ni parece verisimil, ni viene bien con la crueldad de aquella gente, que no pensaban, ni trataban de dar alivio al Salvador, hasta que viéron que caia con la Cruz, y que no podia dar paso adelante, y así parece que diéron esta traza á la salida de la Ciudad; y parece que se saca bien claramente de lo que dice San Marcos: ***Et angariaverunt prætereuntem quempiam Simonem Cireneum venientem de Villa, &c.*** Que alquiláron (dice) un cierto hombre, que pasaba, ó que iba de paso, el qual era Simon Cireneo, que venia de su Granja, ú de su labor: todo lo qual da á entender, que estaban ya en el campo. Donde se puede echar de ver que el hombre iba de camino, y que venia de su Granja, ú de su labor; porque en los que ya estan dentro de la Ciudad, mal se echa de ver los que estan de asiento, ó van de camino, ni de dónde vienen, ni adónde van. Pues luego, primero llevó el Salvador á solas su

(1) Joann. 19.n.17.

su Cruz, y despues se la entregó á Simon: *Et bonas ordo nostri profectus est*, (dice San Ambr. lib. 10. in Lucam) *ut priùs Crucis suæ trophæum ipse erigeret, deinde martyribus traderet erigendum.*

Finalmente, se debe advertir, que lo que dice este Autor, que el lugar donde enclaváron al Señor está catorce pasos ántes de aquel donde se levantó, y fixó la Cruz, supone lo que muchos piensan, que el Señor fué enclavado en la Cruz, estando ella tendida sobre la tierra: y este modo de decir, por ventura no es el mas cierto, como verémos en el capítulo siguiente.

CAPITULO XXIX.

Del dia y hora, y otras circunstancias de la Crucifixion del Señor.

HAbiendo llegado el Salvador al Calvario, dicen los Sagrados Evangelistas (1), que le crucificáron, no declarando el modo en particular, ni hablando otra palabra en este punto, porque se remitiéron al modo ordinario que habia de crucificar á los malhechores, y les pareció que qualquiera amplificacion y encarecimiento era superfluo, despues de haber dicho que le habian crucificado. Y aunque esto es así, no será fuera de propósito averiguar primero lo que parece mas probable en algunas circunstancias de este misterio, para abrir mejor el camino á la meditacion.

Primeramente quanto al dia, es cosa cierta, que fué crucificado el Señor la Feria sexta, que es el dia del Viérnes; y así vino á ser su Resurreccion el tercero dia, que fué el Domingo. Y es mucho de notar lo que dice (2) San Gregorio Nazianzeno, que todo el misterio de la Cruz corresponde maravillosamente al pecado del primer hombre; por eso dice: un árbol es contra otro árbol, y una mano contra otra mano. Aquellas manos digo que se extendiéron con fortaleza contra la mano que se extendió con incontinencia: aquellas que estuviéron fixadas, y encogidas con los clavos, contra la que estuvo suelta, desatada y remisa: aquellas que extendidas abrazaban, juntaban y recogian á sí todos los términos de la tierra, contra aquella que desterró á Adan de el Paraiso. Por eso tambien el estar levantado en lo alto, fué contra la caida, la hiel contra el gusto y la Corona de espinas

(1) Matth. 27. n. 35. Marc. 15. n. 24. Luc. 23. n. 33. Joann. 19. n. 18.

(2) Nazian. in Orat. 1. Apologet.

nas contra la soberbia, y la muerte contra la muerte, &c. Esto dice este Santo, mostrando como el Señor en su Pasion y Muerte fué desandando todos los pasos por donde Adan nos llevó á la muerte, y por el mismo camino, con pasos contrarios, restituyéndonos á la vida. Y esto mismo podemos decir del dia en que murió, porque Adan fué criado en el dia sexto, que fué en el Viérnes; y habiendo estado ocho dias en el Paraiso, el Viérnes siguiente, despues de su desobediencia fué desterrado de él. Pues quiso el Señor el mismo dia, que el hombre fué criado, repararle, y en el que se perdió, ganarle, y en el que fué desterrado del Paraiso de la tierra, abrirle las puertas del Cielo.

Acerca de la hora es mayor la dificultad; porque (1) San Juan dice, que era casi la hora de sexta, quando Pilatos estando *pro Tribunali*, se determinó á dar la sentencia: *Erat autem Parasceve Pascha, hora quasi sexta, & dixit Judæis: Ecce Rex vester, &c.* Y por otra parte dice (2) San Marcos, que era la hora de tercia quando le crucificáron: *Erat autem hora tertia, & crucifixerunt eum.* Y aunque se dan varias salidas á estas palabras, al parecer encontradas, de los Evangelistas, lo cierto es, que el Salvador fué crucificado ántes del medio dia, y muy cerca de él: y esta ora se pudo llamar con verdad hora de tercia, y tambien hora de sexta, ó casi medio dia: porque es de saber, que tenian los Judíos dividido todo el dia, que llamamos artificial, (esto es, desde que sale el Sol, hasta que se pone) en quatro partes, y cada una de ellas tenia como tres horas de las nuestras. Desde el salir del Sol, hasta las nueve de nuestro relox, se contaba la hora de prima: la hora de tercia empezaba desde las nueve, y duraba hasta el medio dia: desde el medio dia, hasta las tres de la tarde era la hora de sexta: y la hora de nona hasta ponerse el Sol. Y es cierto, que en el modo comun de hablar, el tiempo que corre entre una hora y otra, (pongo por exemplo) entre las once y las doce, solemos decir, y responder á quien pregunta, las quántas son, que son las once, porque son las once dadas y hechas; aunque quando el tiempo se va acercando al medio dia, como á las once y media, y de allí adelante, tambien decimos con verdad que son las doce ó cerca de ellas. Pues como la hora de tercia duraba desde las nueve

(1) Joann. 19.n.14.

(2) Marc. 15.n.25.

hasta el medio dia, y el Señor fué crucificado ántes del medio dia, con mucha verdad dixo San Marcos, que era la hora de tercia quando le crucificáron! y sí seria buen rato ántes del medio dia, quando llegáron al Calvario, y se empezó el oficio de la crucifixîon: todo lo qual entiende San Marcos por aquella palabra de crucificarle. Y aunque esto es así, quando Pilatos se sentó *pro Tribunali* á dar la sentencia, serian ya las once de nuestro relox, ó algo mas; (como diximos en su lugar) y por quedar ya la menor parte de la hora de tercia hasta llegar al medio dia, dixo San Juan, que era casi hora de sexta quando Pilatos dió la sentencia: y como los Judíos tenian todas las cosas á punto, y diéron tanta priesa en el camino, y para darla mayor, alquiláron al Cireneo; así llegáron al Calvario, y crucificáron al Señor ántes que se acabase la hora de tercia.

Y no sin mucha causa y misterio habláron los Evangelistas con esta diferencia; porque los que dixéron que habia sido crucificado el Señor á la ora de sexta, fué para encarecer mas el milagro de las tinieblas que entónces sucediéron, y duráron tres horas sobre la tierra, hasta la hora de nona; porque quanto esta obscuridad fué mas al hilo del medio dia, tanto fué el milagro mayor y mas notorio. Y el Bienaventerado San Marcos, que notó como el Salvador habia sido crucificado: ántes de acabarse la hora de tercia nos declaró dos cosas, que eran de mucha consideracion. La primera, que el Salvador estuvo pendiente en la Cruz, ántes que muriese, por todo el espacio entero, que hoy desde la hora de sexta hasta la de nona, y aun algo mas, que vienen á ser mas de tres horas de nuestra cuenta y relox. La segunda, (lo que si el Evangelista no lo dixera, apénas se pudiera creer) y es el poco tiempo en que se concluyó esta causa del Salvador; porque siendo una causa tan grave, y por tantas circunstancias de tanto peso, y dificultad, no pasáron seis horas enteras desde que se empezó, hasta que se acabó; porque mas serian de las seis de la mañana, quando los Pontífices y Sacerdotes, y todo su Concilio, hiciéron la primera acusacion delante de Pilatos: y aun no eran las doce del medio dia, quando estaba dada, y executada la sentencia. Verdaderamente, que por su humildad y silencio (como dice Isaías) (1) fué atropellada su

(1) Isai. 58. n. 8.

su causa; y como él no resistia, fué condenado contra derecho, y contra todo el órden del derecho. ¿Mas por qué decimos, que porqué no resistia? pues es cierto, que tenia él mas deseo de padecer la muerte, que sus enemigos de darsela; y que si él no se diera priesa á morir, ninguna fuerza humana pudiera llevarle á la muerte; pero él se dió toda esta priesa, por lo que muchos dias ántes tenia dicho (1): Con un Baptismo tengo de ser baptizado, como vivo en estrechura, hasta que se me cumpla. Y esto es quanto á la hora.

Quanto á la Cruz, es cierto, que era de madera tosca, no labrada, ni acepillada, y en nada diferente de las Cruces de los Ladrones, pues quando la halló la Reyna Santa Helena, fué menester milagro para distinguirla de ellas. Finalmente era tal, como hecha para deshonra, y para tormento. Algunos piensan que tenia dos palos solamente, uno atravesado en otro, como se pinta de ordinario, ó con alguna cabeza, que se levantaba en alto sobre los brazos, ó sin ella, como suelen pintarse las de los Ladrones; porque todas eran de una misma hechura. Otros hay (2), que añaden una tabla, ó madero pequeño, clavado en el mastil derecho de la Cruz, en el qual estrivaban los pies del Crucificado, y allí se los clavaban: y es cosa versimil, que se hacia así ordinariamente, para algun alivio del que moria, y mayor comodidad de los que le crucificaban. No falta (3) quien diga que le quitáron este arrimo de los pies al Salvador; y para darle mayor tormento, se los claváron en el mismo palo derecho de la Cruz, como se pinta de ordinario: y no sé si esta opinion tiene otro fundamento mas que la pintura, aunque hay tambien algunas antiguas, que ponen esta tabla en los pies; y con esta, y con el título de la Cruz, venian á ser quatro piezas diferentes. Y por ventura se funda en esto la opinion de los que dicen que estaba hecha la Cruz (4) de quatro géneros de maderas; conviene á saber, de Cedro y de Oliva, de Palma y de Cypres: y puede ser que haya tenido esto principio en alguna buena alegoría, mas que en Historia, porque era mucha la priesa y el alboroto, para buscar y componer estos géneros varios de maderas.

Hay quien diga (*) que la Cruz era solamente de una pieza; conviene á saber, un árbol tosco y ñudoso, que cortándole las

(1) Luc. 12. n. 50.

(2) Gregor. Turon. l. 1. de Glo. Mart. c. 6. Iren. l. 2. c. 42.

(3) Vide Salmeron, t. 10. tract. 35.

(4) Vide Barad. tom. 4. l. 7. c. 3.

(*) B. Birg. l. 4. c. 10.

las demas ramas, le dexaban solamente dos, que se levantaban á lo alto, en las quales le claváron las manos, dexando la cabeza en vago y sin arrimo, y que el título estaba atado y pendiente entre estas ramas. Y á esto parece que alude San Cypriano en un verso de Ligno Crucis, que dice:

Arboris hæc species uno de stipite surgit,
Et mox in geminos extendit brachia ramos.

Y San Gregorio Nazianzeno, dice:

Uno item altero ramo arboris
Dextram, & sinistram extensus, & fixus manus.

Pero muy probable parece, que estos Santos usan de metáfora y alegoría, quando llaman Arbol á la Cruz, porque así se hace mas suave y devóta la consideracion de este misterio. Lo primero, mirando al Salvador como Fruto colgado de aquel Arbol, lo qual canta la Iglesia en un Hymno, quando dice:

Crux fidelis inter omnes
Arbor una nobilis:
Nulla sylva talem profert
Fronde, flore, germine.

Lo segundo, porque esta metáfora viene bien con el misterio que los Santos tanto alaban, que por haber extendido Adan la mano al Arbol vedado, extendió las suyas el Salvador, para ser clavadas en el Arbol de la Cruz, lo qual tambien canta la Iglesia en un Hymno, que dice así:

De parentis protoplasti
Fraude factor condolens,
Quando pomi noxialis
Morsu in mortem corruit,
Ipse lignum tunc notavit,
Damna ligni ut solveret.

Resta, pues, que tenia la Santa Cruz dos palos atravesados, como de ordinario se pinta, y otra tabla sobre la cabeza, en que estaba gravado el título, y otra en que estrivaban los pies; si ya no es, que con particular crueldad se la quitasen al Salvador.

Tampoco tiene duda, sino que fué el Señor fixado con clavos en la Cruz, y la misma palabra se lo dice de crucifixo y crucifixîon, de que usan los Evangelistas; y Santo Tomas despues de la Resurreccion se afirmaba, diciendo (1): Si no viere en sus manos las señales de los clavos, y si no pusiere el dedo en el lugar de los clavos, &c. Pero en el número de ellos hay dificultad, porque algunos dicen que fuéron solamente tres, y que los pies fuéron atravesados con un mismo clavo, como lo muestran de ordi-

(1) Joann. 20. n. 15.

dinario las pinturas; otros (1) tienen por mas verdadero, que los clavos eran quatro, todos de una hechura y un tamaño, y que cada pie fué clavado con el suyo en la tabla que se ponia debaxo, como lo muestran muchas Imágenes antiguas, y lo dice claramente Gregorio Turonense y otros Autores.

De la Corona de espinas no hacen mencion los Evangelistas; pero lo que parece cierto, y comunmente sienten todos es, que los Soldados, aunque le desnudáron de sus vestidos para crucificarle, no le quitáron la Corona de la Cabeza; y así lo significan todas las pinturas, y lo afirman graves Autores.

Pero en una cosa se hallan diferentes pareceres; y es quanto al modo que hubo de crucificar al Señor (2); porque algunos dicen que le tendiéron sobre la Cruz en la tierra, y que allí le estiráron los brazos y los pies con mucha fuerza, y le claváron en ella, y que despues con sogas y otros artificios, y gravísimo dolor, (que no podia ser otra cosa) levantáron la Cruz con el Cuerpo clavado en ella, hasta ponerla en pie, y derecha en el lugar que estaba aparejado. Otros dicen, que primero se levantó la Cruz en alto (3), y se puso firme y fixa en su lugar: (lo qual se pudiera hacer muy mal, estando ya el Señor crucificado) despues se pusiéron al rededor de la Cruz andamios, ó escaleras, las que bastaban para subir en alto el Salvador, y los Ministros y Verdugos, y allí en lo alto, y á vista de la gente le crucificáron.

Este modo segundo de meditar es mas conforme á la costumbre de executar qualquier justicia con publicidad y solemnidad, y en lugar alto y eminente, y viene bien con el modo de hablar que tienen muchos Santos diciendo, que el Salvador subio á la Cruz, y con lo que la Santa Iglesia dice en una oracion: *Domine Jesu-Christe, qui hora sexta pro redemptione mundi, crucis patibulum ascendisti, &c.* Y así como baxáron despues El Cuerpo de la Cruz, quedándose ella en pie y derecha, así parece que le pusiéron en ella, ayudándose de las mismas gradas, y escaleras.

Hay tambien para esto otra conjetura, y es ésta. Todos los conocidos del Señor, y las Mugeres que le habian acompañado y seguido desde Galilea, se pusiéron en esta ocasion algo de léjos, como notan los Evangelistas (4), y entre ellas es-

(1) Greg. Tur. l. 1. de Gloria Mart. c. 6. Cyp. Serm. de Pas. B. Birgitt. l. 1. cap. 70. l. 7. cap. 15. Tertul. l. cont. Jud. c. 13. B. Birgitt. lib. 1. c. 10.

(2) Ansel. l. de Pas. Domin. D. Ant. 1. p. Hist. tit. 5. cap. 6.

(3) Athan. Serm. de Pas. Cyp. Serm. de Passione. Amb. lib. 10. in Lucam. Iren. l. 11. c. 2. Bonav. in Fascic. fas-

cic. 3. & in Medit. vitæ Christi, cap. 78. Vide P. Martin del Rio Serm. de Passione. (1) Matth. 27. n. 55. Marc. 15. n. 40. Luc. 22. n. 49. (2) Marc. 15. n. 23. (3) Matth. 27. n. 34. (4) Augus. lib. 3. de Cons. Ev.

estaba María Magdalena, y las demas Marías que andaban de ordinario en compañía de la Vírgen; y en este tiempo mas que en otro, es de creer que la Vírgen no se apartaba de ellas, y que así quando llegáron al Monte, y mientras crucificáron al Señor, estaba tambien algo léjos, como ellas, así por excusar los dichos y descortesías del Pueblo, que andaba tan furioso y desatinado, como tambien por templar en algo su dolor. Pues habiendo salido la Santísima Vírgen de su recogimiento, á costa de tan agudo dolor, llevada de Dios y de su deseo, para ver con sus ojos lo que toda la vida habia de tener en su pensamiento, y ser materia de su contemplacion, no le sufriera el corazon ponerse léjos, si no pudiera ver desde allí lo que pasaba, y no pudiera verlo si crucificaran al Señor tendido sobre la tierra: y así parece que le crucificáron en lo altó, donde pudiesen verlo aun los que estaban léjos. Y si se hizo de esta manera, (como parece muy probable, aunque no hay cosa cierta del Evangelio) la Historia pasó como verémos en el capítulo siguiente.

CAPITULO XXX.

Es crucificado el Salvador entre dos Ladrones.

Con la fatiga y trabajo que hemos visto, llegó el Salvador al Calvario, donde se habia de hacer aquel sacrificio, que aplacase la ira de Dios con los hombres, y satisfaciese por todos los pecados del mundo. Allí descargáron las Cruces, y se hizo una gran muela de la gente que habia salido de la Ciudad, y entretanto que las Cruces se fixaban en sus lugares, le ofreciéron al Señor, ante todas cosas, un vaso de vino, confeccionado con mirrha, que llamó San Marcos (2) *myrrhatum vinum*; y San Mateo (3): vino mezclado con hiel; ó por ser la mirrha muy amarga, y todo lo que es amargo solemos llamarlo hiel, ó porque por ventura (4) llevaba mezclada alguna hiel. Esta bebida se daba á los que habian de morir en el tormento de la Cruz, para que entorpecidos los sentidos, y enagenados con el calor y fuerza de aquel vino, no sintiesen del todo, ó sintiesen mucho ménos los dolores. Esta piedad (ora fuese procurada por aquellas devotas

tas Mugeres que le acompañaban, ora por los executores y Ministros que hacian con él lo que solian con qualquiera condenado) la aceptó el Señor con muestras de agradecimiento; y llegando el vino á la boca, lo gustó (1); y habiendo sentido la amargura con la lengua (2), no quiso beberle, mostrando en esto, que no tenia necesidad de aquel socorro, para mitigar el dolor de aquel tormento, quien tenia fuerza y voluntad para sufrir otros mayores: ni queria que se entendiese que aquella constancia y paciencia, y entero sufrimiento que tenia en la Cruz, nacia del calor del vino, siendo tanto mayor el del amor y caridad, y el del Espíritu Santo (3), con que se ofrecia á su Padre en sacrificio; y así tomó de aquel vino lo que era amargo y penoso para el gusto, y no lo que era de algun alivio para el Cuerpo.

Desnudáron luego al Señor de todos sus vestidos, con la descortesía y crueldad que lo habian hecho otras veces, porque desnudo le crucificáron: pues dice el Evangelio, que los verdugos repartiéron sus vestidos, y echáron suertes sobre ellos, hasta la túnica postrera, é inconsutil, que era como la camisa, y la que estaba mas inmediata al Cuerpo. Y no se puede dudar, sino que fué de mucha pena para el Salvador esta verguenza, y desnudez que padeció en lugar tan público, al medio dia, y en presencia de tanta muchedumbre de gente, y que le herian mas con los ojos los que le miraban, que si le atravesaran con los clavos. Y no calláron los Profetas este sentimiento, quando uno de ellos dixo (2): *Ipsi verò consideraverunt, & inspexerunt me: diviserunt sibi vestimenta mea, & super vestem meam miserunt sortem.* Ellos (dice) se tomáron para sí mis vestiduras, y la partiéron y sorteáron á su gusto; y dexándome desnudo, me miraban con curiosidad, y me consideraban con atencion. Mucho importa considerar (dice San Ambrosio) (5) de qué manera subió á la Cruz, y ver que sube desnudo: suba tambien así el que trata de vencer el mundo, de manera, que no busque ayuda, ni socorro del mundo. Adan fué vencido, que buscó vestidos con que cubrirse: aquel venció, que se desnudó de ellos, y subió á la Cruz quales siendo Dios el Autor nos formó la naturaleza: así vivió en el Paraiso el primero Adan, y así habia de entrar en el Paraiso

(1) Matth. 27. n. 34.
(2) Marc. 15. n. 23.
(3) Ad Heb. 9. n. 14.
(4) Psalm. 21. n. 18.
(5) Ambr. lib. 10. in Luc.

so el segundo. Esto dice San Ambrosio; y aunque de él y de otros Santos, y Autores se puede entender, que el Salvador estuvo del todo desnudo en la Cruz; pero tambien se cree muy piadosamente, que estando padeciendo esta verguenza de su desnudez, le socorriéron con un velo ó lienzo, que se atase en la cintura, y (como le fué revelado á Santa Brígida) (1) él lo recibió con grande gozo, y se ayudó de sus manos para atarlo y componerlo, no admitiendo para este oficio las agenas, y enseñándonos el recato, y el amor de la limpieza y honestidad.

(1) B. Brig. lib. 1. cap. 15. & l. 4. c. 76.

Ya estaria la Cruz en este tiempo fixa en su lugar, y puestas, y atadas las gradas, ó escaleras que éran necesarias para subir á ella. Y estando todo á punto, empezó á subir por ellas el Sumo y Eterno Sacerdote, no con otros ornamentos que con una Corona de espinas en la Cabeza, y desnudo por mayor escarnio, y con una grande llaga en las espaldas, y el Cuerpo todo señalado de látigos y azotes. Con él subian dos verdugos á los dos lados, que con la una mano le ayudarian á subir, y en la otra llevarian los clavos, y martillos, y los demas instrumentos necesarios, mirándolo todo el Pueblo, y no sin grandes voces, gritos y risa clamorosa de los Judíos.

Subia el Señor vuelto el rostro ácia la Cruz, mirándola de cerca con tanto amor y voluntad, con quanto la habia deseado tantos años: porque en ella habia de acostar su Cuerpo, derramar su Sangre, y fenecer su vida: con ella habia de pelear, en ella habia de triunfar, y por ella habia de redimir el mundo. Y si el Bienaventurado San Andres se regalaba con la Cruz, quando la vió de léjos, por el amor de su Maestro, que habia muerto en ella; ¿qué mucho es que se regalase el Salvador con su Cruz, por el amor de sus hijos, que habian de morir por ella, y de muchos Mártires, que habian de morir en ella, y por el amor y reverencia de su Eterno Padre, que habia de ser glorificado por ella? Y así es de creer, que dentro de su corazon le diria estas ó semejantes palabras;

¡O Cruz dichosa! ¡O Madero bienaventurado! Por espacio de treinta y tres años has traido enclavada mi Alma en tu esperanza; hoy tendrás por tres horas enclavado mi Cuerpo en tu posesion. Gloriosa eres por haber martirizado por tan lar-

go tiempo mis pensamientos; hoy lo quedarás mas, martirizando mi Cuerpo con dolores vivos, y no imaginados. ¡O Cruz, quán diferente y quán trocada has de quedar este dia, de lo que has sido hasta aquí! Pues la que eras instrumento de muerte, y nota de infamia, desde hoy quedarás Arbol de la vida y Escalera de la Gloria. Gozoso voy á ponerme en tus brazos, para que se sepa que los han de hallar abiertos para sí todos quantos se llegaren á tí. En tí se enclavarán mis pies y mis manos, y con ellos las culpas y pecados de los hombres. En tí estará crucificado mi Cuerpo, y juntamente con él se crucificará el hombre viejo (1), para que se destruya el cuerpo del pecado: en tí se derramará mi Sangre, pero con ella se borrarán las Escrituras y obligaciones que habia contra los hijos de Adan. ¡O Padre Eterno! Reconoced á vuestro Hijo, que está puesto en paso tan afrentoso y doloroso, por sola vuestra voluntad, porque habeis querido que me encargue de pagar deudas agenas. No pido, Señor que me libreis de estas penas, sino que perdoneis aquellas culpas.

Allí se le representó al Señor quán amada y reverenciada habia de ser aquella Cruz por el amor de él, y porque él subia á padecer en ella aquel dia. Allí se le representáron todos los Mártires, que con la memoria de la caridad con que él se ofrecia á la muerte, habian de padecer por él alegre y glorioso martirio. Allí tuvo delante todos los sentimientos que habian de tener sus fieles amigos, y lágrimas que habian de derramar en la contemplacion de su Cruz. Allí vió todas las victorias y triunfos que habian de alcanzar sus Christianos de los enemigos visibles é invisibles, por medio de aquella Cruz, y todos los milagros que en virtud de aquella señal se habian de obrar en los siglos venideros. Y finalmente, allí se le ofreciéron todos aquellos Santos, que en su vida, y con su mortificacion y penitencia habian de ser crucificados con él, y como aquella Cruz habia de ser el Estandarte verdadero, debaxo del qual se habia de ganar y conquistar el Cielo, é hinchirse de Bienaventurados, que por honra de aquel dia le habian de seguir é imitar.

(1) Ad Roman. 6. n. 6. Ad Colos. 2. n. 14.

Y habiendo llegado en estos pensamientos, ó en aquellos que él sabe mejor, al puesto donde habia de ser enclavado, vol-

volvió el rostro al Pueblo, que estaba allí presente, y las espaldas á la Cruz, la qual estaba puesta en tal disposicion, (como lo notó (1) San Juan Damasceno) que volviendo las espaldas á la Cruz, las volvió tambien á la Ciudad de Jerusalen, para no mirarla con amor para siempre, y el rostro le tuvo ácia el Occidente: esto es, ácia la Ciudad de Roma, donde habia de estar la Cátedra de la verdadera Fe, la Cabeza de su Iglesia, y la Silla del Sumo Pontificado; y por consiguiente tuvo el rostro, que miraba al Reyno de España, donde tanto habia de florecer la Fe y la Religion.

(1) Dan. lib. 4. Fidei. c. 13.

Volvió, pues, el Señor las espaldas á la Cruz, y el rostro al Pueblo, que estaba presente, y estaba allí su Madre tambien, que le vió puesto en esta afrenta, desnudo como le habia parido, con las señales de los tormentos pasados, y de los azotes, que por todo su Cuerpo estaban señalados; y al Hijo levantado en alto para ser clavado en la Cruz, entre tanta muchedumbre, se le irian luego los ojos á su Madre: así porque los que estan en tribulacion, miran mas donde tienen mas amor, como porque no habia allí otro que así le conociese, le confesase y amase como ella. Muchas veces habia el Salvador mirado á su Madre en espacio de treinta y tres años, con amor y reverencia, como á Madre, y con intensísima, é incomprehensible caridad, porque conocia como Dios, la excelencia de la Vírgen, y se gozaba en aquella obra maravillosa del Padre, y del Espíritu Santo y suya: y la Madre Santísima muchas veces habia mirado y adorado el rostro y los ojos de su Hijo, con intentísimo amor, como á Hijo, y con acatamiento y reverencia, como á Señor, y con reconocimiento y agradecimiento, como á su Redentor, y como á Autor de toda la gracia que habia en ella y en todos los hombres. Pues quien alcanzare á entender el amor y la alegría con que se han mirado por tanto tiempo estas dos Lumbreras del Cielo, quán trocadas hallará las cosas, si considera el dolor con que se miran ahora, quando el Hijo en su necesidad y pública afrenta mira á la Madre, y la Madre en la fatiga del Hijo no aparta sus ojos de él.

Pero aunque ha crecido incomparablemente el dolor, mas no se ha disminuido en nada el amor, porque la Madre mirara-

ba

ba al Hijo, que se ofrecia en la Cruz tambien por ella, y mas por ella, que por otra ninguna criatura; pues de aquella muerte le cabia mas parte, y le alcanzaba mas fruto, que á otra ninguna. Y la que era tan humilde y tan agradecida y sabia el valor de los dones y gracias, que Dios habia puesto en ella, con quánta compasion y amor miraba al Hijo, que así se las ganaba y merecia. Y el Hijo, que amó tanto á su Iglesia, que se entregó á la Cruz por ella, y derramó su Sangre para lavarla con ella y para hacerla hermosa, sin mancha, (1) ni ruga, ni cosa semejante, con quánto amor se entregaba por su Madre, y derramaba por ella la Sangre, que habia recibido de ella, enamorado de la hermosura que habia en ella. Y qué consejo tan alto fué de Dios, que quando el Señor subió á la Cruz desnudo, y embriagado (como otro Noé) de los amores de la Iglesia, se le pusiese delante aquella Vírgen, que ella sola valia mas que lo restante de la Iglesia.

Pues codicioso el Señor de esta hemosura, que habia de obrar su Sangre en nuestras almas, y mucho mas de la hermosura de su bendita Madre, que allí estaba presente, de su voluntad y con grande, é inmensa caridad, extendió los brazos y las manos al Madero, y los verdugos pusiéronle dos clavos en las palmas, y con recios golpes las claváron en la Cruz, y las apretáron bien con ella, y luego acudiéron á los pies, y cada uno con su clavo, ó los dos juntos con uno solo, los claváron asimismo en un Madero, y quedó el Rey de todos los siglos, no atado con cordeles, mas cosido con clavos, rompidos sus pies, y rasgadas sus manos, atado con hierro por sus mismas llagas, y de sus mismas heridas colgado en una Cruz.

(1) Ad Eph. 5. n. 27.

Y aunque no era posible, sino que al tiempo del clavar habia grandes voces y ruidos pero quién puede dudar, sino que aquellos golpes penetraban los oidos y hincaban agudamente aquellos mismos clavos en las entrañas, y corazon de la madre? Los quales, aunque al principio quedáron bien apretados con la Cruz; pero despues se abriéron las heridas con el peso del Sagrado Cuerpo, y con la fuerza que hacian para sustentarse en ellas, y empezó á correr la preciosa Sangre de sus venas, y á manar aquellos quatro rios del Paraiso, que habian de fertilizar

O to-

toda la tierra. Miremos, pues, con atencion, y adoremos con reverencia esta Sangre Divina, porque es el precio de nuestra Redencion, y no apartemos los ojos del alma del rostro de este Señor, el qual, aunque conservó siempre aquella mesura, y gravedad de Dios, no pudo ser sino que en esta ocasion se puso demudado y amarillo, con el dolor de las heridas y con la congoja de estar colgado y estrivando en ellas y con la copia de Sangre, que por ellas vertia.

¡O tierra que sustentas el Cuerpo desnudo, y enclavado en una Cruz de tu Criador! ¡O Cielo, que estás alumbrando su afrenta y desnudez! Pues que sois hechura de sus manos, ¿cómo no reconoceis al Señor, que os hizo, y dais señal de vuestro dolor? Dióla sin duda el Cielo, cuya luz se obscureció, y la tierra que se estremeció y tembló, y las piedras que se quebráron. Pues qué sentirian las piadosas entrañas de la Madre que le parió, y los pechos virginales que le criáron? ¡O corazon mas firme en la voluntad de Dios, que las mismas peñas; pues con la fuerza de tanto dolor no se rompió! ¡O alma mas clara y resplandeciente, que el mismo Sol, pues con la fuerza de tan grande afrenta no se obscureció! ¡O espíritu mas quieto, y mas fundado en Dios, de lo que está toda la tierra sobre su propio centro, pues con la fuerza de tan grande tempestad no se turbó, ni dió señal de impaciencia ú de flaqueza! Mas no pudo ser, sino que hubiese mudanza en su Sagrado rostro; porque aunque su voluntad estaba muy sujeta á la del Padre; pero el corazon humano de tal Madre, que vivia de la vida de su hijo, y le veia padecer y morir, es de creer, que padeció inmensos dolores, y que la Sangre socorriendo al corazon, dexó amarillo, y consumido el rostro, y desamparado el vigor de todo el cuerpo; y verdaderamente le faltara del todo la vida, si la virtud Divina no la fortaleciera y sustentara.

Crucificáron luego dos Ladrones, (1) clavados tambien con clavos en sus Cruces, sin hacer otra diferencia de ellos al Salvador, sino ponerle en medio, (2) dándole aquesta honra tan infame, para mostrar, que entre Ladrones era como la Cabeza, y el Príncipe y Capitan de ellos.

Pusiéronle tambien sobre la Cruz, por mandamiento de Pilatos, una tabla, en que estaba

(1) Marc. 15. n. 27. Luc. 23. n. 32.

(2) Joann. 19. n. 18.

ba escrita la causa de su muerte, y estaba este título (1) escrito en tres lenguas; conviene á saber, en Hebréa Griega, y Latina, porque todos los que habian venido aquellos dias á Jerusalen, de qualesquiera Naciones que fuesen, pudiesen leerle, y entenderle: y las letras no estaban como quiera escritas, sino esculpidas, y gravadas en la misma tabla, como se ve hoy dia en la parte de este título, que se guarda en Roma, en el qual se pueden notar tres cosas. La primera, que aunque los Evangelistas están diferentes en las palabras de este título, porque San Mathéo dice: (2) *Hic est Jesus Rex Judaeorum*. Y San Marcos pone solas estas dos palabras: (3) *Rex Judaeorum*. Y San Lucas dixo: (4) *Hic est Rex Judaeorum*. Porque atendiéron los Santos Evangelistas á decir el sentido, y la sentencia de aquel título, que toda es una misma, dicha por estas, ó por aquellas palabras; conviene á saber, que la acusacion que se le habia puesto al Señor; y la causa de su muerte, era haber pretendido el Reyno de los Judíos; pero las palabras formales, como se leen en el título, que está en Roma, son las mismas, que puso San Juan: (5) *Jesus Nazarenus Rex Judaeorum*. Lo segundo es de notar, que aunque en el órden de contar las lenguas, dixo San Lucas: (6) que estaba escrito con letras Griegas, Latinas, y Hebréas, porque para la verdad de su Historia, no trataba del órden, que tenian en el título estas lenguas, sino, solamente, que estaba escrito en todas ellas; pero San Juan, que se halló tan cerca en esta ocasion, puso no solamente el número de las lenguas, sino el órden de ellas, quando dixo, (7) que estaba el título escrito en Hebréo y en Griego y en Latino. Lo tercero es de notar, que como los Hebréos leen al reves de los Latinos; esto es, empezando el renglon desde la mano derecha á la siniestra, así en el título de la Cruz, no solamente las letras Hebréas, sino tambien las griegas y las Latinas están escritas en la misma forma, puesto el renglon al reves de como nosotros leemos, desde la mano derecha á la izquierda, en esta forma.

SUNERAZAN SUSEJ.

Este título puso Pilatos, ó porque era costumbre ponerse á todos los condenados; y si esto era así, tambien se les puso su título á los Ladrones; ó si no

(1) Matth. 27. n. 37. Joann. 19. n. 19.

(2) Matth. 27. n. 37.

(3) Marc. 15. n. 26.

(4) Luc. 23. n. 38.

(5) Joann. 19. n. 19.

(6) Luc. 23. n. 38.

(7) Joann. 19. n. 20.

no habia esta costumbre, quiso el Presidente hacer esta particularidad en la causa del Salvador: porque como en la verdad era inocente, y tenido de muchos por Profeta, y habia sido condenado sin causa, como el mismo Júez lo dixo muchas veces, ya que se rindió por temor vano á dar la sentencia, quiso excusarse y dar razon de sí en aquella pública Escritura, dando á entender, que con razon el habia condenado, siendo Ministro del César, por haber pretendido el Reyno; y que aquella era, y no otra la acusacion que se habia puesto contra él. Este pudo ser el intento de Pilatos; mas el de Dios fué diferente, como se vió en lo que sucedió despues, y lo notó el Evangelista. (*)

(*) Joann. 19. n. 19.

CAPITULO XXXI.

Los Judíos, y los Gentiles escarneciéron al Señor.

Acabado el oficio de crucificar al Señor, los Soldados que esto executaban, quitáron las escalas ó andamios, que para este efecto habian puesto, y quedó la Cruz libre, y desembarazada, sustentando en sus brazos, á vista del Cielo y de la Tierra, el precio de nuestra salud.

Todo el Pueblo, que habia salido de la Ciudad, estaba mirando, (1) y cebando los ojos en este espectáculo, y haciendo burla y escarnio del que así veían padecer, sí bien es verdad, que solamente con mirarle le afrentaban, porque en caso de tanta deshonra, el haber muchos miradores la hacia ser mayor; y esta es una de las causas por que el Sol retiró sus rayos en esta ocasion, como apartando los ojos para no mirarle, y poniendo esta sombra, y velo, para que no pudiese ser mirado libremente, templando en la manera que podia aquella vergüenza pública, que padecia su Criador: pero el vulgo de la gente, luego que le vió colgado de la Cruz, levantaria las voces, y las manos con risadas, echándole maldiciones, porque así estaba escrito en la Ley: (2) Maldito es de Dios el que estuviere colgado en el Madero; y á esta maldicion se (3) sujetó el Señor por librarnos á nosotros de la eterna.

(1) Luc. 2. n. 35.

(2) Deut. 21. n. 23.

(3) AdGal. 3. n. 13.

Y luego los Soldados que le habian crucificado tomáron sus vestidos, (que segun la costumbre debia de ser el interes de su trabajo: grande por cierto, si ellos le supieran conocer, y estimar!) los quales por sí mismos

no

no serian preciosos, ni de mucho valor, sino como de hombre que amaba la pobreza, viles y ordinarios, aunque honestos y los que communmente vestian los demas; conviene á saber, la túnica inmediata al Cuerpo, que servia como camisa, con lo demas de qualquier otro vestido interior de los que usaban todos, la túnica superior, que cubria decentemente todo el Cuerpo, y el palio ó manto, que se traia sobre los hombros: hiciéron, pues, los Soldados quatro partes de estas Vestiduras, (1) para tomar su parte cada uno de ellos, como lo notó San Juan; y segun esto, quatro fuéron los verdugos, que crucificáron al Señor; y segun que lo dan á entender los Evangelistas, (2) para excusar entre sí diferencias, echáron suertes, para ver á quien cabia cada una de estas partes. En esta particion no entró la túnica ó camisa interior, la qual es comun opinion, la habia hecho la Vírgen con sus manos, para vestir á su Hijo, siendo niño, y que él la habia traido siempre, y crecido juntamente con él, quando era grande. (3) Esta túnica no tenia costura; mas de arriba abaxo estaba toda texida con maravilloso artificio, y por eso los Soldados no quisiéron dividirla, porque no se perdiese la hechura; sin la qual era de poca estima la materia, ni quisiéron ponerla en alguna de las quatro partes en que repartiéron los demas vestidos, por no perder el derecho, que podia tener cada uno sobre ella, y así se determináron de echarla en suertes, para que á quien le cupiese se la llevase entera. De esta manera, con nuevos escarnios, y haciendo fiesta y donayre sobre las Vestiduras del Rey fingido, le despojáron tambien de sus pobres y pocas alhajas, que tenia. Tan adelante pasó la justicia, que se executó en él, ó la sinjusticia, que se usó con él, que no le fué permitido dexar siquiera sus vestidos á su Madre y conocidos por prendas y memoria de su amor, sino que vió delante de sus ojos, que se alzaban con ellos sus contrarios, y los partian entre sí á su gusto, y se entregaban en su hacienda, en premio y por paga del agravio, que habian hecho á su Persona, poniendole en la Cruz; y así (4) cumpliéron los Soldados, sin pretenderlo, ni entenderlo lo que estaba profetizado en el Psalmo 21. Dividiéron entre sí mis vestidos, y sobre mi vestidura echáron suertes.

(1) Joann. 19. n. 23.

(2) Matth. 27. n. 35. Marc. 15. n. 24. Luc. 23. n. 34.

(3) Joann. 19. n. 23.

(4) Matth. 27. n. 35. Joann 19. n 24.

Era costumbre de Romanos guardar los condenados todo el tiempo que les duraba la vida en la Cruz, porque ninguno se atreviese á querer quitarlos de ella, y por esta causa, despues de haber partido los vestidos, (1) se sentáron los Soldados á hacer guardia al Salvador, la qual hacian de mejor gana, y con mas cuidado y vigilancia, por estar prevenidos, y sobornados de los Sacerdotes, y Letrados, los quales se temian del Salvador no se les desapareciese, ó con algun milagro falso se baxase de la Cruz; y se receelaban de sus amigos y devotos, no le quisiesen quitar estando vivo; ú de sus Discípulos, no hurtasen el cuerpo despues de muerto, como temiéron, que lo habian de hurtar despues de sepultado, pues para esto le guardaban los soldados; y porque el negocio iba de espacio, se sentáron para guardarle. ¡O dolorosas horas y tiempo que tanto dura, de tan cruel tormento! Los Soldados robustos se cansan de estar en pie, ¿qué hará el mas delicado de los hombres colgado en una Cruz? Y dura tanto la Pasion del Señor, que se cansan los pies de los verdugos de sustentar su propio peso; qué cansancio será el de los brazos sagrados, y ¿qué dolor el de las santas manos, de cuyas llagas colgaba todo el Cuerpo? Y ¿qué descanso tenian sus pies, pues no tenian otro arrimo, sino el clavo atravesado, en que por las mismas heridas estaban estrivando?

(1) Matth. 27. n. 39.

(2) Matth. 27. n. 39. Marc. 15. n. 29.

(3) Psalm. 21. n. 8.

(4) Psalm. 108. n. 25.

(5) Matth. 27. n. 40. Marc. 15. n. 29.

Asimismo la gente comun y plebeya, de que habia mucha entónces en la Ciudad, no pudiendo estar allí por tanto tiempo, unos iban y otros venian, y todos le blasfemaban (2) injuriándole con palabras y con visages, haciéndole guisos, y meneando las cabezas; y así se cumplió á la letra lo que estaba escrito en el Psalm. 21. *Omnes* (3) *videntes me deriserunt me, locuti sunt labiis, & moverunt caput*: Todos los que me miraban burlaban de mí, decianme injurias, y meneaban las cabezas; y en el psalmo 108. (4) *Et ego factus sum opprobrium illis, viderunt me, & moverunt capita sua*: Heme hecho para ellos materia de escarnio, y de baldones: en viendome se burlaban, y meneaban las cabezas, y lo que le decian era: (5) Tú que destruyes al Templo de Dios, y le vuelves á edificar en tres dias, ¿dónde está ahora tu poder? ¿Por qué no le empleas en tí mismo? Si tú eres Hijo de Dios, báxate de la Cruz, y creerémos en tí.

Cre-

Creyó el Pueblo las calumnias, que los Sacerdotes habian publicado contra él, de que se jactaba que habia de destruir el Templo, y tornarle á edificar en tres dias, y que decia, que era Hijo de Dios, y dábanle con esto en rostro, burlando de él, como de mentiroso, y alegrándose de verle colgado en la Cruz, porque con esto se habian declarado, y convencido sus embustes: pues si fuera el que decia y tuviera el poder, que predicaba, ¿en qué lo pudiera mostrar mejor que en librarse del tormento, que padecia? O gente ciega, á quien faltó la luz para conocer la inmensa caridad del que moria en la Cruz! No pudísteis creer que tenia tanto poder, porque no le empleaba en su provecho, creyendo que si le tuviera, se valiera de él en primer lugar, para librarse á sí mismo; y pedisteisle por señal de ser Hijo de Dios, que baxase de la Cruz, siendo así, que no quiso él dar otra mayor, ni mejor de lo que era, sino morir en ella por la honra de Dios, y salud de los hombres, y salir libre (1) al tercero dia, despues de haberlo tragado la Ballena, como á Jonas, y volver á edificar el templo de su Sagrado Cuerpo, despues que vosotros le hubiesedes destruido.

Y cierto, que con mucha razon dexáron los Evangelistas escritas estas blasfemias, que decian al Salvador, estando agonizando en su tormento; porque apénas pareciera creible, (si ellos no lo afirmaban) que en corazon de hombres cupiera tanta fiereza y crueldad, que no tuviesen alguna compasion, y sentimiento de humanidad, del que veian morir con tanta pena, y en tan grande afrenta, aunque fuera enemigo y muriera por gravísimos delitos; porque los hombres facinorosos, quando son castigados por malhechores, tienen quien los anime y los consuele, y todos los asisten y acompañan, dando señales de sentimiento, y dolor, queriéndose mostrar justos en el castigo y hombres en la compasion; pero de solo el Salvador estaba escrito, (2) que buscó quien se compadeciese de él y no le halló; ántes aquellos hombres miserables, arrebatados de furias infernales, (que no pudo ser de otra manera) viéndole tal, que quebrantaba de dolor las mismas peñas, añadian dolor á sus dolores, (3) y le herian, y afligian con sus lenguas llenándole el corazon de hieles y amargura.

(1) Luc. 11.n.30 Joann. 2.n.12.

(2) Psalm. 68. n. 21.

(3) Psalm. 68. n. 27.

Y no fué la menor causa de este desconcierto los Sacerdotes y Letrados y los Ancianos del gobierno, que estaban allí soplando el fuego y daban al Pueblo ignorante y descortes aquellas palabras y razones, que le decian al Señor, porque ellos platicaban lo mismo en sus corrillos; (1) y haciendo burla, decian entre sí unos con otros: A los demas ha hecho salvos, y no se puede librar, ni salvar á sí mismo: bien se vé, que su poder era fingido y sus milagros mentirosos, pues todo le ha faltado, quando mas lo habia menester; muy bien le viene el refran ordinario: (2) Médico, cúrate á tí mismo: si él es el Rey de Israel y el Mesías prometido, ahora tiene en que mostrarlo; báxese de la Cruz, que lo veamos y aquí estamos aparejados para creer en él y recibirle: él dice, que confia en Dios, líbrele, pues, ahora, y válgale Dios, pues él se acoge á Dios y le quiere, porque él mismo ha dicho, que es Hijo de Dios.

(1) Matth. 27. n. 41. Marc. 15. n. 31.

(2) Luc. 4. 26.

(3) Psalm. 21. n. 9.

(4) Sap. 2. n. 18.

(5) Marc. 15. n. 31.

Esto decian los arrogantes, y necios Sacerdotes, probando con el hecho, que el Salvador era el verdadero Mesías, del qual estaba profetizado, que le habian de decir estas mismas injurias y estas mismas razones y palabras, que ellos le decian porque en el Psalmo 21. estaba escrito, que habian de escarnecerle meneando las cabezas, y diciendo: (3) *Speravit in Domino, eripiat eum, salvum faciat eum, quoniam vult eum*: Pues él quiere á Dios, y espera en Dios, líbrele Dios, y válgale Dios. Y en otra parte decian: (4) *Si enim est verus Filius Dei, suscipiet illum, & liberavit illum de manibus contrariorum, contumelia, & tormento interrogemus eum, &c.* que fuera tanto como si dixeran: Hagamos la experiencia con injurias, y con tormentos, que si él es verdadero Hijo de Dios, él le tomará á su cargo, y le librará de las manos de sus enemigos; y esto mismo es lo que decian los Sacerdotes, y los Letrados.

(6) Matth. 27. n. 40.

¡O lo que hace el mal exemplo de los mayores! el Pueblo tuvo por buenas estas razones, porque vió, que los Sacerdotes y Escribas las aprobaban; aunque ellos, por su gravedad y decoro, (5) las decian entre sí mismos, los demas las pregonaban y se las decian en su cara, con suma inhumanidad, al Salvador, porque esto mismo decia el vulgo de los que iban y venian: (6) Tú que dices, que tienes tanto poder, que podrias destruir el Templo, y volverle

en tres dias á poner en pie, ¿por qué no te salvas á tí mismo? Esto mismo decian los Soldados Gentiles, (1) que le guardaban, que allegándose cerca, donde pudiese verlos y oirlos, le decian: Si tú eres Rey de los Judíos sálvate á tí mismo. Esta misma blasfemia (2) decian los Ladrones, que estaban crucificados con él: Si tú eres Christo, líbrate á tí, y libranos á nosotros de la cruz. Y la generacion adúltera é infiel pedia esta señal, para confirmacion de las pasadas, que habia obrado el Señor en el discurso de su vida, el qual estaba resuelto de no darles otra señal, sino la de Jonas Profeta, (3) y confirmar la doctrina y milagros, que habia echo en su vida, perseverando constantemente en la Cruz hasta la muerte.

Pero los Sacerdotes ciegos, hacian fuerza en su mala razon, y daban al Pueblo las piedras para que las tirasen, que para esto habian salido; y fuera mejor, que se hubieran quedado en la Ciudad y tuvieran verguenza, siquiera por su autoridad, de hallarse presentes á la execucion de esta justicia, ó si no tuvieran escrúpulo por su fingida religion, y por la reverencia del dia de la Pascua, pues la tuviéron de entrar en el Pretorio de Pilatos: y porque ninguna cosa se escapase de su censura, reparáron en el título que habia mandado poner el Presidente sobre la Cruz, que como cosa sin su consulta y parecer, decian que habia salido con un yerro notable, porque no se habia de decir: *Rey de los Judíos*, que ni lo era, ni quando lo fuese, habia de ser castigado por ello, ni ellos consintieran, que se hiciera tal afrenta á su Rey, ni querian que lo fuese, ni que se lo llamasen á quien estaba así afrentado; y presumiendo, que el Presidente no habia advertido en este punto, se fuéron á él los Pontífices y le decian: (4) No consintais, Señor, que se diga en el título Rey de los Judíos; sino que él dixo, que era Rey de los Judíos. Y los miserables, con este bullicio y diligencia, no hacian otra cosa, sino servir (sin entenderlo) á la Divina Providencia, que queria honrar á su Hijo y abrir á todos los ojos, para que reparasen en el título glorioso de la Cruz, en el qual estuvo firme Pilatos, sin mudar una sola letra; y sin embargo de lo que alegaban, los envió para necios, diciendo: (5) Lo escrito está bien escrito; porque queria el Señor, que en todas lenguas, y naciones se publicase

(1) Luc. 23. n. 36.
(2) Matth. 27. n. 44. Marc. 15. n. 32. Luc. 23. n. 39.
(3) Luc. 11. n. 30.
(4) Joann. 19. n. 21.
(5) Joann. 19. n. 23.

se y creyese, que Jesus Nazareno era el verdadero Rey de los Judíos y que moria por redimir y santificar su Pueblo, el qual se habia de extender por todo el mundo, y él habia de ser creido de todas las gentes, y confesado en todas las lenguas, porque así se cumpliese lo que estaba profetizado: *Dicite in nationibus, quia, Dominus regnavit á ligno.*

CAPITULO XXXII.

Los buenos Christianos hallan exemplo, remedio, y consuelo en Jesu-Christo crucificado.

FUE suma de la Sabiduría de Dios, habiendo venido á este mundo hecho Hombre, escoger para salir de él la muerte mas afrentosa y dolorosa, que podia ser y conquistar su Reyno por el madero de la Cruz, abriendo esforzadamente el camino para el descanso, y la gloria por medio de las afrentas y tormentos, embotándole al mundo sus mas fuertes, y mejores armas y dando ánimo á los suyos para hollarle como á enemigo vencido (1) y perderle el miedo, aunque los ponga en grandes apreturas, esperando salir por medio de ellas (como él salió) al triunfo de la Gloria.

(1) Joann. 16. n. 33.

Enseñónos tambien la suma reverencia, obediencia y amor, que debemos tener á Dios sobre todas las cosas, perdiéndolas todas y la misma vida, (quando sea menester) para glorificarle y cumplir sus Mandamientos. Demas de esto, esforzó nuestra flaqueza, armándonos de paciencia y de humildad, y de confianza en Dios para todos los casos, por adversos que sean, con lo qual somos hechos mas fuertes que todos nuestros enemigos, despreciando por virtud de la Cruz sus fuerzas, y no sintiendo sus golpes y heridas, porque todas dan en los bienes temporales, á cuyo amor, por virtud de la Cruz, debemos estar crucificados y muertos. Diónos tambien á conocer el camino de la paz, (2) y enderezó nuestros pasos por él, guiándonos por la pobreza, y por las afrentas, y deshonras y desarraygando de nuestro corazon la codicia de estos bienes, que el mundo estima, y de la qual nacen todas las perturbaciones y congojas. De esta manera la Cruz, en que se escandalizáron los Judíos, (3) y los Gentiles tuviéron por locura, los escogidos y llamados de Dios han hallado en ella la virtud y la fuerza y sabiduría de Dios.

(2) Luc. 1. n. 79.
(3) 1. Cor. 1. n. 23.

Y habiendo su Divina Magestad ordenado de manifestar su grandeza en la Cruz, y llevar por este camino á sus escogidos, era muy conveniente, que así como en el cielo era grande en la magestad, así fuese en la tierra grande en la paciencia; y que él tomase primero su Cruz, para que le siguiesemos todos y que él solo tuviese mas falta de los bienes que el mundo estima y mas parte en los males que el mundo aborrece, que otro ninguno de los hombres, porque como Capitan habia de ir delante por este nuevo camino, que él nos descubrió para la vida. Y de aquí nació, (lo que no se puede pensar sin mucha admiracion) que en ménos de veinte y quatro horas, que duró el proceso de la Pasion, lloviéron sobre el Señor tantos trabajos en todo género y con tantas circunstancias para agravarlos, que no parece posible, que pueda suceder á ningun hombre en el discurso de los tiempos ninguna manera de trabajo ó adversidad que no la haya padecido primero en su persona con grandes ventajas nuestro Salvador: porque su pobreza llegó á punto, que le faltáron todas las cosas, pues ni tuvo una cama en que morir, ni un lienzo con que cubrirse, si no se le dieran como de limosna) ni en la sed y agonía de la muerte tuvo para refrescarse otro alivio de el que sus enemigos le quisiéron dar, que fué hiel y vinagre. Finalmente, diciendo San Pablo, (1) que la suma pobreza es tener con que cubrir el cuerpo, y con que sustentarle, sin buscar otra cosa mas el Señor, (2) que siendo rico, se hizo pobre por nosotros, pasó mas adelante, porque ni tuvo con que cubrirse, ni con que apagar su sed: y las pobres vestiduras, de que en su vida usaba, no pudo en su muerte dexarlas á quien queria, sino que se vió despojar de ellas y que los Soldados las repartian entre sí, y sorteaban á su contento.

(1) 1. Ad Timot. 6. n. 8.

(2) 2. Cor. 8. n. 9.

El desamparo de los hombres fué tan grande, que se pudo decir en su persona: (3) Miraba á una mano, y á otra y no hallaba quien me conociese, (4) porque mis conocidos antiguos huyéron muy léjos de mí y me tuviéron por cosa abominable. Y tanto fué mayor este golpe, y caida, quanto fué de mas alto; de manera, que pudo decir mejor que Job: (5) Levantásteme en alto, y poniéndome sobre los vientos, me dexaste caer con mayor fuerza. Porque habiendo sido estimado como Santo, reve-

(3) Psal 141. n. 5.

(4) Psal. 89. n. 9.

(5) Job. 30. n. 22.

verenciado como Profeta, oido como gran Maestro, y predicador, seguido de todo el Pueblo con extraordinario concurso en el Templo y en las Sinagogas, en la Ciudad y en el Desierto, en la Tierra y en la Mar: habiendo sido engrandecido por sus milagros tantos y tan ilustres, querido y amado por los continuos beneficios que recibian de, él todo esto se trocó súbitamente en desconocimiento, en desprecio, en infamia, en ódio, en aborrecimiento, como estaba escrito en su ley (1) que de valde le habian de querer mal: porque sus naturales le procuráron la muerte con suma injusticia y los gentiles se la diéron con suma crueldad: los Sacerdotes y Letrados, eran como la levadura, con que toda la masa del Pueblo quedó no poco avinagrada contra el Salvador: los Príncipes soplaban, y en los Populares se encendió tal llama, que no se pudo apagar con tantas afrentas y dolores; y no se contentáron viéndole colgado en una Cruz, sino que como perros rabiosos despedazaban las carnes del que así veian morir con injurias y vituperios.

(1) Joan. 15. n. 25.

(2) Psal. 21. n. 15.

Teniendo tan declaradas contra sí las voluntades de los Judíos y Gentiles, mayores y menores, en los suyos, que habian seguido su Escuela, halló poca firmeza y lealtad; porque de sus doce Apóstoles escogidos, uno le vendió, y se hizo Capitan de los que le iban á prender: otro, á quien él habia dado el primado entre todos, le negó tres veces, echándose muchas maldiciones sobre que no le conocia; y los demas le desampáráron, dexándole en poder de sus enemigos. ¡O exemplo nunca visto de la inconstancia de las cosas humanas, y de la constancia que debe tener el verdadero Christiano en ellas! ¡Qué sintió aquel bendito corazon del Señor, quando se vió tan falto de amigos, y tan cercado de enemigos! El lo habia significado muchos años ántes por el profeta, que dixo: (2) *Factum est cor meum tanquam cera liquescens in medio ventris mei.*

Sola su madre nunca le desamparó, y le acompañó en su afrenta, quando no le pudo ayudar, ni defender; ántes le acrecentaba intensamente el dolor con su presencia; y su Eterno Padre, que podia no quiso por entónces volver por él, dexándole padecer con todo rigor á gusto de sus enemigos Lo qual sintió el bendito Señor muy tiernamente, porque sus enemigos le daban con ello en rostro, diciendo: Si espera en Dios, li-

líbrele Dios, y sálvele Dios, pues que él dice, que no quiere sino á solo Dios. Y no queriendo Dios por entónces librarle, ni dar muestras de que le queria bien, se quexó amorosamente, quando dixo: Dios mio, Dios mio, por qué me desamparáste?

Pues quién dirá quan gravemente, y de quántas maneras padeció en la honra? Y tuvo tanto mas vivo el sentimiento de sus deshonras, quanto era de mas alto corazon, y habia alcanzado mayor reputacion, y estima, y le habian tratado siempre con mayor reverencia. Y estando en este punto tan reputado, y acatado de toda la gente, los Príncipes, y Magistrados le deshonráron, enviándole á prender fuera de la Ciudad y en el campo, con mano armada, como si fuera Ladron, y trayéndole atado con violencia, y vocería por las calles mas públicas de la Ciudad. Y como el Pueblo le vió preso y tan descompuesto y afrentado, todos (como suele acaecer) se diéron por engañados de la opinion que habian tenido de él; y como corridos de haber hecho tanta honra á un embaydor, procuraban deshacer el yerro con nuevas invenciones de injurias, y de afrentas. De aqui nació el ofrecerse los Populares por testigos de todos los delitos que los Sacerdotes querian fingir; y con un proceso hecho á su voluntad, y lleno de tantas falsedades le llevâron afrentosamente delante de todos los Jueces, que habia entónces en Jerusalen, sometiéndole á todas las jurisdicciones, y presentándole como Reo delante de todos los Tribunales, y saliendo de todos escarnecido, y ultrajado.

De esta manera fué su deshonra la mas calificada, que se podia imaginar. Lo primero, por parte de su Persona, que era verdadero Dios y en quanto Hombre tan acreditado y conocido.

Lo segundo, por parte de las personas, que le deshonráron, porque los Letrados y los Ancianos, los Pontífices y Sacerdotes, los Magistrados y Jueces, que era la gente mas acreditada en letras y religion, y de quien ménos se podia presumir, ó que ignorase la justicia, ó que quisiese hacer injusticia y agravio: estos fuéron los que despues de mucho acuerdo y habiendo exâminado la causa en su Concilio, le declaráron por blasfemo, y embaydor y le condenáron por digno de muerte; y todo el Pueblo se la

la pidió, y hacia fuerza al Presidente, con violencia popular, para que se la diese; y los Soldados Gentiles y sin Dios, y la gente mas vil y soéz, fuéron los verdugos que la executáron, poniendo en él las manos y las lenguas, sin ninguna verguenza ó cortesía; y uno de sus Discípulos, le vendió, y otro en su presencia le negó, despreciándose de haberle tratado ó conocido; y si bien se considera, qualquiera de estas circunstancias agrava la deshonra por parte de las personas que le deshonráron.

Lo tercero, por parte de los delitos de que le acusáron; conviene á saber, de blasfemo contra Dios, que por lo menos se hacia Hijo suyo y igual con él: de traydor á los Reyes, que les usurpaba su título, y dignidad, y vedàba pagarles sus tributos: de hombre embustero y alborotador, que traia el Pueblo embelesado y inquieto, juntando Escuela y enseñando doctrina nueva y perniciosa, discurriendo por la tierra, por Aldéas y por Ciudades, sin tener domicilio señalado: de hechicero, y encantador, que con milagros falsos y aparentes y hechos con ayuda del demonio, traia la gente embelesada y que se ofrecia á destruir el Templo y en tres dias volverle á edificar sin manos, con fuerza de palabras y de encantamientos, que todos eran crimines gravísimos y odiosos, y que contenian en sí otros muchos. Todos los quales los Sacerdotes y los Letrados, declaráron, y desmenuzáron, así al Presidente Pilatos, como al Rey Herodes, acusando con gran fuerza al que callaba, y haciéndole probanza con solo su silencio, de delitos tan feos, en Tribunales tan graves.

Lo quarto, creció su deshonra por parte de las cosas que hiciéron con él, que todas fuéron llenas de dolor y de ignominia, porque (como diximos) le prendiéron de noche y en el campo, con alboroto, lleváronle por la Ciudad atado y con afrenta: exâminaron su causa con violencia, y uno de los criados del Pontífice, injuriándole de palabra como á descortes, le dió una bofetada en el rostro delante de su amo y del Concilio de los Sacerdotes. Los que aquella noche le guardaban la gastáron toda en su deshonra, porque le cubrian los ojos y le escupian la cara; y dándole bofetadas, reian y mofaban de él, como de Profeta falso y mentiroso. Traxéronle por las calles diferentes veces, de unos

Tri-

Tribunales en otros. Herodes le vistió, para burlarle como á tonto: y Pilatos le desnudó en su Pretorio con suma verguenza, para azotarle como á Ladron. La Corte de los gentiles le adoráron como á Rey de burlas, incándole con palos la Corona en la Cabeza, y el Pueblo de los Judíos no le quíso admitir, ni confesar por Rey de veras; y puesto en competencia con un Ladron sedicioso, y homicida, diéron al homicida libertad, y al Autor de la Vida tuviéron por indigno de ella: y no refrenando siquiera su furor, viéndole desnudo, azotado, y coronado de espinas, delante de él, y en su presencia, y en sus ojos, le pidiéron á voces para ser crucificado. Condenóle el Juez; y siendo de suyo el género de muerte tan infame, le hiciéron mucho mas con la compañía de dos Ladrones, y crucificándole enmedio, como el mas insigne de ellos; y haciéndole llevar por toda la Ciudad el Madero afrentoso de su Cruz, le clavaron en ella desnudo, á vista de los suyos, y de los extraños. Y como si todo esto no bastára, estando agonizando, y con las ansias de la muerte, le decian palabras feas, dándole en rostro con los delitos, que él no habia hecho, y ellos le habian levantado. ¡O honrador y honra de los hombres! ¿quién asi te deshonró por ellos? que tú solo mereces ser honrado, y ensalzado por todos los siglos.

Los dolores de su cuerpo fuéron tantos, que se pudo bien decir, (1) que desde la planta del pie hasta lo mas alto de la cabeza no tenia cosa sana, y que todo estaba hecho una llaga, (2) como el leproso, sin haberle quedado color, ni hermosura, ni vista ó figura por donde fuese conocido: las espaldas abiertas, y todo el Cuerpo señalado con azotes: los hombros molidos con el peso de la Cruz: el pecho descoyuntado, y estirado en ella: la cabeza traspasada con espinas, y de la mala noche flaca y desvelada: los cabellos mesados: la barba pelada y arrancada, y el rostro herido con bofetadas: las venas desangradas: la boca seca con la sed, y la lengua amarga con la hiel y vinagre: las piernas y brazos estirados, hasta contarle los huesos: las manos y pies barrenados: colgado de ellos con clavos de un madero, y abriendo las heridas con el peso de su mismo Cuerpo: el corazon afligido, y puesto á punto de morir con la fuerza de la tristeza y congoja.

(1) Isai. 1. n. 6.

(2) Isai. 53. n. 4.

Por-

Porque ya que Dios quiso padecer, como Dios habia de padecer; y así en lo que padeció, como en el modo y causa de padecerlo, claramente se descubria, que era mas que hombre el que padecia: porque estando con tan extremada pobreza desamparado de sus amigos, y rodeado de sus enemigos, tan deshonrado, y abatido; y con tan graves dolores y tormentos, no se rindió, ni mostró flaqueza, y ni perdió un punto de su decoro y magestad; ántes extendió animosamente los brazos, haciendo demostracion de las fuerzas de Dios, y sustentando el peso de aquella Cruz, que solo él pudiera sustentarla.

Y si miramos la causa por que padeció, hallarémos, que fué cosa muy conveniente á quien era, porque todo esto padeció por la justicia y por la verdad, y por volver por la honra de Dios, y por cumplir con el precepto, que le tenia puesto, dexándose despojar de la hacienda y de la amistad de los hombres, de la fama y de la honra, de la salud y de la vida, por no perder un punto de la obediencia. Padeció tambien por el bien público de todos los hombres presentes, pasados y venideros, ofreciéndose á su Padre como holocausto verdadero, abrasado en el fuego de aquella caridad, con que amaba á Dios sobre todo amor, y deseaba su honra sobre todo deseo, y el amor con que amaba á los hombres, por haberle encomendado su Padre el rescate y redencion de ellos: la qual hizo por esta causa tan copiosa, que bastando una sola gota de su Sangre para el remedio de mil mundos, él por el excesivo amor que nos tenia, se dexó desangrar de tal manera, que no solo pudiesemos ser rociados, sino tambien lavados en su Sangre nosotros y nuestras vestiduras. Por lo qual dixo el Apóstol: (1) Amónos, y por eso nos lavó de nuestros pecados en su Sangre. Y en otra parte: Bienaventurados (2) los que lavan sus vestiduras en la Sangre del Cordero.

De esta manera nuestro grande amador, colgado de la Cruz, nos estaba proveyendo de remedio, de exemplo y de consuelo. Porque remedio fué pagar por nuestras deudas al eterno Padre, y satisfacer á la Divina Justicia por nuestros desconciertos, y enriquecer nuestra pobreza con el tesoro de sus merecimientos, y armar nuestra flaqueza con la virtud de su Cruz, para que habiendo (3) padecido él en su Sagrada Carne, nosotros nos armasemos con este pensamiento y con la

(1) Apoc. 1. n. 5.
(2) Apoc. 22. n. 14.
(3) 1. Petr. 4. n. 1.

la memoria de su Pasion en nuestras tentaciones.

Y grande consuelo y exemplo fué para los hombres dexarse tentar el Señor, y probar (1) generalmente en qualesquier trabajos, para saber mejor compadecerse de ellos. Y grande sabiduría fué, y muy amorosa providencia haber recogido á su Pasion todas las maneras de adversidades, que los hombres en qualquier tiempo y ocasion podian tener. Esto fué de amigo muy fiel, y no ménos de Capitan muy esforzado, engolfarse animosamente (como estaba escrito en su Persona) en alta mar (*): *Veni in altitudinem maris*, y esperar á que descargasen sobre él todas las olas y tempestades, que podian levantarse en ella, como él dixo en otra parte (2): *Et omnes fluctus tuos induxisti super me*: Todas tus olas (dice) las hiciste venir sobre mí, para dexar señalado con sus huellas, y ilustrísimos exemplos camino real por medio de las aguas, (esto es, por medio de las tribulaciones) por el qual pasase su Pueblo alegremente y sus enemigos (que son los amadores de este mundo) se sumiesen y anegasen como el plomo (3) en lo mas profundo del agua: quiero decir, que los mundanos de la pobreza no saben sacar sino tristeza, de las enfermedades impaciencia, y de las deshonras desesperacion. Pero este Señor enseñó á sus escogidos á ganar por medio de la pobreza la riqueza, por medio de los dolores el descanso, por medio de la deshonra la verdadera honra y gloria; y por medio de la muerte (4) descubrió los caminos de la vida. Extendió sus manos á la Cruz, y quedáron sus enemigos tragados y hundidos debaxo de la tierra: fué Guia y Capitan de su Pueblo redimido; y con la fortaleza, que tuvo sufriendo, le sustentó y llevó sobre sus hombros á las moradas eternas de la Gloria, segun que estaba escrito: *Extendisti manum tuam, & devoravit eos terra: dux fuisti in misericordia tua populo, quem redemisti, & portasti eum in fortitudine tua ad habitaculum sanctum tuum.*

(1) Ad Hebr. 4. n. 5.

(2) Psalm. 68. n. 3.

(3) Psalm. 87. n. 8.

(4) Exod. 15. n. 10.

(5) Psalm. 15. n. 11.

CAPITULO XXXIII.

Lo que obraba en el Padre Eterno la vista de Jesu-Christo crucificado.

Miraba el Padre Eterno este espectáculo, por todas partes tan maravilloso y tan digno de sus ojos; y habiendo de hablar en negocio tan alto y tan secreto con lenguage de hombres, no se puede declarar con pa-

palabras el gusto y alegría que recibia, viendo las grandezas, que con tanto valor obraba su amantísimo Hijo en la Cruz, que todas eran para mayor gloria suya, y manifestacion de su santidad: porque si en las cosas humanas se alegraria tanto un padre de ver salir á justar á la tela á su hijo, armado, bien puesto en el caballo, con valor y gentileza, sin flaqueza, ni fealdad, y que allí derriba sus enemigos, y los rinde y atropella gloriosamente, principalmente quando ha entrado en esta lid por injurias de su padre, y por satisfacer á su honor; ¿qué agradamiento tendria el Eterno Padre con la vista de aquel tan amado y obediente Hijo, viéndole tan bien puesto en la Cruz, sin rastro de impaciencia, ú de flaqueza, padeciendo con tanta mansedumbre, y ofreciéndose con tanta caridad, poniendo terror á sus contrarios con su esfuerzo y valentia, vengando las injurias de su Padre, y satisfaciendo á su honor, haciendo demonstracion de la justicia y de la misericordia de Dios, y manifestacion de su gloria y santidad?

Y si el humo de los sacrificios antiguos, donde se quemaban en fuego material las carnes de los animales, le aceptaba Dios en olor de suavidad; ¿quán acepto le fué este sacrificio, donde el Sacerdote era su amantísimo Hijo verdadero Hombre, y Dios, que se ofrecia á sí mismo en el Altar de la Cruz, Hostia viva y agradable, derramando toda su Sangre por precio, y lavatorio de nuestras culpas, el Cuerpo asado en fuego de dolores, y el corazon en el fuego de la caridad? Sin duda quedó Dios tan satisfecho de esta paga, y tan honrado con este sacrificio, que le empezáron á desagradar los sacrificios viejos de la Ley, los quales nunca le agradáron, sino por ser como pintura y sombra de este nuevo sacrificio.

Este es aquel sacrificio que ofrecido una tan sola vez, fué bastante para todos los hombres, y para todos los siglos, sin ser menester otro diferente, porque con solo este quedó la ira de Dios aplacada, su justicia satisfecha, la misericordia propicia, los pecados perdonados, el mundo reconciliado, y los dones de la Gracia y de la Gloria merecidos para los hombres. Y así como prometió Dios á Noe, que quando mucho lloviese, él miraria su arco (que puso en las nubes en señal de amistad con los hombres) para no destruir la tierra por agua; así mucho mas, mirando Dios á su Hijo puesto en la Cruz, extendidos sus brazos

zos á modo de arco, quita del arco riguroso de su ira las flechas que ya queria arrojar, y en lugar de castigos da abrazos, vencido mas por este valeroso Arco, que es Christo, á hacer misericordia, que irritado por nuestros pecados á tomar venganza.

(*) Porque así como la causa por que amó Christo nuestro Señor á los hombres, no son los humbres, sino Dios; así tambien la causa por que Dios tiene prometidos tantos bienes al hombre, no es el hombre, sino Christo nuestro Redentor. La causa porque el Hijo nos ama, es porque lo mandó su Padre: y la causa por que el Padre nos favorece, es porque se lo pidió, y se lo mereció su Hijo. Estos son aquellos sobrecelestiales Planetas, por cuyo aspecto maravilloso se gobierna la Iglesia, y se envian todas las influencias de gracias al mundo.

¡Quán firmes son los estrivos del amor que nos tiene Dios! Y no lo son ménos los de la esperanza, que nosotros tenemos en él. Tú nos amas, buen Jesus, porque tu Padre te lo manda: y tu Padre nos perdona, porque tú se lo suplicas. De mirar tú su voluntad y mandamiento, resulta que tú me ames á mí, porque así lo pide tu obediencia: y de mirar él tus pasiones y heridas, procede mi perdon y salud, porque así lo piden tus merecimientos. Miraos siempre, Padre y Hijo, miraos siempre sin cesar, porque así se obre mi salud. ¡O vista de soberana virtud! ¡O aspecto de divinos Planetas, de donde proceden los rayos de la Divina Gracia con tanta certidumbre! ¿Quándo desobedecerá tal Hijo? ¿Quándo no mirará tal Prdre? Pues si el Hijo obedece, ¿quién no será amado? Y si el Padre mira, ¿quién no será perdonado? Pues digámosle con humilde reverencia, representándole á su Hijo puesto por nosotros en la Cruz: *Protector noster aspice Deus, & respice in faciem Christi tui.*

(*) Maest. Avila, trat. del Amor de Dios.

CAPITULO XXXIV.

De la primera Palabra que habló el Señor en la Cruz.

Jesus autem dicebat: Pater, dimitte illis, non enim sciunt quid faciunt. *Luc.* 23. *n.* 34.

De este agradamiento, que el Padre Eterno tenia del Sacrificio que su Hijo le ofrecia en la Cruz, se valió el mismo Señor para favorecer á los hombres, y no solo á los justos, sino á los pecadores; y no á qualesquiera, sino á los que actual-

mente estaban cometiendo un gravísimo, y horrendo delito: y no solamente á los que se compadecian de él, sino á los que de valde le aborrecian, y gravemente le injuriaban, y cruelmente le atormentaban; y el benignísimo Señor tenia cuidado del bien de aquellos que le hacian mal, y le aquexaba la sed de la salud de aquellos que la tenian insaciable de su Sangre, y no se hartaban de tanta como le veian derramar en la Cruz; y así convenia, que estando en ella rogase el Señor públicamente por los que le habian crucificado, para que ninguno hubiese tan perverso, que del todo se tuviese por excluido del rescate que se hacia con esta Sangre, y del valor, y méritos de esta oracion.

Y no teniendo sano ningun miembro, sino solo la lengua, la qual con la fatiga mortal, y derramamiento de la Sangre tenia seca y de la hiel que le diéron habia quedado amarga, demanda con ella, y ruega al Eterno Padre, que perdone á aquellos pecadores, que le tenian puesto en tal aprieto. Con esto mostró el Señor, que le dolia mas la perdicion de aquella gente, que todo lo demas que él padecia en su Persona, pues no cuidando de sí, cuida de ellos; y olvidándose de sí, se acuerda de ellos: y no pidiendo alivio, ni remedio para sí, le pide para ellos: porque luego que le dexáron en los ojos de todo el Pueblo, estirado en los brazos de la Cruz, y colgado de tres clavos del Santo Madero, no curando del cruelísimo tormento en que estaba, la primera cosa que hace, y el primer cuidado que mostró, fué aplacar la ira de su Padre que se encendia contra los pérfidos Judíos, con la fatiga inmensa de su amantísimo Hijo. Tal por cierto convenia que fuese nuestro Sumo Sacerdote, y tan encendida su caridad, y tal el sacrificio, que ofrecia en el Altar de la Cruz, y tan inestimable su valor, que abrazase á los mismos enemigos, y alcanzase perdon del mismo pecado con que le crucificaban; y para vencer el mal con el bien, así como ellos multiplicaban, y repetian las injurias, así él multiplicaba su oracion, porque debió de repetirla muchas veces; pues el Evangelista, que lo cuenta, no escribe solamente, que dixo estas palabras, sino que las decia: *Jesus autem dicebat: Pater, dimitte illis; non enim sciunt quid faciunt.*

Verdaderamente, que si fué admirable el Señor en lo mucho que calló en su Pasion, no volviendo por sí; no fué ménos

nos admirable en lo que habló volviendo por sus enemigos, porque aqueste grande Abogado nuestro, en pocas palabras representó á su Eterno Padre, en favor de aquellos pecadores, todos los motivos, que podian tener fuerza, para alcanzarles perdon, alegando la ignorancia de ellos, y los méritos y dignidad de quien pedia. Padre, (dice) que verdaderamente lo eres mio, y Yo tu verdadero Hijo: Yo se, Padre mio, el amor que Tú me tienes, y Tú ves la reverencia y obediencia que á tí tengo, pues solamente por ella estoy colgado, y agonizando en esta Cruz, no es justo que tal Padre, y en tal ocasion niegue á su Hijo peticion alguna, y para esta, que ahora hago, me quiero valer del nombre de Padre, y del título de Hijo, y de la Sangre que derramo, y de la agonía de muerte en que estoy. Padre mio, lo que Yo te pido es, que les perdones esta culpa: ellos me quitan la vida injustamente, y Tú, como Padre, les puedes pedir mi muerte, y como justo Juez tomar venganza de ella: Yo, quanto es de mi parte, les perdono, y te ruego y suplíco que los perdones Tú tambien, y pues Yo los quiero por hermanos, sean por tí mirados y adoptados como hijos: véase ahora el valor de mi Sangre en los mismos que la derraman; y pues se ha llegado el tiempo en que veas á tu Hijo colgado de una Cruz, tambien es tiempo de perdonar y hacer misericordia.

Perdónales, Padre, que aunque su culpa es gravísima y horrenda, pero al fin son hombres ciegos, é ignorantes, unos apasionados, y otros engañados, y los unos y los otros poco advertidos, y mal considerados, para saber pesar (como debian) la malicia de su culpa. Sus Príncipes y Sacerdotes se han cegado en medio de la luz, y no han querido conocer la verdad de quien Yo era, habiéndoselo probado con señales evidentes; y no solo esto, sino que han pervertido y engañado el Pueblo, para que me nieguen, y me pidan, y procuren la muerte: Yo lo sufro por ellos de buena gana. Mas si esto, Padre mio, es alguna parte para disminuir la injuria que se te hace á tí, ellos no han conocido que Yo soy tu Hijo, tanto mas obediente para contigo, quanto ellos son para conmigo mas crueles. Y así te suplico, que no mires á que ellos me matan á mí, sino á que Yo muero por ellos; y pues Yo muero

 por

por ellos, no mueran ellos por haberme dado la muerte á mí; *Pater, dimitte illis, non enim sciunt quid faciunt.*

Y el que de esta manera rogaba al Padre con voz alta, que la pudiéron oir todos, tambien se lo rogaba á su Madre bendita (1), que allí estaba presente) hablándole en lo secreto de su corazon: la qual, como oyó la oracion que el Hijo hacia entre las angustias de la muerte, se enterneciéron sus piadosas entrañas, y quedó su Alma altísimamente alumbrada, y enseñada por medio de ella; y como tambien era parte, como verdadera Madre, para pedir venganza de esta muerte, conociendo la voluntad y caridad de su Hijo, con toda la fuerza que el Espíritu Santo le comunicaba, abrazó á aquellos perversos pecadores, y crueles perseguidores en el amor de verdadera Madre, y juntando su oracion con la del Hijo, pedia afectuosamente al Padre Eterno, que los perdonase, y con tales medianeros usó Dios de misericordia con muchos de los presentes que allí estaban (2), que creyéron luego en el Señor: y otros despues de muerto, movidos de los prodigios que pasaban (3), se convertian á Dios, hiriéndose en los pechos: y otros muchos millares (4) se convirtiéron despues de haber subido el Señor al Cielo, por el Sermon de los Apóstoles.

(1) Bonav. in Stimulo Divini Amor.

(2) Glos. Ordin. in illud Isai. 53. & pro transgresoribus rogavit.

(3) Luc. 23. n. 48.

(4) Act. 2. n. 41.

(5) Matth. 27. n. 44. Marc. 15. n. 32.

CAPITULO XXXV.

De la segunda Palabra que el Salvador habló con el Ladron en la Cruz.

Et dixit illi Jesus: Amen dico tibi, hodie mecum eris in Paradyso. *Luca 23. n. 43.*

Entre estos en quien tuvo efecto la oracion del Salvador, fué uno de los dos Ladrones, que estaban crucificados con él, los quales debian de ser Judíos de profesion; pues á lo que parece de la blasfemia del uno, y de la confesion del otro, tenian alguna noticia del Reyno de Christo, y del Mesias que esperaban. Y fué asi, que pasó tan adelante la afrenta y desamparo del Señor, que no solo los Príncipes de los Sacerdotes, que le habian puesto allí, y lo restante del Pueblo que miraba (5), sino los mismos Ladrones, colgados como estaban en sus Cruces, blasfemaban de él. Tanto fué lo que el Hijo de Dios se humilló por nuestro respeto, que los Ladrones, gente infame y vil, estando en pública afrenta, y recibiendo la pena debida á sus mal-

maldades, entónces, quando su propio dolor los habia de hacer mas compasivos, y la verguenza de sus delitos los habia de tener mudos, con desverguenza y diabólico furor se empleaban ellos tambien en el Señor, lastimándole mas de cerca con sus injurias y blasfemias.

Porque el uno de ellos, estando impaciente en el tormento que tenia merecido, y oyendo lo que hablaban los Sacerdotes y Letrados, que si era Hijo de Dios, y Rey de Israél, (como decia) se baxase de la Cruz, y se pusiese en salvo, aprendió de ellos la misma blasfemia, y añadia, que si fuera verdad lo que de sí habia publicado, no solo se habia de librar á sí, sino tambien á ellos, pues eran compañeros del tormento. Si tú eres Christo (1), (decia) sálvate á tí, y á nosotros; mas porque no lo eres, (como si dixera) padeces tú, y nosotros tambien: que si lo fueras, ¿qué mejor ocasion pudieras desear, que aquesta, para mostrarlo por las obras? ¿Y en quién era razon que mostráras tu poder sino en los que padecen en tu compañía? Que si tus enemigos te han querido deshonrar, haciéndote compañero de Ladrones en la pena, tú (si fueras lo que dices) te habias de vengar de ellos, haciendo á estos Ladrones compañeros de tu gloria; mas porque cayó en nuestra desdicha padecer en compañía de un hombre mentiroso y embaydor, por eso no tiene remedio, ni alivio nuestra pena. De esta manera hacia este Ladron cargo al Salvador, y no á sus delitos, del tormento que padecia. Y así lo suelen hacer comunmente los blasfemos, que no mirando las culpas que les han acarreado sus trabajos, se quexan atrevidamente de Dios, porque no los libra de ellos.

Pero el otro Ladron, que con ojos alumbrados de Dios estaba contemplando aquel espectáculo, Fuente de toda la gracia y santidad, considerando la profunda paciencia y mansedumbre de aquel Señor que padecia, y la caridad con que rogaba por sus enemigos, movido interiormente del Espíritu Divino, entendió, no solo que era inocente, sino que era Rey verdadero, y que para gloria suya, y confusion de sus enemigos, podia librar á los Ladrones del tormento, y hacerlos participantes de su Reyno y de su Gloria, aunque no de la manera que el otro su compañero blasfemaba; por lo qual le reprehendió, y corrigió desde la Cruz, diciendo (2): Ni tú

(1) Luc. 23. n. 39.

(2) Luc. 23. n. 40.

tú tampoco temes á Dios, estando comprehendido en la misma condenacion y sentencia: y digo que es la misma, aunque la causa muy diferente, porque tú y yo padecemos justamente; pero éste, ¿qué cosa mala hizo?

Maravilla es (como si dixera) que la ceguedad de los Sacerdotes y Letrados sea tanta, que no conozcan la inocencia de este Santo Cordero, que injustamente padece, y que su pasion esté tan encendida, y tan embravecido su furor, que viéndole padecer tales dolores, esten tan léjos de compadecerse, que se los aumentan, y dan mucho mayores con su lengua: y maravilla es, que Pilatos, estando desapasionado, y habiendo conocido la verdad, se haya dexado rendir á la injusticia, lo qual es argumento claro, de que él y ellos, y ellos y él, han perdido del todo la verguenza y el temor de Dios. Mas al fin el Presidente se dexó vencer del temor humano de perder la gracia y amistad del César, la qual queria conservar para sus pretensiones; y los Sacerdotes, llenos de ambicion y de codicia, han seguido pertinazmente su intento de quitar delante de los ojos al que tenian por contrario de su honra y de sus intereses; y los unos y los otros, como gente descansada, y que no sabe de tormento, tampoco se compadecen de los que están en él; pero lo que peor es, y que por ningun camino se puede excusar, ni aun tú tienes temor de Dios, siendo en tí tanto mas feo el no tenerle, porque ni te humilla la afrenta en que estas, ni te rinde la pena que padeces, ni te desengaña la muerte que esperas; ántes estando, como estas, condenado, te muestras tan insolente, como estan los acusadores y Jueces, y tienes tan poca compasion, como si no participáras del tormento, siendo consorte y compañero en la misma sentencia y condenacion.

Et nos quidem justé, *&c.* Y nosotros con justicia somos castigados, porque recibimos la paga que merecian nuestros delitos; pero éste ninguna cosa hizo que no fuese de Santo y gran Profeta; y si mueve á lástima ver padecer á un hombre, aunque culpado, y tú y yo, que estamos aquí por nuestras culpas, á los que son hombres como nosotros pedimos siquiera compasion de nuestras penas, ¿quánta mas razon es que nosotros, que siendo hombres, estamos atormentados como él, y somos culpados, no siéndolo él, tuviéramos lástima y com-

pa-

pasion de su tormento? De esta manera, estando el Señor en la Cruz, alumbró al un Ladron, para ganarle, y al otro, porque no se perdiese, le proveyó de Predicador, que le reprehendiese y enseñase el que mas á propósito pudiera ser, que era su mismo compañero.

Pues este dichoso Ladron, despues de haber reconocido, y confesado en esta forma sus pecados, y habiendo aceptado su Cruz con humildad y paciencia, como castigo merecido de ellos; y despues de haber reprehendido al compañero su blasfemia, y predicádole la inocencia y santidad del Salvador, se volvió á él, y con humilde oracion, le dixo (1): Acuérdate, Señor, de mí, quando vinieres en tu Reyno: que fué una modesta peticion, y maravillosa confesion, porque le confesó por Rey, y creyó que habia de resucitar, pues dixo que habia de venir glorioso en la Magestad de su Reyno, y le tuvo por Dios, pues le llamó Señor, y le pidió que se acordase de él, no para cosa de esta vida, (pues estaba ya para perderla) sino solamente para que le perdonase sus pecados.

Y si miramos el tiempo y circunstancias en que creyó y confesó estas verdades, se descubre mas la fuerza de la luz, y la gracia celestial: veiale padecer como él, y que los Sacerdotes y Letrados le blasfemaban aun mas que á él, qué mucho que pensara que tenia las mismas culpas, ó mayores, que él; y como dice San Leon (2): *Quæ istam fidem exhortatio persuasit ¿quæ doctrina imbuit? quis prædicator accendit? non viderat priús acta miracula, cesaverat tunc languentium curatio, cœcorum iluminatio, vivificatio mortuorum: ea ipsa, quæ mox erant gerenda, non aderant: & tamen Dominun confitetur, & Regem, quem vidit supplicii sui ese consortem.* ¿Qué exhortacion (dice San Leon) le persuadió esta fé? ¿qué doctrina se la enseñó? ¿qué Predicador le despertó? No habia visto los milagros que primero se habian hecho: por entónces habia cesado la cura de los enfermos, el alumbrar los ciegos, y el resucitar los muertos aquellas mismas señales, que se habian de hacer al tiempo de su muerte: obscureciéndose el Sol, quebrándose las piedras, y abriéndose las sepulturas, aun no estaban presentes, y con todo eso confiesa por Rey, y por Señor al que tiene por compañero en el suplicio. Esto dice San Leon.

Pero el mismo Señor, que despues de subido á los Cielos ha descubierto á tantos las exce-

(1) Luc. 23. n. 42.

(2) Leo S. 2. de Pass.

celencias de su Cruz, se las descubrió á este Ladron, estando en ella, y por eso dixo: Acuérdate, Señor, de mí, quando vinieres en tu Reyno. Bien sé, Señor, y lo conozco, que aunque eres Señor de todo el mundo, pero que tu Reyno no es de este mundo, ni yo te suplico por cosa de este mundo, estando yo en una Cruz, y tú en otra, los dos ya casi fuera del mundo: y quando yo no mereciera esta Cruz por mis delitos, y tuviera en mis manos todas las riquezas y haberes del mundo, todo lo dexára libremente, y sobre todo escogiera esta Cruz en que estoy, por ser compañero de la tuya: solamente me tiene aficionado y suspenso la Gloria y Bienaventuranza, que me has descubierto de tu Reyno: y si á tí, Señor, estando en este mundo, te ha cabido tanta parte de la pena de mis pecados, no es mucho, que quando yo salga de él, me quepa alguna del premio de tus merecimientos: no te pido de las primeras sillas, ni la mano derecha, ó siniestra de tu Gloria, yo me tengo por muy favorecido en que me hayas dado la mano derecha de tu Cruz, y esto me da algun atrevimiento para pedirte, que quando te veas en tu Reyno, me tengas siquiera en tu memoria.

Aceptó el Señor de buena gana, entre tantas blasfemias de los Sacerdotes, la confesion de un Ladron, el qual, así como conoció que aquel Señor (aunque estaba disimulado, y encubierto) era Rey verdadero de aquel Pueblo, y de todos los hombres, y de todos los siglos; y así como le predicó, y le pidió mercedes como á Rey, así él se las concedió, como tal, mucho mayores que las pedia. Y alegre de ver ya el fruto de su Sangre, y las primicias de la conversion de los pecadores, y un exemplar de la humilde confesion de los verdaderos penitentes, aquel Señor, que juntamente con ser Rey, era tambien Sumo Sacerdote, le absolvió desde la Cruz, y le concedió plenaria indulgencia de sus culpas, para que en aquel mismo dia gozase con él del Paraiso; y haciendo Trono de su Cruz, y asiento y silla en las mismas llagas de que estaba colgado, y en los clavos á que estaba asido, despachó la peticon de este Ladron con liberalidad y magnificencia de Rey, diciendo: Yo te digo de verdad, que hoy serás con migo en el Paraíso. Tal por cierto convenia que fuese el Trono de su clemencia, y que así se despachasen las causas de los pecadores.

CAPITULO XXXVI.

Eclípsase el Sol, y hácense tinieblas sobre toda la tierra.

A sexta autem hora tenebræ factæ sunt super universam terram, usque ad horam nonam. *Matth.* 27. *num.* 45.

Habiendo, pues, el Señor estado en la Cruz como media hora, desnudo, y con afrenta y verguenza pública, á vista del Cielo y de la Tierra, y en luz del medio dia, blasfemado de todos los que concurrian á este espectáculo, y de los mismos Ladrones que padecian con él, quiso el Eterno Padre dar desde el Cielo testimonio de él, que así moria, con prodigios y señales manifiestas. Y esto se hizo mostrando sentimiento las mas principales criaturas del mundo, y como haciendo llanto, y poniéndose luto por la muerte de su comun Señor: porque el Sol primeramente (1), (que por mandamiento de Dios sale cada dia sobre los buenos y los malos) abominando de esta maldad, sobre todas las que se habian cometido en el mundo, apartó sus ojos, y cubrió su rostro, por no verla; y castigando á los que la hacian, escondió sus rayos, porque no gozasen de ellos, y obscurecióse al medio dia, y quando mas resplandecia, para significar las sombras en que hasta entónces habian vivido los Judíos, y la ceguedad en que de presente estaban en medio de la luz de tantas maravillas. Tambien amenazaba esta obscuridad ira y castigo, qual merecia su culpa, porque les habia de quitar el Señor la luz de sus favores y misericordias, y ponerlos en tal apretura y turbacion, que viesen (como dicen) las Estrellas á medio dia.

Y mostrándose por una parte el Sol tan sañudo contra la canalla de los Judíos, que tan furiosos andaban en la muerte del Señor, por otra parte sirvió en esta ocasion á su Hacedor en la manera que podia: porque se puso luto en su muerte, y cubrió su desnudez con velo de tinieblas, y estorbó la vista de los que miraban, y enfrenó las lenguas de los que blasfemaban, y dió materia de admiracion en todo el mundo, y ocasion de inquirir la causa de efecto tan nuevo, y desacostumbrado (2): porque á la ora de sexta, poco mas ó ménos (3), despues de ella, que en la cuenta de nuestro relox vie-

(1) Matth. 5. n. 45.
(2) Matth. 27. n. 45.
(3) Marc. 15. n. 33. Luc. 23. n. 44.

viene á ser la hora del medio dia, estando la Luna en oposicion del Sol, y distante de él por toda la mitad del Cielo, volvió atras con movimiento apresurado, y se le puso delante para estorbarle la luz (1); y el Sol se obscureció, y quedó en tinieblas toda la tierra. ¿Qué otra señal del Cielo mas ilustre (2) que esta pudieran pedir los Judíos para remedio de su incredulidad? Que quando dos Planetas tan insignes, y que son los ojos del mundo, y lumbreras del universo, hiciéron una mudanza tan nueva, tan súbita y apresurada, y tan fuera del curso ordinario de la naturaleza: porque siendo así, que el eclípse del Sol se hace ordinariamente poniéndose la Luna entre él, y la tierra, y estorbando que no pasen sus rayos para alumbrarla; y de aquí es, que este eclipse no puede suceder naturalmente, sino en tiempo de conjuncion; y como el cuerpo de la Luna es menor que el del Sol, y que el de la tierra, así quando se pone entre el uno, y el otro, ni cubre del todo el Sol, ni obscurece del todo la tiera; pero en esta ocasion sucedió todo del reves, porque la Luna estaba llena, y en oposicion, y así fué menester, que volviese atras con su movimiento, para ponerse debaxo del Sol; y aunque su movimiento ordinario es velocísimo, pero no tanto que no gaste veinte y quatro horas en dar una vuelta al Cielo; pero aquí estando opuesto al Sol, y en la parte contraria del Cielo, súbitamente, y con un movimiento mas veloz, y arrebatado de lo que se puede imaginar, se puso debaxo del Sol: y estando allí, siendo cuerpo tanto menor, se obscureció el Sol, y se hiciéron tinieblas sobre toda la tierra.

(1) Luc. 23. n. 45.

(2) Marc. 8. n. 11.

¿Pues quién es este Señor, que así manda en los Cielos, y gobierna los Planetas, y tiene en la mano las riendas con que rige sus movimientos? ¿Quién es este Señor, á quien obedecen las Estrellas, y le sirven con su luz, y le honran con sus tinieblas? Sin duda que esta grande novedad con que se desarmó y descompuso aquel relox tan concertado de los Cielos, no pudo tener otra causa, sino una de las dos que dixo el gran Dionysio Areopagita, quando ántes de su conversion, y siendo solamente un Filósofo Gentil, estando en Atenas, al tiempo que el Salvador padecia, admirado de este nuevo accidente del Sol, y de este nue-

nuevo movimiento de la Luna, dixo: O la maquina del mundo perece, ó el Criador de la naturaleza padece.

Duráron estas tinieblas desde la hora de sexta, hasta la hora de nona, que fué casi todo el tiempo que estuvo vivo el Salvador en la Cruz; y con mucha razon se obscureció en esta ocasion toda la tierra, porque no habia ya cosa en ella digna de ser mirada, sino solamente aquella obra del Señor, que estaba obrando la salud en medio la tierra (1): *Deus autem Rex noster ante sacula operatus est salutem in medio terra.* Y porque la luz corporal suele estorbar á los que oran, con esta obscuridad quedó el Santo Monte hecho un Oratorio Celestial, dando materia de contemplacion con aquel Santo, y vivo Crucifixo, que allí estaba. Cerráronse en esta forma las ventanas del Cielo, para que los justos, entrando como Moysen, en esta niebla, y obscuridad, y apartando los ojos de todo lo visible, recibian en sus almas luz espiritual para ver, gozar, y penetrar en este misterio, lo que á los ojos del cuerpo es invisible.

CAPITULO XXXVII.

La Vírgen nuestra Señora se puso con grande constancia cerca de la Cruz.

LA Vírgen nuestra Señora, y algunas santas y devotas mugeres, que la acompañaban, y otros de los Discípulos y conocidos del Señor, le siguiéron hasta el Calvario; y llegados allá, se pusiéron algo léjos (2), pero en parte donde veian todo lo que pasaba: porque el alboroto del Pueblo, el tropel de la gente, y el furor de los Ministros, las blasfemias y descortesías, las voces y malas palabras, no daban lugar para llegarse mas de cerca. Pero ya que estaba executada la justicia, y el Inocente con los malhechores estaban todos colgados de sus Cruces, y los Sacerdotes apasionados, y el Pueblo furioso habian vomitado su veneno, y cansádose de decir injurias y blasfemias, y sobre todo con el espanto y admiracion que causáron las tinieblas, se empezó á quietar, y retirar la gente, y á dar lugar los que se iban á los que venian. Entónces la Vírgen, no perdiendo esta ocasion, y animada con aquella sombra que le

(1) Psalm. 72. n. 12.
(2) Luc. 23. n. 49. Marc. 15. n. 40.

le hacia el Sol, (que parece que se obscureció para favorecer á la verguenza virginal, en lugar tan público y patente) y mucho mas confortada del Espíritu Santo, que la guiaba, se fué acercando á la Cruz á buscar su Corazon, que estaba enclavado en ella.

Andaban en su compañía algunas devotas y piadosas mugeres, dignas por cierto de ser alabadas, y encomendadas en el Evangelio (1), porque con ánimo varonil se halláron presentes á la muerte del Señor, quando los Apóstoles, vencidos de temor, andaban derramados y escondidos; y porque habian venido desde Galilea, dexando sus casas, y sus tierras en seguimiento del Salvador: y porque le servian y socorrian de sus haciendas con todo lo que era necesario. Entre estas habia tres mas conocidas, ó por ser mas diligentes y continuas en el servicio del Señor, ó por el deudo que tenian con él, ó por tener algunas de ellas sus hijos en el Apostolado. Por estas causas eran mas familiares al Señor, y tenian trato mas estrecho con su Santísima Madre, y acompañáron al Señor hasta la sepultura, y apénas (2), despues de estar en ella se podian apartar de él. Estas eran María Magdalena, hermana de Lázaro y de Marta, y otra María, muger de Cleofas, y por sobrenombre Alfeo, la qual llama (3) San Juan hermana de la Vírgen nuestra Señora, ó porque en la verdad lo era, ó porque estaban casadas con dos hermanos, como algunos piensan, que lo eran San Joseph y Cleofas, marido de esta María, la qual era madre de Santiago, dicho el Hermano del Señor (4), por la semejanza que tenia con él; y llamado el (5) Menor, porque era de ménos edad que el otro Jacobo; y tambien llamado (6) Alfeo, por su padre, que tenia este nombre: era tambien esta María madre de Joseph (7), que piensan algunos ser aquel Justo, qué entró despues en suertes con San Matias (8) para el Apostolado; y tambien se dice, que era madre de Simon Cananéo, y de Judas Tadéo; y segun esto, esta venerable Matrona, y hermana de la Vírgen, tenia tres hijos Apóstoles, y el quarto era Justo, que por serlo le habian puesto este nombre, y entró en suertes para Apóstol. Todos estos eran llamados Hermanos del Señor (9), por este parentesco tan estrecho que tenian con él. Con María Magda-

(1) Matth. 27. n. 55. Marc. 15. n. 41.
(2) Matth. 27. n. 61.
(3) Joann. 19. n. 25.
(4) Ad Galat. 1. n. 19.
(5) Marc. 15. n. 40.
(6) Matth. 10. n. 3.
(7) Marc. 15. n. 40.
(8) Actor. 1. n. 23.
(9) Matth. 13. n. 55.

dalena y María Cleofe, acompañaba tambien á la Vírgen la muger del Zebedeo (1), madre de Santiago el Mayor, y de San Juan Evangelista, llamada Salomé (2), que tambien se piensa, que era hermana de la Vírgen. Estas santas y piadosas mugeres, quando estaba el Señor en Galilea, le seguian y le servian con sus personas y haciendas; y sabiendo que era llegado el tiempo en que habia de morir, (como él se lo habia declarado) se viniéron con él desde Galilea á Jerusalen, no sufriéndolas el corazon hallarse ausentes en esta ocasion; y por esta causa no se apartaban de la Vírgen, y la hacian compañía en aquel lugar de tanta afrenta, y en aquel dia de tanta amargura y dolor.

(3) *Stabant autem juxta Crucem Jesu Mater ejus, & soror Matris ejus Maria Cleophæ, & Maria Magdalena, &c.* Estaba, pues, (dice San Juan) cerca de la Cruz de Jesus su Madre, y en su compañía estaba su hermana María Cleofe, y tambien María Magdalena; y no solamente estaba cerca de la Cruz, viendo con sus piadosos ojos las heridas del Hijo, mas aun estaba en pie. ¡O fortaleza de ánimo! ¡O maravillosa constancia de Madre tan parecida á su Hijo! El Hijo moria, y la Madre no temia la muerte: el Hijo estaba estirado en la Cruz, y la Madre estaba en pie junto á ella: el Hijo padecia, y la Madre se ofrecia varonilmente á los perseguidores: el Hijo daba su vida por la salud del mundo, y la Madre estaba dispuesta á dar tambien (si fuera menester) la suya. El mundo se trastornaba, la tierra se estremecia, y las colunas del Cielo temblaban, y la Vírgen se estaba queda en su lugar. Las piedras se hacian pedazos, y está entero el corazon de la Madre. Los vientos bramaban, y las olas subian hasta el Cielo, y la Navecica de la Vírgen, gobernada del Espíritu Santo, iba firme, y sin torcer un punto de la voluntad de Dios.

(1) Matth. 27. n. 55.

(2) Marc. 15. n. 40.

Pero con esta conformidad de voluntad, ¿qué entendimiento podrá comprehender, ó que lengua declarár las lágrimas y el dolor, los gemidos y quebrantamiento de corazon, que tuvo la bendita Madre, viendo á su dulcísimo Hijo sufrir tan grandes, tan largos y tan vergonzosos tormentos? Porque á la medida del amor es la del dolor, y qual era el amor de su corazon, tal era su angustia; y así como no se puede bien entender el amor que tenia la Vírgen á su Hi-

(3) Joann. 19. n. 26.

Hijo, así ní el dolor que recibió de sus dolores.

Amábale por el largo trato y suavísima comunicacion que habia tenido con él, como ama un amigo á otro. Amábale por la doctrina tan alta, que con luz tan extraordinaria habia aprendido de él, como ama un Discípulo á su Maestro. Amábale por las muchas y grandes mercedes que habia recibido de él, como á su bienhechor y Señor. De aquí nacia la reverencia con que de ordinario estaria delante de él, sin atreverse á levantar los ojos del suelo en su presencia: pero en este dia, puesta par de la Cruz, el amor la hacia mirar lo que no podia sin gravísimo dolor; alzaba los ojos á mirarle, y era tanto el dolor que recibia de verle, que quan presto los alzaba, tan presto los baxaba, acudiendo á reparar la herida del corazon.

Amábale tambien, como Madre á un solo Hijo. Si las fieras se dexan hacer pedazos, y se ponen en manifiestos peligros por librar á sus hijos de ellos; ¿qué obraria el amor natural en las entrañas piadosas de tal Madre, quando viese en tantos peligros á tal Hijo? Porque las otras madres reciben naturalmente algun alivio con regalar y acariciar á los que saliéron de sus entrañas, y con ponerse á la defensa de ellos, y á hacer resistencia, y pelear con los que los ofenden, y oponerse como muro, para recibir los golpes, y la muerte por aquellos á quien diéron la vida. ¿Pero quál fué, Señora, tu sentimiento, quando estando en este lugar viste á tu amado Hijo tan maltratado, y no le pudiste socorrer? Vístelo desnudo, y no lo pudiste cubrir; vístelo transido de sed, y no le pudiste dar á beber: vístelo injuriado, y no le pudiste defender: vístelo infamado de malhechor, y no pudiste volver por él: viste escupido su rostro, y no lo podias limpiar: finalmente, viste sus ojos corriendo lágrimas, y no se las podias enjugar, ni recoger aquel postrer aliento, que de su sagrado pecho salia, ni juntar en uno los rostros tan conocidos, y tan amados, y morir así abrazada con él.

Sobre todo, amaba la Vírgen á su Hijo, como á su Dios y su Criador, y como á su Redentor y Santificador, y esto no con remision y tibieza, (la qual suele caer muchas veces en el amor de las Madres) sino con las fuerzas que el Espíritu Santo le daba, las quales

eran muy grandes mas de lo que se puede decir: y así tambien no es decible, ni se puede tasar, ni hay palabras con que poder encarecer la grandeza de este amor: y aquellos entenderán algo de él, que hubieren experimentado alguna vez las fuerzas de la caridad. Este amor quisísteis Vos, Señor, que fuese el sayon, y el verdugo que atormentase á aquella Vírgen, y señoreado de su corazon, hiciese en él tantas heridas, como su Hijo tenia en el Cuerpo. El Cuerpo de Jesu-Christo, su Hijo, estaba todo llagado con cinco mil azotes, su Cabeza atravesada con tantas espinas, sus pies y manos barrenados con clavos, sus cabellos mesados, su rostro escupido y abofeteado, su pecho abierto, y sus huesos (que se podian contar) desencajados. ¿Qué tal estaria, si pensais, el corazon de la Madre, que esto tenia delante de los ojos, y en el qual habia recogido el amor todos estos martirios, que por el Cuerpo de su Hijo estaban repartidos?

Estaba con todo esto allí la Vírgen, y estaba cerca de la Cruz, y estaba en pie con maravillosa constancia y entereza, dándole fuerzas el amor para llevar la carga que el mismo amor le ponia, ofreciendo á Dios con encendida caridad, y humilde obediencia, aquel Hijo que habia concebido con tanto gozo, y parido con tanta gloria, y criado con tanto amor, y visto sus milagros con tanta admiracion, y oido sus palabras con tanto gusto y provecho de su Alma, y ahóra le veia morir, no en su cama, ni con su honra, sino por justicia, pregonado por blasfemo y traydor, llagado todo su Cuerpo, y colgado por tres clavos de un madero, entre dos Ladrones.

Y allí entre los verdugos que le habian crucificado, y le estaban guardando, y entre las voces del Pueblo furioso que le baldonaba, estaba la piadosa Madre en pie, viendo y oyendo de cerca lo que se hacia y decia. Honraba tambien con su presencia aquel lugar infame, y entraba á la parte de la Cruz con su Hijo, y vencia con su fe y obediencia á todos los pasados, y estaba puesta para exemplo y consuelo de todos los que en algun tiempo habian de tener parte en la Cruz.

CAPITULO XXXVIII.

De la tercera palabra que dixo el Salvador á su Santísima Madre, y al Apóstol San Juan.

Cúm vidisset ergo Jesus Matrem, & Discipulum stantem, quem diligebat, dicit Matri suæ: Mulier, ecce filius tuus; deindè decit Discipulo: Ecce Mater tua. *Joann. 19. n. 26.*

EStando, pues, la Vírgen tan cerca, miróla el Señor desde la Cruz, y enterneciose sin duda con su vista. Estaba desnudo y afrentado, y vió que su Madre le estaba mirando. Veiase á sí, que segun el estado presente, era deshonra de su Madre, y su cuchillo de dolor, y acordábase de los gozos pasados, y de la honra que por su respeto, y por ser Madre de tal Hijo le habian hecho todas las gentes: y estando las cosas tan trocadas, quando uno desea esconderse de los suyos, y ni ver, ni ser visto de ellos, entónces se vió puesto en lo alto, donde le pudiesen ver todos, y á su Madre tan cerca, donde la pudiese ver él. Vióla con el rostro consumido, y con el color demudado, y vió aquellas lágrimas, que con tanta mesura y gravedad caian de sus ojos, y no fué posible ménos, sino que en aquel trance y agonia de la muerte le atravesase el corazon al piadoso Hijo, ver el dolor, y la afrenta de su tan querida Madre. Y el que lloró de ver llorar á la Magdalena por la muerte de su hermano, lloraria tambien de ver llorar á la Vírgen por la muerte de su Hijo, y las lágrimas se mezclarian con la sangre, y los sollozos con los postreros gemidos de la muerte.

Sintió tambien grande regalo, viendo á su Madre en aquella hora, y en aquel lugar, y estimó con razon este servicio, sobre todos los pasados, el qual nacia de tanta fe y devocion, de tanta lealtad y fortaleza, de tanta humildad, y obediencia, y de tan encendido amor y caridad, que no eran poderosas las muchas aguas para apagarla, sino que ardia mas, y se enseñoreaba en medio de ellas: *Cúm vidisset ergo Jesus Matrem.* Pues como Jesus viese á su Madre, al tiempo que por medio de la Cruz, y de su Sangre estaba destruyendo el pecado, conquistando el Reyno del Cielo, y ganando para los suyos las riquezas de la gracia y de la gloria, repartió con larga mano con ella de to-

todos estos bienes, y dióle la mayor, y mejor parte de sus merecimientos, y levantóla á la mas alta dignidad, y excelencia entre todas las puras criaturas: porque la preservó generalmente de todos los pecados, no solo de los mortales, sino tambien de los veniales, y del original: y recogió en ella con grandes ventajas la muchedumbre de gracias y dones, que por lo restante de la Iglesia estaban repartidas. Hízola Reyna y Emperadora en el Reyno que estaba ganando, y quiso que fuese Abogada de los pecadores, y Tesorera de todas sus riquezas.

Y demás de esto, allí de presente quiso agradecerle aquel amor, y gratificarle aquel servicio, mirándola, hablándola, y mostrando el cuidado y providencia que tenia de ella: porque estando todas las cosas en tal estado, que convidaban á no mirarlas, y obligaban á apartar los ojos de ellas, y teniéndolos él obscurecidos con la sombra de la muerte, y pegados con la Sangre, que caia de la Cabeza, sintiendo la presencia de la Madre, se esforzó á querer mirarla, y apretando los parpados, exprimió la sangre de ellos como pudo, y abriéndolos, enclavólos en los de la Madre, que estaba allí delante; y señalando con la cabeza al Evangelista, y Discípulo amado, que la acompañaba, le habló desde la Cruz, y le dixo: Muger, ves aí á tu Hijo; y vuelto al Discípulo, y señalando á su Madre, le dixo: Ves aí á tu Madre.

¡O maravillosa piedad del Hijo, y nuevo argumento del amor que tenia á su Madre! Estaba colgado en la Cruz, obrando la salud pública del mundo, y tratando con su Eterno Padre de la reconciliacion y rescate de los hombres, y entre estos cuidados no se olvida de la soledad en que su Madre quedaba, para proveerla de regalo, y de compañía, y darle otro Hijo en lugar de el que perdia. Y aunque pudiera el Señor disponer esto despues de resucitado, pero fué mas regalo mostrar este cuidado al tiempo que moria, y quiso honrar en público á su Madre y no en aquellas visitas particulares y secretas que hizo despues de la Resurreccion. Y tambien convenia, que mejorase en su Testamento al Discípulo amado, que le hacia presencia en su Cruz.

Y porque queria que la Vírgen se dexase servir y regalar del Evangelista con toda confianza, como de hijo, y que él la

la sirviese y regalase como á Madre, con amor, cuidado, y reverencia, por eso le dixo: Veis aquí tu Madre; y á ella: Veis aquí á tu Hijo. Yo (como si dixera) soy tu Hijo natural y verdadero, y tú mi verdadera y muy querida Madre; y todo el tiempo que me ha sido concedido te he obedecido como Hijo, y tenido amor y respeto como á Madre; mas ahora, que por la obediencia del Eterno Padre dexo esta presente vida, tiempo es de poner los ojos en otro, que haga por mí este oficio. Este será el Discípulo amado, á quien Yo pretendo honrar y enriquecer con éste cargo: mirad, Señora, que á falta de vuestro Hijo, es la cosa mas á propósito, que yo podia dexaros, y haced cuenta, que en el punto que ahora estoy, ya os he faltado, y que estais como viuda y desamparada, y sin Hijo, y esta es la causa por que os llamo Madre de él, y no os llamo mia, diciendo: Muger, ves aquí á tu hijo, y al Discípulo: Ves aquí á tu Madre.

Hombre verdaderamente dichoso, y á quien todos debemos particular devocion, y amor, en cuya Persona nos miró la Vírgen como á hijos, y todos la miramos á ella, como á Madre. Acordaos, pues Señora que sois nuestra Madre, por encomienda que os hizo vuestro Hijo en las postreras horas de su vida, quando os dixo: Muger, ves ahí á tu Hijo: porque nosotros estamos muy gozosos de teneros á Vos por Madre, por concesion del que era vuestro Hijo único y natural: y entre las riquezas que nos ganó en la Cruz, no tenemos esta por la menor, que haciéndonos hermanos suyos, y miembros suyos, nos hizo, no solo hijos de su Padre, sino tambien hijos vuestros. Y porque el teneros por Madre habia de ser único refugio de los pecadores en vida y muerte, quiso el Señor descubrirnos este tesoro en el mayor fervor de su caridad, estando para espirar, desde lo alto de la Cruz, quando en persona del Evangelista nos dixo á todos, lo que cada uno debe tomar como si se lo hubiera dicho á sí: *Ecce Mater tua*. Advierte bien, y abre los ojos, porque esta es tu Madre.

¡O Madré verdadera! por cuyo medio en las entrañas de tu caridad recibimos la vida verdadera de aquel Hijo tuyo, y Redentor nuestro, que nos la mereció con su Sangre en la Cruz: porque Eva no se puede decir Madre, sino Madrastra,

tra, que mató á sus hijos ántes que los pariese: y mirando con antojo y golosina el fruto de la muerte, que estaba colgado del Arbol vedado, se hizo Madre de los pecadores: pero tú, mirando con dolor y angustia el Fruto de la Vida, que estaba colgado del Arbol de la Cruz, mereciste ser Madre de todos los vivientes. Y porque en el parto de estos hijos pasabas tan agudo y entrañable dolor, aquel que pariste con tanto gozo y alegría, te mostraba desde la Cruz, quales eran los hijos, que á él, y á tí os costaban tanto; y así señalando á los demas hombres, te decia: *Mulier, ecce filius tuus*: Muger (como si dixera) estos son los hijos de tu dolor; y á nosotros nos manda mirar tu agonía, quando dice: *Ecce Mater tua*, para obligarnos al amor y agradecimiento que debemos á tal Madre, y á pensar que siempre hemos de hallar amparo en ella los pecadores, pues no se puede olvidar lo que le ha costado ser Madre de ellos.

Et ex illa hora accepit eam Discipulus in sua. Quedó el Evangelista muy ufano, y bien pagado de su amor y lealtad con aquella prenda que habia alcanzado al pie de la Cruz, y desde aquel punto tomó posesion de aquel cargo que su Maestro le habia encomendado, y empezó á exercitar con la Bendita y afligida Vírgen todos los oficios de un buen Hijo para con su Madre, y la miraba como á cosa suya, y como la mayor, y mejor parte de sus bienes: *Accepit eam Discipulus in sua*, ¿Qué bienes eran estos suyos que tenia el Evangelista, entre los quales contaba á la Vírgen, pues es cierto que no tenia nada suyo quien lo habia dexado todo por seguir á su Maestro? Mas porque el Señor, en pago de lo que habian dexado los Apóstoles, les habia prometido ciento tanto en esta vida, en vida, en bienes espirituales, y despues la vida eterna, ninguna cosa miraban como suya, sino la esperanza y derecho que tenian á este premio: y el Evangelista supo conocer tambien, y estimar á esta Señora, que la contaba entre los bienes espirituales, y la miraba como premio de su Apostolado; y por haber sido admitido á acompañarla, y servirla, se tenia por bien pagado, y premiado de haber dexado todo lo que en este mundo esperaba y poseia.

CAPITULO XXXIX.

El tiempo que el Salvador estuvo en la Cruz, nos tuvo á todos presentes, y se ofreció por nosotros.

MUchas veces, y con mucha atencion y reverencia debemos considerar, por quan largo tiempo, y con quan grave tormento estuvo nuestro Redentor en la Cruz: porque como ya por tres horas, desde la hora de sexta hasta la de nona, estuviese pendiente de ella, no pudo ser, sino que con el peso de su Cuerpo, las llagas de sus pies y de sus manos estuviesen muy abiertas: y era tal la angustia, y tan grande el rigor de su tormento, que si queria aliviar el dolor de las manos, acrecentaba el de los pies, estrivando todo el Cuerpo sobre el arrimo de ellos: y si queria aliviar el tormento de los pies, encogiendo el cuerpo, y sustentando todo el peso de él en los clavos de las manos, acrecentaba el dolor, y abria y rasgaba mas las llagas de ellas; pero en la verdad, ni podia, ni queria buscar alivio ninguno en sus dolores, el que al mismo tormento de la Cruz se habia ofrecido de su voluntad por nosotros: y aun su flaqueza era tanta, que quando él quisiera, le faltaba la fuerza para estrivar, y buscar remedios de mitigar el dolor: y así el glorioso Rey de los Mártires se habia dexado del todo á los dolores.

Pues en esta ocasion, quando el tormento tan espacioso daba lugar, y la obscuridad del Sol, con el temor, y admiracion, habia sido causa de mayor silencio y quietud, nuestro Sumo Sacerdote hizo un largo Memento, teniéndonos delante á todos los hombres, y ofreciendo su Sacrificio al Padre Eterno por nosotros. Y tengamos por cierto, que aunque no le vimos en su Pasion, él con sus ojos penetrantes, y su immensa sabiduría, nos vió en ella: y así nos vió, y nos tenia presentes, quando pendia en la Cruz, de la misma manera que ahora somos y estamos: y allí padeció por nosotros, y se compadeció de nosotros, y despojó al Príncipe de este mundo de la escritura y obligacion de nuestras culpas, y la clavó consigo en la Cruz, y la borró con su Sangre, y nos alcanzó de Dios todos los buenos pensamientos, y santas inspiraciones, y todos los socorros de la gracia, que de su ma-

mano hemos recibido.

Y no debemos pensar, que así por junto, y en general rogó por los hombres, porque les fuesen perdonados sus pecados, y concedidos los dones de la gracia; porque no fué así, sino que estando en la Cruz, nos tuvo presentes en su memoria, á cada uno en particular nos amó, y por cada uno de nosotros en particular se ofreció, como si cada uno hubiera de ser solo en el mundo: y no solo esto, sino que vió entónces cada uno de nuestros pecados, con todas sus circunstancias, como los ve despues, quando se van haciendo, los quales afligiéron su sagrado corazon, y él estuvo rogando al Padre, y ofreciendo su Sangre por la paga de ellos.

¡O bienaventurada memoria, y dichosa hora en que nos hallamos presentes en el mismo Monte Calvario, y estuvimos allí, no de léjos, ni solamente al pie de la Cruz, sino en la misma Cruz, y en el mismo pecho de nuestro Redentor, en el qual nos abrazaba con su inmensa caridad, y nos ofrecia á su Eterno Padre, como á cosa suya, para que en él, y por él le fuesemos aceptos! ¡O Padre Eterno, cuya justicia es incomprehensible! Ya que así lo quisiste, y ordenaste, que tu inocentísimo, y amantísimo Hijo pagase nuestras deudas; mira, Señor, y Padre nuestro, el agonía en que se ve por tu obediencia, y la paga que te ofrece tan copiosa, para que así se aplaque tu justicia. Cese, Señor, cese tu ira; y pues el fiador está tan castigado, quedemos libres los deudores. Mira, Señor, mira la paga, y el pagador en este Santo Monte, que allí tiene toda la cuenta de nuestros pecados fixada en la Cruz; y quando mirares nuestras culpas, no podrás ya mirarlas sino en ella, y lavadas no ménos que con la Sangre de Dios; y así to verás tan largamente pagado, como tú mismo puedes, y sueles pagar lo que quieres.

CAPITULO XL.

De la quarta palabra que habló el Salvador en la Cruz.

Et circa horam nonam clamavit Jesus voce magna, dicens: Eli, Eli, lamma sabactani? *Matth.* 27. v. 46.

POr mas de tres horas estuvo el Señor colgado en la Cruz, rogando á su Padre por nosotros, y ofreciendo Sacri-

crificio de sí mismo por nuestros pecados; y despues de tanta agonía, y tan prolixa y fervorosa oracion, á la hora de nona, ó cerca de ella, (que será de nuestro relox como á las tres de la tarde) á grandes voces (1), que las oyéron todos, se quexó de que su Padre le había desamparado, repitiendo las palabras, que tantos años ántes había escrito el Rey David en su persona, para que él las dixese en esta ocasion, y son las primeras del Salmo 21. donde á la larga, y muy en particular se trata de la Pasion, las quales dicen así: *Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?*

(1) Marc. 27. n. 46. Marc. 25. n. 34.

Estaba este Señor el Cuerpo llagado, el Alma affigida, perseguido de los enemigos, desamparado de sus amigos, y con tanta falta de todas las cosas, que no tenia sobre qué reclinar su cabeza; porque no tenia otra cosa, sino la Cruz, y no tiene en ella donde la recline. Todas estas cosas eran admirables, y grandes, y que no cupiera en pensamiento de hombres, que podian caber en quien era verdadero Dios. Pero lo que excede toda admiracion, y vence qualquier encarecimiento es, que tal Hijo haya sido desamparado de tal Padre, y en ocasion que padecia tanto por sola su obediencia: circunstancia digna que el Espíritu Santo la revelase á sus Siervos los Profetas, y que ellos la dexasen escrita, y la predicasen en el mundo, nosotros la oyésemos de boca del mismo Señor, y que él la publicase á voces desde la Cruz, para despertarnos á considerarla con mayor atencion; porque estando ya para espirar, falto de sangre, y de fuerzas, con particular milagro (que sin él no se pudiera hacer) levantó la voz con grande clamor, para descubrir su congoja y sentimiento, y mostrar que era él de quien se habia dicho, y en quien se estaba cumpliendo la profecía de aquel Salmo, que dixo así: Dios mio, ¿por qué me has desamparado?

¡O secreto de la Divina Justicia, y de la Divina Misericordia! El Justo es desamparado en sus penas, porque fuesen amparados los pecadores en las suyas. El ser desamparado el Justo fué sumo rigor de la Divina Justicia, y el ser amparados los pecadores fué sumo regalo de la Divina Misericordia: porque, ¿qué mucho era que por sus culpas fuesen destruidos los Reynos, y asoladas las Provincias, y abrasadas con fuego las Ciudades, y anegado con agua todo el mundo? Pero cosa nueva es, y nunca oída, que

que el Padre Eterno desampare á su Hijo amado, y le haga sentir tan de veras la pena, que se debia á nuestras culpas. Tanto hizo Dios por nuestro consuelo, y porque fuese firme la esperanza, de que estando tan bien pagada, y satisfecha la Divina Justicia habia de ser mas copiosa con los pecadores su misericordia.

Pero aquí es mucho de considerar, en que manera pudo ser desamparado el Hijo de Dios de su Eterno Padre, porque nunca aquella Sagrada Humanidad fue desamparada del Verbo Eterno, con el qual estaba unida personalmente, ni ménos el Verbo Eterno se pudo apartar jamas de su Padre, que siendo, como era, un mismo Dios con él, por razon de esta unidad, él estaba siempre en su Padre, y su Padre estaba en él. Ni tampoco aquella Alma Santísima fué desamparada de la vista clara de Dios, que tuvo desde el primer instante que fue criada: dado caso, que por particular dispensacion de Dios, para remedio nuestro, sintió aquellas congojas, y amarguras, que por ley ordinaria no sienten los que claramente ven á Dios. Ni ménos le faltó la confianza, que debia tener en su Padre, un Hijo tan obediente; que por cumplir su mandamiento se habia dexado clavar en aquella Cruz. Y con esta confianza, llamándole Padre, le habia rogado poco ántes por los mismos que le atormentaban, quando dixo: Padre, perdónalos, que no saben lo que se hacen. Y poco despues, regalándose con el mismo nombre, encomendó su espíritu en sus manos, quando dixo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Ni era posible, que en algunas de estas maneras desamparara el Padre á su Hijo, y Hijo tan amado y obediente, que en todas las cosas habia pretendido su gloria, y procurado hacer su gusto, y su voluntad, lo qual nos quiso él dar á entender, quando dixo (1): *Et qui me missit metum est, & non reliquit me solum, quia ego, quæ placita sunt ei facio semper.* El que me envió (dice) esta conmigo, y no me ha desamparado, ni dexado á solas, porque yo en todo le doy gusto, y hago lo que es para él más agradable.

(1) Joann. 8. n. 26.

Desamparóse con todo eso por aquel breve tiempo de su Pasion, quanto á los tormentos que le diéron, y quanto al sentimiento que tuvo de ellos; porque en dos cosas pudiera ser ayudado en quanto Hombre; lo

lo primero, en lo de fuera, estorbando del todo, que no padeciese, quitando la fuerza á las espinas, á los clavos, y á los azotes, secando los brazos de los que le atormentaban, y endureciendo las lenguas de los que le acusaban y blasfemaban; porque de esta manera leemos, que favorecia Dios á los Mártires, socorriéndolos en presencia de sus enemigos con nuevas ayudas y milagros, porque quitaba la virtud al fuego que los cercaba, amansaba las fieras á que los echaban, y curaba de noche las llagas que recibian de dia, y de otras mil maneras se declaraba en su favor, quitando la fuerza y virtud para que no les pudiesen dañar, y todas las criaturas. Y en esta misma forma, y con otras nuevas y diferentes pudiera mucho mejor el Padre Eterno defender á su Hijo, enviando en su servicio innumerables Angeles, como él dixo á San Pedro, quando se quiso poner á defenderle con su cuchillo: *An putas* (1), *quia non possum rogare Patrem meum, & exhibebit mihi modo plusquam duodecim Legiones Angelorum?* ¿Por ventura piensas, que no podia Yo rogar á mi Padre, y me enviaria luego, como por Soldados de mi guarda y defensa, mas de doce Legiones y Compañías de Angeles?

Pero no convenia, como él se lo declaró (2) á Pilatos, que sus Ministros y Criados le defendieran, y pelearan visiblemente por él, porque su Reyno no era de este mundo, sino tal, que habia de conquistar, y ganar por el desprecio del mundo; y por esto, y por el cumplimiento de las Escrituras, convenia, que por entónces se diese licencia sobre él á sus contrarios, sin que se les pusiese estorbo ninguno para executar sus intentos y mala voluntad. Y esto significó el Señor, quando les dixo (3): Esta es vuestra hora, y el poder de las tinieblas. Y así, aunque á la entrada de su Pasion, representando el sentimiento de su Humanidad, pedia á su Padre, que si era posible, le ayudase en esto, y que pasase de él aquel caliz sin beberle: pero bien entendió desde entónces la sentencia que estaba dada contra él, y la determinada voluntad de su Padre, en que muriese sin defenderle, ni estorbarle los tormentos: lo qual se executó con tanto rigor, como él significó con esta grande voz, quando dixo: Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado?

(1) Matth. 26. n. 53.
(2) Joan. 18. n. 36.
(3) Luc. 22. n. 53.

Pu-

Pudiera tambien ser ayudado en la alegría interior, y consolacion del alma, la qual aunque no quitara las afrentas, y dolores que padecia en lo de fuera; pero sí la congoja y agonía, que afligia dentro su sagrado corazon; en lo qual suele Dios favorecer á sus siervos tan maravillosamente, que no solamente no reciben tristeza, ántes quedan alegres, y gozosos, y se glorian quando tienen que padecer alguna cosa por él, trayendo el corazon dilatado en medio de la tribulacion, y estando entre las llamas, sin recibir lesion, ni daño de ellas, y levantados sobre sí mismos miran todas las cosas como debaxo de sí; y ricos con poseer á Dios, ninguna cosa juzgan que les puede hacer falta; tan amparados y escondidos en lo secreto del rostro de Dios, que les parece que no les puede tocar ningun mal, ni alcanzar el azote á su morada. Y si las almas de los Justos se hallan muchas veces favorecidas de esta manera de Dios; ¿quanto mejor lo pudiera estar el Alma de Jesu-Christo, para no sentir pena en sus penas, pues veia claramente la Divina Esencia, desde el primer instante de su creacion? Y es cierto, que de esta vista recibia tanto gozo, que segun ley ordinaria, ningun otro trabajo por grande que fuese, le podia causar pena. De manera, que para que no sintiera tristeza, ni congoja, no era menester añadirle de nuevo el gozo ni alegría, sino tan solamente no estorbarle, el que naturalmente resultaba de su Gloria.

Mas porque Dios nuestro Señor desampara muchas veces á los suyos de este consuelo y proteccion sensible, y los dexa experimentar, y sentir la flaqueza de su natural, quiso él tambien ponerse en este estado, para enseñarnos á nosotros cómo nos habiamos de gobernar en él. Porque muy poco consuelo nos quedaba en nuestra flaqueza, si él no hubiera sentido desconsuelo en sus trabajos: y por eso fué conveniente reprimir la corriente de su Gloria, y que fuera dexado en medio de sus trabajos, á que los sintiera la naturaleza, como si fuera puro Hombre: y quan vivo sea este sentimiento, y triste este desamparo, aquellos solamente lo saben conocer, que alguna vez se han visto favorecidos de Dios, y estos son los que saben bien estimar el peso de estas palabras: Dios mio, Dios mio, ¿por qué me desampa-

paras? &c. Y de lo dicho se vé, en qué forma, y por qué causas fué desamparado el Señor de su Eterno Padre.

Pero lo que causa mucha admiracion es, que habiendo guardado tanto silencio en todo el discurso de su Pasion, sin haberse quexado, ni abierto su boca entre tantas acusaciones, y calumnias, entre tantos agravios, y falsos testimonios, entre tantas injurias y afrentas, y entre tantos tormentos y dolores: ahora, como si estuviera cansado de sufrir, y tuviera gastada y apurada la paciencia, se quexa de este desamparo, con tan grande fuerza y clamor, y se quexa tan tarde, quando ya su negocio podia tener poco remedio; y entónces pregunta las causas de su desamparo y Pasion, quando ya está executada la sentencia; y si bien lo miramos, en estas mismas cosas, que parecen nuevas, y admirables, está cerrada nuestra doctrina y enseñanza.

Porque es así, que padeció el Salvador con tanto silencio, y tan profunda paciencia, que como han errado algunos, pudieran sospechar todo lo que de sí decia el Santo Jacob (1), si tenia por ventura la carne de bronce, y la fortaleza de piedra, la qual por eso no se quexa quando la labran, y le dan golpes, por que ni tiene vida, ni sentido. Y el Salvador de tal manera sufria los dolores, como si tuviera el Cuerpo de bronce: y de tal manera disimulaba y callaba en los agravios, como si tuviera el Alma de piedra, Y aunque este silencio era necesario para darnos exemplo de paciencia; mas para lo mismo era necesario tambien, que se entendiera, que habia mucho que padecer: porque no podia ser muy grande, ni muy exemplar la paciencia, donde, ó no habia mucho que sufrir, ó no habia sentimiento de lo que se padecia. Pues para testimonio de que la carne del Señor, no era de bronce, bien bastaba ver la amarillez de su rostro, y la Sangre que por tantas llagas y heridas manaba de sus venas: y para mostrar, que su espíritu no era de piedra, sino que vivamente sentia los agravios y sinrazones que se le hacian, y que ni la falta de conocimiento humano, ni la sobra de las consolaciones Divinas, le habian entorpecido el sentido, sino que como Hombre de honra, de razon, de carne y de hueso, le afligian sus trabajos, todo lo que ellos pedian, y merecian, como quien habia reprimido, y encerrado dentro de sí este sen-

(1) Job. 6. n. 12.

sentimiento por tanto tiempo, y en tantas ocasiones y fatigas: para que se supiese lo que pasaba dentro de su corazon, rompió al fin de la vida con este gemido y clamor, diciendo: Dios mio, Dios mio, ¿porqué me desamparaste?

Esta misma tristeza de su Alma (como cosa que nos importaba mucho saberla, para el consuelo y alegría de las nuestras) declaró el Señor de palabra á la entrada de su Pasion, y mucho mas con el sudor de Sangre, que corria por todo su Cuerpo; pero esto fué en secreto, y no á todo el Pueblo, ni á todos sus Apóstoles, sino á solos tres, que apartó consigo en el Huerto, á los quales dixo tambien, que aquella tristeza que entónces le afligia, le habia de durar hasta la muerte, para que sabiéndolo ellos de él, supiese despues toda la Iglesia de ellos este desconsuelo, tristeza y desamparo de la alegría espiritual que padeció en lo secreto de su Alma por todo el discurso de su Pasion. Pero no convino entónces publicar esto, y declararlo á todos, porque se tuviera por flaqueza y desmayo, y como medio para mover á compasion, y rendirse á ruegos á sus enemigos. Antes por el contrario, quando viniéron á prenderle salió animosamente al encuentro, dándose á conocer, y entregándose en sus manos, y á todo el poder de las tinieblas. Mas quando ya sus enemigos habian executado su mala voluntad, ni á ellos les quedaba cosa que hacer; ni al Señor que padecer, entónces le pareció que era tiempo para manifestar su corazon, y que supiésemos de su boca, que no eran tan graves los tormentos que habia padecido por defuera en su Cuerpo, quanto el desamparo y desconsuelo que habia sentido en su Alma; y por eso ántes de espirar dió aquella grande voz, diciendo: Dios mio, Dios mio, ¿por qué me desamparaste?

Y es mucho de notar que no se quexó, ni del Discípulo que le vendió, ni del Apóstol que le negó, ni de los Pontífices que le acusáron, ni de los testigos que le calumniáron, ni de los Soldados que le escarneciéron, ni del Presidente que le sentenció, ni de los verdugos que executáron la sentencia. Y generalmente, no mostró quexa de los hombres, que interviniéron en su Pasion, habiendo experimentado en los suyos mucha flaqueza, y poca lealtad, y en sus contrarios mucho abor-

re-

recimiento y crueldad; y quéxase á su Eterno Padre, en quien reconocia infinito amor, suma justicia y bondad. ¿Pero á quién se habia de quexar, sino á aquel en cuyo amor descansaba? ¿Y á quién habia de preguntar las causas de su desamparo, sino al que todas las causas de lo que hace estan fundadas en suma justicia y bondad? Enseñónos juntamente, que en nuestros trabajos y adversidades tenemos poco que negociar con los hombres, y mucho que negociar con Dios, sin cuya voluntad y providencia no cae un pájaro en el lazo, ni se menea una hoja en el arbol. Y si nuestros trabajos y calamidades son castigo de nuestras culpas, él es el Juez que sentencia, aunque sean los hombres los que executan: y si son medicina de nuestras dolencias espirituales, él es el Médico que la receta, aunque sean los hombres los que la aplican: y si son para mayor mérito, y aumento de gloria, él es el que nos ayuda en la pelea, y nos corona en la victoria. Y así como los delinqüentes no ruegan al verdugo, sino al Juez, y los enfermos no tratan de las medicinas que han de usar, con el enfermo que los sirve, sino con el Médico que los cura; y los Soldados no muestran sus heridas á los enemigos con quien pelean, sino á su Príncipe, que los ha de galardonar: así debemos nosotros cerrar los ojos á los hombres, que son los instrumentos, y executores de nuestra tribulacion, y abrirlos, y levantarlos á Dios, que es nuestro Príncipe, nuestro Médico, y nuestro Juez, manifestándole nuestra congoja, y derramando delante de él nuestro corazon, como lo hacia el Profeta (*) que dixo: Contra mí hablaban los que estaban ociosos en la Plaza, y sobre mí hacian canciones los que bebian vino; pero Yo, Señor, enderezaba á tí mí oracion, &c. Lo qual cumplió á la letra nuestro Salvador: porque á la entrada de su Pasion, en aquella Oracion secreta que hizo en el Huerto, pidió á su Eterno Padre, que no le desamparase en aquella ocasion, sino que, si era posible, pasase de él aquel caliz sin beberle: y visto que no habia sido esta su voluntad, y habiéndose sujetado con humilde obediencia á todo lo que su Padre habia dispuesto, y ordenado de él: al mismo Padre, á quien habia suplicado al principio, que no le desamparase, á ese mismo se quexó ántes de morir, porque le habia desamparado.

(*) Psal. 68. n. 13.

¿Y

¿Y cómo se quexó, sino preguntando las causas, por que su Padre y su Dios lo habia querido asi, y lo habia desamparado? Suponiendo en esto, que si bien las causas, por que los hombres no persiguen, suelen estar fundadas en odio y mala voluntad, y que el inquirirlas, y averiguarlas de ordinario es ocasion de impaciencia, y materia de venganza, pero las causas que tiene Dios todas nacen de amor, y van encaminadas á nuestro provecho, y son tales, que si las supiésemos, no solamente no tendriamos quexa, sino ántes suplicariamos á Dios, nos pusiese en aquella tribulacion. Y así, el inquirir con humildad, y piedad estas causas, es gran motivo de consuelo y de conformidad con la Divina voluntad. Y esto nos enseñó el Salvador, quando hablando con su Eterno Padre, le dixo: Dios mio, Dios mio, ¿por qué me desamparaste?

Y no pasó mas adelante á las palabras que se siguen del Salmo 21. en las quales se da la razon, porque su Padre le habia desamparado, quando dice: *Longe á salute mea verba delictorum meorum*. Esto es, muy léjos me veo, Señor de alcanzar salud y remedio de tantos males, por causa de mis muchos pecados. Como si dixera: El haberme Vos, Señor, desamparado ahora, es por no haber querido Yo desamparar los hombres; y por haberme Yo hecho cargo de sus culpas, me habeis dexado anegar en medio de tantas penas. Hízonos con esto cargo el Señor de sus tormentos, quando los atribuye á sus pecados, los quales pecados eran nuestros, porque los cometimos, y suyos, por haberse encargado de pagarlos. Y para darnos ocasion de reparar en esto, preguntó con voz alta, quál era la causa de su desamparo, pues de su parte no la habia; y así dixo: Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado?

CAPITULO XLI.

De la quinta Palabra que habló el Salvador en la Cruz.

Postea sciens Jesus, quia jam omnia consummata sunt, ut consummaretur scriptura, dicit: Sitio. *Joan.* 19. *n.* 28.

Estas palabras tan lastimosas que dixo el Salvador con tan grande clamor, recibiéron algunos (1) de los que allí estaban, y las oyéron, haciendo burla, y con risadas; y la

(1) Matth. 27. n. 47. Marc. 15. n. 35.

la ocasion de esto fué, que el Salvador las dixo en su lengua Hebrea y natural, en la qual para decir, Dios mio, Dios mio, repitió dos veces aquella voz: Eli, Eli; y luego al punto respondiéron con mofa los presentes: Catad, que este hombre llama en su favor á Elias. Esto dirian por ventura los Sacerdotes y Letrados, tomando ocasion de reir con la semejanza, que hay entre los nombres de Eli y de Elias; y corrió luego la palabra por los Soldados de guarda que allí estaban, tanto mejor, quando es gente mas inclinada de suyo á qualquier burla, y entretenimiento; y porque con la ignorancia que tenian de la lengua, creyéron fácilmente, que por haber dicho Eli, Eli, llamaba en su favor á Elias; porque uno de ellos, corriendo con presteza (1), llenó una esponja de vinagre, y levantándola en una caña, se lo dio á beber, diciendo: Esperad, y verémos si viene á librarle Elias, y á quitarle de la Cruz.

(1) Marc. 15.n.36.

(2) Joan. 16.n.28.

La causa que tuvo este Soldado para darle á beber vinagre, diciendo estas palabras, la escribe el Evangelista San Juan; y fué, porque en esta misma sazon declaró el Salvador que tenia sed, diciendo aquella palabra, *Sitio*. Estaba nuestro Redentor tan Señor de sí, en medio del alboroto de aquel Pueblo, y entre los tormentos, afrentas y agonías de la muerte, y tan atento á cumplir la voluntad de su Padre, que todas las profecías que de él estaban escritas, las tenia delante de los ojos, para que todas se cumpliesen, sin que faltase ni una sola. Y llegando las cosas á este punto (2), echó de ver que todo estaba ya cumplido, y que solo faltaba por cumplir la escritura del Salmo 68. que dice: *Et in siti mea potaverunt me aceto*. Esto es: Y estando Yo con sed, me diéron á beber vinagre. Pues para que esta escritura se cumpliese, declaró el Señor, que tenia aquella sed de que hablaba el Profeta, y que era ya llegado el tiempo en que le habian de dar á beber el vinagre; y por eso dixo: Sed tengo.

Era esta sed, sin duda, corporal, que en aquel punto le afligia y le aquexaba, porque la congoja y sudor del Huerto, la mala noche pasada, los caminos que aquel dia habia hecho á unas partes y á otras, los dolores gravísimos de estar colgado en la Cruz, y el haber derramado tanta Sangre en ella: todas estas eran causas de tener secas las entrañas, y consumida la virtud, y la lengua pega-

garda á los paladares, como de él estaba escrito en el Salmo 21. *Aruit tanquam testa virtus mea & lingua mea adhæsit faucibus meis.* Y siendo tan estrecha su necesidad, y el remedio tan fácil, como era un jarro de agua, no le pidió, ni hizo instancia por él, sino contentóse con declarar sencillamente lo que padecia, diciendo: Sed tengo; como si estuviera entre amigos, que le quisieran bien, que en sabiendo su sed, hubieran de darle luego refrigerio.

¡O Vírgen Santísima! ¿Qué sintió vuestro piadoso corazon con esta palabra, quando vistes el refrigerio que sus enemigos le diéron y no fuistes poderosa para dar un jarro de agua al Hijo, que tan modestamente la pedia muriendo?

¡Peró qué es esto, Salvador mio? ¡Que, os da mas pena la sed, que no la Cruz, pues no quexándoos de la Cruz, os quexais de la sed! ¿Qué sed puede ser esta, que os fatiga tanto, sino el deseo de nuestra salud y de nuestro remedio? Como si claramente nos dixérades: Mas me duelen vuestros males, que los mios, y mas siento vuestras culpas, que los tormentos de mi Cruz. Y si esta es, Señor, vuestra sed, las lágrimas de mi conversion y penitencia la apagarian: y yo mas cruel que vuestros mismos enemigos, no acabo de daros en vuestra sed siquiera este alivio y refrigerio.

Mas Vos, Señor, así como teniades sed de mi remedio, así la tuvisteis de padecer mucho por mí, y por eso no os quexásteis de la Cruz, porque vuestro amor vencia, y sobrepujaba á vuestros tormentos. Y despues de haber bebido aquel Caliz amargo, á que os ofrecísteis en el Huerto con tanta resignacion, os quedaba sed para beber otros muchos, si vuestro Padre lo ordenaba; la qual sed quisistes declarar, quando dixistes: Sed tengo. Bendita sea, Señor, vuestra caridad, que no la pudiéron apagar las muchas aguas (1); porque si viéramos un hombre con tanto ardor, que se pusiera á la corriente de un Rio caudaloso á recibirle todo por la boca, y despues de habérsele empapado, y embebido en las entrañas, dixera con todo eso, que tenia sed, cosa fuera, que causara grande novedad y admiracion. Mas vuestro amor, Señor, fué tan encendido, que como estaba escrito de Vos (2), os entrásteis en alta mar, y la tempestad os anegó, y entráron todas las aguas hasta lo interior de vuestra Alma, y con todo eso de-

(1) Cant. 8. n. 7.

(2) Psalm. 68. n. 1.

decis que teneis sed; y estando en medio de la mar, os parece el agua poca para satisfacerla y apagarla. Vuestra sed era, Señor, de padecer, y así era sed de la bebida que os diéron vuestros enemigos, porque con ella habian de acrecentar vuestro tormento: y estoy cierto, que si esperarades algun alivio de ellos, que no os quexárades de la sed; pero sabiades Vos bien lo que estaba escrito, que en vuestra sed os habian de dar vinagre; y para dar lugar á que se cumpliese esta Escritura, y no dexar de probar este tormento, dixísteis con voz alta desde la Cruz: Sed tengo.

Estaba allí cerca un vaso lleno de vinagre (1), el qual era costumbre tener á mano en semejantes ocasiones, para animar á los justiciados, si acaso desmayasen en el tormento: porque el vinagre, principalmente si se junta con la yerva del hisopo, tiene virtud de añadir fuerzas, y volver el ánimo, y confortar á los que desmayan. Pues como por una parte el Salvador habia declarado su sed, y por otra algunos de los que allí estaban habian empezado á burlar de él, diciendo, que llamaba á Elias, uno de aquellos Soldados, que quiso entretener aquella burla, y hacerla mas solemne con su hecho (2), fué al punto corriendo para darle del vinagre. Y esto hizo con color de darle á beber para apagarle la sed, de que se quexaba, y para detenerle el espíritu y la fuerza, hasta ver si venia Elias á librarle. Y porque estaba el Señor colgado en lo alto de la Cruz, y no podia beber del vaso, tomó el Soldado una esponja, y empapándola en el vinagre, ató en lo alto de una caña (3) un manojito de la yerva del hisopo, y poniendo la esponja entre la yerva, se la llegó á la boca, para que juntamente con el vinagre, chupase tambien el zumo y substancia del hisopo. Y juntamente decia á los demas (4): Esperad, y verémos si viene Elias á quitarle del tormento; y los demas le respondian á él lo mismo: Espera, y verás si Elias viene á librarle.

Este es el fruto que sacó el Señor de aquella su Viña de la Sinagoga, tan regalada, y tan beneficiada, que en lugar de uvas dió agraces, y en lugar de vino le dió á beber vinagre; y este es el regalo que tuvo nuestro Salvador en su hambre, y en su sed, para condenacion de nuestra gula. Y esta es la música con que al tiempo del

(1) Joann. 19. n. 29.

(2) Matth. 27. n. 48.

(3) Marc. 27. n. 48. Marc. 15. n. 36. Joann. 19. n. 29.

(3) Matth. 27. n. 49. Marc. 15. n. 37.

del comer, y del beber le entretenian. Bebió (1) con todo eso el Señor aquel vinagre, y no se desdeñó el mansísimo Cordero de aceptar aquel regalo, que con tanta mofa y crueldad le ofrecian sus enemigos; y aceptólo para cumplimiento de las escrituras, y para mayor demonstracion de su mansedumbre y caridad; y luego que lo bebió, dixo: *Consummatum est*: Acabado es.

CAPITULO XLII.

De la sexta Palabra que habló el Salvador en la Cruz.

Cùm ergo accepisset Jesus acetum, dixit. Consummatum est. *Joann.* 19. *n.* 30.

DOs oficios traxo nuestro Salvador al mundo; conviene á saber, de Maestro y de Redentor: y dos cosas le encomendó su Eterno Padre que hiciese; esto es, que nos enseñase y nos redimiese, y la una y la otra llevó hasta el cabo, y las puso en su perfeccion. De la primera dixo, despues de haber predicado el último Sermon á sus Discípulos en la Cena (2): *Opus consummavi, quod dedisti mihi ut faciam: Manifestavi nomen tuum hominibus, quos dedisti mihi de mundo, &c.* Esto es: Cumplido he perfectamente, y llevado hasta el cabo la obra que me encomendaste, porque he predicado, y manifestado tu nombre á los hombres. Y de lo segundo dixo el mismo Señor, quando subia á padecer (3): *Ecce ascendimus Hierosolymam, & consummabuntur omnia, quæ scripta sunt per Prophetas de filio hominis*: Veisaquí, dice, que subimos á Jerusalen, y se acabarán de cumplir hasta la postrera letra todas las cosas que estan escritas por los Profetas, del Hijo del hombre. Y esta palabra, que dixo aquí el Señor de futuro: *Consummabuntur omnia*, estando para espirar en la Cruz, dió testimonio que estaban ya acabadas de cumplir, y por esto repitió de pretérito la misma palabra, quando dixo: *Consummatum est*. Y así como se cumpliéron á la letra todas las pasiones que estaban profetizadas del Señor; así tambien llevó él hasta el cabo, y dió perfeccion y consumacion á sus Divinos y Soberanos intentos, acerca de la gloria de Dios, y remedio de los hombres; y todo esto se comprehende en esta palabra: *Consummatum est*.

(1) Joann. 19. n. 30.
(2) Joann. 17. n. 4.
(3) Luc. 18. n. 31.

Maravillosa cifra, y geroglífico de toda la sabiduría, y de la justicia y bondad de Dios, el Hijo verdadero de Dios y de la Vírgen colgado de una Cruz, con una letra que diga: *Consummatum est.* Porque este enigma de la Cruz, tan obscuro para la sabiduría humana, que fué escándalo para los Judíos, y locura para los Gentiles, con solas estas palabras se declaró, para que los escogidos de Dios reconociesen en la misma Cruz la virtud, y sabiduría Divina, y la perfeccion, y consumacion de todas las cosas. *Consummatum est*: Ya está todo acabado: ya Yo he bebido el Caliz de mi Pasion hasta agotarlo, sin dexar nada en él: ya se han cumplido todas las profecías, y se ha dado luz á las sombras, y declarádose la verdad de las antiguas figuras: ya se han pagado las deudas de los pecadores, y se ha comprado por su justo precio el premio de la Gloria para los justos, y se han asentado firmes paces entre Dios y los hombres; ya está acabada la pelea contra el pecado, y contra el Infierno, y se ha conseguido ilustre victoria: ya se ha dado fin al curso de la peregrinacion, y de la vida mortal, y se da principio al Imperio, y triunfo de la Gloria: *Consummatum est.* Palabra sin duda preñada de inefables secretos, y que encierra en sí todo el misterio de nuestra Redencion, y que solo pudiera decirla, el que solo pudo obrarla: y solo pudiera darnos tan alegres nuevas desde la Cruz, el que quiso y pudo hacernos tan largas mercedes por medio de ella.

Y para reconocer mejor tan grande beneficio, puestos al pie de la Cruz, y de la presencia de este Señor, debemos atentamente considerar, y quanto su gracia nos ayudare, ponderar en el Divino acatamiento, quan grande fué la deuda que nuestro Padre Adan cargó sobre sí y sobre sus hijos, desobedeciendo al mandamiento que Dios le puso, pues por el mismo caso se obligó por sí y por ellos á pagar la pena merecida por su pecado, la qual era tan grande, que ni ellos, ni él, ni todos juntos no tenian caudal para pagarla. Añadíanse cada dia deudas nuevas, y siempre, que los hombres pecaban de su voluntad, hacian de nuevo obligacion, sujetándose al castigo: y así como los hombres que han quebrado por deudas, y tienen muchas obligaciones contra sí, huyen, y se esconden, y se dexan executar en sus bienes, sin poderse

se defender, ni volver por sí, así andaban todos los hombres delante de la Divina Magestad, á quien habian ofendido, huidos y amedrentados, temblando de solo el nombre de justicia, padeciendo cada dia execuciones en la hacienda, en la honra, en la salud y en la vida, sin acabar jamás de pagar. ¡O qué espectaculo tan miserable, y digno de compasion era ver al hombre envuelto en tantas calamidades, y castigado de tantas maneras, padeciendo de todas las criaturas, que se habian hecho para servirle, y executando todas en él la pena, que debia á su comun Señor! y quando despues saliese de esta vida, los demonios estaban á punto para prenderle el alma, y ponerla en la cárcel del infierno, hasta que allí con exquisitos tormentos pagase su deuda por entero; y así como no era posible acabar de pagarla, así era forzoso que la pena y la cárcel fuese eterna.

Pero aquel Señor, que es rico en misericordia por las entrañas de su piedad, baxó del Cielo á satisfacer por nuestra obligacion, y pagar (como se dice en el Psalmo) (1) lo que él no habia robado; y puesto en la Cruz, con el precio de su Sangre, compró á su eterno Padre nuestras deudas; y hecho por este título Señor de todos los hombres, y nosotros sus esclavos, nos dió perfecta libertad, remitiéndonos la deuda graciosamente, y perdonando liberalmente nuestros pecados. Despojó tambien al príncipe de este mundo (2) del derecho, que tenia contra nosotros, quitándole la obligacion con que nos habiamos sujetado á él, como escritura de deuda ya pagada; borrándola con su Sangre, y enclavándola en su Cruz; y no quiso salir de esta vida sin dar él mismo al mundo las buenas nuevas de su rescate, quando dixo: *Consummatum est*: Yá este negocio está acabado y está pagada esta deuda.

Y fué tan copiosa esta Redempcion y tan sobrado y abundante el precio, que no solamente bastó para pagar nuestras deudas y sacarnos del infierno, sino tambien para comprar por su justo valor el premio de la bienaventuranza: porque aunque es verdad que no son condignas (3) las pasiones todas de esta vida, para merecer la gloria venidera, que se descubrirá en nosotros; pero la Pasion del Señor fué dignísima de merecer esta gloria para todos, y lo que nuestras pasiones no pagaban, juntas

(1) Psalm. 68. n. 5.
(2) Ad Colos. 2. n. 14.
(3) Ad Roman. 8. n. 18.

con la Pasion del Cordero sin mancilla, y nacidas del espíritu de su gracia, se hacen justo precio, y mérito condigno de ella; y por esto dixo el Señor, habiendo derramado su Sangre: Ya está pagado; ya la paga está consumada, y perfecta. ¡O palabra llena de consuelo y de confianza! El hombre pobre queda enriquecido con esta gran misericordia: el que ántes temblaba como deudor del nombre de justicia, y se escondia, porque no podia pagar su deuda, ahora pretende de Dios, como de justo Juez, (1) corona de justicia y parece seguro ante el Tribunal divino, llevando delante esta palabra del Señor, que dixo: Ya está pagado: *Consummatum est.*

(1) 2. ad Timot. 4. n. 8.

Habiendo, pues, el Señor dado al hombre de gracia, lo que á él le costó su sangre y su Vida; conviene á saber, la remision de sus culpas y la virtud para merecer el premio de la Gloria, se asentáron con esto y se concluyéron las paces firmes entre Dios y los hombres; porque los hombres con sus pecados tenian ofendida la divina Magestad y provocada su ira y por seguir sus antojos, habian quitado la obediencia á su legítimo Señor y no le guardaban sus Mandamientos, el qual era un estado muy miserable: porque, ¿dónde podia huir, ó cómo podia esconderse el hombre de Dios? Y ¿quál de las criaturas le podia hacer amistad, teniendo por enemigo al comun Señor de todas? ¿Y cómo podia tener paz consigo, no teniéndola Dios con él? Era asimismo el remedio muy dificultoso, por no haber medianero, que se pusiese á componer las partes, y alcanzase de Dios perdon de lo pasado, y del hombre la emienda de lo venidero; porque mal se pueden hacer paces, que sean firmes, y verdaderas, sino es satisfaciendo los agravios hechos y cesando de hacer otros de nuevo: y el hombre por sí mismo era tan pobre y tan flaco, que ni tenia caudal para satisfacer por las ofensas hechas, ni fuerzas para sustentarse sin volver á caer de nuevo en otras. Esta, pues, era la causa, por que las paces con Dios no se hacian y la guerra con enemigo tan poderoso habia de ser á tanta costa del hombre flaco, que viniese á sentir la ira, y saña de Dios con pena eterna.

¡O entrañas de la Divina Misericordia! que en caso tan apar-

apartado proveyó al hombre de abundantísimo remedio, dándonos un Medianero, como convenia, entre los hombres, y Dios, á Christo Jesus, que era verdadero Hombre, y verdadero Dios, en el qual tuvo por bien (como dixo el Apóstol) (1) que morase la plenitud de la Divinidad, comunicándose sin tasa y sin medida, y por él quiso admitir los hombres á su amistad, y reconciliar consigo todas las cosas haciendo las paces entre los Cielos y la tierra, por medio de la Sangre que derramó en la Cruz.

Estaba, pues, el Príncipe, (2) y Medianero de la paz, clavado en la Cruz y levantado en el ayre entre el Cielo y la tierra, asentando las capitulaciones, que convenia, para que las paces fuesen firmes y perpetuas, y no trataba con Dios con sola fe, como los otros hombres, ántes le veia claramente y cara á cara hablaba con él, en presencia de los Espíritus Soberanos, y de toda la Corte Celestial, y allí le estaba ofreciendo por parte de los hombres su Sangre y su Vida, para paga de sus deudas, y satisfaccion de sus injurias, y le suplicaba con gran clamor y eficacia, (3) y con lágrimas, que los perdonase, y se reconciliase con ellos: y fué oido de su Eterno Padre en su oracion, así por la paga tan sobrada, que ofrecia, como por la reverencia con que lo pedia, y por la que se debia á su persona: y por respeto de ella y de este sacrificio, se reconcilió Dios con los hombres, y se ofreció (1)
á mantener de su parte la paz Ad
y amistad con ellos siempre; y Colos.
concluido así este negocio, di- 1.n.20.
xo el Señor desde la Cruz: Ya está pagado, ya está concluido y pacificado: *Consummatum est.*

De esta manera, por medio de la Cruz, se consumáron to- (2)
das las cosas y se pusiéron en Isaiæ
su punto y perfeccion: y mu- 4. n. 6.
riendo en ella el Señor se hizo (3)
(como dixo el Apóstol) Au- Ad Hebre.
tor, (4) y Consumador de nues- 5. n. 7.
tra fe; porque en la Cruz obró (4)
las principales cosas, que cree- Ad Hebre.
mos, y hizo firmes las que es- 12.n.2.
peramos, y nos quitó el amor de las que en esta vida poseemos, y nos allanó el camino, para alcanzar las que en la Gloria deseamos. En esta Cruz se halló el ser, (5) y el efecto de (5)
todas las promesas de Dios, el 2. Ad
cumplimiento de las Profecías, Cor. 1.
el cuerpo de aquellas antiguas n. 20.
sombras, y la verdad de todas (6) Ad
las figuras: y no habiendo podi- Hebre.
do la ley (6) traer ninguna co- 7.n.19.

sa á su debida perfeccion, porque toda estaba llena de ceremonias esteriles, (1) y vacías, el Señor con sola esta ofrenda consumió y perficionó (2) para siempre los que habian de ser Santos; y acudiendo con una palabra á todas estas cosas, dixo: *Consummatum est.* Todo está acabado, todo está cumplido, todo está perfecto y consumado, ya está executado todo lo que habia trazado la Eterna Sabiduría y está pagado lo que pedia su rigurosa justicia y está hecho en favor del hombre todo lo que convenia á su infinita piedad y misericordia: ya está cumplido todo lo que se habia prometido á los Patriarcas, se habia predicado por los Profetas y estaba significado, y encerrado en las antiguas ceremonias, y figuras: ya está todo hecho; lo que era menester, para enseñar nuestra ignorancia y para esforzar nuestra flaqueza y para corregir nuestra malicia: consumado está ya el remedio de todos nuestros males: ninguna cosa falta de lo que era conveniente y necesario para despertar los tibios, y alentar á los fervorosos, para curar los enfermos, y preservar á los sanos, para el consuelo, y aumento de los justos, y para el perdon y reconciliacion de los pecadores; ya está acabado todo lo que convenia para vencer el mundo, y para sujetar la carne, y para triunfar gloriosamente del demonio y del infierno: *Consummatum est.*

(1) Ad Galat. 4. n. 9.

(2) Ad Hebre. 10. n. 14.

Para hacer verdadera esta palabra y concluir tan gloriosas empresas, hizo rostro el Señor con tanta constancia, y entereza á las afrentas y á los dolores, y estuvo por mas de tres horas colgado en la Cruz, sin quererse bajar de ella, por mucho que sus enemigos se lo pedian; blasfemando de él porque no lo hacia, y ofreciendose á creer en él, si lo hacia: Porque si es Hijo de Dios (decian ellos) báxese de la Cruz, y creerémos en él. Y no veia la gente incredula, y ciega que no era de Hijo de Dios dexar empezado y por acabar el negocio de la Redempcion que habia tomado á su cargo, sino llevarle hasta el cabo, aunque fuese necesario, juntamente con él, acabar la vida: acabó la vida y acabó su negocio, y por lo uno, y lo otro dixo: *Consummatum est.*

Diónos exemplo en esto, para no desistir, ni volver atrás de lo que una vez hubieremos emprendido, para mayor gloria y servicio de Dios,

por

por muchas dificultades, que se ofrezcan, y contradicciones que se levanten, porque no se nos diga con razon lo del Evangelio: (1) *Hic homo cœpit ædificare, & non potuit consummare*: Este hombre comenzó á edificar; y habiendo gastado con poco acuerdo su caudal, no ha podido consumar su obra, ni llevarla hasta el cabo; y así ha quedado con pérdida y sin provecho. Perseveremos, pues, con firmeza en la Cruz, (2) y corramos por medio de la paciencia sin desfallecer en la pelea de la Fe, trayendo siempre delante de los ojos al Autor de ella Jesu-Christo, nuestro Señor, el qual, teniendo delante el gozo y descanso, escogió sufrir la Cruz, para nuestro remedio y exemplo, no haciendo caso de la confusion y menosprecio, que se le seguia de ella, y ahora está asentado á la diestra de Dios: porque muchas veces, (como nos aconseja el Apóstol) (3) y con mucha consideracion debemos revolver en nuestro pensamiento el exemplo de aquel Señor, que sufrió de los pecadores tan grande contradiccion contra sí mismo, porque no nos congojemos, ni nos falte el animo en las dificultades y trabajos, pues aun no hemos resistido hasta derramar sangre en la pelea contra el pecado.

Conviénenos, pues, pelear, (4) y agonizar por la justicia, hasta derramar la sangre y ser fieles (5) hasta la muerte, si queremos alcanzar la Corona de la vida; y no huir de la Cruz, sino perseverar en ella hasta que del todo se cumpla en nosotros la voluntad de Dios, como perseveró nuestro Salvador, hasta que pudo decir: *Consummatum est.* No pueden ser largos los trabajos, que tienen fin: breve es y pequeño todo lo que pasa con el tiempo, las tribulaciones de los suyos quiso Dios que pasasen presto y apriesa: lo que al principio parece intolerable, si un poco nos sufrimos, á vuelta de cabeza ya es acabado: y porque no nos faltase este consuelo de boca del Salvador, habiendo pasado sobre él tan grande tempestad de pasiones y estando para morir, ántes que espirase, dixo: ya esto es acabado *Consummatum est.*

(1) Luc. 14. n. 30.
(2) Ad Hebr. 1. n. 2.
(3) Ad Hebre. 12. n. 3.
(4) Eccles. 4. n. 33.
(5) Apoc. 2. n. 10.

Levantaria entónces sus honestisimos ojos la Vírgen, á ver si con esta palabra se acababa la vida del Hijo: Pues qué sentiria su piadoso corazon, quando mirándole á la cara, en la amarilléz y mudanza de ella conociese la presencia de la muer-

muerte, que ya se acercaba! ¿Qué sentiria quando viese perderse la color del rostro, secarse los labios, afilarse las narices, obscurecerse la hermosura de sus ojos, inclinarse la cabeza y levantarse el sagrado pecho?

(1) Matth. 27. n. 50.

¡O nuevo género de martyrio! ¡O castísimos ojos, guardados para verdugos de este dia! Veia la Vírgen á su Hijo deshacerse en dolores, y no le podia ayudar: veia su Cuerpo lleno de llagas y no las podia curar: veia sus carnes sagradas teñidas de la sangre y no se las podia lavar: veia su sangre de infinito valor derramada por la tierra, y no la podia coger; veia sus ojos sangrientos y mortales, que estaban llorando, y no los podia enxugar: veíale morir de sed y no tenia qué darle á beber: veia la sagrada cabeza pendiente y caida, y no se la podia sustentar: oía mil blasfemias, que le decian, y no podia volver por él: veíale desamparado de su padre y no le podia amparar: veíale que se le iba, y no le podia abrazar: veíale morir y no podia morir con él. Así estaba el corazon de la Madre, que parece que queria desamparar su propio cuerpo, con el deseo, y ansia de su Hijo; y su espíritu, como enagenado de sí mismo, estaba todo unido con aquel, que su Hijo estaba espirando en la Cruz.

Quando estando en esto súbitamente le vió tomar nuevo aliento, y con entereza, y fortaleza del pecho, (1) dando una grande y sonora voz, que sonó en lo mas íntimo de su alma, por la qual revivió su espíritu, y se estremécieron sus purísimas y maternales entrañas, y empezó á esperar nuevos sucesos en la vida de su Hijo, quando la tenia ya por del todo acabada. Y estando muy atenta á recoger esta postrera palabra, que su Hijo decia, oyó que hablando con su Eterno Padre, le dixo: Padre en tus manos encomiendo mi espíritu.

CAPITULO XLIII.

De la séptima palabra, que habló el Salvador en la Cruz.

Et clamans voce magna Jesus, ait: Pater, in manus tuas commendo spiritum meum. *Luca* 23. *num.* 46.

PONER una cosa en manos de otro, es remitirla á su voluntad y disposicion, para que haga de ella como quisiere. Y si la cosa es muy amada y estimada, ponerla en manos de otro, es

es tanto como encomendarla á su verdad y fidelidad, haciendo confianza de él, que por dexarla en sus manos, y á su voluntad, se tendrá por obligado á conservarla, y mirar por ella con mas cuidado y solicitud. De esta manera solemos hacer cargo á otros hombres, quando les decimos: En vuestras manos pongo mi vida ó mi honra, ó mi hacienda, obligándolos á ser tanto mas cuidadosos de nuestro provecho, quanto nosotros por su respeto, y en su confianza quedamos descuidados, y sacamos de nuestro poder y disposicion nuestras cosas mas queridas, por remitirlas y ponerlas en la suya.

Y si á los hombres, que se beben (como agua) la mentira, y la maldad, honramos algunas veces de ésta manera y hacemos de ellos esta confianza, quánto mayor razon es que honremos á Dios, fiándonos de él y poniendo en sus manos á nosotros mismos y á todas nuestras cosas, pues (como dice el Profeta) (1) es Santo en todas sus obras y verdadero y fiel en todas sus palabras? ¿Quién jamas se quiso valer de él que le faltase? ¿Quién se arrimó á él, que no le recibiese? ¿Quién por fiarse de él cayó en vergüenza? ¡O! quién esperó en él, que le saliese en vano su esperanza? Principalmente, que todo lo que tenemos es suyo, y ninguna cosa ponemos en sus manos, que primero no la hayamos recibido de ellas; y asi nos corre mayor obligacion de humillarnos (2) debaxo de la mano poderosa de Dios, teniendo por bueno todo lo que hiciere con nosotros, y sugetándonos á su disposicion y providencia.

Esta confianza, que hacemos de Dios, entónces es de mas estima, quando estamos en tribulacion; y quitándonos algunos de los bienes que amamos, ponemos en sus manos los que nos quedan, para que haga tambien de ellos á su voluntad, porque con esto confesamos que es Justo y Santo en todo lo que hace con nosotros; y que quando nos aflige, entónces nos ama, y que es fiel y verdadero en procurar nuestro bien, y que nunca debemos huir de sus manos, aun quando las descarga pesadamente sobre nosotros; y si pasare tan adelante la tribulacion, que llegare hasta la misma muerte, aun entónces debemos esperar en él, y no escondernos de su mano, aunque la veamos que nos amenaza con la espada desnuda, teniendo por cierto, que si nos mata de su mano, la muerte vendrá á ser causa de la vida; y con este espíritu, y con-

(1) Psalm. 144. n. 13.
(2) 1. Pet. 5. n. 6.

(1) Job. 13. n. 15. confianza decia el Santo Job: (1) *Etiamsi occiderit me, in ipso sperabo.* Aunque me mate (dice) esperaré en él.

Pues aquel gran Maestro de los hombres y honrador de su Eterno Padre, no dexó de enseñarnos esta doctrina desde la Cruz, ni de honrar á Dios con este género de honra: porque á la entrada de su Pasion, estando en el Huerto, puso en manos de su Padre su honra y su vida, quando dixo: Padre, si es posible, pase de mí este Caliz; pero si no puede ser, Padre mio, sino que yo le beba, no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú. Y habiéndose certificado que su Padre queria que le bebiese, le tomó con tanto ánimo, que á San Pedro, que se lo queria estorbar, le dixo: el Caliz que me dió mi Padre, no quieres tú que lo beba? Así, que en una ocasion tan apretada como ésta y estando á la vista de una muerte tan afrentosa y cruél, se puso todo en manos de su Padre, y habiendo quedado tal de ellas que no tenia parte sana en todo su Cuerpo, y pasando el negocio tan adelante que estaba ya para acabar la vida en el tormento, y afrenta pública de la Cruz, no por eso dexó de reconocer el amor de su Padre, que tan rigurosamente le trataba, ni dudó de poner tambien en sus manos el Espíritu, que queria apartarse del Cuerpo; y asi, al que llamó Padre en el Huerto; quando le encomendaba su honra y su vida, despues de perdídas, le llama tambien Padre, quando le encomienda su Espíritu, diciendo: Padre, en tus manos encomiendo mi Espíritu. Y sabiendo de cierto que habia de resucitar al tercero dia, y que esta gloria era debida á sus merecimientos, no quiso con todo eso tomarla él por su mano, sino esperarla de mano de su Padre, y por eso puso su Espíritu en sus manos, como en manos de fiel depositario, que al plazo señalado (que era al tercero dia) le habia de volver á su Cuerpo con grandes ventajas de gloria, y de inmortalidad; y así le dixo: Padre, en tus manos encomiendo mi Espíritu.

De esta manera tomó posesion en nombre de todos los Justos, de las manos de Dios, que era el lugar mas seguro, que podian tener, para que no les empeciese la muerte, segun que está escrito: *Justorum* (2) *animæ in manu Dei sunt, & non tanget illos tormentum mortis.* Las animas de los Justos en la mano de Dios estan, y por eso no

(2) Sap. 3. n. 1.

no les tocará á ellos el mal de la muerte. Y con habernos asegurado el Salvador las manos de Dios, en que depositar nuestras almas, dió descanso al mayor de nuestros cuidados, quando no sabemos qué ha de ser de ellas despues de esta vida: porque ¿qué hombre hay con un poquito de lumbre de Fe, que no le ponga en congoja pensar lo que ha de ser de él para siempre? Esto debe de ser lo que mas aprieta á los que estan en el artículo de la muerte, quando le dan priesa al alma para que salga, y no sabe adonde ha de ir; pero sabe que á la parte donde cayere, allí ha de permanecer por toda la eternidad; y si estando en esta duda quiere alguno asegurarse, estrivando en sí mismo, se anega en el piélago de los secretos de Dios. Pues qué otra cosa puede hacer entónces mejor, sino arrojarse en la misericordia de Dios, y poner todo el negocio en sus manos, y decirle las mismas palabras, que le dixo el Salvador, quando espiraba: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.

Y notan los Evangelistas, que dixo el Señor estas palabras con grande voz y clamor; porque San Matheo dice: *Jesus autem* (1) *iterum clamans voce magna emisit spiritum*; y San Marcos: *Jesus* (2) *autem emissa voce magna spiravit*. Y qué fuese esto que dixo al tiempo del morir con tan grande voz, solo San Lucas lo delaró (3), quando dixo: *Et clamans voce magna Jesus ait: Pater, in manus tuas commendo spiritum meum: & hæc dicens spiravit.*

(1) Marc. 27. n. 50.

(2) Marc. 15. n. 35.

(3) Luc. 23. n. 46.

Y no sin causa dió el Señor esta tan grande voz, porque con ella mostró la confianza y seguridad con que moria, y el triunfo que alcanzaba de sus enemigos, porque aquella grande voz fué voz de vencedor. Mostró bien que era Señor de la vida y de la muerte, y que no moria por flaqueza y necesidad, sino por sola su voluntad: y como tenia fuerza para dar aquella grande voz, la tuviera tambien para sustentar y detener la vida por todo el tiempo que quisiera. Mostró, finalmente, con esta voz milagrosa, y sobre las fuerzas humanas, lo que con las demas señales, que entónces sucediéron; conviene á saber, que era verdadero Dios, lo qual probó el suceso; porque (como dice San Marcos) (4) viéndole el Centurion, que estaba allí delante, que habia muerto, con grande voz dixo: Verdaderamente, que este Hombre era Hijo de Dios.

(4) Marc. 15. n. 39.

Y

Y es mucho de considerar el profundo silencio que tuvo nuestro Salvador en el discurso de su Pasion entre tantas acusaciones y calumnias; sin defenderse, ni volver por sí, ni tachar los testigos y acusadores; de manera, que el (1) Presidente Gentil, ante quien pasaba su causa, se maravilló de ello vehementemente; y con mejor espíritu se habian maravillado ántes de lo mismo los Santos Profetas, porque uno de ellos dixo (2): Este es mi Siervo escogido, mi amado, en quien se agrada mi alma: no clamará, ni se defenderá, ni oirá nadie su voz en las plazas. Y en otra parte dice (3): Como cordero delante de quien le trasquila, así estará mudo, y sin abrir su boca. Y siendo esto así, y que estuvo como mudo delante de los hombres; y sin hablar apénas una palabra en ocasiones muy forzosas, con todo eso, en tres horas que estuvo en la Cruz, habló siete veces, para provecho y enseñanza nuestra, y de estas, las tres veces habló con Dios, y las dos de ellas á voces y á gritos, y de las quatro veces, que habló con los hombres, la primera fué con un gran pecador (que era el Ladron) para darle perdon, é indulgencia: y la segunda con dos grandes Justos: que fuéron su Santísima Madre, y el Evangelista San Juan, para darles consuelo: y de las otras dos, la una fué con los circunstantes, significando la sed que tenia, que fué tanto como hablar con la Sinagoga, y mostrarle la sed con que salia de este mundo, de su remedio, y hacer la última experiencia del vinagre, que aquella viña le habia dado siempre á beber: la otra palabra fué con la Iglesia nueva, y Pueblo escogido, dándole la buena nueva de que ya estaba acabado y concluido el negocio de su rescate y salud: y las tres veces que habló con Dios, las dispuso de manera, que la una fué la primera, y la otra la postrera, y la otra la de en medio; enseñándonos con esto el recurso que hemos de tener á Dios en todas ocasiones, y que este ha de ser el principio, el medio, y el fin de todos los negocios, aun en aquellos que tratamos con los hombres; y el haber hablado dos veces á su Padre con gran clamor, fué para declarar el fervoroso afecto, y deseo encendido de donde nacian sus oraciones; porque grande clamor en las orejas de Dios es el deseo fervoroso del alma, aunque la lengua

(1) Matth. 27. n. 14.

(2) Isai. 42. n. 1. Matth. 12. n. 19.

(3) Isai. 53. n. 7.

gua no se mende; y para mostrar el Señor el abrasado afecto de su corazon, quiso orar esta vez con grande clamor desde la Cruz.

Diónos tambien con esto prendas seguras, y esperanza cierta, de que sus oraciones habian sido oidas, porque lo que se dice á voces es oido de todos, aun de los sordos, y de los que estan muy léjos, quanto mas de los que estan cerca, y tienen buen oido. Pues estando el Padre Eterno tan cerca de su Hijo, y teniendo las orejas tan atentas á sus ruegos, ¿cómo no habia de oir los que se hacian con tales y tan grandes voces? Bien sabia el Salvador que sus oraciones, aunque se hiciesen callando, eran clamores en las orejas de su Padre, y que su Padre siempre le oia, como él lo dixo por San Juan (1): *Ego autem sciebam, quia semper me audis*: mas porque nosotros lo entendiésemos, y advirtiésemos en ello, quiso hacer á voces esta postrera oracion: y de ella, y de las demas dixo San Pablo (2), que nuestro gran Sacerdote en los dias de su vida mortal ofrecia ruegos y oraciones con grande clamor y con lágrimas á aquel Señor, que era poderoso para librarle de la muerte, y que fué oido, así por la reverencia con que oraba, como por la que se debia á su Persona. Pedia este Señor á su Padre, ó no gustar la muerte, si era posible, como se lo pidió en el Huerto, ó que si su voluntad era que la muerte le tragase, le sacase presto de sus gargantas (3), sin que su Alma se detuviese en el Infierno, ni su Cuerpo llegase á corrupcion, de la manera que Jonas, aunque le tragó la bestia, salió al tercero dia libre y salvo de ella: y fué oido el Señor en esta oracion, que hizo con muchas lágrimas y grande clamor, como dixo el Apóstol; y así estando en la Cruz entre los dientes de la muerte, y á punto de ser tragado de ella, depositando su Alma en manos de su Padre, para que al tercero dia la volviese al Cuerpo, dixo con grande clamor: Padre, en tus manos encomiendo mi Espíritu.

Dichas estas palabras, aquel Señor, que es nuestra gloria (4), y por quien todos levantamos cabeza, inclinó la suya (5), y dió su Espíritu. Los trabajos, que el Salvador habia padecido desde la noche ántes, eran tales, que mucho ántes le hubieran acabado la vida, si él con su Divina virtud no la sustentara. El mismo habia dicho (6): Poder tengo para dexar mi Alma mu-

(1) Joann. 21. n. 42.
(2) Ad Heb. 5. n. 7.
(3) Salm. 15. n. 10.
(4) Salm. 3. n. 4.
(5) Joann. 19. n. 30.
(6) Joann. 10. n. 17.

muriendo, y para tomarla resucitando: ninguno me la puede quitar por fuerza; mas Yo la dexaré de mi voluntad. Ninguno por cierto pudo quitarle la vida por fuerza (1), pues tanta fuerza como hiciéron sus enemigos, que buscaban su vida, no bastó para quitársela, sino que la sustentó el tiempo que quiso, hasta que se cumpliesen en él las Escrituras, y toda la voluntad de su Padre; y hecho esto, dixo: Ya está acabado todo lo que tengo de hacer y padecer; y como á quien le quedaba el brazo sano, y el poder entero, dió aquella voz tan sonora, encomendando el Alma en manos de su Padre: y hecho esto, dió licencia á la muerte, y él mismo se compuso para morir con aquel decoro y magestad que á su Persona convenia, porque murió en pie, como esforzado; y porque la muerte no le derribase la cabeza, él mismo la inclinó blandamente sobre el pecho, y luego se le puso el color mortal, los labios cárdenos, y la nariz afilada, y todo el Cuerpo se estremeció en la Cruz, y él dió su Espíritu en manos de su Padre, y su vida y Sangre preciosa por el remedio general de todos los hombres.

(1) Salm. 37. n. 18.

El Cuerpo muerto se quedó colgado en la Cruz, apartado del Alma, pero unido siempre con la Persona del Hijo de Dios; y la Cruz sustentaba en lo alto aquel Cuerpo sagrado, que se habia ofrecido por nosotros, y representaba á los ojos de Dios el precio de nuestra salud, y el Medianero de nuestra reconciliacion, y á los ojos de los hombres el consuelo de nuestros trabajos, el dechado de nuestras costumbres, la imágen exemplar de los Predestinados, el Capitan de nuestras peleas, la guia de nuestra peregrinacion, el estrivo de nuestra esperanza, y el incentivo y despertador de nuestro amor, el terror y espanto de los demonios, el vencedor de la muerte y del pecado, y espectáculo de toda santidad, el qual desde su misma Cruz, como desde una Cátedra, nos está siempre enseñando, reprehendiendo, y exhortando; y como dixo el Apóstol de Abel: despues de muerto habla: *Et defunctus adhuc loquitur.*

CA-

CAPITULO XLIV.

De los prodigios que sucediéron despues de la muerte del Salvador.

Hiciéron sentimiento todas las Criaturas, y los Elementos todos se estremeciéron en la muerte de su Señor, y sucediéron á vista, y en presencia de aquel sagrado Cuerpo tales maravillas y prodigios, que se descubria bien lo que dixo un Profeta (1): *Cornua in manibus ejus, ibi abscondita est fortitudo ejus*; conviene á saber, quánta fuerza habia en aquellos brazos estirados, y manos enclavadas, y que allí estaba su fortaleza, aunque á los ojos de los hombres escondida y disimulada; porque primeramente el Sol, que milagrosamente se habia obscurecido con otro nuevo milagro, quitó de sobre sí aquel velo de tinieblas, (porque estas (2) no duráron sino desde el medio dia hasta la hora de nona) y quando espiró el Señor estaba ya el dia claro, y el Sol descubria con sus rayos aquella imágen de Dios, dechado de los predestinados, y exemplo de toda santidad: en cuya muerte se renovó el dia, despues de las tinieblas pasadas, porque por virtud de su muerte (3) empezó á amanecer nueva luz á los que vivian en la sombra y region de la muerte.

Estando, pues, el dia con su luz natural y acostumbrada, y habiendo espirado el Salvador, entónces la tierra tembló, y las piedras se partiéron, y los sepulcros de los muertos se abriéron, y el velo del Templo se rasgó desde lo mas alto hasta lo mas baxo, los muertos resucitáron, los infieles creyéron, y los pecadores se convirtiéron, porque el Centurion confesó claramente, que el que estaba muerto en la Cruz era verdadero Hijo de Dios, y la turba, que presente estaba á este espectáculo, herian sus pechos, y se convertian. De esta manera hacia todo el mundo llanto, y celebraban las exêquias de Dios muerto con ceremonias muy convenientes á tan alta Magestad.

Y donde se hizo primero demostracion del sentimiento fué en el Templo, celebrado por su grandeza y magnificencia, y reverenciado por su santidad en todo el mundo. Era este Templo la casa que Dios habia escogido entre los hombres, para morar con ellos, y oir sus oraciones por el tiempo que durase la Sinagoga y la Ley;

(1) Abac. 3. n. 4.

(2) Matth. 27. n. 5.

(3) Isaiæ. 9. n. 2.

Ley, y el Sacerdocio, y sacrificios antiguos.

(1) Ad Heb. 9. n. 1.

Habia en él (1), despues del atrio, ó entrada primera, un lugar, que se llamaba Sancta, y otro mas secreto, que se llamaba Sancta Sanctorum. Dividiase el atrio del Sancta con un velo grande, que estaba extendido desde lo mas alto hasta el suelo; y asimismo con otro segundo velo se dividia el Sancta del Sancta Sanctorum. En aquel primero Tabernáculo, que se llamaba Sancta, despues del primero velo, estaba el candelero y la mesa en que se ponian los Panes que llamaban de la Proposicion, y el Altar de los sacrificios: y despues del segundo velo, en el Sancta Sanctorum estaba el Incensario de oro, y el Arca del Testamento, cubierta toda de oro, dentro de la qual no habia otra cosa mas que una Urna de oro llena de aquel Maná, con que los habia Dios sustentado en el Desierto, y la Vara de Aaron, aquella (2) que entre las demas Varas, que ofreciéron los Príncipes de los doce Tribus, habia florecido, y dado fruta en el acatamiento de Dios, en señal que le escogia Dios por Sacerdote, desechando los demas: estaban tambien las Tablas de piedra, que traxo Moyses del Monte Sinaí, en que estaba escrita la Ley. Esto era lo que estaba en el Arca, y sobre ella los dos Querubines que se miraban y cubrian el Propiciatorio. Y estas tres partes del Templo estaban en tal disposicion, que por el atrio se entraba al Sancta, y por el Sancta al Sancta Sanctorum. El atrio era comun para todos: en el Sancta entraban solos los Sacerdotes, y esto libremente y de ordinario, á hacer el oficio de sus ordinarios sacrificios: pero en el Sancta Sanctorum entraba solamente el Sumo Sacerdote, y no mas que una vez en el año; y entónces, despues de haber derramado sangre, y ofrecido algun sacrificio por sí y por las culpas, é ignorancias del Pueblo.

(2) Num. 17. n. 8.

Pues ahora es de saber, que en esta sazon, quando murió el Salvador, se rasgáron de alto á baxo estos velos, que estaban en el Templo, y dividian el lugar que llamaban Sancta, del Sancta Sanctorum: y aunque todas las otras señales, que entónces sucediéron, fuéron muy grandes, esta empero fué mayor y mas misteriosa, porque la dureza y ceguedad de los Júdíos pudo atribuir el terremoto, y los eclipses á causas naturales; pero romperse el velo del Templo no era cosa que por nin-

ningun camino podia ser natural, sino señal milagrosa, dada de la mano de Dios, el qual con la misma sabiduría y providencia que habia ordenado, que por el tiempo de la Ley antigua estuviese aquel velo pendiente del Sancta Sanctorum, con la misma quiso que se rompiese en la muerte de su Hijo, porque con esta demonstracion fuese manifiesto á todos, que la gracia y la santidad habian desamparado aquel Templo, y aquellos Sacerdotes y ceremonias; y que así como no quedaba allí cosa santa, así no era menester que quedase cosa secreta y encubierta.

Quedó, pues, aquel lugar, antiguamente sagrado, abierto, y patente á los ojos de todos, y libre, para que todos pudiesen entrar en él. No eran menester velos, porque ya habia cesado el uso y representacion de ellos, ni habia para qué cubrir con figuras la verdad, pues estaba desnuda en la Cruz, y descubierta á los ojos de todo el mundo. El Sancta Sanctorum quedó como profanado, roto el velo, que defendia la entrada, y vista de él: y el Arca del Viejo Testamento, con su Propiciatorio, quedó descubierta como otra qualquiera cosa comun y ordinaria: y el Monte Calvario, que ántes era lugar vil y profano, quedó hecho Sancta Sanctorum, porque tenia en sí el Arca del Nuevo Testamento, en la qual estaban encerrados todos los tesoros de Dios, y el verdadero Propiciatorio, por medio del qual estaba Dios reconciliando el mundo consigo.

En aquella Arca no habia mas que un vaso de Maná, y la Vara de Aaron, y las Tablas de la Ley, todas las quales cosas estaban ya inútiles y vanas, porque la Ley habia tenido ya su cumplimiento en Jesu-Christo: y la Vara de Aaron habia ya fenecido con su Sacerdocio, y cedido á la Cruz, que estaba levantada en el Calvario, en señal del Sacerdocio eterno de Christo; y su Cuerpo sagrado era el verdadero Maná, que tiene todo sabor de suavidad, y es el sustento de los que peregrinan por el desierto de esta vida. Todas aquellas sombras se habian deshecho con la luz, y todas aquellas figuras habian pasado en la verdad; toda la suma de los misterios Divinos estaba en Jesu-Christo, el qual no trataba de esconderse, sino de manifestarse, y darse á conocer á todos; y por eso estaba puesto en alto, desnudo, y estirado en la Cruz, para que muy de espacio miremos, y remiremos en él.

(1) Joann. 12. n. 11. Y porque estando así levantado de la tierra (1), (como lo habia dicho) habia de llevar tras sí á todas las cosas con la fuerza de su amor, y de su riqueza y hermosura; de haí es, que desde entónces se quedó la Sinagoga vacia, y su Templo como casa desierta, y sin dueño, y los ornamentos de él como cosa vil y despreciada, y sus ceremonias y sacrificios pesados, y sin provecho. Y porque no pretendiese el ciego Judaismo cubrir la ignominia de su Sinagoga con aquellos mismos velos, que ántes tenia, para obstentacion de gloria y santidad, en el mismo punto que murió el Señor se rompiéron ellos por sí mismos, y manifestáron á todo el mundo la poca substancia que quedaba en las cosas que encubrian.

(2) Ad Heb. 9. n. 8. Sobre todo esto, el Sancta Sanctorum (como dixo el Apóstol) (2) significaba el Reyno de los Cielos, que es el secreto escondido á los ojos de los hombres mortales, donde particularmente mora Dios. Y en estar cubierto con velo, y no poder entrar ninguno á él sino solo el Sumo Sacerdote, nos daba á entender el Espíritu Santo (3) que aun no estaba abierto el camino de la Gloria, en tanto que estaba en pie aquel primer Tabernáculo, con todos sus ornamentos y ceremonias.

(3) Ad Heb. 9. n. 8.

(4) Ad Heb. 9. n. 11.

Mas quando murió Christo, nuestro Señor (4), Sacerdote Sumo del Nuevo Testamento, en el qual se prometian bienes eternos por su muerte, se presentó delante de su Eterno Padre, entrando al Sancta Sanctorum de la Gloria por un Tabernáculo, no como aquel de la Sinagoga, que era hecho por manos de hombres de esta materia comun y ordinaria, sino por otro mayor y mas perfecto; conviene á saber, los mismos Cielos, por los quales penetró y abrió camino, hasta pasar de la otra parte del velo, y llegar á la diestra del Padre, á lo mas alto y encumbrado de la Gloria.

Y no entró con sangre de cabrones, y de becerros, sino derramando su misma Sangre, la qual ofreció para rescatar y limpiar de pecados las conciencias de aquellos, que habian de entrar con él, y por él á la Gloria: y por esto no fué menester que entrase una vez cada año, derramando de nuevo sangre de animales, porque sola una vez entró, y dexó franca la entrada para siempre, con Redencion eterna, y Sangre poderosa para lavar los pecados de todos los siglos: y por esta causa se rompió el velo del Templo

plo luego, mostrando, que tan patente quedaba el camino del Cielo y tan franca la entrada de él, quanto quedaba la del Sancta Sanctorum, despues de rompido el velo, que la defendia.

Todas estas causas huvo de esta tan nueva, y tan admirable señal, de las quales gozan con mucha dulzura los que con Fe pura y devocion sincera creen en el Crucificado, y reconocen, y adoran su virtud. Mas para los Judíos incrédulos, y obstinados fué señal de grande espanto, y de ira, é indignacion de Dios, quando viéron que su Templo, en quien ellos se gloriaban, como de casa de Dios, mostrando dolor de la muerte de su Señor, y abominando su impiedad, y blasfemia, se habia despojado de sus antiguos ornamentos, y como rompido con tanta fuerza sus mismas vestiduras.

Mientras esto pasaba dentro del Templo, sucedió fuera de él un grande, y desacostumbrado terremoto, (1) del qual resultó, que piedras muy grandes se quebrantáron, y hendiéron: tembló la tierra, reconociendo la presencia y magestad de su criador, que con tanta gloria triunfaba de sus enemigos: mucho mejor entónces, que quando ahogados los Egypcios, sacó Dios á su pueblo de aquella servidumbre, y le guiaba por el desierto á la tierra de Promision libre, y victorioso; porque entónces tembló la tierra, (1) Matth. 27. n. 32.
y reconoció la presencia de Dios, y le hizo reverencia con su temblor y movimiento, como está escrito en los Psalmos: (2) *Deus cum egredereris in conspectu populi tui, cum pertransires in deserto terra mota est.* (2) Psalm. 67. n. 8.
Quando tú, Señor, salias guiando tu Pueblo, y pasabas por el desierto, entónces la tierra tembló, y se movió de su lugar. Y en otra parte dice, que con los temblores de la tierra los Montes daban saltos como cabritos y collados, como si fueran corderos: *Montes* (3) *exultaverunt ut arietes, & colles sicut agni ovium. A facie Domini mota est terra; á facie Dei Jacob.* (3) Psalm. 113. n. 6.
Pues si la tierra hizo entónces este reconocimiento, quando sacaba Dios su Pueblo de servidumbre temporal, y de una tierra le guiaba por el Desierto á otra tierra: con quánta mayor razon hizo este sentimiento, y reconocimiento quando estaba el Señor en la Crúz? Tembló la tierra, y las piedras se quebráron, y reconoció este Elemento la presencia de su Hacedor, que triunfaba gloriosamente del pecado, del infierno, y

de la muerte. Y habiendo rescatado su pueblo de la servidumbre del demonio, le iba guiando (1) con su misericordia, y sustentándole con su fortaleza por el camino desierto de la Cruz, hasta ponerle con libertad segura y perpetua en las moradas Celestiales.

(1) Exod. 15. n. 13.

(2) 1. Cor. 15. n. 54.

Tembló tambien la tierra para celebrar á su modo y con esta señal las Exêquias de su Criador: y siendo la criatura mas pesada, y el Elemento mas baxo y grosero, hacia su sentimiento, y daba muestras como podia de su dolor. Y las piedras duras convencian, y condenaban la dureza y obstinacion de los Judíos, pues ellas se partian y quebrantaban; y ellos no se querian mover á compasion, ni á penitencia.

(3) Isaiæ. 25. n. 8.

Tambien tembló la tierra; en señal y argumento de que habia temblado el Infierno, que estaba debaxo de ella, y la muerte, que tenia encargados sus despojos dentro de ella. La muerte tembló quando se vió tan cerca de la vida: y habiéndose atrevido á pelear con el Señor, quando le reconoció de cerca, se quedó absorta y helada; y pensando tragarle y digerirle, como á todos los otros hombres, ella se quedó sorbida y anegada en aquel infinito piélago de vida, como dixo el Apóstol: (2) *Absorta est mors in victoria*. Sorbida y deshecha queda la muerte con tan ilustre victoria.

(4) Osseæ 13. n. 14.

E hízole el Señor una burla tal, que quando pensó prender, ella quedó presa; y levantándola consigo en lo alto de la Cruz, la despeñó é hizo pedazos para siempre, como estaba escrito en Isaias: (3) *Præcipitavit mortem in sempiternum*. Que fué tanto como decir, que en este Monte habia de despeñar el Señor la muerte para siempre. De esta manera vino á morir la muerte: no era posible que muriera de otro achaque, sino de abrazarse con la vida. Y así se cumplió lo que en persona del Salvador habia profetizado Oseas: (4) *Ero mors tua, ó mors*.

(5) Apoc. 1. n. 18.

Y la muerte como vencida, en señal de reconocimiento, entregó al Salvador las llaves de sus fortalezas y tesoros: y el Señor por haber muerto, y salido vivo, y con gloria de su sepultura, quedó con poder sobre todos los muertos, y con la llave de sus sepulturas, para sacarlos de aquella prision, quando quisiese. Y así se lo declaró él á su Discípulo amado, (5) quando dixo: *Ego sum primus, & novisimus, & vivus,*

&

& sui mortuus, & ecce sum vivens in sacula saculorum, & inferni. Yo (dice) soy el primero, y el postrero: fuí vivo y despues fuí muerto; y vesme ahora estoy vivo, con vida inmortal por todos los siglos, y como vencedor tengo en mi poder las llaves de la muerte y del Infierno. Por virtud de este poder resucitarán todos los hombres en el dia postrero; y para hacer alguna demonstracion de él, quando el Señor (1) resucitó, otros muchos de los Santos resucitáron con él, y viniéron á la Ciudad Santa de Jerusalén, y se descubriéron, y (2) apareciéron á muchos. Y aunque esta resurreccion de los Santos no fué hasta que el Señor resucitó, pero en su muerte sucedió una notable maravilla; porque al punto que espiró temblo la muerte de haberle acometido; y dándose desde luego por vencida, desamparó la tenencia de las sepulturas, las quales con esto se abriéron para dar lugar á la vida que se entrase por sus puertas y dexó los muertos, que estaban en ellas á disposicion del Señor, que quando fuese servido los bolviese á la luz de aquesta vida.

Tembló tambien todo el Infierno, con los Principes de las tinieblas, que presidian en él: porque (como dixo el Apóstol) (3) les quitó el Salvador de las manos la escritura de condenacion, que tenian contra los hombres, y la enclavó consigo en la Cruz, y la borró con su Sangre, pagando con ella cumplidamente por todos los pecados. Con esto despojó á los Príncipes, y potestades del Infierno de la presa que retenian en él de los Santos Padres, y del derecho que tenian contra todos los pecadores, que con Fe, y obras de penitencia se valiesen de este rescate y los dexó burlados, y confusos con esta insigne victoria, y gloriosísimo triunfo. De manera, que baxando el Señor personalmente al Reyno del Infierno á recoger estos despojos que habia ganado con su muerte, todos los moradores de él le hincáron la rodilla, y hiciéron profunda reverencia. De aqui quedó la señal de la Cruz terrible, espantosa á los demonios, porque es figura de Christo, nuestro Señor Crucificado, y porque en ella fuimos nosotros redimidos, y por ella quedáron ellos vencidos, y humillados. En esta Cruz le estiráron los verdugos los Brazos, y descubriéron mas la grandeza, y poderío de ellos, porque extendidos en la Cruz se echó de vér, que eran grandes;

(1) Matth. 27. n. 53.
(2) Matth. 27. n. 53.
(3) Ad Col. 2. n. 15.

(1) Exod. 15. n. 17. y poderosos. (1) Entónces se conturbáron los Príncipes de Edón, y el temor se apoderó de los robustos de Moab; y quedáron postrados los moradores de Canaan: *Irruat super eos formido, & pavor in magnitudini brachii tui.* Cayga, Señor, sobre (2) Ad Eph. 2. n. 13. ellos temor y espanto con el poderío y grandeza de tu brazo.

Vencidos estos enemigos, (3) Marc. 15. n. 19. empezó á dilatarse el Reyno del Crucificado, y á deshacerse el Reyno del pecado, y florecer (4) Luc. 23. n. 47. la Fe y la Justicia y santidad en los corazones de los hombres; porque con el resplandor de la (5) Marc. 15. n. 39. Cruz empezáron á huir las tinieblas de los entendimientos, y á deshelarse la dureza de las voluntades. Y siendo los gentiles los que ménos conocimiento tenian de Dios, y los Soldados los que suelen tener ménos de piedad y devocion; porque se descubriese mejor la eficacia de la (6) Luc. 23. n. 47. Pasion y Sangre del Señor, los primeros que lo creyéron y confesáron entre la turba, que allí estaba presente despues de muerto, (7) Marc. 15. n. 36. fuéron los Soldados y los Gentiles. Así se cumplió lo que dice el Apóstol, (2) que por virtud de la Sangre de Jesu- (8) Matth. 27. n. 54. Christo, los que estaban léxos se habian puesto cerca en Christo Jesus. Y así como en el Nacimiento del Señor, quando le perseguian los Judíos y le buscaba Herodes para la muerte, entónces le reconociéron y adoráron y sirviéron con sus dones los Gentiles que viniéron del Oriente: así tambien en su muerte, quando el víl Judaísmo le blasfemaba, los Gentiles le honráron, y glorificáron; porque el Centurion, que así se llamaba el que presidia á ciento de los Soldados) el qual (3) estaba de cara de el Salvador, viendo, (4) y considerando lo que pasaba; conviene á saber, que al tiempo del espirar (5) habia dado una voz con tanta fuerza y entereza, y que con tanta libertad habia llamado su Padre á Dios habiendo sido acusado, y estando muriendo por ello y que con tanta confianza habia encomendado su Espíritu en sus manos: considerando estas cosas y viendo las señales tan prodigiosas, que se habian seguido despues de su muerte, (6) glorificó á Dios, confesando públicamente su Fe, y dixo: Verdaderamente, que este hombre era justo, (7) y que no solamente era hombre justo, sino que era Hijo de Dios.

Y los Soldados de guarda, (8) que estaban en compañía del Centurion, guardando el Cuerpo del Señor, viendo el terremoto y las demas cosas que pa-

pasaban, concibiéron grande temor por los agravios, que habian hecho, y blasfemias que tambien ellos habian dicho contra él: y dando gracias á Dios, y sujetándose á él con devota reverencia, y religioso temor, confesaban la verdad, que ya conocian, diciendo: Verdaderamente, que este era Hijo de Dios. Y no solamente alcanzó el fruto de la Pasion de Christo á los gentiles, sino tambien á los Judíos: y como ántes que muriese, los unos, y los otros le blasfemáron, así despues de muerto le confesáron todos: porque los Gentiles libremente confesaban, que era justo, y Hijo de Dios: y los Judíos, que tenian mas parte en el horrendo pecado de su muerte, abominando de su delito, y movidos á penitencia (1) con la vista de un espectaculo como este, mudos y las cabezas baxas, se volvian á la Ciudad hiriéndose los pechos.

CAPITULO XLV.

Abre un Soldado el Costado del Salvador despues de muerto.

ESTaban con todo eso los Príncipes de los Sacerdotes duros en su porfia, y obstinacion y trataban de hacer nuevos agravios, y injurias al Salvador en su sepultura, como se los habian hecho en su muerte: y cubrirlo todo con capa de religion, y santidad. Habia una ley en el Deuteronomio, (2) en la qual mandaba Dios, que si alguno por sus delitos fuese condenado á muerte y puesto en la Cruz, que su cuerpo muerto no se quedase colgado en el madero, sino que el mismo dia fuese sepultado. Y da la razon la ley: *Quia maledictus à Deo est, qui pendet in ligno, & nequaquam contaminabis terram tuam, quam Dominus Deus tuus dederit tibi in possesionem.* Porque es maldito de Dios el que está colgado del madero; y de ninguna manera conviene, que la tierra que Dios te ha dado en posesion, quede contaminada con la vista de su cuerpo muerto. (3) Sujetóse el Señor á esta maldicion que merecian nuestros pecados, porque alcanzasemos nosotros la bendicion, que mereciéron sus virtudes. Querian, pues, los Sacerdotes cumplir en él la ley, sepultándole aquel mismo dia. Allegábase otra razon á esta, porque el dia siguiente era Sábado, (4) y muy grande, y solemne dia de Sabado por concurrir en uno de los dias de Pascua; porque la gente, que ha-

(1) Luc. 23. n. 48.

(2) Deut. 21. n. 22.

(3) Ad Galat. 3. n. 13.

(4) Joann. 19. n. 31.

habia venido de fuera á la fiesta estaba detenida, sin poder ponerse en camino para sus casas; y en este Sabado era mayor el concurso.

Siendo, pues, este Sabado tal; no convenia que los cuerpos se quedasen colgados en las Cruzes en él, porque la fiesta se embarazaba; y aun á su parecer se contaminaba con la vista de los malhechores, y la gente se divertia del propósito de su solemnidad con la presencia de los cuerpos muertos, y tomaban ocasion de hablar del caso cada uno como queria, y sentia de él. Y como el concurso de gente era grande, y los pareceres diferentes y las señales que se habian seguido á la muerte del Señor tan prodigiosas, y gran parte de los que estaban allí presentes se habian compungido, y el Centurion, y sus Soldados habian confesado libremente, que era justo, y Hijo de Dios, todo esto se convertia en rabia, y furor de los Príncipes, y Sacerdotes, y cedia en su ignominia y confusion, y temian no se levantase algun alboroto entre los populares, y se encendiese algun fuego, que no bastasen despues á sosegarle, y apagarle; y ningun medio hallaban mejor para prevenir estos daños, que quitar de los ojos el Cuerpo del Señor y sepultarle, para sepultar juntamente su memoria, y que ninguno mas se acordase, ni tratase de él.

Por estas causas, y no por hacerle honra, tratáron de su sepultura, aun ántes que ellos pensasen que era muerto. Y por cubrir su maldad (como siempre hacian) con mascara de santidad y religion, se fuéron al Presidente, y le rogáron, que por respeto de su fiesta, y de su Sábado, mandase quebrar las piernas á los crucificados, y dár á sus cuerpos sepulturas. Este tormento de quebrarles las piernas solian dar á los justiciados, quando por ser muy prólixa la muerte de la Cruz, querian acelerarles la muerte, y desembarazarse los ministros de la asistencia que hacian á la execucion de ella.

Pero en querer usar esto con el Salvador, le hacian agrávio de muchas maneras. Lo primero, porque insistian en hacer una misma causa, y la de los Ladrones, pidiendo para él, y para ellos á bulto un mismo género de tormento y sepultura. Y cierto, que el haberle crucificado entre los Ladrones, fué sobra de malicia, para deshonrar al Señor, y persuadir al pueblo, que era justo lo que se hacia con él, como lo

que

que se hacia con ellos; pero perseverar en este intento, era manifiesta obstinacion y pertinacia, porpue las señales que habian sucedido eran espantosas, y todos se habian persuadido, que las ordenaba Dios para honrar con ellas á su Hijo, y publicar su inocencia, sin que á ninguno le hubiese venido al pensamiento, que nada de esto se hiciese por respeto de los Ladrones, que juntamente padecian con él. Solos los Sacerdotes cerraban los ojos pérfidamente, á lo que todo el pueblo veia; y sin querer hacer cortesía al que se la hacian todas las criaturas y Elementos, se fuéron á Pilatos dando peticion en comun sobre todos tres crucificados: *Ut frangerentur eorum crura, & tollerentur*, para que los quebrasen las piernas, y los quitasen de las Cruces. Demas de esto, este nuevo tormento con que querian acabar la vida del Señor, era grandísimo, y no ménos la injuria, dexándole los huesos quebrantados, y el cuerpo feamente despedazado; cosa que no se hacia sino con Ladrones facinorosos, y tal, que habiéndose sujetado el Señor á todo género de agravios, y malos tratamientos, no consintió que se hiciese éste á su Cuerpo ya difunto; ántes lo tenia vedado, y prevenido en el sacrificio del Cordero, figura expresa de su muerte, quando dixo (1): *Os non comminuetis ex eo.*

(1) Joann. 19. n. 36.

Esta Profecía y voluntad del Señor, declarada de tantos años ántes con aquella solemne ceremonia, se vino á cumplir á pesar de sus enemigos, que pedian lo contrario: porque bien pudiéron crucificarle con los Ladrones, pero no detenerle la vida para que no muriese ántes que ellos. Murió el Señor quando quiso, y previno la diligencia de los Sacerdotes con su muerte; porque quando viniéron los Soldados á executar el mandamiento del Juez, quebráron las piernas al primero de los Ladrones, que era al de la mano derecha; el qual despues de haber creido y confesado á Jesu-Christo, llevando esta pena con paciencia, aumentó su merecimiento, y dió dichoso fin á su tormento, y con las piernas quebradas corrió mas apriesa al descanso, en cumplimiento de lo que el Señor le habia prometido: Hoy serás conmigo en el Paraiso. Despues de esto, quebráron tambien las piernas al otro compañero, que habia sido crucificado con él; y quando llegáron á Jesus, con determinacion de hacer el mismo ultra-

trage, como viéron que estaba muerto, desistiéron de su intento y no le quebráron las piernas, haciendo Dios esta diferencia entre el inocente y los culpados, y disponiendo las cosas, para que se obrasen otras mayores maravillas, y mysterios en el Cuerpo ya difunto del Salvador.

Porque uno de los Soldados, que allí estaban, (1) corrió con gran furia contra el Cuerpo muerto del Señor, y abrióle con una lanza el costado derecho, atravesándole con ella todo el Corazon. Y así le fué revelado á Santa Brigida: (2) *Et sic stantibus turbis in circuitu, venit unus accurrens cum furia maxima, & infixit lanceam in ejus latere dextro, tam vehementèr, & validè, quod quasi per aliam partem corporis lancea voluit pertransire.* Y en otra parte dice: (3) *In corde puntus erat, tam amarè & immisericorditèr, quod pungens non destitit, donec lancea attigit costam, & ambæ partes cordis essent in lancea.* Estando (dice esta Santa) rodeado el Cuerpo del Señor de las turbas, vino uno de los Soldados corriendo con grandísima furia, y atravesóle una lanza por el lado derecho, con tanta fuerza y vehemencia, que parece que queria sacarla por la otra parte, y quedó tan cruelmente herido, que no paró el que le heria, hasta que la lanza penetró del todo el Corazon de la una parte á la otra de él. De esta manera nuestros hierros le atravesáron su piadoso Corazon, estando vivo, y el de la lanza, estando muerto.

(1) Joann. 16. n. 37.

(2) Lib. 7. Revel. c. 15. propè finem.

(3) Lib. 2. c. 5.

Y si miramos la intencion del Soldado, que esto hacia, parece que nació de su desemboltura y furor, llevando con indignacion, que hubiese muerto con tanta brevedad el Señor, y prevenido con su muerte, que no le quebrasen las piernas, y excusado los demás tormentos, y escarnios de los Soldados, y de los Judíos; y porque no pudo atormentar, y escarnecer al vivo, quiso mostrar el animo que traia, incándole la lanza al Cuerpo muerto, la qual fué suma inhumanidad y crueldad, mostrar furor contra un cuerpo muerto, y herirle derechamente el corazon, donde está la Fuente de la Vida. Por lo qual la Santa Iglesia, llamando dulce al madero de la Cruz y dulces los clavos, que sostenian en él la dulce carga del Cuerpo del Señor *Dulce lignum, dulces clavos, dulce pondus sustines*; llama por otra parte al hierro de la lanza duro, y cruél: *Quo vulneratus insuper mucro-*

trone diro lancea. Porque si fuera crueldad herirle el corazon estando vivo, no fué ménos inhumanidad haberle herido estando muerto. Pero si miramos la dulzura del corazon del Señor, hallarémos que la lanza quedó mucho mas dulce, que los clavos y que la Cruz; porque si la Cruz y los clavos tocáron en el Cuerpo, y en los Pies y Manos del Señor, la lanza tocó en su Corazon, y nos dexó abierta puerta y camino para él.

Sed unus militum lancea latus ejus aperuit Uno de los Soldados abrió su Costado con una lanza, sobre lo qual dixo San Agustin (1): *Vigilanti verbo Evangelista, usus est, ut non diceret, Latus ejus percussit, auc vulneravit aut quid aliud*, &c. Con mucha advertencia usó el Evangelista de esta palabra, que no dixo, que al Soldado hirió, ó llagó con la lanza el Costado del Señor, sino que le abrió, mostrando que se habia abierto una puerta franca por donde nosotros entrásemos al Corazon de Christo, y por donde saliesen las riquezas de su Corazon, y se nos comunicasen á nosotros; porque si la vida de cada uno procede de su corazon, y así aconseja el Sabio (1), que le guardemos con toda guarda y diligencia; pero del Corazon de Christo habia de salir la vida de todos, y así no convenia que le guardase para sí solo, sino que se dexase herir en él, y aunque muerto, se abriese en su Costado la puerta de la vida, para que con su muerte de él viviésemos todos, y con la vida que salia de él resucitásemos todos.

De esta manera fué formada la Iglesia del Costado del Señor, que estaba recostado en la Cruz (3), en figura de lo qual fué formada la primera Muger del lado del varon, quando estaba durmiendo. Y aunque estaba Adan oprimido con profundo sueño, salió Eva viva y despierta, y fué llamada Madre de todos los vivientes. Este (4) fué grande Sacramento, en que estaba representada la union de la Iglesia con Christo, el qual estaba echado en la Cruz, y la cabeza inclinada con figura, y disposicion de quien dormia, y de su Costado abierto salió la Sangre y el Agua con que fué formada y hermoseada su Esposa. Y estando el Señor muerto, salió la Iglesia viva, y Madre de todos los que viven por virtud de la muerte de Christo. ¡O muerte, con que resucitan los muertos! ¡O herida, con que sanan las heridas! ¡O Sangre, con que se lavan los que no estan lim-

(1) August. s. 120. in Joann. tom. 10.
(2) Prov. 4. n. 23.
(3) Gen. 2. n. 21.
(4) Ad Eph. 5. n. 32.

limpios! Este es el consuelo de los tristes, el esfuerzo de los tentados, el refugio de los afligidos. Por esta puerta entran y salen las abejas santas á fabricar sus panales en lo secreto del Corazon de Christo (1). Este es el agujero de la piedra, donde tienen refugio los herizos, y adonde (2) buelan los que tienen las alas como de paloma, para hallar allí su descanso y su guarida. Esta es la puerta (3) que mandó Dios á Noé que hiciese en el lado de su Arca, para que entrasen por ella los animales privilegiados, que no habian de perecer en el Diluvio (4). Esta es la puerta abierta de la Ciudad de refugio, donde se guarecen los delinqüentes de la ira de Dios. Esta es la puerta dorada (5) y hermosa del verdadero Templo de Dios, donde los mendigos y enfermos alcanzan siempre salud y misericordia. Esta es la puerta del Paraiso, que se cerró por el pecado del primer Adan, y se abrió por los merecimientos del segundo, el qual habia dicho de sí: Yo (6) soy la puerta por mí, si alguno entrare será salvo. Esta es la puerta de que tienen la llave dorada los amigos regalados, y favorecidos de Dios. ¡O quán de veras desprecian las puertas de los Reyes, y los favores y privanzas de los Príncipes, los que tienen licencia de entrar por esta puerta á la bodega de los Vinos preciosos (7), y á la recámara secreta de Dios! *Hæc porta Domini, justi intrabunt per eam* (1). Esta es la fragua donde hay fuego perpetuo, y muy encendido, con que se abrasan nuestros corazones, y se van labrando conforme á la Imágen de Dios. Este es el testimonio del amor fervoroso, y excelente caridad de nuestro Salvador, tener no solamente los brazos abiertos para recibirnos en ellos, sino tambien abiertos el corazon para recibirnos en él.

Y si el Apóstol decia (9), que su corazon estaba dilatado, y que todos los fieles cubrian sin estrechura en él, quán ancho, y quán espacioso será el Corazon de Jesu-Christo, para abrazarnos á todos en su incomprehensible caridad dentro de él, y para morada tan ancha, y tan gloriosa era menester que correspondiese en su Costado una puerta tal, que nos convidase á entrar por élla. Este es el racional del Sumo Sacerdote del nuevo Testamento (10), que en solo una piedra tenia, no solo escritos doce nombres, sino en la verdad á todos los hombres; y aunque recibió esta herida despues de muerto, la con-

(1) Psalm. 113. n. 18.
(2) Psal. 54. n. 7.
(3) Genes. 6. n. 14.
(4) Deut. 19. n. 2.
(5) Actor. 3. n. 2.
(6) Joann. 10. n. 7.
(7) Cantic. 1. n. 4.
(8) Psal. 117. n. 20.
(9) 2. Cor. 6. n. 11.
(10) Exod. 28. n. 11.

conservó despues de vivo para ornamento de su Cuerpo glorioso y resucitado, y para Fuente de luz y de amor. Porque tocando (1) el Apóstol Santo Tomas en esta llaga, y poniendo sus dedos dentro de ella, se le encendió subitamente una resplandeciente candela de Fe en su entendimiento, y un abrasado fuego de amor en su voluntad.

¡O qué suavemente regala, y qué regaladamente atrae, y con quánta fuerza embriaga el Señor á sus escogidos, con el licor soberano, que mana de esta Divina Fuente, y qué altamente favorece á sus amigos, dándoles puerta por su Costado, para entrar á lo íntimo de su corazon, y abrazarlos en él con brazos de estrecha amistad, y de familiar comunicacion! Estos si que son amores y favores, no los que dan los hombres; y por esto el Señor, para recoger y acariciar sus Apóstoles, que andaban medrosos y descarriados, quando despues de resucitado se les aparecia, les mostraban luego las manos, y el costado, porque en él veian las ventajas de amor con que los amaba á ellos y á toda la Iglesia. Que si antiguamente decia (2): Heríste mi Corazon, hermana mia, heríste mi Corazon; pero ahora no le tenia solamente herido, sino del todo abierto: *Unus militum lancea latus ejus aperuit.*

CAPITULO XLVI.

(1) Joan. 20. n. 17.

Del Costado abierto del Salvador salió Sangre y Agua.

E*T continuo exivit sanguis, & aqua.* En sacando el Soldado la lanza del Costado del Señor, luego al punto salió tras ella una Fuente de Sangre y de Agua, que bañó todo el Cuerpo, y corrió hasta el suelo. ¡O abysmo de la Divina largueza! Siempre le queda á Dios algo que dar; y aunque habia dado ya la vida, que es todo lo que un amigo puede dar por otro, y derramando al parecer toda la Sangre por las heridas de los pies y de las manos; pero no era razon que faltase que darnos á los pobres por una puerta tan principal, como se habia abierto en su Costado; y así nos dió por ella aquella poca Sangre, que en las angustias de la muerte se habia recogido al socorro del Divino Corazon, y como precioso licor, que se derrama de vaso quebrado y roto, no quedó gota ninguna dentro de él: y en testimonio de ello, con la (2) Cant. 4. n. 9.

San-

Sangre, y tras de ella salió Agua tambien, por ser aquella la postrera Sangre que tenia, y quedó el Señor en la Cruz como una Imágen viva, y expresa de la Divina Bondad, abierto el Corazon para darse y derramarse, y los Brazos para recibir sus criaturas.

El primero que gozó de este beneficio de la llaga del Costado, fué el Soldado que la hizo, el qual (como es opinion recibida) se llamaba Longinos (1), y era ciego; y lo que es mas verisimil, y afirmó San Isidoro (2), carecia de un ojo tan solamente. Pues como abriese el Costado del Señor, la Sangre y Agua que de él salia, vino corriendo á hilo por la misma lanza, y le dió en las manos, y ungiendo con aquel sagrado licor sus ojos, le fué restituida perfecta vista en el cuerpo y lo que mas es, en el Alma tambien, para que conociese con viva Fe quien era aquel Señor, que estaba muerto en la Cruz; y creyendo en él, fué despues bautizado de los Apóstoles, y lleno de santidad vino á morir Obispo y Martir, y de él se hace fiesta en la Iglesia á quince de Marzo: tanto fué el efecto que hizo en él la Sangre y Agua que le alcanzó del Costado del Señor: la demas que corria en el suelo, (dice Nicéforo) (3) que la Vírgen, que estaba allí cerca, y el Discípulo amado, la recogiéron en un vaso, la guardáron con toda piedad y reverencia.

(1) August. in Man. cap. 23. Nazianzeno. in trag. de Christo paciente.

(2) Isidorus.

(3) Niceph. Calixt. l. 1. Hist. c. 30.

(4) S. Thomas. 3. part. c. 66. art. 4. ad. 3 &. q. 74. art. 7. ad. 3.

(5) Joann. 19. n. 34.

Y pues (dice el Evangelista) que de su Costado salió Sangre y Agua, no fué humor flemático, como algunos imagináron, sino Agua verdadera, que manó milagrosamente de su Cuerpo: como tambien fué milagro (4) salir sangre de un cuerpo ya difunto: lo qual ordenó así el Señor, para probar con tan claro testimonio que su Cuerpo no era fantástico, sino verdadero: porque por la Sangre se mostró, que su Cuerpo era compuesto de los quatro humores; y que era compuesto tambien de los quatro Elementos, se mostró por el Agua, que es uno de ellos.

Y es mucho de advertir con quánto peso de palabras confirma el Evangelista la verdad de aquesta Historia, quando dice (5): Uno de los Soldados abrió su Costado con una lanza, y luego al punto salió de la herida Sangre y Agua; y el que lo vió por sus ojos, es el que da testimonio de ello, y él sabe, y está cierto, que dice en ello la verdad, para que vosotros

tros tambien seguramente lo creais y es cierto que no dixera estas palabras con tanto encarecimiento, si no entendiera que en esta sangre, y agua, que salió del Costado del Salvador, estaba encerrado, no solamente grande milagro, sino tambien muy gran mysterio.

Y quál sea este mysterio, el mismo Evangelista que lo vió, y lo notó estando al pie de la Cruz, y lo escribió en su Evangelio, lo declara por estas palabras: (1) *Quis est qui vincit mundum, nisi qui credit quoniam Jesus est Filius Dei? Hic est qui venit per aquam, & sanguinem Jesus-Christus: non in aqua solùm, sed in aqua, & sanguine: & Spiritus est qui testificat quoniam Christus est veritas*: Quién es (dice) el que vence el mundo, sino el que cre, que Jesus es Hijo de Dios? El qual nos enseñó con su exemplo á pisar las honras vanas, y menospreciar las riquezas, y huir de los deleytes, y regalos de la carne; y nos predicó la vanidad de los bienes presentes, y nos ganó y prometió los venideros. Ninguno, pues, vence el mundo, sino el que cree, que Jesus es Hijo de Dios, y por eso sigue su exemplo como acertado, y cree su doctrina como verdadera, y espera sus promesas como seguras, y ciertas, y se vale de su sangre para alcanzar perdon de sus pecados, y goza de su gracia; para vencer las batallas presentes, y participa de sus merecimientos, para entrar en los bienes venideros.

Hic est qui venit per aquam, & sanguinem Jesus Cristus, non in aqua solùm, sed in aqua, & sanguine. Este de quien vamos hablando y de quien hemos de creer, que es Hijo de Dios, es Jesu-Christo, que vino al mundo por agua, y por sangre, no en agua tan solamente, sino en agua, y sangre. El Precursor San Juan Bautista vino en agua tan solamente, como él lo dixo: (2) Yo no bautizo mas que con agua, y así su Bautismo no tenia eficacia para lavar las culpas; pero el Bautismo de Jesu-Christo tiene eficacia para lavar las culpas por virtud de su sangre, que derramó en la Cruz; porque Jesu-Christo vino por sangre.

(1) Joann. 5. n. 5.

(2) Joann 26. n. 1.

Y de aquí es, que muchas veces en el discurso de su vida juntó el Señor estas dos cosas, agua y sangre: porque niño de ocho dias derramó lágrimas, junto con la sangre de la Circuncision; y en la última Cena lavó los pies á los Discípulos con agua, para darles á beber

su sangre, y en el Caliz mezcló agua con el vino que habia de convertir en su sangre; y en el Huerto, puesto en agonía, juntamente con el sudor salió la sangre. Quién dirá en el discurso de su Pasion quántas lágrimas saliéron de sus ojos, junto con la sangre que salió de sus venas? Pues dice San Pablo, que en el tiempo que le duró la vida, (1) ofrecia sus oraciones á Dios con grande clamor, y con muchas lágrimas: finalmente, despues de muerto salió de su costado agua verdadera y sangre. Vino, pues, Jesu-Christo, no en agua tan solamente, ni tan solamente en Sangre, sino en sangre, y en agua, para mostrar el efecto, que habia de hacer su sangre, que era lavar las manchas de los pecados: y por eso dixó San Juan, (2) que uno de los Ancianos, que estaban delante del Cordero, mostrándole los santos vestidos de ropas blancas, le dixo: estos que estan vestidos de ropas blancas, ¿quiénes son, y de dónde viniéron? y respondió: Señor mio, eso Tú lo sabes; y dixo el Viejo: Estos son los que viniéron de muchas, y grandes tribulaciones, y laváron sus ropas, y las blanqueáron en la sangre del Cordero: porque aunque de buena razon, las ropas que se mojasen en la sangre habian de quedar teñidas en su color; pero la Sangre del Cordero, aunque en su substancia es Sangre, pero en el efecto lava, y blanquea las vestidúras, como si fuera agua; y por eso Jesu-Christo vino por agua, y por sangre, y no en agua tan solamente, sino en agua juntamente, y en sangre.

(1) Ad Heb. 6. n. 7.

(2) Apoc. 7. n. 13.

Et Spiritus est, qui testificatur quoniam Christus est veritas: El Espíritu es el que da testimonio, de que Jesu-Christo es la Verdad; porque en la Ley Vieja, quando era tiempo de sombras, y figuras, vino tambien Moysés, fiel Ministro de Dios, y vino con agua, y con sangre, porque la primera señal, que hizo para azotar los Egypcios, y castigar la dureza de Faraón, y probar, que venia en nombre de Dios, (3) fué convertir todas las aguas en sangre; y la postrera señal con que acabó de quedar libre su pueblo, (4) fué dexar ahogados los mismos Egypcios en el mar, que por ser, y llamarse mar Rubio, ó Vermejo, era representacion de agua, y de sangre. Todas las carnes de los sacrificios se lavaban con agua, la qual quedaba con esto mezclada con sangre, y rociando con ella, se quitaban todas las inmundicias,

(3) Exod. 7. n. 20.

(4) Exod. 14. n. 27.

é irregularidades de la Ley. (1) Aquella piscina de Jerusalén, en que sanaban los enfermos de qualquiera enfermedad, quando era movida por el Angel, dicen muchos que era del agua ensangrentada, con que se lavaban estos sacrificios. (2) Y el mismo Moysés, para dedicar el Testamento Viejo, y confirmar aquel asiento, que entónces se hacia entre Dios y los hombres, y para consagrar el Tabernáculo, y todos los Vasos, que habian de servir en el ministerio de él para el culto Divino, tomó sangre de cabrones y de becerros, mezclada con agua, y con ella roció el libro de la Ley, y todo el Pueblo, y el Tabernáculo, y los Vasos; y apénas habia cosa en aquella Ley, que no se purificase con sangre, y con agua.

Pero aunque en aquella Ley habia sangre y agua, mas era todo sombra, y figura, y como ceremonias muertas, sin espíritu: y el mismo espíritu, que fué comunicado en la Ley de Gracia, dió testimonio de que Jesu-Christo era el Cuerpo de aquellas sombras, y la Verdad de aquellas figuras: (3) porque si bien la Ley fué dada por Moysés; pero la Gracia, y la Verdad fué hecha por Jesu-Christo. Y por eso, no sin causa, quiso el Salvador, que despues de muerto le abriesen el corazon, que es el principio de la vida, y oficina de los espíritus vitales, sino porque se entendiese, que el agua, y la sangre, que de allí salian, nó eran cosas muertas y flacas, sino vivíficas y eficaces y que iban envueltas con su espíritu, para la vida y remedio del mundo.

¡O sangre preciosíssima, con que somos redimidos! ¡O agua limpísima, con que somos lavados! agua, con que somos reengendrados en el ser Divino y espiritual, y sangre, con que somos sustentados, y alimentados en él. ¡O muerte, con que resucitan los muertos! ¡O espíritu, que salió del Pecho de Christo, con que se alientan todos los vivos! Salió, pues, de su Costado agua, y sangre: qué cosa mas limpia, que esta sangre? y ¿qué lexia mas fuerte que esta agua, con que por virtud del Espíritu Santo somos purificados, y blanqueados? Y es así, que la sangre de Jesu-Christo tuvo eficacia de limpiar nuestros pecados, por virtud de el Espíritu; esto es, por estar unida con la Divinidad, y Persona del Hijo de Dios, y de lo qual tomó su valor; ó porque fué derramada por virtud del Espíritu Santo, que interiormente movia á Jesu-Christo nues-

(1) Joann. 5. n. 2.

(2) Ad Heb. 9. n. 19. Exod. 24. n. 8

(3) Joann. 1. n. 17.

nuestro Señor, para que derramase su sangre por solo el amor, y obediencia de Dios; por lo
(1) Ad Heb. 9. n. 13. qual dixo el Apóstol (1) Si la sangre de los toros, y cabrones, y el agua (2) mezclada con las
(2) Num. 19. n. 9. cenizas de la baca vermeja, que eran cosas muertas, y sin espíritu, limpiaban empero á los que estaban inmundos, segun la Ley, quánto mas la sangre de Jesu-Christo, que se ofreció á sí mismo como Hostia limpia y sin mancilla en el fuego del Espíritu santo, tendrá vida por virtud de este Espíritu, para limpiar nuestras conciencias de las obras muertas y resucitarnos á nueva vida, para que con obras de vida sirvamos, y agrademos á Dios vivo? Asimismo el agua tiene fuerza de lavarnos, y renovarnos y reengendrar en el nuevo ser espiritual de la gracia, no por sí misma, sino por virtud del Espíritu Santo, segun lo dixo el mismo Salvador á Nicodemus:
(3) Joann. 3. n. 5. (3) Necesario es nacer otra vez de nuevo; y si alguno no renaciere del agua, y
(4) Exod. 25. n. 8. del Espíritu Santo, no puede entrar en el Reyno de los Cielos:
(5) Ad Heb. 9. n. 19. de manera, que el agua, que por sí misma era estéril, recibe virtud del Espíritu Santo, para reengendrar en Christo á los bautizados.

De esta manera fué reengendrado el nuevo Pueblo de Dios con agua y con sangre, por virtud del Espíritu Santo, y se estableció y confirmó la nueva Ley de gracia, y del Testamento Nuevo entre Dios, y los hombres, con la sangre, y Agua, que manó del Costado de Jesu-Christo: así como antiguamente tambien, en figura de esto, el Testamento Viejo se habia dedicado con agua mezclada con sangre de animales; porque habiendo leido Moysés á todo el Pueblo (4) el Libro de la Ley, en que se contenian todas las cosas, que Dios mandaba á su Pueblo y las que prometia hacer con él, el Pueblo se obligó por su parte al cumplimiento, y obediencia de estos mandamientos; y Moysés por parte de Dios, y como Ministro suyo, se obligó á que serian ciertas y firmes todas las promesas; y para mayor firmeza de este asiento, tomó sangre de los sacrificios, y agua juntamente: (5) y por lo que tocabo á la parte de Dios, roció con ella el Libro de la Ley, y despues á todo el Pueblo, por lo que tocaba á la suya, y dixo: Esta es la sangre con que se confirma el testamento, que hace hoy Dios con vosotros.

Et, spiritus est, qui testificatur quoniam Christus est veritas: El

Es-

Espíritu Santo da testimonio de que Jesu-Christo es la verdad de estas figuras: (1) porque, ¿qué tiene que vér el pacto, y Testamento, que hizo Dios por medio de Moysés con el pueblo antiguo, con el Testamento, que hizo por medio de Jesu-Christo en favor de la Iglesia, hasta la fin del mundo? Porque los mandamientos de aquel eran pesados, y las promesas temporales; y así la sangre con que se confirmó, huvo de ser de brutos animales: pero en el tiempo presente de la Gracia, los mandamientos son suaves y de amor, y las promesas de los bienes eternos, y la sangre con que se confirmó, la misma que derramó Jesu-Christo. Y así como Moysés, despues de haber leido la Ley, roció el Libro, y el Pueblo con agua, y sangre de animales sacrificados; así el verdadero Moysés desde el lugar alto y eminente leyó á toda la Iglesia, que habia de ser hasta la fin del mundo, todo lo mejor, y mas perfecto de la Ley, y mandamientos de Dios, y el Libro no era otro, que el mismo que estaba desplegado, como Libro abierto, en la Cruz, y mostraba escrita con sangre en sus ilustrísimos exemplos la perfecta obediencia de los mandamientos de Dios; y no hay otro libro, en que podamos mejor leer, en qué cosas, y de qué manera debe ser Dios obedecido, y honrado, como es Jesu-Christo crucificado, el qual como dueño, y fiel medianero, ofrecia al eterno Padre por los suyos el riquísimo tesoro de sus merecimientos; y de parte de ellos ofrecia tambien una obediencia de sus mandamientos, tal, y tan perfecta, que fuese á imitacion de aquella suya de que el Padre mostraba estar agradecido; pues por no perder la obediencia, perdia la vida hecho obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz. Y por el contrario, de parte de Dios prometia á los hombres el perdon de sus pecados, el socorro de su gracia y el premio de la Gloria, todo lo qual tenia él pagado copiosamente con el valor de sus preciosos trabajos, y con su Vida, y su Muerte.

(1) Ad Heb. 7. n. 22.

Y hecho este asiento entre Dios y los hombres, y estando ya muerto y quedando con su muerte firme, y valedero el Nuevo testamento: porque no faltase para su firmeza ninguna solemnidad de las que habian sido figuradas en el viejo, (ó gloria del Crucificado!) salió de su Costado la sangre, y agua con que fuese rociado el Libro

de la Ley nueva, y el Pueblo escogido y llamado de Dios para guardarla, y gozar de las promesas de ella. Y porque el Libro principal, en que se leen los mandamientos y los consejos de la Ley de Gracia, es Jesu-Christo Crucificado: y este mismo Señor, como medianero entre Dios y los hombres, estaba para con los hombres en nombre de Dios, como verdadero Hijo de Dios; y para con Dios estaba en nombre de los hombres, como verdadero Hombre, y Cabeza de todos los hombres: de aquí es, que este mismo Señor, para cumplimiento de toda solemnidad, en nombre de las dos partes, que se obligaban, y como Libro en que se contenian los mandamientos, y promesas de su Testamento, él mismo, arrojando una Fuente de sangre y agua, que salia de él, como verdadero y unico sacrificio, se bañó á sí mismo con ella, como sumo Sacerdote de la Ley de Gracia; y despues consiguientemente á su cuerpo mystico, que es la Iglesia. Y todos los que son llamados á ella, son rociados con esta sangre y agua en la participacion de los Santos Sacramentos: y ninguno es escogido en la Eterna predestinacion de Dios á la santificacion de su alma, y á la obediencia de los Mandamientos Divinos, que no sea por medio de este rocío de la sangre de Jesu-Christo, como dixo el Apostol San Pedro: *Petrus Apòstolus Jesu Christi electis advenis, &c. in sanctificationem spiritus, in obedientiam, & aspersionem sanguinis Jesu-Christi.*

(1) 1. Joan. 5. n. 9.

Estos son los testigos abonados que tenemos, de que Jesu-Christo es verdadero Hombre, y verdadero Dios y Redemptor, y Santificador de los hombres: (1) *Quoniam tres sunt, qui testimonium dant in Cœlo, Pater Verbum, & Spiritus Sanctus, & hi tres unum sunt; & tres sunt, qui testimonium dant in terra, spiritus, aqua, & sanguis, & hi tres unum sunt.* Tres son (dice el Evangelista) los que en el Cielo dan testimonio de que Jesu-Christo es verdadero Dios; el Padre Eterno, que en el Rio Jordan, y en el monte Tabor dixo: Este es mi hijo muy amado; y el Verbo, que dixo: Yo, y mi Padre somos una misma cosa: y el Espíritu Santo, que baxó sobre él en figura de Paloma, y por medio de los Apóstoles, dió testimonio de su Divinidad, y inspiró la Fe para que los hombres le creyesen: y estos tres testigos son una misma cosa en su substancia, y concordes en su dicho, y testimonio. Y otros

tres

tres testigos hay sobre la tierra, que dan testimonio de que es verdadero Hombre ; conviene á saber , su espiritu , que espiró en la Cruz , y su Cuerpo , que quedó colgado en ella , del qual manó agua y sangre , y no puede ser sino Hombre verdadero , quien tiene verdadera Alma y verdadero Cuerpo : y Alma verdadera es en cuya presencia vive el Cuerpo , y por cuya ausencia muere : y Cuerpo verdadero es el que está compuesto de los quatro elementos, y de los quatro humores ; y tal es aquel Cuerpo , del qual despues de muerto salió agua y sangre : Luego tres son los que dan testimonio sobre la tierra, de que Jesu-Christo es verdadero Hombre : su Espíritu , que espiró en la Cruz y el agua, y sangre que saliéron de su Cuerpo : y todos tres testigos son unanimes y conformes en este testimonio : y estos mimos nos enseñan , que Jesu-Christo es nuestro Santificador , y Redemptor, pues dió por nosotros su precioso Espíritu en manos de su padre y nos rescató con su sangre , y nos lavó con el agua del Santo bautismo. Y no pudo ser sino verdadero Dios, y Redemptor , quien dió agua, que por virtud del Sacramento nos reengendrase y derramó sangre, que tuviese valor para el rescate del mundo.

De esta manera estaba por una parte el Cuerpo del Salvador colgado de la Cruz en lugar público y infame : por otra parte su sangre preciosa presentada en el acatamiento Divino, para remision de nuestros pecados , y rescate de todo el mundo , lo qual estaba figurado en los sacrificios que antiguamente se ofrecian por algun pecado , como altamente lo ponderó el Apóstol en la Carta á los Hebréos : (1) Aquellos animales , (dice) cuya sangre es llevada por el Sumo Sacerdote, y ofrecida en el Sancta Sanctorum por algun pecado , sus cuerpos son sacados fuera de los Reales , para ser allí consumidos , y y abrasados , porque así lo mandaba Dios , (2) que los becerrros y cabrones , que habian de ser sacrificados por el pecado de los Sacerdotes, ó Principes, ú de todo el Pueblo , fuesen traidos delante de la puerta del Tabernáculo ; y poniendo las manos sobre su cabeza , los que habian cometido el delito , fuesen alli sacrificados , y desde allí la sangre fuese llevada por el Sacerdote á lo interior del Tabernáculo y el cuerpo sacado fuera de los Reales , para ser allí quemado.

(1) Heb. 13. n. 11.

(2) Lev. 4. & 6. & 19.

Y porque esto se cumpliese y respondiese bien la figura á la verdad, Jesu-Christo, Señor nuestro, habiendo de santificar su pueblo con su Sangre, él padeció fuera de la puerta de la Ciudad, y su Cuerpo estaba colgado de un madero en el campo: en el lugar comun de los otros ajusticiados: (1) *Exeamus igitur ad eum extra castra, improperium ejus portantes non enim haemus hic manentem Civitatem, sed futuram inquirimus.* Y pues él padece fuera de la Ciudad, salgamos nosotros á él, y salgamos como él salió, llevando su Cruz, y hecho participioneros de sus improperios, y de sus dolores: salgamos de nuestro regalo y de nuestra honra, salgamos de nuestras casas, y de nuestras tierras; y salgamos de nosotros mismos. Y para salir de esta manera, la Cruz es la que nos llevará, si nosotros la llevamos á ella. Y si las tribulaciones, y apreturas llegasen á tanto, que nos quieran echar de aqueste mundo, no nos pese de salir de el mundo, pues salimos á aquel Señor, que padeció fuera de la puerta de la Ciudad, para vencer el mundo. Y si los que son huespedes y estan de paso en una Ciudad, no les pesa de salir de ella por caminar, y estar de asiento en otra, no nos pese á nosotros, que nos arroje de sí el mundo, pues no tenemos en él cuidado permanente, y andamos en busca de la venidera, que es eterna, y está fuera del mundo.

(1) Ad Heb. 13.n.3.

CAPITULO XLVII.

Da Pilatos licencia para quitar el Cuerpo del Salvador de la Cruz: y darle sepultura.

PErseveró el Señor en la Cruz hasta que murió en ella, y despues de muerto se quedó su Cuerpo colgado, hasta que fué abierto su Costado, y dió la sangre que le quedaba, y el agua con que habia de ser lavada, y hermoseada su Iglesia, y hasta que todos los que quisiéron le miráron, y reconociéron puesto en el tormento; y los Soldados le guardaban para que nadie le quitase, y así durase la afrenta mas que la vida, para público escarmiento de otros malhechores. Blasfemaban de él los Judíos antes que espirase y le decian: Si eres Hijo de Dios, baxate ahora de la Cruz; y no veia la gente ciega, é infiel, que en ninguna cosa mostraba mas ser Hijo de Dios, que en no baxarse de la Cruz, por solo su querer, y autoridad; porque habiendo subi-

bido á ella el Hijo amantísimo, por voluntad, y obediencia de su Eterno Padre, en ella habia de perseverar, hasta que por la misma obediencia, y voluntad fuese quitado, dándonos exemplo de no ser inquietos, y apresurados en la tribulacion; sino sufrirnos de espacio, y con paciencia en ella, usando de medios sosegados, y prudentes, esperando ser librados de la mano de Dios, al tiempo, y en el modo por él determinados.

Y es mucho de notar, que los Reyes de la tierra, porque con la vida se les acaba el Reyno, en muriendo empiezan á ser despreciados, y olvidados; pero nuestro Soberano Rey, como conquistó su Reyno muriendo, así en acabando la vida, se empezó á manifestar su gloria, aun antes que fuese quitado de la Cruz, porque así se compliese lo que estaba escrito, que habia de reynar el Señor desde el madero, porque estando en él, le hicieron reconocimiento todas las criaturas, con público, y solemne sentimiento; y el Padre Eterno tomó á su cargo el quitarle de la Cruz, pues él por su obediencia no habia querido quitarse de ella: y para esto despertó de la gente mas calificada de la Ciudad de Jerusalén que le baxasen con tanta honra, y reverencia, con quanta ignominia y afrenta habia sido puesto en ella. A lo qual se siguió el oficio de la sepultura, no como de facinoroso y justiciado, sino como de Justo y Redemptor, con tanta pompa y aparato, que la profetizó Isaias, quando dixo: (1) *In die illa radix Jesse, qui stat in signum populorum, ipsum gentes deprecabuntur, & erit sepulcrum ejus gloriosum*: maravillándose con razon, como á muerte tan afrentosa, se seguia sepultura tan gloriosa. (1) Isai. 11. n. 20.

Porque primeramente, entre los demas que interviniéron en este piadoso oficio, los autores y como cabezas, fueron dos, el uno Senador, ó como Regidor, ó Jurado de la Ciudad de Jerusalén: el otro Letrado, y Maestro en aquel Pueblo, y los dos Nobles, principales y ricos, como convenia que fuesen, para tener gracia con el Presidente, y autoridad con el Pueblo y posibilidad para hacer la pompa, y gastos funerales: el uno se llamaba Joseph, (2) natural de Arimathea, (3) Ciudad de Judéa, (4) dicha por otro nombre Ruma, (5) y Ramatain, Patria tambien que fué de Samuel, y dista como veinte millas de Jerusalén. De esta Ciudad tenia su orígen Joseph, aunque era vecino, y morador de Jerusalén, (6) y

(2) Matth. 23. n. 57. Marc. 13. n. 43. (3) Luc. 23. n. 31. (4) Judic. 9. n. 41. (5) 1. Reg. n. 1. (6) Marc. 15. n. 43. Luc. 23. n. 5.

y noble Decurion en ella, y de su Consejo y Ayuntamiento. Era demas de esto quanto á sus costumbres, hombre bueno y justo, y que habia cursado de secreto en la Escuela del Señor, y oido y creido en su Doctrina (1) y esperaba por su medio la Redencion de Israel, y que habia de florecer entre los hombres el Reyno de Dios, no temporal y terreno, sino Espiritual y Divino; y aunque esto era así, (2) no se habia con todo eso declarado por Discípulo del Señor, como era hombre rico y principal, por respeto y temor de los Judíos.

(1) Marc. 15. n. 43. Luc. 23. n. 51.

(2) Joann. 19. n. 38.

El otro (3) que acompañó y ayudó á Joseph, fué Nicodemus, hombre Letrado, y principal entre los Judíos, Fariséo de profesion, y tenido y respetado como Maestro del Pueblo de Israel. Este fué (4) el que reconociendo al principio, que el Salvador era Maestro venido del Cielo, por conservar su autoridad, y no caer en ódio de su gente, no tuvo ánimo para venir de dia, y vino una vez de noche á reconocerle, y comunicar con él sus dudas, y salió de aquella plática altamente enseñado de las cosas celestiales y de la nueva regeneracion de los que habian de entrar en el Reyno de los Cielos, que se habia de hacer de agua, y de Espíritu Santo.

(3) Joann. 19. n. 39.

(4) Joann. 3. n. 1.

(5) Joann. 7. n. 47.

(5) Luc. 23. n. 51.

Y aunque estos dos hombres tan insignes eran Discípulos ocultos del Señor, no dexaban por eso de volver por él en sus Juntas, y Ayuntamientos públicos de la manera que podian; (5) porque en un Concilio de Pontífices, y Fariséos, condenando todos al Salvador, y su Doctrina y al vulgo tambien, porque como gente ignorante y novelera le seguia, Nicodemus salió á la causa, y habló gravemente en favor del Salvador, notando á los Jueces de apasionados, porque contravenian al tenor de la Ley, condenando á un hombre sin conocer de su causa y sin oirle; y fué de manera, que se volviéron todos contra él, dándole en cara con que defendia á los Galiléos, como si él fuera uno de ellos ó como si de Galiléa hubiera salido jamas algun Profeta; y dejándole por hombre sospechoso, se deshizo la Junta, y todos se volviéron á sus casas.

Joseph asimismo, aunque era tambien Discípulo oculto, mas quando vió que se juntaban los Judíos contra el Salvador, no se dexó llevar de ellos, ni vino en su consejo, y determinacion, ni quiso consentir en sus decretos: (6) ó porque mani-

nifiestamente les hizo resistencia, favoreciendo la verdad y abominando su pasion y envidia: ó porque viendo su obstinada, y depravada voluntad, y perdiendo la esperanza de traerlos á buen consejo, tuvo por mejor retirarse, sin quererse hallar presente á sus Concilios, dando de esta manera testimonio de la verdad, de la manera que podia: por lo menos parece, que no se halló en aquel Concilio, que Jueves en la noche se juntó en casa del Sumo Sacerdote, para buscar testigos contra el Salvador; pues dice San Marcos, (1) que todos los que se halláron en él, le condenáron por merecedor de muerte: ménos se hallaria en el Pretorio de Pilatos, ni en casa de Herodes, con los demas, que con tanta instancia apretaban la acusacion contra el Señor, ni salió de la Ciudad al monte Calvario á dar calor con su presencia, y favor con su autoridad á la sentencia inica, que allí se executaba; ántes, como quien abominaba de tan horrenda maldad, se estaba encerrado en su casa, dando lugar al diabólico furor de los Judíos y esperando algun grande suceso en caso tan nuevo, y extraordinario.

Pues como vió las señales, no menos mysteriosas, que prodigiosas, que habian sucedido en la muerte del Señor, y el testimonio público, que daban todas las criaturas de su gloria, y santidad; cobró nuevo ánimo, y esfuerzo, para declarar con obras la Fe, que por temor hasta entónces habia escondido; y saliendo de su casa, donde estaba encerrado, entró con osadía á la del Presidente, para pedirle el Cuerpo de Jesus. ¡O eficacia de la Sangre, y Muerte de Christo! Quando el Señor predicaba, quando daba vista á los ciegos, curaba los leprosos, lanzaba los demonios, y resucitaba los muertos, y obraba las demas maravillas, con espanto, y admiracion de todos, quando era seguido, y reverenciado como gran Profeta, entónces Joseph, y Nicodemus, y otros (si por ventura habia algunos) de los mas ricos, y principales que creyesen en el Señor, escondian su Fe, llenos de flaqueza y de temor: Y ahora que está el mismo Señor repudiado de la Synagoga, calumniado de los Escribas y Letrados, acusado de los Pontífices y Sacerdotes, tenido por peor que los públicos ladrones y homicidas, pedido para la Cruz de los Judíos, azotado, y escarnecido de los Gentiles, condenado á muerte por el Presidente de los Romanos,

(1) Marc. 14. n. 64.

nos, y executada por los Ministros, y Soldados la sentencia, y el Cuerpo colgado entre dos Ladrones, para escarmiento de otros malhechores, quando los Apóstoles andaban huidos, y los Discípulos turbados, y el Ganado del buen Pastor descarriado, quando todas las cosas amenazaban y ponian temor y espanto; entónces (ó gloria del Crucificado!) quedó la Cruz vencedora, dando brio y esfuerzo para confesar y honrar públicamente al Muerto y á los que de miedo no se habian querido declarar por Discípulos del Vivo.

Pues como fuese ya tarde, (1) y estubiese muy cerca la fiesta del Sabado, que se empezaba á guardar desde el poner del Sol, en la qual no era licito baxar el Cuerpo de la Cruz, ni ocuparse en el oficio de la sepultura, viendo el poco tiempo que habia y que si aquel se pasaba, era forzoso quedarse el Cuerpo en la Cruz por todo el dia siguiente, salió Joseph (2) con determinacion de su casa, y entró á Pilatos animosamente, para pedirle el Cuerpo del Señor. Por esta misma causa de que los cuerpos no estuviesen el Sabado en la Cruz, (por ser grande la fiesta de aquel Sabado) habian rogado á Pilatos los Judíos diese licencia para quitarlos de las Cruces, despues de haberlos quitado la vida, quebrándoles las piernas. Quebráron las piernas á los dos Ladrones, y quitáronlos por ventura luego de las Cruces: al Salvador halláronle ya muerto, y no le quebráron las piernas; y como no pudiéron quitarle de la Cruz, haciéndole esta injuria, determináron afrentarle dexándole en ella. Así se quedó el Salvador solo en la Cruz, como Señor del campo, en que habia vencido, y triunfado gloriosamente de sus enemigos, sin consentir ser desclavado de ella por mano de pecadores.

(1) Matth. 27. n. 57. Luc. 23. n. 54.

(2) Joann. 19. n. 31.

Ni Joseph, que era justo, quiso valerse para esto de la licencia, que habia dado Pilatos á los Judíos, porque ellos le querian quitar impía y afrentosamente, y él no queria sino con honra y piadosamente; y por esta causa fué menester esfuerzo y osadía, para tratar de este negocio con el Presidente, porque era declararse por Discípulo en tiempo que tantos estaban declarados por enemigos, y perder mucho de su honra en honrar la sepultura de un Hombre justiciado. Estaba el Cuerpo en lugar infame, habiendo precedido muerte afrentosa, é infame. El Pueblo andaba furio-

rioso para hacer otro tanto de los Discípulos de lo que habian hecho del Maestro. Ninguno podia mostrarse en público, ni darse por aficionado del Señor, sin mucho riesgo de su vida y detrimento de su autoridad. Sobre todo esto, no se podia quitar el Cuerpo de la Cruz sin licencia del Juez; y era este Juez el que por temor, y flaqueza, contra razon y justicia, y contra su misma conciencia le habia condenado: qué se podia presumir, sino que habia de tomar por afrenta suya la honra que se hiciese al Señor, pues qualquiera testimonio de su inocencia, ló era tambien de su perversa, é iniqua sentencia?

Todas estas dificultades venció el furor de la Fe y Caridad, que habia en el pecho de Joseph; y deseando el hombre justo tener parte en la Cruz de Jesu-Christo, determinó de pisar su honra y su autoridad, y servir con ella á las afrentas, y deshonras del Crucificado; y no haciendo caso del vulgo desatinado, ni del sentimiento, que podia causar su esfuerzo, y valor en el pecho del Presidente, flaco, y cobarde, tomó ánimo: *Et audacter introivit ad Pilatum, & petiit Corpus Jesu.* Grande demanda, y de inestimable precio y valor! Pidio el Cuerpo de Jesus y pidióle al Presidente y pidióle con osadía, como quien pedia cosa suya, y que de derecho le pertenecia: *Et audacter introivit ad Pilatum, & petiit Corpus Jesu.*

Este es el Cuerpo formado en las entrañas Virginales, por obra del Espíritu Santo, al qual el Hijo de Dios unió á su misma Persona, por obrar en él y por él la Redencion del mundo. Este es el Cuerpo, que se ofreció en sacrificio agradable, y derramó toda su Sangre en la Cruz, para santificar, y hermosear su Iglesia, (1) y la tomó por su Esposa, haciéndola él para sí á su costa, linda, y graciosa, sin mancha, ni ruga, ni cosa semejante. Este es el Cuerpo, que para este efecto tan solamente de padecer la muerte por su Iglesia, con particular providencia, y dispensacion de Dios, fué entregado por aquella hora al poder de las tinieblas; y pasada aquella hora, y habiendo cumplido con la obediencia, que su Padre le habia encomendado, habia de salir otra vez del poder de las tinieblas, y volver al de su amada Esposa la Iglesia, por la qual se habia entregado en manos de sus enemigos. Tenia, pues, la Iglesia en el Cuerpo de Jesus su tesoro, y riqueza, su enseñanza, y exemplo,

(1) Ad Eph. 15. n. 17.

su

su compañía, y consuelo, y el manjar con que se habia de sustentar para la vida eterna; y todo esto habia de obrar por medio de la muerte, que recibió de mano de sus enemigos: y por esto Joseph, en nombre de toda la Iglesia, entró osadamente á Pilatos, y le pidió el Cuerpo de Jesus, que se habia entregado á su poder para morir, y estaba ya muerto, y habia de volver al de la Iglesia, para darle la vida.

(1) Marc. 13. n. 44. Maravillóse Pilatos (1) con esta relacion, oyendo que el Señor era ya muerto: durábale, por ventura, la pena de verle morir injustamente; y como deseaba que estuviese vivo, así no queria creer fácilmente, que hubiese muerto: remordiale la conciencia de la injusta sentencia, que habia dado, y tenia algun consuelo miéntras le duraba la vida, esperando vanamente algun remedio del yerro, que habia hecho en condenarle: daba y tomaba consigo mismo, y no podia quitársele de la memoria la mesura, y gravedad del Salvador, y lo que con él le habia pasado aquel dia en el Pretorio; y le parecia, ó que era Hijo de Dios, como se habia dicho de él, ó si era Hombre, que por su Persona merecia vivir para siempre. Quién podrá dudar, sino que el Juez flaco, é iniquo estaba lleno de temor, viendo la obscuridad del Sol, los temblores de la tierra, y las demas señales, de que le irian trayendo por momentos las nuevas á su casa, y por ventura buscaba nuevas trazas, para quitar al Salvador de la Cruz, ú deseaba, que librase Dios con algun milagro al que él, debiéndolo hacer, no habia querido librar por la autoridad de su oficio: y como estaba con estos discursos, y cuidados, se maravilló quando le dixéron, que era muerto: principalmente, porque el tormento de la Cruz solia de ordinario ser mas largo, y durar, no solo por algunas horas, sino á veces tambien por algunos dias; y el Salvador era mancebo, y estaba en lo mas florido de su edad, y poco ántes le habian dicho, que estaba vivo, y que para darle la muerte era menester el crurifragio y los Ladrones no hubieran muerto tan aína, si no les dieran de nuevo este tormento; y tenia mas esperanza del Señor, que de ellos, pues por los milagros, que habia oido decir, que hacia con otros, presumia que tenia virtud mas que humana, y que se valdria de ella para durar en la vida sobre las fuerzas naturales.

Así se maravilló Pilatos, quando le dixéron, que en tan breve tiempo habia ya espirado el Señor, sin otro tormento mas que el de la Cruz tan solamente; y no miraba el hombre regalado, é infiel, que si otros duraban mas tiempo en el tormento, que el Salvador era de complexîon muy delicada, y la tenia gastada con los ayunos y vigilias, con los caminos y peregrinaciones, y con el uso continuo de la predicacion y largas oraciones; y sobre todo esto, habia pasado una noche tan trabajosa en casa del Pontífice, aquel mismo dia habia sido azotado con tanta crueldad, y traspasada su cabeza con tantas espinas, y andando tantos caminos en diferentes Tribunales, y últimamente llevado sobre los hombros el madero pesado de la Cruz por las calles públicas de la Ciudad; y así de esto, como de la afliccion, y congoja de su piadoso corazon, que entre las olas de tan furiosa tempestad habia sentido, estaba ya casi desangrado y como exhausto y consumido, que fué maravilla poder estar por tres horas vivo en la Cruz, estuvo empero vivo en ella todo el tiempo, que era necesario para concluir el negocio, que tenia á su cargo y cumplir las Escrituras; y en estando ya todo hecho y consumado, como quien no queria la vida para mas, abaxó su cabeza, y dió el Espíritu á su Padre.

Y quiso Dios con su secreta providencia, que el Presidente dudase, y se admirase, y con esta ocasion se informase, porque así convenia para la mayor gloria de la Resurreccion, y para mayor consuelo de los Fieles, que fuese cierta la muerte de su Redentor, y constase juridicamente de ella: (1) y para esto hizo llamar al Centurion, que como Ministro suyo, y puesto por él sobre los demas Soldados, que guardaban al Señor, era mas á propósito para crer, y recibir su testimonio. Estábase por ventura, el Centurion en el Calvario haciendo guardia al Cuerpo difunto del Señor y como habia de ser testigo de su muerte, le tenia Dios prevenido con los rayos de su luz, y bendiciones de su dulzura, porque viendo morir al Salvador con tan grande clamor, creyó, y confesó, y glorificó á Dios, diciendo: Verdaderamente que este hombre era Justo, y Hijo de Dios pues quando Pilatos le llamó, y le preguntó si era verdad que fuese muerto, ¿qué podemos pensar que le responderia? Su infor-

(1) Marc. 15. n. 44.

formacion sin duda fué tal, que no estaba ántes el Presidente tan maravillado de su muerte, como lo quedó despues de las circunstancias de ella; (1) por lo qual hizo donacion á Joseph del Cuerpo, para que á su devocion lo honrase y sepultase; y como dice otro Evangelista: (2) *Jussit reddi corpus*, mandó que le volviesen el Cuerpo, como posesion, que de derecho era suya, de todos los fieles Discípulos, que eran miembros de aquel Cuerpo, el qual por tiempo determinado, y para ciertos efectos tan solamente (que estaban ya cumplidos) habia sido entregado en poder de los Gentiles.

(1) Marc. 15. n. 44.

(2) Matth. 27. n. 58.

Salió Joseph contentísimo del buen suceso de su atrevimiento; y armado con la autoridad, y decreto del Presidente, y mucho mas con el amparo, y asistencia Divina, trató de apercebir las cosas necesarias al entierro, no ya con secreto, sino publicamente, y en los ojos de toda (3) la Ciudad. Vino tambien Nicodemus, sin esperar el silencio, y sombra de la noche, (4) como lo habia hecho al principio, quando tenia mas flaca la fe, y los dos se juntáron para quitar el cuerpo de la Cruz, y sepultarle honradamente, sin perdonar á ningun gasto ó peligro, ni hacer caso de su honra y autoridad, y sin tener cuenta con el ódio, y murmuracion del vulgo, ni con los juicios, y pareceres de la gente grave; y lo que mas es, sin tener respeto á la misma ley.

(3) Joann. 19. n. 39.

(4) Joann. 3. n. 7.

(5) Num. 19. n. 26.

Porque la ley (5) prohibia severamente el tocar los cuerpos de los muertos, y si alguno tocaba el cuerpo de hombre, que hubiese muerto por sí mismo, ó á manos de otro, ó algun hueso de muerto, ó la misma sepultura, era tenido por inmundo, hasta que con ciertas ceremonias se limpiase, y purificase. Pretendia el Legislador desviar aquel Pueblo flaco, y mal inclinado á la Idolatría de las supersticiones de los Gentiles y de los hechizos y nigromancias, que exercitaban por medio de los muertos, y juntamente ponerlos horror con los pecados, que son las obras muertas, que contaminan el espíritu de los que las hacen: pues estando esta ley de por medio, tenian estos dos hombres, tan principales y bien entendidos, un título bien aparente, para con color de religion, y piedad, retirarse de un negocio tan odioso, y tan peligroso; pero esta dificultad venció tambien la Fe, la qual les enseñaba que aquel mundo no hacia

cia inmundos, sino purificaba á los que lo eran, y que la Pascua por este Difunto no se contaminaba, sino ántes se renovaba, porque por medio de su muerte era principio, y orígen de toda la limpieza, y santidad, y Autor de la Resurreccion y de la vida, é immortalidad.

Por lo qual estos Nobles Varones, no solo se animáron á sepultarle, sino tambien á honrarle de todas las maneras, que alcanzáron; (1) porque Joseph le dió su sepultura, que para sí mismo tenia aparejada, teniéndose por muy dichoso en haber depositado el tesoro de la Vida en la casa, que tenia para despues de su muerte, y concibiendo cierta esperanza de su Resurreccion, pues estaba en su sepultura la vena de la Vida; y confesándole por Hombre nuevo Autor de la Ley, y Testamento Nuevo, y Renovador del mundo, le sepultó en un Sepulcro nuevo, (2) y le envolvió en una sábana, no solo limpia, sino tambien nueva, (3) la qual mercó para este efecto, no teniendo por cosa conveniente, que se envolviese el Cuerpo muerto del Señor, donde hubiese estado el cuerpo vivo de qualquiera de los otros hombres. Tanta es la reverencia y pureza con que nos enseñó á recibir, y tratar el Cuerpo del Señor, y la diligencia, y costa, que habiamos de hacer para disponernos á ello. En este mismo tiempo apercibia Nicodemus unciones aromáticas, no con cortedad y escasez, sino con grande abundancia, y largueza; porque quando se vino á juntar con Joseph (4) traia consigo mezcla de mirrha y acibar, en cantidad como de cien libras. No pretendió embalsamar al Señor para preservarle de corupcion, porque bien sabia, que dentro del mismo Cuerpo estaba el principio de la incorrupcion, y por eso no le abrió, ni le sacó las partes interiores, como se hace con los otros muertos, sino que le dexó entero, y dispuesto á la Resurreccion, que habia de ser luego y ántes de poderse resolver el Cuerpo; pero ungióle y bañóle, y como le hizo nadar en aquellas especies aromáticas, honrándole con aquella largueza, y declarando la grandeza de su deseo y amor, y dando testimonio, que en aquel Cuerpo estaba el tesoro de nuestra incorrupcion, con mucha mas abundancia de lo que aquellas cien libras de mirra, y oleos representaban.

(1) Matth. 27. n. 10.

(2) Matth. 27. n. 66.

(3) Marc. 15. n. 46.

(4) Joann. 19. n. 39.

CAPITULO XLVIII.

Es quitado de la Cruz el Cuerpo del Salvador y puesto en la sepultura.

SAliéron, pues, Joseph, y Nicodemus de la Ciudad con este apercibimiento, y con todos los instrumentos, y Ministros, que eran necesarios para quitar el Cuerpo del Señor de la Cruz. La Vírgen nuestra Señora y Madre de nuestro Salvador, con ánimo varonil, y maravillosa constancia, estaba acompañando el Cuerpo difunto de su Hijo, y haciendo presencia al Mysterio de la Cruz con profundísima humildad, y altísima conformidad con la voluntad de Dios. No tenia solicitud, ni congoja de la sepultura, porque sabia, que esto estaba á cargo de Dios, y esperaba con ánimo quieto, y sosegado lo que él acerca de esto disponia: atendia solamente á lo que estaba á su cargo, que era no desamparar aquel puesto, sino llevar con igualdad, y perseverancia la parte, que le cabia en la Cruz; esto es, en los dolores y deshonras de su Hijo. Sentian las entrañas maternales de la Vírgen la muerte tan atroz de su querido Hijo, y el alma estaba atravesada con aquel espectáculo, que tenia delante de sus ojos, y de las olas del corazon revolviéron á los ojos copiosas avenidas de lágrimas, que con grande serenidad, y mesura corrian por su Divino rostro.

¡O Vírgen Soberana! no ménos favorecida, y ayudada de Dios, que afligida, y traspasada de dolores, en quien sola, entre las puras criaturas, derramó Dios los tesoros de su gracia, y obró cosas grandes el que es todo poderoso: porque el espíritu, que era su Maestro, y moraba dentro de ella, ninguna ocasion perdia de enseñarla, y por medio de aquel libro, que tenia delante abierto sobre el atril de la Cruz, le comunicaba por momentos nuevas lumbres, y nuevos resplandores, y encendia en su voluntad nuevos fuegos, y ardores, y le manifestaba quanto es posible en esta vida los tesoros de la sabiduría de Dios, que estaban escondidos en su Hijo. ¡O Sagrario Divino de la Santísima Trinidad, en cuyo pecho se obráron los primores mas delicados de la gracia, y en cuyas alabanzas los que ménos saben, son mas atrevidos, y los que algo alcanzan, se hallan cortos, y mudos! Pero fué tanto lo que con las ocasiones de

es-

este dia creciste en conocimiento, y amor, que los Querubines se hallan ignorantes, y tibios los Serafines en tu acatamiento; y aunque los Angeles de la paz lloraban este dia amargamente, pero estuvieran con todo eso solas, y faltas de solemnidad las exêquias del Hijo de Dios, si no estuvieran honradas, y acompañadas con las lágrimas devotas de su Madre, que le conocia mas que todos, y le amaba sobre todos. ¡O maravillosa disposicion de la Divina providencia! que así se deleytaba con las penas de la Vírgen, y se regalaba con sus lágrimas: porque si un agua olorosa es de tanta mas estima, quanto se destila de yerbas y de flores mas virtuosas, y de mas fragrancia y suavidad; ¿de quánta estima serian en los ojos de Dios aquellas lágrimas, que procedian de tanta reverencia, de tanto amor, y de tanto dolor, de tanto conocimiento y de tan alta admiracion, de tan humilde agradecimiento, de tanta conformidad, y de tan fervoroso ofrecimiento?

En esta contemplacion estaba la Vírgen ocupada, acompañada del Evangelista, y de las otras santas Mugeres, honrando la muerte de su Hijo con sus lágrimas y mas con los afectos de su corazon, quando llegáron al Calvario aquellos dos Nobles Varones Joseph, y Nicodemus con los demas, que les acompañaban. Acercáronse luego las demas Mugeres, y cogiéron en medio á la Vírgen, la qual como Madre del Difunto, representaba la viudez, y orfandad de toda la Iglesia; y el Evangelista, que hacia oficio de buen hijo, se adelantó al recibimiento. No se oian otras razones, sino lágrimas, ni habia otros cumplimientos, sino sollozos, principalmente quando llegáron á la afligida Madre, que tenia delante de sus ojos muerto, y colgado de una Cruz al Hijo de sus entrañas, espectáculo doloroso, y que quebrara el corazon de los mas duros, y extraños.

Hiciéron la cortesía, y reverencia: lloraba ella, y lloraban ellos, y no era posible hablarse otra palabra; y finalmente le dirian: Ya Señora, es pasada esta tormenta, ya vuestro Hijo descansa, y ha sido vencedor de entre las manos de tan furiosos enemigos: ¡ó cómo, Señora, teneis mucho de que consolaros entre tantos motivos de dolor! La inocencia de vuestro Hijo es muy notoria: todos vén el agravio que se le ha hecho, y la violencia con que se ha

tratado su causa: la envidia de los acusadores, y la flaqueza del Presidente ha sido pública, y manifiesta; y al contrario, la constancia, y modestia, el silencio y gravedad de vestro Hijo, fué, Señora tal, que causaba admiracion, y reverencia al mismo Juez, que le condenaba. O desventurada República, y Ciudad en donde se ha hecho tal desconcierto! Ciudad que se ha sujetado á la pena de tan horrendo delito, y á la infamia de tan abominable maldad. No quiera Dios, Señora, que hayamos sido nosotros parte en consejo tan diabólico: encerrados hemos estado dentro de nuestras casas, por no ver, ni entender, ni oir lo que nosotros no podiamos remediar: pero qué excusacion es haber estado encerrados, sino confesar nuestra flaqueza, y cobardía, que nos escondimos, viendo condenar nuestro Maestro, y no pusimos á riesgo nuestras vidas, por salir á la defensa de la inocencia, y de la verdad? Mas la voluntad determinada de Dios fué que muriese este inocente por el bien comun de todos: y al Pueblo loco, y furioso, cómo fuera posible corregirle, y enfrenarle? Ahora venimos, Señora y nos presentamos ante Vos, tarde para ayudar, y defender al Vivo.; pero muy á tiempo para honrar, y sepultar al Muerto: ya traemos licencia del Juez, dadnosla Vos, Señora, como Madre, y recibid en nombre de vuestro Hijo, y nuestro Maestro esta pronta voluntad, y devoto servicio.

No es posible, sino que la Vírgen humildísima se halló muy obligada á estos Varones, y con mucho comedimiento les agradeció á lo que venian, significaríales la voluntad, que su Hijo les tenia, y la obligacion en que le estaban, y el gusto, que ella tenia de que los hubiese Dios escogido, y esforzado para una obra como esta, que habia de tener tan grande paga en esta vida, y en la venidera; y tomando de ella licencia, porque la tarde estaba muy adelante, se aplicáron á quitar de la Cruz el Santo Cuerpo, para darle sepultura, y la Madre quedó con nuevos sobresaltos, esperando ver á su Hijo mas de cerca, y desde los brazos de la Cruz recibirle en los suyos. Arrimáron, pues, las escalas, y no fiando este oficio de criados, subiéron ellos mismos, y poniéndose en lugares convenientes, se ayudaban con los martillos y tenazas para arrancar los clavos, que fuertemen-

mente estaban asidos en la Cruz; y quitados que fuéron los de las manos, los brazos, y todo el peso del Cuerpo cayó sobre los mismos que le desclavaban. Dichosos hombres, que mereciéron recibir los primeros abrazos del Cuerpo crucificado, y difunto del Señor, y adornarse, y hermosearse, y teñir sus vestiduras con la preciosa Sangre, que habia manado de sus heridas! ¡Con quánto consuelo, y devocion de su espíritu se quedó uno de ellos abrazado con el Sagrado Cuerpo, entretanto, que el otro se baxaba á desclavar los pies! y hecho esto poco á poco, con suma reverencia, fuéron baxando el Santo Cuerpo, ayudando en lo que podian los presentes, hasta que vino despues de tan furiosa tempestad á tomar tierra.

Estaba esperando la Vírgen para recibirle en sus brazos, y no se le podia hacer otro mejor, ni mas solemne recibimiento. Quando vuelven los Reyes de las batallas vencedores, principalmente si han peleado valerosamente por sus personas, y libertado su Reyno de algun grave yugo, y servidumbre, entónces son recibidos de sus vasallos con grandes demonstraciones de honra y de regocijos públicos, con danzas, aclamaciones, arcos triunfales, y todas las demas invenciones, que los hombres han hallado para reconocer, honrar, y hacer solemnes los triunfos de sus Reyes y emplear en su servicio la hacienda, honra, y libertad, que confiesan haber recibido de ellos. Volvia nuestro Rey de pelear con el mundo, y con el demonio, y con el pecado, y con la muerte: habia peleado valerosamente por su persona, y recibido muchas heridas en su Cuerpo, y dado su vida en la demanda: salia vencedor, y dexaba todos sus enemigos y nuestros vencidos, quebrantados y deshechos. Resultó de esta victoria quedar nosotros libres del poder de las tinieblas, y haber pasado al Reyno de la luz, y esperanza de la vida eterna. ¡O Iglesia Católica, República escogida del Hijo de Dios, Pueblo conquistado, y ganado con su Sangre! ¿Con qué honra, con qué pompa, y aparato, con qué solemnidad y triunfo, con qué aclamacion, con qué cánticos y alabanzas, con qué arcos triunfales, con qué aderezos, con qué joyas, y preseas recibes á tu Rey, que baxa victorioso del Madero de la Cruz? Cierto es, que no tuviste otra cosa en que recibirle, sino en los brazos de su Madre.

dre. O almas deseosas de honrar á Jesu-Christo, y celebrar sus triunfos! reconoced esta gracia, que os ha hecho Dios, depositando en esta Vírgen sus tesoros, para que en ella, y por ella honreis á vuestro Rey, y Redentor. O Perla preciosa de la Iglesia, y honra del Linage Humano! Suplid, Señora, nuestras menguas, y abrid vuestros brazos, y los senos de vuestro corazon y recibid en ellos, despues de habernos redimido, al que quando vino á redimirnos, dignamente recibistes en vuestras purísimas entrañas.

(1) Luc. 2. n. 48. Quién dirá, que la Vírgen se afrentaba de su Hijo, por haber muerto con tanta infamia en la Cruz; pues el Apóstol no hallaba otra cosa en que gloriarse, sino en esa misma Cruz. Y tenia la Vírgen tanto mas por qué gloriarse en ella, quanto habia recibido mas dones y gracias por medio de ella: Vos, Señora, conocistes entónces el Mysterio de la Cruz, mejor que le conoció el Apóstol despues de predicado, y recibido el Evangelio. Vos, como tan humilde, sabiades estimar, y agradecer las gracias de Dios, mejor que ninguna criatura: Vos entendiades muy bien, que todas estas gracias os las habia ganado vuestro Hijo en la Cruz. Pues quando le visteis baxar de ella, herido, y llagado, afeado, y como leproso, y muerto por Vos, qué sentisteis, que dixisteis, con qué deseos, y ansias de amor le recibisteis? Dadmele acá (diria) á mi Señor.

Quando vuestro preciosísimo Hijo, Señora, os habló desde la Cruz: por no enternecerse, ni enterneceros, no quiso llamaros Madre, sino dixo: Muger vés ahí á tu Hijo. Decidnos ahora, Vírgen: por vuestro precioso amor, si ahora, que él estaba ya difunto, y Vos sola, sentiades la ternura, y el dolor, si le llamastes Hijo? (1) Quando siendo de doce años le perdistes por tres dias, y le buscastes con tanto dolor, no se pudiéron contener vuestras maternales entrañas, que la primera vez, quando le hallastes en el Templo, no le llamasedes Hijo, diciendo: Hijo, por qué lo habeis hechó así? Ahora que os le baxan muerto del tormento, cómo pudistes detener la fuerza de vuestro amor, que no dixesedes: Hijo mio, y cómo venis así? ¡O señores! dadme acá á mi Hijo, y á mi Redentor.

Reprimia la Vírgen con modestia, y gravedad las olas de su corázon, y salian con abundancia las lagrimas por sus ojos: sen-

sentóse al pie de la Cruz, y recibió en su regazo el Cuerpo muerto de su Hijo, y sustentándole por los brazos en los suyos, le dexó reclinar su cabeza entre sus virginales pechos, y poniendo lo ojos en él atentamente, y levantándolos despues al Cielo, dió principio á la meditacion devota de la Pasion del Señor y á la compasion y lágrimas, y á la contemplacion profunda, y sosegada, y á los altísimos sentimientos de dolor, y de amor, que por todo el discurso de los tiempos habian de tener sobre este Mysterio los Fieles y regalados hijos de Dios.

Hijo mio, (diria) quién os ha puesto así? No me quexo, Señor, de los que os han quitado la vida, pues Vos la habeis ofrecido de vuestra voluntad por ellos, y por la obediencia de vuestro Eterno Padre. ¡O Padre Eterno! Bendita sea tu providencia, y bendita sea tu largueza, y amor, que por dar la vida á los esclavos, has entregado á la muerte á tu mismo Hijo. Hijo mio, éstas eran vuestras ansias, cumplidos estan ya vuestros deseos, estas heridas, estos dolores, estos clavos, y esta lanza que yo veo ahora en vuestro Cuerpo, es lo que Vos habeis traido por toda la vida en vuestro corazon; y cómo habeis podido vivir trayendo tan pesada Cruz en él?

Muerto habeis, Señor, á manos de vuestros enemigos; pero no como flaco, y cobarde sino como mueren los valerosos, y esforzados, y como Hijo de quien sois. ¡O Hijo del Eterno Padre! Esta era la obediencia, éste el celo de la honra de Dios, éste el amor de los próximos, éste el desprecio de todas las cosas temporales, ésta la constancia para predicar la verdad, y la fortaleza para salir á la defensa de ella, que nos habia de enseñar en el mundo el que era verdadero Hijo de Dios. O Eterno Dios, grande en la justicia, y grande en la misericordia! Qué justicia es esta, que has executado en tu querido Hijo? Y qué misericordia la que has usado con los desconocidos, y viles esclavos?

Hijo mio, no me hablais! Si vos teneis pena y congoja quando entrabades en vuestra Pasion, qué mucho que la sienta yo quando salis de ella? Y si vos estabades conforme con la voluntad de vuestro padre, yo lo estoy tambien con la vuestra, que basta que lo hayais querido Vos, para que yo lo quiera, y basta que lo hayais sentido Vos, para que lo sienta

 yo.

yo. ¡O Padre Eterno, que así os habeis agradado, y aplacado en el sacrificio, que os ofreció en su cuerpo este inocente Cordero! Recibid tambien el que su afligida Madre os ofrece en su espíritu, y haced de hoy mas con los pecadores copiosa misericordia, pues por ellos habeis hecho en vuestro Hijo tan rigurosa justicia.

(1) Joann. 19. n. 41.

De esta manera estaba la Vírgen, atravesada con agudo dolor, y levantada en altísima contemplacion; y el Hijo, que poco ántes, estando vivo, se habia ofrecido con abrasada caridad en los brazos de una Cruz muerta, ahora muerto estaba en los brazos de su Madre viva, la qual sentia sus dolores, y los ofrecia tambien, quanto era de su parte, por la honra de Dios, y salud de los hombres, con todas las fuerzas de la caridad que el Espíritu Santo le comunicaba; y fué tan agradable á Dios aquel amor, con que enmedio de tantos dolores se extendió la Vírgen á desear el remedio, y salud del Linage Humano, que como quedó su Hijo Medianero, y Redentor de todos los hombres, así tambien quedó ella Medianera, y Abogada de los mismos hombres.

(2) Joann. 19. n. 41.

Pues como fuese ya tarde, aquellos Nobles, y piadosos Varones pidiéron á la Vírgen les diese lugar para sepultar el Cuerpo del Señor. (1) Estaba junto al lugar donde el Señor habia sido crucificado, un huerto junto al Calvario, donde se hacia justicia de los malhechores; pero la Divina Providencia quiso, que se plantase, y conservarle allí, para que sirviese al mysterio de nuestra Redencion: porque así como nuestro Salvador tuvo respeto al árbol donde Adán pecó por desobediencia, para extender él tambien las manos al árbol de la Cruz; así tambien le tuvo á que se habia cometido en huerto aquel pecado, para dar principio á su Pasion orando en un Huerto, y rematarla en otro con su sepultura; y tambien convenia, que fuese huerto donde se habia de plantar aquella bendita Flor de Jesus, y sepultarse aquella Semilla de la Gloria, é imortalidad.

Y es así, (2) que estaba en el mismo huerto un sepulcro nuevo, en el qual no se habia sepultado otro ningun difunto: era como una celda, ó aposento redondo, cavado en la misma peña, de tanta altura, que un hombre puesto en pie apénas con el brazo extendido pudiera tocar en la cumbre: por la parte del Oriente tenia una

puerta tan pequeña, que era necesario inclinarse bien para poder entrar por ella: á la parte del norte estaba el lugar de la sepultura, labrado en la misma peña de siete pies de largo, y levantado como tres palmos de lo restante del suelo; y la piedra, dicen, que es mezclada de color blanco, y colorado: este sepulcro parece, que era proprio del mismo Joseph de Arimathia, y que él mismo le habia labrado con grande estudio y curiosidad; (1) pues dice el Evangelio de él que puso al Señor en un sepulcro suyo nuevo, que él habia labrado en una peña.

De esta manera se vió por una parte la altísima pobreza de nuestro Salvador, pues habiendo muerto desnudo, no solo no tenia sepultura, pero ni aun una mortaja propia en que envolver su Cuerpo. Y por otra la providencia de Dios, que despertó la devocion de estos dos hombres ricos, y principales, para que hiciesen este oficio con todas las ceremonias, y significaciones de honra, que alcanzáron: porque primeramente, tendiendo el Cuerpo sobre una piedra, (que es la primera cosa, que se visita á la entrada de la Iglesia del Santo Sepulcro, y se llama (*Lapis unctionis*) sobre los lienzos le ungiéron con no pequeña cantidad de unciones aromáticas, y le envolviéron en aquellos lienzos limpios, y nuevos, que para este efecto habia comprado el mismo Joseph. Hiciéron con él (2) todo lo que era costumbre hacer entre los Judíos con las personas de calidad, que sepultaban: no hiciéron nada ménos, porque les pareció, que el Señor, por haber muerto en la Cruz, no habia perdido nada de su calidad, para no hacer con él todo lo que era de costumbre: ni quisiéron con todo eso hacer mas por su modestia y por la del mismo Señor, que estaba muerto, ni extenderse en la pompa funeral, conforme á su Fe, y devocion, sino templarse, y acomodarse en todo á la costumbre.

Despues de esto lleváron su Santo Cuerpo al Sepulcro, acompañado de aquellos santos Varones, y de sus familiares, que habian allí concurrido, y de las piadosas Mugeres, que estaban en compañia de la Vírgen, y mucho mas de todos los Angeles, y Espíritus bienaventurados, que se halláron allí presentes para honrarle, asistiendo á la sepultura de su Señor; y Joseph, y Nicodemus pusiéron el Cuerpo en aquel sepulcro cavado en la peña, excusándose cortesmen-

(1) Matth. 27. n. 60.

(2) Joann. 19. n. 40.

(1) Joann. 16. n. 40. mente, (1) que le ponian allí por estar mas cerca, y á mano, y no haber tiempo, por respeto del Sabado, ni para buscar otro sepulcro mas sumptuoso, ni para convocar mas gente, ni para hacer mas aparato, y ostentacion por las calles de la Ciudad.

Pero en la verdad, ningun otro aparato era mas conveniente que este para el Entierro del Señor; conviene á saber, que su cuerpo fuesse envuelto en lienzos limpios, y nuevos, que significasen la pureza, y limpieza de las almas, que le habian de recibir, y una sepultura cavada en una peña (2) y en la qual ninguno hasta entónces habia sepultado; porque así como entrando en esta vida nació de madre Vírgen, así saliendo de ella, volviese á sepultura vírgen, de la qual, como de Madre Vírgen, naciese otra vez á la vida inmortal, y gloriosa.

(2) Luc. 23. n. 53.

(3) Matth. 27. n. 61.

(4) Marc. 15. n. 47.

Estaban allí presentes (3) María Magdalena, (4) y la otra María madre de Joseph, (5) y las demas mugeres, que habian venido con él desde Galiléa, las quales (6) sentadas en frente del Sepulcro, lloraban, y lamentaban la muerte del Señor, y juntamente veian, y notaban (7) el lugar donde le ponian, y el modo (8) y disposicion con que quedaba el cuerpo en el Sepulcro; porque tenian ánimo de volver, pasada la fiesta, y dar algun alivio á su pena, y á su amor, siquiera viéndole, adorándole y renovando las unciones.

(5) Luc. 23. n. 55.

(6) Matth. 27. n. 61.

(7) Marc. 15. n. 47.

(8) Luc. 23. n. 55.

De la Vírgen, nuestra Señora, no se dice que estuvo presente en la Sepultura, ni por ventura la dejáron asistir á ella, porque no creciese su llanto, y su dolor: quedariase en el Calvario con decente compañía; y para enseñar á toda la Iglesia la adoracion, y reverencia, que habia de hacer á la Cruz, ella la primera, movida del Espíritu Santo estaria adorando el santo madero de la Cruz, que hasta entónces era tan aborrecible, é infame, y juntamente aguardaria su compañía, para vólverse ántes de la noche á la Ciudad.

CAPITULO XLIX.

Baxa el Salvador al Infierno á librar las Animas de los Santos Padres.

Habia estado cerrada la puerta del Cielo, hasta que el Salvador murió. El fué el primero (como queda dicho) que por medio de su Sangre rom-

rompió el velo, y dexó abierto el camino para entrar en el Sancta Sanctorum de la Gloria. (1) La Sangre de Jesu-Christo (dice San Gregorio) es la llave del paraíso; porque la tierra de los vivientes, que el primer Adán perdió, la halló el segundo y nos la volvió y restituyó, habiéndola perdido el primero. En el Evangelio se me promete el Reyno de los Cielos, el qual, aun nombrado, no le halló en el tiempo viejo. Esto dice San Geronymo. Pues como hasta entónces no habia Reyno del Cielo, todas las almas de los que morian estaban detenidas, como en cárcel, en los lugares mas profundos de la tierra. Y porque los merecimientos y estados de ellas eran diferentes, lo eran tambien los lugares donde estaban encerradas: porque unas almas salian de esta vida con culpas mortales, y estas iban al lugar, que propriamente llamamos Infierno: otras llevaban culpas veniales, ó alguna pena temporal, que pagar, por las mortales ya perdonadas, que habian cometido en esta vida, y éstas iban al purgatorio: otras no tenian mas culpa que la original, como eran las de los niños, que morian sin remedio, y éstas iban al Limbo de los niños: otras habia que salian de esta vida en gracia, sin tener que pagar pena ninguna; pero no podian entrar en el Cielo, hasta que el Salvador pagase la deuda comun de toda la naturaleza; y éstas iban á otro lugar, ó seno del Infierno, que el Evangelio llama el Seno de Abrahan, (2) porque en él estaba este gran Patriarca, y todos los que por imitacion de su fe y justicia eran hijos verdaderos suyos.

(1) Hier. ad Dardan. ep. 129.

(2) Luc. 19. n. 23.

De manera, que porque no era posible ver á Dios ántes de la muerte de nuestro Redentor así era necesario, que todas las almas hasta aquel punto estuviesen en alguna pena. Y la pena es de dos maneras: una, que llamamos de daño, que solamente consite en carecer de la vista de Dios, y otra de sentido, como es el tormento, que se padece del fuego, y cada una de estas penas puede ser, ó temporal, ó eterna. Y porque de aquí resultan quatro géneros de penas, así tambien habia quatro senos, lugares diputados para ellas: porque unos padecian la pena de daño, y de sentido juntamente; y si esta habia de ser eterna, estaban en el Infierno: y si temporal, solamente iban al Purgatorio: otros habia, que solamente padecian la pena de daño; y quando esta habia de

ser eterna, iban al Limbo de los niños, y quando por algun tiempo señalado al Limbo que llamaban de los Padres, ó al Seno de Abrahan.

Qué disposicion hubiese entre estos lugares, no consta claramente, ó cómo, ú de qué manera estaban entre sí divididos, y apartados; mas parece cierto, que el lugar de los condenados estaba en lo mas ínfimo de la tierra, y que el Limbo de los Santos Padres estaba muy superior á él. Pues dice el Evangelio, (1) que quando el Rico Avariento murió, fué sepultado en el Infierno, y que estando en los tormentos, levantó en alto los ojos, y vió á Abrahan, y á Lazaro con él en su seno; y pidiéndole á Abrahan, que le enviase á Lazaro para que le diese algun refresco, le fué respondido, que no era esto posible, entre otras razones por la gran distancia que habia de un lugar á otro, tan cerrada, y tan sin camino, que no podia pasar nadie de la una parte á la otra. Este era el estado, quando el Salvador murió, de los Reynos del Infierno.

(1) Luc. 16. n. 22.

Luego, pues, que espiró en la Cruz, su alma santísima, unida con la Divinidad, y acompañada de innumerables Angeles, baxó en persona á los lugares profundos del Infierno, donde tanto número de almas estaban encerradas, y fué muy conveniente que hiciese por sí mismo esta jornada, para quebrantar aquellas cárceles, y soltar aquellos presos, y glorificar con su presencia aquellos Justos, y recoger para sí despues de la victoria aquellos riquísimos despojos. Así nos declaró con otro nuevo argumento su humildad, y excelentisima caridad, pues ningun lugar hubo tan abjeto, y infame, donde no le llevase el amor de las almas, y el deseo de su remedio.

Y siendo aquellas almas tantas en número, y tan excelentes en mérito, porque eran aquellos Reyes, y Patriarcas, y Profetas, que le creyéron, y le deseáron, y le figuráron, y le predicáron; y por espacio de tan largos siglos fuéron de unos en otros sustentando en el mundo la fe, y esperanza de este remedio, que tenia Dios prometido, habiendo sido tan estrechos amigos de Dios, y gozado de su gracia, y comunicacion: y siendo de ellos padres, y progenitores suyos, segun la carne: y finalmente, estando allí recogido todo el fruto, que habia obrado su Pasion en los tiempos precedentes, era razon, que él

él por sí mismo los visitase y consolase, y les llevase las primeras nuevas de su libertad el mismo que habia sido su Redentor, y el Autor de ella. Convenia esto tambien, para que fuese su victoria mas célebre y más glorioso su triunfo: porque habiendo conquistado desde la Cruz los Reynos del Infierno, baxó á ellos como á su propio Señorío; y entró, no como prisionero, sino como Rey, y Libertador, llenando aquellos calabozos del resplandor, y gloria de su Magestad, y dando libertad perfecta á todos aquellos que por haber vivido con su fe, y muerto en su gracia, estaban dispuestos para entrar por virtud de su Sangre en la Bienaventuranza de su Gloria.

Baxó, pues, el Alma de Christo, nuestro Señor, de los quatro lugares, ó senos, que habia en el Infierno, solamente al Seno de Abraham, donde estaban las almas de los Santos Padres, porque allí era razon que baxase por sí misma, donde habia tantos amigos suyos, y en donde habia de hacer tan largas mercedes, y donde habia de salir con tan ricos despojos; mas no por eso dexó de visitar desde allí, en cierta manera, los demas lugares del Infierno, manifestando en ellos su virtud con nuevos, y particulares efectos, porque todos generalmente le conociéron, y les fué revelada la Redencion, que habia hecho en la Cruz, y la dignidad á que Dios le habia levantado sobre toda criatura; y este nuevo conocimiento obró diferentes efectos, segun la varia disposicion de las almas, que allí estaban.

Porque las que estaban en el Purgatorio, sin duda tuviéron algun alivio en sus penas, y grande consolacion y gozo de ver ya hecha su Redencion, y abierta la puerta del Cielo, sabiendo cierto, que en acabando de purgar por sus culpas, no habian de sér mas detenidas (como hasta allí) en las cárceles del Limbo sino que luego habian de entrar en la posesion de la Gloria. Demas de esto, algunas de ellas fuéron del todo libres de sus penas, por la honra y reverencia de aquel dia: y porque el regocijo fuese mayor, y el acompañamiento del Salvador mas cumplido, fuéron libres aquellas, que segun la Divina ordenacion acababan aquel dia de cumplir su destierro, y penitencia: ó por la particular fe, y devocion, que habian tenido en vida con el Redentor, y esperanza en

su Muerte y Pasion, mereciéron que aquel dia, por virtud de la misma Pasion, se les diese plenaria indulgencia y remision de su tormento. Las almas de los condenados, y los espíritus malignos fuéron reprehendidos del Señor de su incredulidad, ó de su obstinacion, y pertinacia; y por su sobervia, y dureza sintiéron nueva tristeza, y aumento de su rabia, y dolor.

Y así éstos, como los niños del Limbo, como tambien las almas del purgatorio y las de los Santos padres, unos de su voluntad con fidelidad, y amor; otros con natural respeto, y reverencia, como los niños del Limbo: y otros forzados y con violencia, todos generalmente hincáron las rodillas, hiciéron reverencia, y acatamiento al Señor, como dixo el Apóstol: *In nomine Jesu omne genuflectatur cœlestium, terrestrium, & infernorum.*

CAPITULO L.

Los Judíos ponen guarda en el Sepulcro.

(1) Luc. 19. n. 54. (2) Matth. 27. n. 62.

PErmitió con todo eso el Señor, que estando ya rendidos los poderíos infernales, los Príncipes de los Sacerdotes y Synagoga de los Judíos, ciegos con su incredulidad, perseverasen en su dureza, y obstinacion: porque no contentos con haber visto morir en un palo al que de valde aborrecian, daban nuevas trazas, y ponian todo su esfuerzo por obscurecer su gloria, y borrar su nombre de la memoria de los hombres. Ya estaba muerto, y le temian como si estuviera vivo. Los Discípulos estaban escondidos de miedo de los Sacerdotes, y Letrados; y los Letrados, y Sacerdotes andaban turbados de miedo de ellos: su mala conciencia los atormentaba, y los ponia delante lo que habia de ser; conviene á saber, que aquellos pocos Discípulos, flacos y temerosos, habian de predicar, y persuadir al Pueblo, que aquel Muerto habia resucitado, y era Rey de los Judíos, y de todos los siglos; y si muchos le habian creido estando vivo; que eran muchos mas los que habian de creer en él despues de muerto: y ellos furiosos con este suceso, que imaginaban, repetian obstinadamente lo que se habia dicho por ellos, y en nombre de ellos: (1) *Nolumus hunc regnare super nos.*

Y habiendo sobre ello su acuerdo (2) un dia despues del Viér-

Viernés, que seria el Sábado, luego de mañana se juntáron, de comun consentimiento, los Príncipes de los Sacerdotes, y los Fariséos á dar una peticion sobre esto al Presidente. No miráron que era Sábado, y dia de Pascua tambien, por lo qual era mas solemne la fiesta de aquel Sábado, y que no les era permitido, ni por su ley, ni por sus costumbres, y tradiciones, parecer en semejante dia delante del Juez, pedirle guarda, llevar los Soldados al Sepulcro, sellar la piedra, y hacer las otras diligencias que querian; solamente les apretaba su cuidado y el negocio, que no sufria dilacion: y los grandes veladores de la guarda del Sábado, que les parecia, que no podia la misericordia dispensar con él para remedio, y cura de un enfermo, ahora quebrantan el Sábado, movidos de la envidia, para hacer mal, y calumniar á un Justo: y los que el dia de ántes tuviéron escrúpulo de entrar en el Pretorio, por no contaminarse en el dia de la Pascua, estos mismos en el mismo Sábado de Pascua, no solo entráron á Pilatos, sino que con alhago, y lisonja, por hacer mejor su negocio, le llamáron Señor al que por querer parecerlo, y exercitarlo en nombre de los Romanos, le aborrecian, y tenian por Tirano.

Señor, (1) (dirian) los embustes de este Hombre fuéron tales, que nos ponen en cuidado despues de muerto, y tenemos por necesario poner Soldados de guarda en su Sepulcro: bien fuera haber hecho esta diligencia desde el punto que fué su Cuerpo puesto en él: mas quién puede advertir en todas las cosas? Ahora mirando en ello, nos hemos acordado de lo que por olvido no habiamos advertido; y es que este engañador solia decir, estando vivo, que habia de morir crucificado, y luego resucitar al tercero dia de como fuese muerto: de esta manera tenia engañado al mundo, porque les decia, que habia de padecer aquel género de muerte, que él merecia, y temia por sus delitos, haciéndoles por esto creer que era Profeta, y despues con diabólico artificio los tenia suspensos con vanas esperanzas de que habia de resucitar glorioso. En lo primero salió Profeta verdadero y no podia dexar de serlo: tal era su vida, que no podia esperar sino tal muerte. La falsedad de lo segundo se convencerá bien presto, pues no es muy largo el plazo de tres dias. Por esto, señor,

(1) Matth. 27. n. 61

ñor, te requerimos, y rogamos, que interpongas tu autoridad, y tu decreto, y mandes poner guarda en el Sepulcro, hasta que este tercero dia sea pasado, porque por ventura vendrán sus Discípulos; y para hacer verdad esta mentira, hurtarán, y desaparecerán su Cuerpo adonde no sea visto, ni hallado; y aunque no se atrevieran á parecer delante de nosotros, ni venir con estos cuentos á los hombres de letras, y prudencia; pero el mal es que persuadirán estas fábulas al Pueblo, y le harán creer que ha resucitado de los muertos.

Y aunque el Pueblo es Pueblo, y el vulgo es ignorante, y novelero, no por eso dexa de ponernos en grande riesgo con estas sus novedades, y alborotos, porque tantos fuéron los que seguian á este Hombre quando vivo, que con razon temiamos, que si el mal no se atajara, se habia de arruinar nuestra República; porque siendo tanta la gente, que se le allegaba, y diciendo él, como decia, que era Rey de los Judíos, y enseñando, como enseñaba, nuevas doctrinas, y opiniones, qué se podia esperar, sino que el Pueblo se partiera en bandos, y sectas diferentes; y unos murieran á manos de los otros, y todos á las de los Romanos, que justamente pudieran venir sobre nosotros pensando, que toda la República se rebelaba contra ellos¿ Tanta es la fuerza de un hombre engañador, y sedicioso: si esto veiamos quando era vivo, qué seria si se persuadiese el pueblo, que despues de muerto ha resucitado? Será sin duda el daño mayor, el peligro mas cierto, y el yerro mas inexcusable; y por eso conviene, Señor, prevenir los daños, y poner suficiente guarda en el Sepulcro, á tiempo que con pequeñas diligencias se pueden excusar inconvenientes grandes.

Oia Pilatos este razonamiento, y echaba de ver que aun herbia en los pechos de estos hombres la envidia, y furor; y habiendo él pensado, que bastaria azotarle, se maravillaba mucho, que no bastaba estar muerto y sepultado para que estuviesen satisfechos, y libres del temor de que se habia de hacer su Rey; y no queriendo faltar á la obligacion de su oficio, ni atravesarse por otra parte con gente tan inquieta, y bulliciosa, despachó su peticion con harta sagacidad, y prudencia; porque ni les negó los Soldados de guarda, porque no le echasen culpa de lo que despues sucediese, ni quiso él ponerlos

de su mano y por su órden, porque por ventura no le tuviesen por sospechoso, y dixesen, que se habia hecho á una con ellos, para que disimulasen con los Discípulos, y les permitiesen hurtar, y esconder el Cuerpo del Señor: *Habetis* (dixo) (1) *custodiam, ite custodite, sicut scitis.* Ahí teneis harta guarda, los Soldados estan á vuestro mandado, no os lo vedo; id vosotros, y poned guarda á vuestro contento, y como veis que es necesario. Con esta órden del Presidente, los Sacerdotes, y Fariséos recogiéron buen número de Soldados; y caminando al Sepulcro, pusiéron todo recado en donde habia mas peligro. Estaba el Sepulcro cavado en peña viva y por ninguna parte se podia hurtar el Cuerpo, sino solamente por la puerta: ésta quedó cerrada con una grande losa, que para ponerse á removerla era menester mas esfuerzo, y osadía del que tenian los Discípulos flacos y medrosos. Mas por no faltar á ninguna diligencia, fortaleciéron bien el Sepulcro, selláron la piedra, y pusiéron gente de guarda, y guarnicion en todos los pasos y lugares convenientes.

No era menester este aparato para reprimir á los Discípulos, que estaban muy léjos de juntarse para esconder el Muerto, los que muertos de miedo estaban tan escondidos, que apénas acababan de volver en sí, andando el Señor á buscarlos, y juntarlos despues de resucitado y vivo; pero era menester todo este aparato, y diligencia para reprimir á los Judíos, y convencer su obstinacion, y pertinacia; pues por una parte ellos mismos con sus prevenciones se cerraban todos los caminos, para no poder huir de la verdad; y por otra ponian testigos, que diesen testimonio de ella, tales que ni podian desecharlos, ni tacharlos; sino que diciendo ellos, que el Señor habia resucitado, habia de ser creido, y tenido por verdad, pues ellos mismos los habian puesto allí, como confidentes suyos, para que no pudiesen sus Discípulos decirlo con mentira.

(1) Matth. 27. n. 65.

Miser, & infelix Judea (dice San Atanasio) *qui mortis vincula dissolvit, non solvet sepulchri sigilla! qui espoliavit infernum, timebit monumenti signacula? muni sepulcrum, signa lapidem, statue milites, obside monumentum custodi..us: isto modo egregium opus majus efficis: statuis enim spectatores, ac testes Resurrectionis, meorumque miraculorum*

 præ-

prĉacones ministros tu preparas: ¡O desdichado y miserable Judío! el que rompió las prisiones de la muerte, no romperá los sellos de la sepultura? ¿El que despojó el Infierno, temerá por ventura de las cerraduras del Sepulcro? Date priesa á guardar el Sepulcro, sella la piedra, pon Soldados de guarnicion, cerca el monumento con guardas: de esta manera la obra, que por sí misma es excelente, tú la harás mas ilustre, porque me pones centinelas, que se hallen presentes, y sean testigos de mi resurreccion, y me aparejas Ministros, que sean pregoneros de mis milagros.

Quánta verdad sea lo que aquí dice San Atanasio, se vé claramente por una carta, que el Presidente Pilatos escribió al Emperador sobre lo sucedido en la Pasion del Salvador, la qual refiere Egesipo, y de ella hace mencion el antiquísimo Tertuliano, y me ha parecido ponerla aquí; y es del tenor siguiente.

PONTIUS PILATUS Claudio Tiberio, salutem.

Nuper accidit (& quod ipse probavi) Judeos per invidiam, se, suosque posteros crudeli condenatione punisse. Denique cum promisum haberent patres eorum, quod illis Deus eorum miteret de Cœlo Sanctum suum, qui eorum Rex merito diceretur, & hunc se promisserit per Virginem missurum ad terras: istum itaque me Praside in Judaam Deus Hebraorum cum misisset, & vidissent eum cacos illuminasse, leprosos mundasse, paralyticos curasse, dæmones ab omnibus fugase, mortuos etiam suscitasse, imperasse ventis, ambulasse siccis pedibus super undas maris, & multa alia fecisse: cum omnis populus Judaorum eum Filium Dei esse diceret, invidiam contra eum pasi sunt Principes Judaorum, & timuerunt eum, mihique tradiderunt, & alia pro aliis mihi de eo mentientes dixerunt, aserentes istum magum esse, & contra legem eorum agere. Ego autem credidi ita esse, & flagellatum tradidi illum arbitrio eorum illi autem crucifixerunt eum, & sepulto custodes adbiberunt: ille autem militibus meis custodientibus, die tertio resurrexit. In tantum autem exarsit nequitia Judaorum, ut darent pecuniam custodibus, & dicerent: dicite quia Discipuli ejus corpus ipsius rapuerunt, sed cum acepissent pecuniam, quod factum fuerat, tacere non potuerunt: nam & illum surrexise testati sunt, se vidisse, & se á Judeis pecuniam accepisse.

Que

Que traducida en Romance, dice así.

PONCIO PILATO A CLAUDIO Tiberio, salud.

POco ha que sucedió, (y yo lo he tenido por verdad) que los Judíos por envidia se han castigado á sí mismos; y sus descendientes con una cruel sentencia, y condenacion: y es el caso, que sus antepasados tuviéron promesa, de que su Dios les habia de enviar del Cielo á su Santo, que con razon se nombrase su Rey de ellos, el qual habia prometido de enviarles por medio de una Vírgen. Pues habiendo enviado Dios á Judéa este Santo, siendo yo Presidente, y habiendo ellos visto por sus ojos como habia alumbrado á los ciegos, limpiado los leprosos, curado los paralyticos, echado los demonios de los cuerpos de los hombres, y resucitado tambien á los muertos, mandado á los vientos, andado los pies enjutos sobre las ondas de la mar, y hecho otras muchas cosas: como todo el Pueblo de los Judíos dixese, que era Hijo de Dios, los Príncipes de los Judíos tuviéron envidia contra él, y le temiéron, y me le entregáron, y miéntras me dixeron unas cosas por otras, afirmando, que era Mago, y que hacia contra la ley de Dios; y yo creí que era así, y azotado se le entregué á su voluntad, y ellos le crucificáron, y despues de sepultado le pusiéron guardas; pero él, estándole guardando mil Soldados resucitó al tercero dia; y en tanto grado se encendió la maldad de los Judíos, que diéron dineros á las guardas, y les dixéron: Decid, que sus Discípulos se lleváron su Cuerpo; pero ellos, habiendo recibido el dinero, no pudiéron callar lo que habia sucedido porque testificáron como le habian visto resucitar, y que habian recibido el dinero de los Judíos.

CAPITULO LI.

Espera la Vírgen nuestra Señora la Resurreccion de su Hijo.

HAbiase vuelto la Vírgen nuestra Señora desde el Calvario, y lugar del Sepulcro al Cenáculo del Monte de Sion, haciéndose fuerza para arrancarse de aquellos lugares: y dexando el corazon acompañando al Cuerpo de su Hijo en el Sepulcro, volvió por los mismos pasos, y caminos, que habia visto venir á su Hijo, cargado con el madero de la Cruz, llena

de luto, y de viudez, renovando la memoria de sus dolores, salpicadas las tocas, y manchado el vestido con la Sangre preciosa de su Redencion, resolviéndose toda en lágrimas de amor, y de dolor. Volvia por las calles de la Ciudad amparada de la sombra, y obscuridad de la noche, para no ser del todo conocida. Y como el caso estaba tan fresco, todos hablarian de él, unos condenando, otros excusando, y los unos, y los otros dexaban hincadas saetas en su piadoso corazon. Muchos la conocerian, y hablarian de ella: ¿qué dirian? Y otros mas conocidos, quando la viesen, se tendrian por obligados á llegarse, y hablar con ella: ¿qué la dirian? Entró finalmente en el Cenáculo de Sion, y allí se renováron las lágrimas, trayendo á la memoria los Mysterios, que la noche ántes habia obrado el Señor en él, cercado (como la oliva de sus pimpollos) de todos sus Apostóles: ahora (¡ó súbita mudanza!) ellos estaban huidos, y escondidos, y él, despues de una muerte tan acerba, y afrentosa, quedaba en el Sepulcro.

Entrando, pues, la Vírgen en la casa, retiróse á algun lugar secreto de ella, y despidiéndose con lágrimas de aquellas santas Mugeres, que le habian hecho compañía, se quedó sola á llorar y descansar llorando, y empezó á derramar su corazon en el divino acatamiento con ardentísimos afectos. Contemplaba á su Hijo muerto, al mundo redimido, á Dios aplacado, el camino del Cielo abierto, las profecías cumplidas, y la sangre del nuevo Testamento derramada. Repetia con su pensamiento una y muchas veces las dolorosas estaciones de aquel dia, y experimentaba grandes provechos en su alma con la memoria de ellas; y el Aguila Real, que solia levantar su vuelo á lo mas alto, y clavar los ojos en el Sol de hito en hito, estaba ahora abrazada con este Cuerpo muerto, lamiendo su Sangre, y cebándose en ella por todas las heridas, que manaba de él.

Acordabase de la noche ántes, que con tanta ternura, y reverencia se habia despedido de ella. Mirábale en el Huerto puesto en agonía, y tan perseverante en su oracion, acompañábale en los Tribunales, yendo, y viniendo con él á los Jueces: notaba sus respuestas, admiraba su silencio, penetraba su sentimiento, reverenciaba su obediencia, y abrazaba su inmensa caridad. Hacia memoria muy por menudo de todo el pro-

proceso de aquel dia: como quien sabia estimar este tesoro, ninguna cosa queria perder de él. Compadeciase de sus dolores, miraba su semblante doloroso, oia sus gemidos, estaba atenta á sus palabras, y recogia en su alma aquellas preciosas lágrimas, que mezcladas con la Sangre corrian por su rostro: conservaba estas memorias en su pecho, y conferíalas entre sí en su corazon.

Baxaba con su pensamiento al Lymbo, y hállabase presente á las fiestas de los Santos Padres; revolvia en su pecho el Sepulcro, y miraba los pies, y las manos traspasadas; y otra vez le sonaban en los oidos, y le herian el corazon los crueles golpes de los martillos, que las enclaváron: miraba la Cabeza traspasada con las espinas, los cabellos pegados con la sangre, la barba mesada, las mexillas cárdenas, el pecho descoyuntado, las espaldas llagadas, el costado, y el corazon abierto, y daba voces con lágrimas al Padre eterno, para que lo resucitase, y volviese al cuerpo el alma, que estando para morir el mismo Hijo suyo con grande clamor, y oyéndole ella, habia depositado en sus manos.

Consideraba los Apóstoles huidos, y escondidos, los demas Discípulos, que habian creido, escandalizados, y el Cuerpo Mystico de su Hijo, no menos herido, y despedazado de lo que estaba el natural; y como Madre, no ménos del uno, que del otro, deseaba vida, espíritu para ambos, y recogerlos y abrigarlos, y vivificarlos con el calor, y amor de sus entrañas.

En estos pensamientos, y oraciones se pasó la noche toda del Viérnes, y luego en siendo de dia puso la piadosa Madre cuidado, y diligencia en recoger los hijos, que con la fuerza de la tempestad andaban turbados, y con la conciencia de su culpa tristes, y desanimados. ¿Dónde estarian? ¿qué harian? ¿qué dirian? ¿qué pensamientos revolverian? ¿qué lágrimas llorarian? Y como la Sangre de Jesu-Christo empezaba á obrar espíritu de penitencia en ellos, estarian confusos de su flaqueza, arrepentidos de su culpa, animados á la enmienda, deseosos de hallar favor con su Maestro, para volver en su gracia; y que mayor favor, qué mayor consuelo, y confianza podian tener, que tener la Madre propicia para volver en gracia de su Hijo? Si por ventura envió la Vírgen al Evangelista, que los buscase, y en su nombre los aca-

acariciase, y esforzase, en donde los halló? Quien le dió señas de ellos? O si por ventura todos, ó la mayor parte de ellos, desde que huyéron en el Huerto, se recogiéron al Cenáculo, y allí estuviéron escondidos, hasta que volvió la Vírgen, dexando á su hijo muerto en el Sepulcro, ¿con qué lagrimas la recibiéron? y ¡cómo se arrojáron todos á sus pies, reconociendo su excelencia, engrandeciendo su fe, alabando y ensalzando su fortaleza, gozándose en su amparo, y deseando y pidiendo su favor!

O Vírgen benignísima, recibid los pecadores, que quieren valerse de Vos! Estos hombres, que aquí veis cobardes, y flacos, son los Capitanes, que vuestro Hijo tiene nombrados para la conquista del mundo: estos son los Príncipes de su Reyno, estos los Pastores de su Rebaño, y los huesos firmes en que se ha de sustentar su Cuerpo mystico. Y no tengais, Señora, en poco, que en esta ausencia tan amarga de vuestro Hijo, os haya dexado esta prenda tan dulce, y tan querida: tantó los amó, que habiéndose él entregado á manos de sus enemigos, expresamente les mandó, que no hiciesen mal á ellos; y habiéndose dexado sacrificar el inocente Cordero con tanto rigor, tuvo cuidado, que no tocasen á sus huesos. Esta es, Señora, la familia, que queda á vuestro cargo; esta es la Iglesia, que como niña aun está tierna, y se está formando y fortaleciendo en el abrigo de vuestras maternales entrañas, para que siendo vivificada á su tiempo con la plenitud del Espíritu Divino, salga á luz con dichoso parto, para gloriar del que la redimió, y hermoseó con su Sangre, y para bien de todas las gentes.

De esta manera se pasó todo el dia del Sábado en áquella santa casa, y Cenáculo de Sion, porque el Evangelista contária muy por menudo á los demas sus condiscipulos el discurso de la Pasion, á que se habia hallado presente, y las diferentes maneras de injurias, y de dolores, que habian llovido aquel dia sobre su buen Maestro, la paciencia con que habia sufrido, la mansedumbre con que habia respondido, el silencio que habia guardado, la gravedad y mesura con que se habia conservado, las palabras que estando en la Cruz, habia dicho, el grande clamor con que habia espirado, las señales, y prodigios, que en su muerte habian sucedido, y la voz con que el Centurion;

y los demas circunstantes le habian confesado Esta plática los alentaria en tan grande tribulacion, y sobre todo la presencia y palabras de la Vírgen, la qual, como olvidada de su pena, acudia á la necesidad, y flaqueza de ellos, dándoles ciertas esperanzas de la resurreccion de su Hijo, y cumplimiento de todas sus palabras, y promesas. Este, pues, era el estado de las cosas en aquel dia Los Príncipes de los Sacerdotes perseveraban en su envidia, y furor, y deseaban haber á las manos á los Discípulos, para hacer de ellos lo que habian hecho del Maestro, y no descansar hasta borrar del mundo su memoria: el Pueblo estaba escandalizado, y partido en opiniones: todos hablaban del caso, unos de una manera, y otros de otra: porque unos aprobaban la Persona del Salvador, y otros la condenaban, siguiendo el parecer de sus Letrados, y Mayores, y todos estaban espantados, quando cotejaban el discurso de su vida, y de su predicacion, y milagros, con el suceso de muerte tan infeliz, y afrentosa, de lo qual se hablaba en todos lugares, y por todas personas largamente. Los Apóstoles estaban temerosos, y escondidos, esperando á ver en qué paraban cosas tan extraordinarias, y nuevas: la Vírgen nuestra Señora recogida en su celda llorando su soledad con maravillosa conformidad, y paciencia, y con cierta, y segura esperanza de ver á su Hijo resucitado, y glorioso. El Cuerpo difunto del Señor estaba en el Sepulcro envuelto en sus lienzos, y sudarios, preparado con mirra, y oleo en grande abundancia, como era de costumbre.

El mismo Sepulcro estaba bien sellado, y guardado, previniendo todas las calumnias, que podia alegar la infidelidad de los Judíos, y disponiendo los corazones á la fe de la Resurreccion: porque el Sepulcro era nuevo, en el qual ninguno otro difunto se habia puesto porque no se pudiese decir, que era otro el que habia resucitado, y estaba cavado en piedra viva, para guardar fielmente su deposito, y que ninguno pudiese sacar por otra parte el Cuerpo, sino era por la puerta. La puerta estaba bien cerrada y sellada, y para quitar todo temor, con número bastante de Soldados, que defendiesen, si por ventura alguno venia á hurtar el Muerto, y fuesen testigos como el por sí mismo habia salido vivo. El Alma finalmente estaba en el Lymbo de los Santos

tos Padres, haciendo desde allí demonstracion de su Poder y Magestad en los Reynos del In-
(1) Psalm. 67. n. 19. fierno, cercada de Reyes, Patriarcas, y Profetas y de todo quanto bueno habia tenido el
(2) Ad Eph. 4. n. 9. mundo hasta aquel dia, y como retirada por aquel espacio breve en lo secreto de la tierra daba órden en su triunfo, y disponia la solemne entrada, que con tanta, y tan ilustre compañía habia de hacer al tercero dia en el mundo, y despues de los quarenta en el Cielo, llevando tras sí los cautivos, que habia rescatado, segun estaba escrito en el Psalm. 67. (1) *Ascendens in altum captivam duxit captivitatem*; y (como dixo el Apóstol) (2) el haber subido, y el decir, que subió, por que sino porque baxó primero hasta lo mas profundo de la tierra ¿El que baxó debajo de la tierra, ese mismo es el que subió sobre los Cielos, para llenarlo todo con su presencia de Gloria, y Magestad.

Ad majorem Gloriam Dei.